

# Cuentos de Gabriel Ángel

## Del libro La luna del forense

1. El fuego de los yariguies	2
2. La caída del guerrero	9
3. El centinela	14
4. La pesadilla del teniente	19
5. La senda del regreso	29
6. La luna del forense	37
7. Oneida la de Tesalia	47
8. Eclipse de luna, eclipse de sol	52
9. El cuento de José Ga	62
10. La danza de las libélulas	67
11. La fragancia que conmovió la montaña	78
12. La soledad del almirante	83

## Otros

13. La ventana del tiempo	89
14. Semillas de odio	110
15. El umbral de la felicidad	115
16. Relato del amor furtivo	121
17. El cambio de los tiempos	138
18. Guerrilleros	152

## La guerra

19. El silencio de la selva	163
20. Julia abajo	170

## EL FUEGO DE LOS YARIGUÍES

El avance de las naves era lento, pero aun así el roce de la corriente con su quilla, tenía la propiedad de formar ondas de espuma que, como suaves olas, se desplazaban con cadencia hasta las lejanas orillas. Durante muchos días, la flota de don Diego Hernández de Gallegos había surcado aguas arriba aquel mar que brotaba desde muy adentro del continente. De manera paralela, aunque con muchos atrasos por la dificultad del recorrido, subía por la ribera derecha, abriéndose paso por la jungla y los pantanos, la expedición de tierra que encabezaba el Teniente General Licenciado don Gonzalo Jiménez de Quezada, comandante general de los conquistadores que buscaban los nacimientos del imponente río. Su mayor anhelo en realidad, lo constituía la ilusión de ser los primeros en hallar El Dorado, tesoro de proporciones fabulosas, quizás más grande que los recursos preciosos de la Corona. Esa ambición inmensa era la fuente de la que extraían alientos para soportar las tamañas adversidades con que se toparon desde el primer día de su partida. Habían sobrevivido al naufragio de tres bergantines en las propias bocas del Río Grande, y al acoso implacable de los indios Chimilas y Mocanás cuyos territorios tuvieron que cruzar. Se sobreponían trabajosamente al descomunal invierno, que su ignorancia de las estaciones tropicales no les había permitido advertir, y que se desató tempestuoso desde el mismo abril en que empezó su viaje, y al calor infernal que precedía a las lluvias y se acentuaba con furia en las horas de sol. Casi desesperaban por obra del constante ataque de infinidad de variedades de mosquitos, y por las penalidades nacidas de las fiebres que a muchos llevaron a la muerte sin remedio posible. La comida escaseaba, y en su afán por correr a buscarla entre las aguas del río o en la espesura de la jungla, más de un conquistador había sido víctima de las dentelladas de los saurios y las mordeduras de las serpientes. Los frailes se encargaban de reforzar el ánimo de los expedicionarios, haciéndoles creer que todas aquellas vicisitudes no eran más que pruebas con las que la Divina Providencia procuraba auscultar su fe en ella para premiar finalmente su constancia. Y el espíritu de aventura hallaba su mejor estímulo en la contemplación del exótico paisaje. Su originalidad no agotaba la capacidad de asombro de los españoles.

Desde el agua los seducía y embrujaba irresistiblemente la inagotable cantidad de tonos verdes que exhibía la exuberante vegetación de las orillas, mientras que los que marchaban por tierra olvidaban con inusitada facilidad el fango y las inundaciones ocasionados por las crecientes, cuando quedaban extasiados contemplando las paradisíacas ciénagas, que una tras otra iban apareciendo a su paso, con su adormecida placidez de color gris sobrevolada por cientos de garzas vestidas de azul y blanco.

Una mañana de octubre, don Gonzalo fue sorprendido por el aviso de que con todo y su tripulación, la nave que capitaneaba don Diego Hernández venía haciendo marcha atrás, mecida suavemente por la corriente favorable de las aguas del río, por lo que ordenó a sus hombres hacerle señas para que arrimara a la ribera por la que ellos avanzaban. Negros presagios cruzaron por su mente, pero prefirió esperar las noticias. De un tiempo acá lo acompañaban temores de que en cualquier momento se sucediera un motín. Pero para su tranquilidad, el Capitán traía buenas nuevas. Bastante más arriba, después de un recodo del cauce, habían empezado a observar unas barrancas rojizas y largas, mucho más altas que la costa inundable, en las que además del ascenso de volutas de humo, era posible apreciar, aun desde la distancia, algunos detalles que revelaban presencia humana. Tenía que tratarse de un poblado indígena. La felicidad asomó al rostro del Licenciado. Así hubiera que combatir y reducir a estos indios, como lo había hecho antes en Tamalameque con el Jeque Alonso, el hecho era que iban a desembarcar por allí para reponer fuerzas, dar alivio a los enfermos y explorar nuevos caminos. Además, el Teniente General sintió en su pecho, que aquello era la tan ansiosamente esperada señal, de que se avecinaba el encuentro con ese misterioso algo que presentía desde cuando partió de Granada, en el Reino. Inmediatamente se embarcó con don Diego Hernández y partió hacia el sitio donde esperaba el resto de la expedición acuática. Una vez allí coincidió con las apreciaciones de su Capitán. Su aguda visión y su olfato de buenos marinos les indicaron que había condiciones ideales para fondear la nave en aquellos parajes. Después, al caer la tarde, en compañía de un grupo reducido de hombres de los más bravos, y armados de la mejor manera, se arrimarían en tres pequeñas embarcaciones a la playa para reconocer el terreno y precisar de qué se trataba lo que observaban.

Los doce hombres que acompañaron a tierra a don Gonzalo y otro de sus capitanes, se acercaron a la orilla completamente sigilosos, procurando evitar que por sus voces o ruidos fueran a ser descubiertos. Muy precisas habían sido las instrucciones de Quezada. Sin embargo, apenas el primero de ellos puso pie en la arena, se desprendió de la jungla un coro impresionante de gritos ensordecedores de monos, al tiempo que fueron sacudidas todas las ramas y hojas de aquella manigua, por la alzada al vuelo de un incontable número de bandadas de pájaros de todos los colores, que emitieron un concierto inesperado de violentos chillidos. Atónitos, los exploradores vieron cuando una manada de gigantescos lagartos que dormían perezosos una siesta bajo la rojiza luz del ocaso, corrieron aprisa y se sumergieron en el agua una vez que percibieron su presencia. Hasta los grillos adelantaron su canto nocturno, y la bulla de las ranas y cigarras se sumó a aquel barullo. A pesar de que el río bajaba cargado de aguas y emitía el grueso susurro de su corriente, los conquistadores oyeron pujar a los caimanes bajo su superficie y pensaron sin entender por completo el anuncio, que se aproximaba un cambio de los tiempos. Quezada, quien ya había dado muestras de no dejarse amilanar por las más complicadas circunstancias, ordenó hacer caso omiso de esa algarabía y dispuso que con todo tipo de precauciones se desarrollara el registro de la costa. A pesar de su cultura, ya iba familiarizando su carácter con la necesaria eliminación de los salvajes.

Los españoles encontraron un poblado de casas techadas con palma, con fogones encendidos aún y rodeado de cultivos de maíz ya a punto para recoger. Pero completamente vacío. Por los restos hallados en los bohíos concluyeron que quienesquiera que fueran los habitantes, seguramente habían emprendido la huida luego de haberse percatado de su llegada. El punto donde estaba levantado el caserío parecía una atalaya, por cuanto permitía divisar el curso del río hasta bien lejos, y era apenas obvio pensar que pese de la prudencia adoptada para acercarse, los naturales hubieran descubierto su presencia desde el primer momento. La noche se les vino encima y con ella la decisión de don Gonzalo de organizar una guardia completa hasta el amanecer. Aquellos indios le parecieron cobardes, pero no podía descartar que se atrevieran a sorprenderlos mientras dormían. Bonita sorpresa se llevarían si lo intentaran, pensaba Quezada acariciando el cuerno repleto de pólvora que colgaba terciado sobre su pectoral.

Todo en él era optimismo en ese instante. Al día siguiente, con toda su gente aquí acampada, con las reservas de grano encontradas, podrían empezar a enviar exploraciones de fondo a los alrededores. Seguramente que hallarían caminos, y no faltaría quién los pudiera guiar. La ruta hacia El Dorado al fin había sido localizada. Don Gonzalo llamó a su lado al Capitán San Martín y los dos fueron caminando con sus arcabuces en mano hacia el punto más apartado del poblado, más allá del cual, a sólo unos metros, volvía a tornarse tupida la vegetación de la selva. Seguidos por un par de soldados, los dos conquistadores especulaban sobre si sería más conveniente continuar río arriba o convenía más decidirse a buscar la cordillera que no parecía estar muy lejana. Animados, intercambiaban sus sueños de gloria y de fortuna, cuando a la luz de un largo relámpago advirtieron que desde el borde del follaje una figura humana los estaba observando. De inmediato ordenaron a sus hombres acercarse con una tea encendida, y tomando todos sus armas en guardia se abalanzaron rápidamente hacia ella. Pero la silueta no se movió un solo centímetro ni manifestó el mínimo indicio de temor. Más bien se diría que los esperó segura e impávida, consciente de que su propia imponencia bastaba para protegerla. Se trataba de un indigena entrado ya en la madurez, de cabellos grises y rostro cubierto por leves arrugas, sin una sola prenda de vestir encima, con la piel brillante como consecuencia de una sustancia oscura que lo embadurnaba de la cabeza a los pies, y poseedor de una elegante estampa. Quezada, que era hombre de letras, había procurado leer en la península todo cuanto se difundía sobre los indios del nuevo mundo, desde las mismas cartas de Colón y don Américo Vespucio. Y antes de emprender su viaje tras ser convencido por don Pedro Fernández de Lugo, había hecho el esfuerzo por tratar directamente con varios de los aborígenes llevados a la Corte por otras expediciones, para hacerse a una mejor idea de la real naturaleza de los hombres que iba a tratar en América. Por eso adivinó que se hallaba frente a un importante cacique o sacerdote de aquellas regiones, y se dijo que convenía más a sus intereses entablar una relación cordial con aquellas gentes, que empezar a desarrollar tempranos conflictos. Fue así como ordenó a sus hombres bajar las armas y registrar muy bien los alrededores para ver si alguien acompañaba al nativo. Éste los observó silencioso. Todo su ser despedía un aire de misteriosa dignidad impasible.

Sin que pudieran explicarse completamente el por qué de aquel prodigio, los españoles se encontraron comprendiéndose perfectamente con el indígena. Cuando el Capitán San Martín le preguntó si pertenecía a la familia de los bravos Malibúes de río abajo, el indígena lo miró con curiosidad y en cambio dejó escapar por dos veces la palabra yariguí. El Teniente General le puso en conocimiento que venían en nombre del Rey Carlos V de España y Alemania a conquistar para el Imperio aquellas tierras que el Santo Papa de Roma había reconocido como de su legítima propiedad. El indígena le hizo saber en correspondencia, que pisaban el territorio de los Yariguíes, perteneciente a ellos desde que existía la memoria en la gente, y que el punto donde se hallaban llevaba el nombre de La Tocca y era el lugar de encuentro de todas las naciones indígenas vecinas, al cual llegaban por el Yuma, río del país amigo. También les dijo que su raza jamás aceptaría dominio de ningún otro pueblo, pero que en cambio estaba dispuesta a brindar su hospitalidad y amistad a todos los que vinieran de tierras lejanas. Esa había sido siempre su actitud con los pueblos que subían sus productos desde las tierras cercanas al mar, para intercambiarlos allí con los que traían las suyas desde las tierras frías de las cordilleras del sur. Quezada quiso saber de esos países de las alturas y la clase de productos que trocaban. Escuchó con emoción cuando el nativo le habló del oro y de la forma tan delicada con que lo trabajaban tribus expertas en ello. La codicia brilló en los ojos de los conquistadores. A cambio de la promesa de partir al día siguiente, Quezada pidió al nativo que le informase de la vía más favorable para seguir avanzando. El indio le dio las señas del Opón, pero antes de hacerlo hizo jurar al Teniente General que jamás emplearía la guerra contra ellos, ni contra ninguno de los países amigos. Les puso en conocimiento que bajo el suelo de aquella jungla dormía con tranquilidad un fuego, y que si alguien de afuera llegara a violentar los indígenas, brotaría a la superficie, poseyendo el alma de los agredidos y cubriendo de desgracias al agresor. Les dijo también que una vez encendida la llama, sería imposible extinguirla hasta tanto no fuera restaurada la paz quebrantada y no se hiciera justicia con los muertos. Sabiendo que le mentía de nuevo, pues no pensaba irse al otro día, el Teniente General juró sin pudores que nunca haría la guerra. Luego se apartó unos pasos atrás y convidó al Capitán San Martín a conversar en voz baja sobre qué otras cosas convendría averiguar. Cuando se volvieron de nuevo hacia el nativo, descubrieron con asombro que había desaparecido.

Esa noche, en su improvisado lecho, don Gonzalo tuvo una serie de sueños fantásticos, en los que unas veces se vio a sí mismo como un poderoso Midas que todo cuanto tocaba transformaba en oro, y otras veces se vio convertido en una especie de divinidad a cuyos pies se inclinaban a venerarlo indígenas y peninsulares. Tal vez por eso, cuando despertó al día siguiente, resolvió olvidar para siempre las promesas que había hecho al amistoso yariguí. Don Juan de San Martín, más supersticioso que el Licenciado Quezada y quien ya había conocido en la región de Loba, cuando el fracaso del bachiller Viana, lo que significaban centenares de indios con arco y flecha embarcados en canoas ligeras y obstinados en no dejar avanzar los extraños, insistió varias veces ante el Teniente General sobre la posibilidad de olvidarse de todo y regresar más bien a Santa Marta. No le sonaba grato aquello de empeñar la palabra, con el deliberado propósito de faltar a ella. Pero fueron inútiles sus argumentos. Don Gonzalo le aseguró que no era falta mentir a infieles y menos en bien de La Corona, La Santa Madre Iglesia y sus propios intereses. Al indígena jamás volvieron a verlo, y cuando preguntaron por él a los aborígenes que lograron con los días atrapar, no consiguieron ninguna información. Sólo a Pericón, con quien don Diego Hernández puso a prueba sus poco escrupulosos métodos de investigación, consiguieron hacerle referir algo sobre el extraño visitante nocturno. Aunque no fue mucho. Sólo pudieron oírle, varias veces pronunciada entre sollozos, una palabra cuyo equivalente en castellano no era otro que espíritu.

La historia de la sorpresiva aparición, las promesas incumplidas de los conquistadores y las mismas dudas del Capitán San Martín, quien como lo reconoció más tarde, llegó a organizar un fallido motín contra Quezada a fin de hacerlo retroceder en su obsesiva marcha, no aparece registrada por la pluma de ninguno de los cronistas reales. Ni don Juan de Castellanos, ni fray Pedro de Aguado, ni las Noticias de fray Pedro Simón dan cuenta de ella. Sin embargo, yo pude leer en el claustro de un convento perdido en las montañas de Santander, un libro muy antiguo cuyas páginas casi se deshacían en mis manos a medida que las pasaba, copia en imprenta de un manuscrito original del año 1.558 atribuido a un tal fray Juan de Galeano, hermano de Martín, el fundador de Vélez, en el cual relata el religioso, en decámetros muy bien elaborados, todo aquello y las angustias postreras del Capitán Juan de San Martín, de quien fue su confesor cuando ya

viejo y cansado se aprestaba a morir. Es claro, según el texto, que el Capitán San Martín siempre atribuyó sus posteriores desgracias y las del mismo Quezada, después fundador de Santafé de Bogotá, al hecho de haber roto su promesa de no violentar los nativos. Y tan convencido de ello se muestra también el autor, que emplea varios versos en hacer amonestaciones a su hermano en el mismo sentido, por haber hecho la guerra a los Guanes. Para aquellos hombres del agonizante medioevo no cabía la menor duda de que la actitud de Quezada y sus capitanes fue algo así como la mecha que dio origen a la combustión del fuego de los yariguíes, y que la posterior actuación de los sucesivos conquistadores, era la causa de que no pudiera extinguirse. Fray Juan de Galeano exhorta a los hombres en la última parte de su obra para que restañen la justicia que resquebrajaron con sus hechos de sangre, so pena de sufrir sobre su propia piel las consecuencias de sus hechos, tal como lo anunció el espíritu yariguí.

Los viajeros de hoy, que suben o bajan raudos al impulso de potentes motores por las mismas aguas del Río Magdalena que recorrió don Gonzalo Jiménez de Quezada con sus expedicionarios, al contemplar desde lejos las altas torres de la Refinería de Ecopetrol en Barrancabermeja, en cuya cúspide arde magnífica la llamarada que ilumina muchísimos kilómetros a la redonda, ignoran desafortunadamente el origen último de aquella combustión inagotable. Quienes lo conocemos, identificamos la misma suerte aciaga que el destino reservó al Teniente General Licenciado don Gonzalo Jiménez de Quezada, con el sino trágico que reservaron los siglos a otros conquistadores modernos, como los Generales Carlos Julio Gil Colorado y Farouk Yanine Díaz, quienes también bañaron en sangre las verdes espesuras del Medio Magdalena. Al hacerlo, se nos hace un nudo en la garganta, recordando la silueta desnuda del misterioso e impasible espíritu yariguí, quien permanece constante alimentando el fuego de su pueblo hasta tanto no resplandezcan la paz y la justicia en el territorio de sus antepasados.

Los Abarcos, Montañas del Magdalena Medio, julio de 1997



## LA CAIDA DEL GUERRERO

Al principio Romaña tuvo vacilaciones serias acerca de lo que realmente sucedía. Descartó que soñaba porque el tiempo transcurrido en aquellas tinieblas era demasiado largo. Sus sueños siempre habían sido breves, y en ellos la sucesión de los acontecimientos lo trasladaba de una situación a otra en forma desordenada, mientras que aquí, la conciencia de hallarse sumido en la más absoluta oscuridad se prolongaba indefinidamente sin principio ni fin. No entendía bien cómo había resultado metido en aquel universo negro. Sólo sabía que estaba allí y que no veía nada, no escuchaba nada, no olía nada. Inicialmente pensó que estaba muerto, que esa era la muerte, pero desechó esa sugestión cuando no obstante haber intentado en vano contar los dedos de su mano que ubicaba frente a sus ojos, descubrió que al posarlos sobre su rostro los sentía. Tenía la certidumbre de que las almas no palpaban, de que todo cuanto intentaran tocar sería traspasado por ellas. Al menos eso había escuchado desde niño, cuando sus padres, tíos y abuelos conversaban en la finca sobre esos temas. Pero él sintió perfectamente su cara, sus dedos y todo el resto de su cuerpo, cuando inquieto por la duda deslizó sus manos por sus brazos, sus piernas, su cabeza y su tronco. En voz baja se dijo: "Estoy vivo". Y tras pensarlo unos instantes, agregó: "Y no estoy herido". Decidió que lo mejor era esperar. Muchas veces se presentaban cosas que no se podían entender y frente a las cuales la primera reacción era el reclamo por una explicación. Después, cuando ya todo resultaba claro, se caía en cuenta de lo imprudente que había sido obrar de esa manera, y se deseaba mejor no haber abierto la boca, pues con ello sólo se conseguía disminuir la opinión sobre la confianza que podían tener en uno. En el momento menos pensado, lo llamarían de la Dirección. Ellos decidirían la ocasión más conveniente para ello.

Lo que más llamaba su atención era que salvo su conciencia de sí y el hecho de sentirse, parecía como si no hubiera nadie ni nada más en la sombra espesa en que se hallaba. Su temor a violar la disciplina venció por un tiempo su deseo temprano de gritar para llamar a alguien. Después, su necesidad de compañía venció sus aprensiones y llamó con todas sus fuerzas a quien pudiera escucharlo, sin obtener siquiera la respuesta de su eco. Lo

hizo una y otra vez, muchas veces, con largos intervalos de tiempo entre una y otra ocasión, hasta que se cansó y resolvió no volver a insistir. Nunca tropezaba con nada ni sus manos encontraban ningún tipo de objeto. No tenía referencias para saber en dónde estaba el norte o el sur, y no podía saber si estaba arriba o abajo. Eso mortificaba especialmente su ánimo, pues tantos años de guerra lo habían habilitado para orientarse aun en la más oscura de las noches, hasta el punto de ser capaz de regresar por la misma ruta sin haber encendido una sola vez la linterna. Aquí tenía que reconocerse absolutamente perdido, pues no tenía la menor idea de a partir de cuál punto había empezado a deambular. A la molestia de no toparse ninguna cosa, se añadía la de no poder captar el transcurrir del tiempo. Allí no había días ni noches, mañanas ni tardes, inviernos ni veranos. Tampoco sentía que le crecieran las uñas, ni el cabello, nunca había tenido barba, luego no podía saber cuánto tiempo llevaba allí. No le valió llevar la cuenta de las veces en que se acostaba a dormir, porque el sueño se tenía con frecuencia unas veces y otras tardaba mucho en manifestar sus afanes. Incluso, si se quedaba en silencio, no podía distinguir con certeza si estaba despierto o no. Sólo esperaba que la explicación que le dieran los de la Dirección compensara la paciencia de que hacía gala. Se felicitaba por haber sido siempre un hombre de pocas palabras, pues pensaba que si hubiera sido uno de esos que necesitan estar hablando a todas horas, seguramente ya se habría vuelto loco. De lo que sí tenía la certeza era que su estadía en aquella oficina de tránsito, como había resuelto llamar su estado, se estaba prolongando mucho más allá de cualquier cálculo. Y sin posibilidad de terminar la biografía de Camilo que tenía pendiente. Ésta hubiera sido la oportunidad para leer ese y otros libros.

Pensaba en eso, cuando le pareció ver una mariposa brillante que en forma fugaz voló nítida a una distancia no muy lejana. Era la primera vez que podía calcular una distancia, lo que le abrió enseguida las puertas a su curiosidad. La mariposa, o lo que fuera que se le parecía, se mostraba y luego volvía a desaparecer, unas veces a la izquierda, otras a la derecha. Romana, intrigado, quiso acercarse a ella, pues su vuelo más bien era suave y lento. Caminó hacia allá. Como sus pasos no producían ruido alguno, estaba seguro de no asustarla. Por su parte, la cosa que volaba detuvo su movimiento y quedó fija como si flotara en el aire. Entonces le pareció a Romana que en realidad no era una mariposa,

sino un par de cocuyos gemelos que danzaban tomados de sus patas. Al arrimarse más, percibió que aquellos foquitos también lo habían detectado a él y que se le aproximaban. Se le situaron a unos 50 centímetros, justo a la altura de sus ojos, apagándose por instantes pero brillando de nuevo enseguida. Romaña comprendió que se trataba de otra persona y que lo que había estado siguiendo era su parpadeante mirada. Apenas le dijo: “Buenas”, escuchó de inmediato una voz familiar que le respondió: “¡Jefe! No sabe cuánto tiempo llevaba buscándolo, mi hermano”. Emocionado, Romaña se lanzó a los brazos del otro, que no veía pero sabía que estaban allí, y abrazándose a él exclamó: “¡Aníbal! ¡Negro! ¡Es un gusto encontrarlo!” Diez segundos después, el par de guerreros lloraban felices por volverse a encontrar, y se contaban atropelladamente todas las desventuras soportadas tras su caída en aquel laberinto. Más calmados, se sentaron en el suelo y continuaron su conversación. Aníbal advirtió que no tenían ningún afán, pues si querían, podían quedarse hablando allí para toda la eternidad. “Estamos muertos, Jefe. Hace ya mucho que abandonamos el mundo”. Romaña no quiso creerle. “Yo que le digo, mi hermano. A mí ya me lo confirmaron”, insistió el negro. Romaña discutió: “Pero ¿Cómo? Si estuviéramos muertos no estaríamos aquí hablando, ni sentiríamos nuestros cuerpos al tocarlos. ¡No somos almas!” Aníbal respondió: “Tal vez no seamos almas, pero lo que sí somos es finados, Jefe. Créale al negro cuando le dice”. Romaña empezó a recordar. Claro, se dijo en silencio. Si al negro lo mataron cuando estaba con la Franco por el Opón. Y eso hace meses ya. Entonces pensó que estaba dormido y que soñaba. En la Escuela había aprendido bien que la muerte era la interrupción definitiva del funcionamiento del organismo y que sin éste no existía pensamiento, ni sentimientos, ni nada. Luego hallarse conversando Aníbal carecía de lógica. El negro siempre se dormía en clase y por eso no había aprendido. Eso lo explicaba todo. Aníbal interrumpió sus cavilaciones: “Sé lo que piensa, Jefe. Pero acuérdesse de una cosa: los revolucionarios nunca mueren, aunque destrocen sus cuerpos”. Romaña quedó mudo. El argumento había sido contundente. Aníbal agregó: “Nuestra tarea es contribuir a mantener en alto la moral de los muchachos”. Romaña se sorprendió con el alud de recuerdos que se precipitó a su mente. La carrera del civil en la Cooperativa y el grito: “¡Viene gente uniformada! ¡Y armada!” La balacera que siguió. Se vio a sí mismo como en un video, rodilla en tierra cubriendo la retirada de los demás. Y su decisión: “¡Aquí me hago matar, pero los civiles salen!” Lo

comprendió todo. Había caído combatiendo. Aníbal prosiguió: “Los que morimos para que los demás vivan, ganamos el derecho a continuar”. Romaña balbuceó: “Explíqueme el resto, negro”. Aníbal lo atendió: “Después de vagar por las tinieblas también hallé unos ojos. A mí me explicó todo Sandra, la del 12. ¿La recuerda? En adelante, cada uno será el espíritu guardián de la región donde cayó. Ahora que lo encontré a usted, Jefe, puedo cruzar otra vez el Magdalena y situarme en el Opón. Ya casi me voy”. Romaña preguntó: “¿Con quién voy a encontrarme yo?” El negro respondió: “Con otro del mismo Frente, hay alguien que espera por usted”. Romaña interrogó: “¿Miryam?” “¿Y quién mas iba a ser?”, repostó Aníbal. Y añadió: “Sandra me dijo que Miryam no aceptaría a ningún otro y que si usted también la prefería a ella, iban a dejarlos juntos para que cuidaran de la región del Nordeste”. Romaña se sintió poseído de una violenta ansiedad. Preguntó: “¿Cuándo me encuentro con Miryam?” El negro aclaró: “Después que me prometa una cosa Jefe. Ustedes van a ayudar a los guerreros vivos, para que puedan conservar a su lado la pareja que aman”. Romaña contestó: “Eso es lógico. No tiene discusión”. Y picado por la curiosidad preguntó a Aníbal a qué se había comprometido él. No pudo ver la sonrisa del negro, pues el vicio de fumar había cubierto su dentadura de una película que le impedía brillar. Pero Aníbal estaba más que complacido. “La misión principal es mantener viva la llama de la esperanza en la conciencia de los combatientes, Jefe. Ellos nunca nos verán, pero sentirán nuestra presencia. Lo de la promesa es un favor al que tenemos derecho. Yo voy a ayudar a los guerreros vivos para que nunca les falten los cigarrillos, mi hermano. Los días en la Franco fueron difíciles”. Romaña preguntó: “¿Entonces yo hubiera podido comprometerme a otra cosa?” Aníbal respondió: “¡Claro! Pero ya no. Ya me hizo una promesa”. Romaña argumentó: “Pero fue una viveza suya negro. No me dijo que podía escoger”. El negro exclamó: “¿Y se arrepiente de lo que dijo?” “No. Eso está bien. ¡Pero ni en la otra vida deja usted de ser tramposo, negro!”, le replicó Romaña riéndose de la inagotable malicia de su interlocutor. Éste le dijo: “Lo que pasa Jefe, es que a la gente hay que ayudarla en sus cositas. Ustedes sólo piensan en la política. El negro poco entiende de eso, pero mis mafias son buenas. El negro siempre ha sido firme con su gente”.

Romaña lo abrazó y se despidió de él: “Gracias por todo, negro, me voy a buscar a Miryam”. Tras la calurosa despedida de Aníbal, Romaña echó a andar sin ningún rumbo.

Entre semejante oscuridad le era imposible saber a dónde dirigirse. Sentía una felicidad enorme. Había muerto como caían los guerreros, combatiendo. Había ganado el derecho a la eternidad. Y para rematar, iba a volver a encontrarse con Miryam y a seguir con ella para siempre. Volvió de nuevo a sentir la opresión del silencio y de la ausencia de las cosas. Al cabo regresó su inquietud por no poder determinar el transcurso del tiempo. Cuando ya comenzaba a desesperar, divisó a lo lejos el aleteo de una mariposa dorada. Seguro de su significado, se abalanzó hacia ella en veloz carrera. No fue sino abrazar a Miryam y la oscuridad desapareció enseguida. Desde lo alto, en medio de una atmósfera infinitamente azul, vieron los dos cómo los rayos del sol iluminaban la margen izquierda del Río Magdalena. Y como si fuera un mapa, empezaron a localizar sobre el terreno los sitios conocidos. Sus ojos, un poco encandilados aún, distinguieron el valle del Río Cimitarra, las ciénagas, las montañas tapizadas de verde, el barro rojizo de las minas, los pastizales de los potreros. Buscando con más detalle, descubrieron una columna guerrillera que avanzaba por entre la selva. Se acercaron a ellos. Reconocieron su gente. Miryam tomó de la mano a Romaña y le susurró al oído: “Vamos. Marchemos siempre con ellos. Nuestra tarea nos espera”. Romaña asintió, recordó a Aníbal y dejó escapar una carcajada de alegría.

Montañas del Nordeste, primavera de 1997

## EL CENTINELA

Augusto había tenido un sueño bastante accidentado. Sus nervios agitados estuvieron invadidos por molestas pesadillas en las que duendes fantasmagóricos que parecían brujas le puyaban el cuerpo sin cesar, unas veces por la espalda, otras por el abdomen y el pecho, e incluso llegaron a aferrársele como sanguijuelas a los pies hasta desesperarlo. Unos instantes atrás, para librarse de ellos, había pateado poseído por el miedo la cama en que dormía con el cuerpo completamente estirado y boca abajo, produciendo un ruido tal de tamboreo con su lecho que se despertó angustiado. Con voces chillonas, los horripilantes seres lo insultaban con sobrenombres y voces soeces. Sintió una solitaria vergüenza ante el pensamiento de que sus demás compañeros, que dormían en caletas cuidadosamente ordenadas por hileras al lado de la suya, se hubieran percatado de que era él quien estaba con su escándalo interrumpiendo la tranquilidad de su descanso nocturno. Su corazón palpitaba a ritmo acelerado. Procuró calmarse, sabiendo que despierto estaba libre del alcance de aquellas fastidiosas sabandijas. Sin embargo, no pudo evitar inquietarse con la incógnita acerca del significado que pudieran tener sus revelaciones oníricas. Éstas se habían presentado de una manera y otra durante las 4 horas que llevaba durmiendo y varias veces lo habían hecho despertar. Por ello en vez de sentirse aliviado con el reposo, experimentaba una enorme pesadez en su cerebro, acompañada de fatiga en sus miembros y un ardiente escozor en el rostro. Semejante incomodidad lo mortificaba hasta casi exasperarlo. Antes de volverse a dormir, optó por cambiar la posición de su cuerpo y alcanzó a pensar en que la comida de ese atardecer había estado ligera y por tanto no la podía culpar como causante de su estado. Alguna otra razón tenía que haber para que su subconsciente escondiera una alteración tan aguda. Reparó en la claridad de la luna que al traspasar su carpa de techo y el toldillo negro de seda tomaba una tonalidad alucinante. En ese momento escuchó acercarse los pasos del relevante y le oyó llamarlo por su nombre. Augusto dudó entre si vendría a preguntarle por su anterior pataleo o a llamarlo para su turno de guardia. Sintió que la turbación se apoderaba de él por tener que explicar lo primero. Pero era para lo segundo. Entonces se levantó y sentado en el borde

de la cama se puso las botas y se caló las fornituras. Enseguida se paró, estiró su brazo hasta tomar el fusil con su mano, cogió el sombrero y se inclinó para salir de debajo de la carpa. No hacía falta llevar la linterna. La noche brillaba con la luna llena y había suficientes espacios entre el ramaje de los grandes árboles bajo los cuales se hallaba el campamento, como para que la luz se filtrara con la amplitud necesaria para poder distinguir todos los objetos cercanos sin ayuda. Al iniciar el recorrido hacia la comandancia de guardia, Augusto sintió la molestia de un hilo de tela de araña que parecía desprenderse del ala de su sombrero, ir hasta su nuca, enredarse con su cabeza, pasar sobre su cara y caer aun hacia sus manos. Con gesto de repugnancia afiló sus dedos como si se tratara de las uñas de un gato y se los pasó por donde quiera que sintió la sensación pegajosa. Así estuvo intentando desprejar aquella fibra hasta que le fue ordenado cargar el arma y ocupó el puesto del anterior centinela. Creyó haberse desprendido de ella. Los ruidos ya familiares de la selva ocuparon su atención durante los primeros minutos. El suave desplazamiento de la corriente del cañito del que tomaban el agua para el casino, sonaba acompasado con el canto de los grillos. Las luciérnagas, hacia el fondo de la oscuridad de la montaña, encendían su titilante foquito que delataba el capricho de sus movimientos. Recordó la muchacha que quiso enamorar una vez sin conseguirlo, para quien construyó unos primitivos versos con el fin de hacerle conocer sus aspiraciones y los fue recitando mentalmente.

### **Canción del viento**

La música de las hojas y la brisa en la montaña

voló con esta razón al ver perdida mi calma

la luna compadecida me dictaba estas palabras

para llegarte con ellas y su fino acento al alma.

Si quemas este papel molesta después de verlo

o si decides mejor arrojar mi nota al viento

el aire estará embrujado y luego cuando respires  
inhalarás sin saberlo toditos mis sentimientos.

Y si decides guardarlo dándolo por perdido  
un pedacito de mí llevarás siempre contigo  
eso cantaron en coro anoche miles de grillos  
que quieren que tú me quieras y vivas junto conmigo.

Prometieron que harán fiestas cuando aceptes mi cariño  
y que un carnaval de cocuyos alumbrará nuestro nido  
desde una antigua comparsa de estrellas y luceritos  
los astros habían escrito que unirnos es un destino.

La guerrera había reído alegremente impresionada por el contenido que le pareció absurdo, y terminó por agradecerle el cuarteto y decirle que estaba bonito pero eso había sido todo. Vino entonces a la mente de Augusto la dimensión de la soledad de su vida cotidiana y personal. Pensó en lo hermoso que sería tener al lado una mujer bonita, o que al menos a uno le pareciera bonita, y que lo quisiera de verdad. Seguro que el mundo entonces carecería de penumbras. Pero enseguida pensó en que todo lo que uno desea es maravilloso mientras es inalcanzable, pero en cambio se torna tortuoso y difícil cuando está en nuestras manos. ¡Qué incomprensible era la vida! Cuando sintió que un hálito de pesadumbre comenzó a inundar su pecho trayéndole sensaciones de angustia, resolvió distraerse mudando mejor sus pensamientos. Le ayudó a cambiar de ideas la comezón aislada producida por la picadura de algunos mosquitos sobre su piel. Varios capotillos se obstinaron en perseguirle las orejas, por lo que se dio a palmoteárselas con el fin de aplastarlos o al menos espantarlos. En silencio se quejó por haber olvidado llevar la



chinga. El temor a la Leishmaniosis siempre lo acompañaba. Más que a ella misma, le tenía pavor al tratamiento. Por lo menos 10 inyecciones de Glucantime aplicadas día a día o uno de por medio, directamente en redondo de la llaga. Había visto llorar gente muy guapa cuando la aguja se introducía bajo la piel y se hacía girar a la izquierda y a la derecha por cada punto cardinal. Rogó en su interior porque ninguno de esos bichos estuviera infectado. Su fastidio fue en aumento. De pronto volvió a sentir el hilo de la tela de araña del que creía haberse desprendido hacía un rato y se empeñó en librar otra lucha con él para quitárselo de encima de una vez por todas. Nuevamente consideró que lo había logrado. Varias veces, entre una y otra visita del relevante, a quien recitaba un no hay novedades y el santo y seña cada vez que le preguntaba una y otra cosa, volvió a repetirse su batallar con aquel hilo de red de arácnido. Esta palabra lo llevó a recordar los escorpiones y sus diferencias con los alacranes, por lo que se dio a divagar un buen rato acerca de la cruel ponzoña de aquellos animales tan extraordinariamente bellos y extraños. La fibra se le aparecía sobre una oreja y el cachete izquierdo, otras sobre la nuca y la frente, otras ensortijada entre sus dedos, pero siempre creía Augusto haberse desprendido de ella. Hecho su relevo se dirigió a la cama. Al meterse bajo el toldillo buscó la linterna y la encendió para examinarse con mayor cuidado. No vio nada extraño sobre su piel. Colocó la luz contra su faz y extrajo su pequeño espejo de bolsillo para recorrer con su vista su cara por partes. Nada. Tampoco tuvo más la sensación pegajosa. Apagó la luz y se envolvió en la sábana esperando que después de dos horas en vela, sus pesadillas hubieran desaparecido. Ya estaba para dormirse de nuevo cuando volvió a sentir sobre sus párpados el hilo de la tela de araña. Con rabia, adoptó la decisión de atraparlo a como diera lugar, y para ello movió lentamente su mano derecha hacia sus ojos. Cuando sintió la delgada fibra entre las yemas de sus dedos pulgar e índice, estiró la otra mano con cuidado hacia la linterna y la encendió. Acercó sus dedos a la luz y se sorprendió con el color de aquel hilo. No era blanco ni grisáceo claro, sino completamente negro. Despacio, se sentó en su lecho y fue estirando el brazo para observar por completo aquello. Entonces descubrió que se trataba de un largo cabello de mujer. Su dueña tenía que ser una muchacha de cabellera exuberante. Quizás en el día había estado sentada en su cama sin que él la hubiera visto. O tal vez había pasado caminando por el lado de su carpa y de su melena se había desprendido un cabello que

había quedado sostenido por casualidad en el borde de la misma, de donde se le habría superpuesto a él al levantarse. O quién sabe, de pronto en el día ella había pasado por su lado y el cabello se le había depositado en su humanidad sin que él lo percibiera. Casi vencido por el sueño, levantó el toldillo y cuidó que el cabello cayera al piso desde donde no pudiera fastidiarlo. Al recostarse de nuevo, concluyó que esa era la causa recóndita que lo había tenido tan perturbado en sus primeras horas de recogimiento, y ya para dormirse atinó a pensar en lo estúpido que resultaba haber confundido aquel cabello de mujer con una larga fibra de araña. Una última voz le gritó desde muy adentro, unos segundos antes de caer en el abismo de la inconsciencia, que no estuviera tan seguro de eso. No siempre resultaba tan estúpido confundir esas dos cosas. Augusto se durmió profundamente. Ya no tuvo más pesadillas. En su lugar, llegaron a hacerle compañía infinidad de sueños tristes.

Magdalena Medio, julio de 1997

## LA PESADILLA DEL TENIENTE

A la orden del teniente la tropa barrió con fuego por tercera vez el terreno desde el cual lograron precisar que la guerrilla había estado disparándoles. Al rugido de la ametralladora que se prolongó unos segundos más allá de las detonaciones de los fusiles y de las granadas, volvió a responder de nuevo un desconcertante silencio. Uno de los soldados gritó con fuerza: “¡Esos perros ya se fueron, mi teniente!” El oficial, que todavía tenía sus dudas, ordenó una cuidadosa exploración sobre la carretera. Había vivido 40 minutos de miedo, que fue el tiempo durante el cual se prolongó el cruce de los disparos, pensando en lo atrevidos y descarados que habían sido los guerrilleros. “Atacarnos aquí, en la Base, con todas esas patrullas de refuerzo ubicadas tan cerca. ¡Y bien armados que están los malnacidos! Hasta con mortero nos dieron”. Temía presentar ante sus superiores un parte de bajas en sus propias tropas. Y sobre todo tenía miedo de morir. Pero al parecer todo había terminado sin consecuencias. Cuando le confirmaron sus hombres que los guerrilleros se habían ido, dispuso registrar el área aledaña. “¡Busquen bien! Algún baboso puede estar herido o muerto por ahí”. Tras unos segundos, escuchó la algarabía alegre de uno de los comandos de registro. “¡Aquí hay un perro muerto, mi teniente! ¡Con todo! ¡Un M 16!” Entonces el teniente se irguió y avanzó hacia allá con otro grupo de hombres. Entre los matorrales, a la orilla de la carretera, yacía el cuerpo sin vida de uno de los atacantes. Un charco de sangre crecía bajo su cadáver. Un soldado voluntario le entregó en las manos el fusil. Ordenó que volvieran el cuerpo yacente boca arriba y examinó su aspecto. Unos ojos clarísimos parecieron mirarlo con el brillo ausente de la vida. De uniforme negro, estatura regular, fornituras y arneses adheridos al tronco, con un sombrero verde de ala recogida sostenido al cuello por un barboquejo, y botas de caucho en las que incrustaba sus pies, el muerto se le antojó más grande de lo que lo veía. El rostro pálido, de bigote incipiente y pómulos firmes, lo impresionó por el gesto de sus labios. Aun sabiendo que estaba muerto y era inofensivo, la mueca de coraje y desprecio que leyó en su boca penetró profundamente en su ánimo hasta conseguir turbarlo. “Este perro era un varón”, pensó. Y dijo a sus hombres: “Hasta jefe debía ser este

malnacido, por la pinta y el fusil que tenía”. Estiró la mano hacia el bolsillo de la camisa que vestía el cadáver para buscarle sus documentos, y al desabotonarlo alcanzó a leer bordado en la parte interna de su tapa con hilo amarillo: “Oscar”. Cuando supo su nombre, otro estremecimiento recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. No porque identificara al muerto con alguien que hubiera conocido, pues el nombre no le decía nada, sino porque sintió que abría la puerta hacia un laberinto enigmático. “¿Qué diablos es lo que me pasa?” Tragó saliva y dudó si continuaba adelante. Uno de sus hombres exclamó: “¡El perro es de las FARC. Tiene esa marca por dentro del sombrero!” Los soldados se miraron a los ojos unos a otros. “La cosa no va a parar aquí no más entonces”, dijo el teniente mientras extraía la cartera del bolsillo del muerto. Sus dedos buscaron entre la billetera forrada en plástico y tomaron una cédula de ciudadanía. La fotografía correspondía al muerto, aunque se viera que allí tenía algunos años menos. El teniente se vio inspeccionado desde el recuadro del rectángulo de cartón laminado, por la misma mirada retadora del guerrillero que yacía a sus pies. Por una milésima de segundo, un destello de vida pareció desprenderse del papel y hundirse como un puyazo de avispa en el corazón. Asustado, el teniente disimuló su estado ante sus hombres y les dijo: “Santandereano el miserable. Esta gente vino de lejos. No son de los mismos que había por aquí”. Ordenó regresar a la base y que condujeran el cadáver con ellos. Para demostrarse que no había razón para su turbación, aclaró: “No vayan a levantar ese muerto. ¡Es arrastrado que lo van a llevar! ¡Como se lleva a los perros!” Lanzando gritos y aullidos, los mercenarios tomaron a Oscar por los pies y fueron halando su cuerpo hasta recorrer los escasos metros que los separaban de la Base. Durante el recorrido, la cabeza del muerto fue golpeándose sucesiva y grotescamente con las rocas y la gravilla de la trocha, mientras uno y otro de los voluntarios decían con sorna: “Ay, no me despeinen por favor”, “¿Dónde estará la mamá de este hijo de perra?” No fue sino soltar el cadáver frente a la Base y una nueva sucesión de tiros y explosiones se escuchó de repente. La voz del teniente, del sargento y de los cabos se elevó por los aires a todo volumen ordenando tomarse las trincheras, cubrir este y aquel flanco y hacer fuego. Todos los hombres saltaron como liebres a sus puestos y por lo menos durante 5 minutos estuvieron disparando a sus campos de tiro, de manera indiscriminada, sin saber a quién ni a qué le tiraban, posesionados de pánico, imaginándose muertos o como prisioneros vivos durante

un tiempo impreciso en la selva. Cuando el sargento logró indicarle a los gritos al teniente que la cosa no era con ellos sino cerca, seguramente con una de las patrullas que venían a reforzarlos, dio éste la orden de cesar el fuego y tras casi un minuto de vociferar sargento y cabos con toda la fuerza de sus pulmones, lograron por fin que las armas hicieran silencio. Hubo conversaciones agitadas y angustiosas por la radio entre el teniente y el capitán al mando de la Compañía y entre éste y el Comandante del Batallón. El coronel ordenaba adoptar medidas extremas de seguridad, recordaba que estaba por celebrarse el aniversario de los bandidos, advertía que con suficiente antelación se había dado aviso a todas las unidades para que estuvieran alerta, recomendaba no desesperar y comprometía oportuno apoyo aéreo y terrestre. El teniente dio cuenta de un herido en sus filas y de un baboso dado de baja con fusil y demás elementos de guerra en su haber. Otra patrulla confirmaba un duro enfrentamiento con los bandidos cerca de la base, dando parte de tres heridos a bala y de gracias a la Virgen porque no les había funcionado el campo minado a esos perros. Clamaba por refuerzos. Cuatro horas más se prolongó el combate. Entonces oyeron de un soldado muerto. Durante todo ese tiempo, el teniente y sus hombres permanecieron atrincherados a la espera de un nuevo ataque que no se produjo. En la tarde, oyeron el ruido de los helicópteros y del DC-10 que se acercaban, lo que les encendió otra vez el ánimo acoquinado desde el alba. “¡Ahora sí van a saber lo que es bueno esos perros malditos!”, bramó el teniente. En el mismo sentido se oyeron expresiones de la tropa. Los aparatos sobrevolaron el área de la base y luego se dirigieron hacia el sitio del enfrentamiento. Uno de los helicópteros, tras exigir aseguramientos y una vez se percató de ellos, descendió al lado de la base. Entre varios soldados levantaron el cuerpo de Oscar y lo subieron a la nave. El herido, atendido apenas con los primeros auxilios, también fue izado al helicóptero. El teniente lanzó una mirada al guerrillero muerto con la idea de verlo por última vez. La cabeza descolgada hacia atrás, con el cabello liso empastado en barro, le pareció moverse. Volvió a encontrar aquellos ojos felinos grandes, de jaguar vencido, y le pareció que la mueca de los labios había acentuado su gesto de desprecio. Podría hablar de él como de su trofeo de guerra, pero le inspiraba resquemor. No sabía por qué, pero le despertaba miedo. Ese hombre había sido capaz de morir por una idea, en tanto que él no se sentía con los cojones para morir ni por el sueldo que le pagaban. De alguna manera era superior a él. Y él no estaba seguro

de poder salir de allí con vida, todavía no se sentía a salvo, mientras que el guerrillero descansaba tranquilo, seguro de que sus compañeros arreciaban la guerra. Fue sacado en un instante de sus meditaciones por el sonido de las bombas y las ametralladoras que desprendía el apoyo aéreo a un par de kilómetros de ahí. La hélice del helicóptero giró cada vez más rápido y se fue arrastrando, como guindado de ella, el cuerpo del aparato que se fue alejando lentamente. El teniente entró a la base y se puso a seguir las comunicaciones del apoyo aéreo con la tropa de tierra. Oyó cómo los pilotos de los helicópteros alegaban que no podían descender más porque los bandidos les estaban disparando y podían bajárselos. El DC-10 también soltaba sus ráfagas desde una altura que hacía imposible alguna efectividad. Al poco rato, el teniente escuchó desilusionado cómo el apoyo aéreo anunciaba su regreso a Berrío y Palanquero. “Claro, los guerrilleros están en tierra, atrincherados, tienen M-60 y fusilería apuntando hacia las naves, como si fueran cazadores de patos, mientras que los pilotos no saben el lugar exacto donde se esconden los bandidos y tienen ante sus ojos un inmenso terreno montañoso para derrochar munición en balde. Así eso no sirve para nada”. Se aterró de su reflexión, sobre todo por la amargura que le ocasionó descubrir una verdad tan obvia. Se acercaba la noche y el teniente sabía que ella era más amiga de los guerrilleros que del Ejército. Imaginó lo larga que iba a parecerle y por primera vez se acordó de Dios. Entonces le pidió que lo favoreciera, le suplicó perdón por todos sus pecados y le prometió cambiar su conducta si le permitía salir bien librado de ésta. Recordó a su joven esposa y a su pequeño hijo y tuvo deseos de llorar. Convocó al cuerpo de mandos de la Base y se explayó en todo tipo de consignas. La mitad del personal permanecería de pie y en guardia mientras la otra mitad dormía. Se turnarían así de a dos horas durante la noche. Fuego a la menor señal de aproximación enemiga. Grupos de combate por flancos. Alguien le preguntó si no tenían un plan de retirada. Le respondió que salir de allí para cualquier lado sería abandonar una posición fortificada para ponerse a merced del enemigo, en un terreno que debían conocer mejor que ellos. Afortunadamente la aviación había traído munición y granadas para combatir con confianza durante mucho tiempo. Procuró inculcar moral a la tropa, pero la verdad él también tenía desánimo. Hacia la media noche la fatiga lo venció obligándolo a buscar su cama para recostarse. Comunicar la más mínima novedad y que cada hora lo llamaran para el QSO, “así sea para informar

que nos están comiendo vivos, porque apoyo no va a llegar aquí. Les da miedo que les tumben los helicópteros y se cagan pensando en posibles emboscadas. Nos llevó el diablo”, aunque esto último lo pensó sin permitirle convertirse en palabras. Con sólo tocar la cama se durmió. Entonces vino a su mente la imagen del guerrillero muerto, con sus ojos claros enormes cargados de insolencia. Se le venía encima, vivo, y le pareció que se reía de él. Sus pupilas tenían un juego semejante al de ciertos videos en los que las imágenes se agigantan para luego reducirse o en los que las vemos muy cerca y se nos van alejando rápidamente. Se vio a sí mismo llamándolo por su nombre y diciéndole que viniera, que quería decirle algo. Entonces Oscar corrió hacia él con el arma en guardia, avanzándole con mirada hostil, hasta hacerlo sorpresivamente recordar que era un guerrillero y que seguramente venía a matarlo. Levantó entonces su Galil para dispararle primero y advirtió con asombro que no tenía puesto el proveedor. Trató de recordar angustiado si tenía o no tiro en la recámara del arma, como la última opción de un condenado para salvar su vida. Apuntó hacia Oscar sudando de terror y al apretar el gatillo apenas sonó un Click de recámara vacía que llevó su horror al paroxismo. Oscar levantó aún más su arma y se aprestó a matarlo, pero no lo hizo. En su lugar se llegó hasta frente a él, lo miró con una seriedad que se mudó en sonrisa y le dijo unas palabras que él agradeció con alivio. Tanto que lo movieron a palmearle amistosamente en el hombro. “Claro, claro que sí. Es correcto”, le respondió conmovido. Así finalizó su sueño para volver a comenzar de nuevo de manera exacta. De pronto se preguntó por qué no lo llamaban si había dado órdenes claras, y desde las profundas inmensidades de su subconsciente empezó a librar una desesperada lucha por despertarse. Apenas abrió los ojos resonó en su cerebro el eco de la frase que le había dicho Oscar, pero al intentar repetirla no acertó a recordarla y sintió que huía de él inexorablemente. Atendió el reporte por la radio, pasó revista a los atrincheramientos, visitó los centinelas, conversó con el sargento y volvió a recostarse. El mismo sueño. Idéntico. Se dijo que al despertar recordaría ahora sí las palabras del guerrillero. Pero le sucedió igual que la primera vez. No podía traerlas a la realidad. Desde las 5 de la mañana estuvo en pie. Recordó que el ataque del día anterior se había iniciado poco antes de las 6 y se puso a animar a sus hombres para el caso de un hostigamiento o un asalto. “¡Aquí no se rinde nadie! ¿Oyeron?”, repitió varias veces. Escogió 15 hombres para enviarlos a una descubierta por los alrededores de la Base. Uno

de los cabos saldría con ellos tan pronto como fuera total la claridad. Unas 2 horas después regresaron. “Sin novedad, mi teniente. Sólo que los guerrilleros que pelearon ayer con Coyote 2 todavía permanecen en el mismo sitio, y que hay otros con un retén instalado para el lado de abajo. Coyote 3 tampoco se les mete por temor a una trampa. Los guerrilleros hablan con los civiles y les reparten propaganda. Unos periodiquitos. Resistencia. Son hasta bacanos. Ahí trajimos varios para que los miremos a ver qué es tanta basura que hablan. Hasta hay una entrevista con un propio, un profeta. Tome mi teniente”. “¿Nada más?” “Ah, sí, mi teniente. El Desfigurado, el Terrorista y el Ratón que les mandaron una nota por escrito a los guerrilleros con unos civiles”. “¿Cómo así?” “Vainas de ellos, mi teniente. Dizque recogieron el sombrero del baboso muerto ayer, que se quedó del helicóptero, y se lo mandaron a los guerrilleros diciéndoles en un papel que vinieran por el fusil, que con ese si nos quedábamos. Un poco de tonterías así. Eso es todo”. El resto del día se escucharon por varias veces, con algunos intervalos de horas, intercambios de disparos en distintas direcciones cerca del área general de la base. El coronel echaba espuma por la boca. Instrucciones minuciosas sobre cómo acercarse para las patrullas de apoyo. “Tan exigentes, que mejor es decirles de una vez que se estén quietas y no se muevan porque con tanto misterio las tiene es inmovilizadas”, pensaba iracundo el teniente. “¿Usted qué cree, sargento? ¿Será que teniendo bloqueados los refuerzos, los perros esos se nos meten con todo aquí?” “No creo, mi teniente. Yo he estado en otras situaciones así. Los malditos son bastantes, están regados, con buenas armas, aferrados al terreno, ya no le comen cuento a la aérea, pero saben que nosotros los estamos esperando. Por eso, asaltarnos, no creo”. “¿Y entonces por qué no se van?” “Yo creo que cazaron la pelea y esperan que nos les metamos. Los malditos deben tenerle el ojo a todas las patrullas. La que se equivoque se muere. Si se aburren, van a hostigarnos. No hay que darles papaya”. A la tarde volvió a salir la descubierta. Los carros de línea ya habían entrado. “La gente muy brava, mi teniente. Abajo no les dejan pasar comida”. “¿La guerrilla?” “No, mi teniente, el Ejército”. La base, situada en la entrada a El Paso de la Mula era punto de observación para todos los movimientos desde Remedios y Berrío a esa zona. El teniente sabía la mar de gente que salía perjudicada con la medida. Volvió la noche. Los repetidos QSOs. Las medidas. La seguridad. Los nervios. El sueño. Oscar. Las palabras que no podía recordar al despertar. “Algo quiere decirme el alma de ese perro



que no me deja descansar. Tengo que recordar la frase”. Tres días más tarde la situación seguía siendo exactamente la misma. Los nervios de la tropa estaban a punto de estallar. “Somos el Ejército regular y tenemos 5 días de estar arrinconados aquí, sin relevo, sin refuerzos, sin esperanzas de salir. Parece cosa de locos”. El teniente era el más afectado de todos. Tenía serios problemas para dormir, entre otras cosas porque no podía cerrar los ojos sin que se encontrara con la mirada fija de Oscar y su mueca de desprecio. El afán por recordar la frase que le decía, y el repetido terror que lo dominaba cada vez que dudaba si tenía cargada el arma o no, se prolongaban mucho rato después de haber despertado. Las comunicaciones con el capitán y el coronel se le antojaban como un dictado ortográfico aprendido de memoria, rico en toda clase de acentos pero sin ningún sentido serio. Al despachar la descubierta de esa mañana, el teniente insistió en recordarles la toma de toda clase de precauciones. No amontonarse nunca, conservar por lo menos 10 metros de un hombre a otro, mantener la cabeza bien erguida mirando a todos lados, no conversar, registrar puntos críticos antes de ir a meterse. Hacía casi dos horas que habían salido, cuando uno de los centinelas avisó que el primero de ellos había asomado al fondo de la curva de la carretera. “Bien”, respondió el teniente, “siquiera no les pasó nada”. Justo en ese instante sonó una terrible explosión precisamente por donde había aparecido hacía unos segundos el soldado. Allí, a casi 300 metros de la Base, todo estaba cubierto por una inmensa nube negra de humo y polvo que se expandía rápidamente. Y se escuchó un encarnizado cruce de disparos. “¡Los emboscaron, mi teniente! ¡Casi aquí! ¡Qué malnacidos perros!” Gritos de dolor y odio brotaron del sitio. El teniente, aterrado pero consciente de su obligación, eligió otro cabo y 12 soldados más y salió a apoyar a sus hombres. Cuando salía le gritó al sargento: “¡Ustedes cubran aquí! ¡Comuníqueme a mi capitán que nos están atacando! ¡Pida refuerzos!” Una vez afuera, organizó el avance en rombos, agachados, cubriéndose con fuego y movimiento. Pero la ráfaga de una ametralladora situada por los guerrilleros como contención, los obligó a pegarse al piso y buscar trinchera en una cuneta. “¡Los malditos no nos dejan arrimar, mi teniente!” “¡Quémenles!” “¡Quémenle a la ametralladora!” El combate arreció durante unos 15 minutos. Después empezó a mermar. De repente todo fue silencio. “Ya se retiraron esos malditos. ¡Avancen con cuidado!” El espectáculo que hallaron fue desolador. Un soldado voluntario, con una herida muy fea en una pierna se hallaba

perfectamente atrincherado, mirándolos llegar, con campo de tiro libre hacia atrás. Al verlos ahí les gritó: “¡Vengan!... Ya se fueron, mi teniente... Yo iba adelante y me tumbó el bombazo... Pero desde aquí les quemé... No supe en qué momento me hirieron... Tuve que haberme bajado por lo menos a un maldito... ¡Miren bien!” Hablaba con aceleración nerviosa, como si quisiera dar paso a las lágrimas y a la risa simultáneamente. Sus ropas eran una mancha de sangre y tierra. Los que llegaron lo rodearon. Alguno gritó hacia atrás: “¡Aquí hay 2 soldados muertos, mi teniente!” Al volverse hacia allá todos los rostros revelaron el impacto que les causó lo que vieron. Los 2 cuerpos estaban destrozados, convertidos en un par de masas sanguinolentas y negras. “¡Maldición, cómo los volvieron!”, exclamó uno que se echó a llorar de inmediato. El horror se pintó en la mirada de varios que también se echaron a llorar. El teniente preguntó al herido por los otros. “Nos dieron fue a los 5 primeros mi teniente. Veníamos bastante adelantados. Nos confiamos porque ya íbamos llegando. Y vea, el terreno era nuestro. Esos malditos son locos, nos salieron fue de abajo ¡De abajo!” El teniente miró la falda cubierta de rastrojo que caía hacia una cañada tras la cual se levantaba un pequeño cerro. “¡Malnacidos! Se bajaron al caño y se subieron hasta la carretera. Si los descubren, no hubiera quedado ni uno”. En ese momento se escuchó el trote de varios hombres que llegaban. Eran del grupo que había quedado atrás. 6 en total. Exaltados, con estilo de quien busca riña, apenas si daban para hablar por la asfixia de la carrera. “¡No nos dejaron avanzar ni un metro!” “¡Tenían por lo menos 10 fusiles reteniendo!” “¡Nos tumbaron 4 de entrada a plomo!” “¡Vamos a seguirlos!” “¡Son heridos nada más mi teniente!” “¡Pero hay 3 muy mal!” Todos querían hablar al tiempo. A pesar de su arrogancia se les notaba el miedo. De pronto se escuchó el gemido de uno que pedía auxilio. Reconocieron que la voz salía de una alcantarilla y 3 de ellos velozmente se aproximaron hacia allá. “¡Ayúdenme!... Estoy herido... Y tengo un muerto conmigo”. Los soldados se agacharon a examinar el desagüe. Tomaron el cuerpo del herido y lo extrajeron. Su camisa estaba recubierta de sangre, pero a él no se le veía tan mal semblante. Habló con ánimo: “Cuando me pasó la tontina por el totazo de la bomba estaba aquí. Desde aquí les quemé a esos malditos. Querían el fusil del Ratón, que quedó muerto al pie mío. ¡Pero yo no los dejé llevárselo!” Al oír el nombre del Ratón, el teniente recordó la nota que le habían enviado a la guerrilla. Preguntó con rapidez: “¿Quiénes son los 2 muertos de ahí?” Los soldados volvieron los

cadáveres y buscaron las placas de latón incrustado en cuero que los profesionales llevan adheridas a sus ropas con su identificación. Aunque en cierto modo lo presentía, la respuesta no dejó de helar la sangre del teniente. “¡Mi teniente, son el Desfigurado y el Terrorista! ¡Y se les llevaron los fierros y las fornituras!”. El teniente dispuso ir por los heridos para llevarlos a la Base. “¡Con cuidado que son gente! ¿Oyeron?” Acompañado de un soldado corrió hacia la base pensando en informar la novedad de inmediato. Iba completamente ensimismado, confundido por un torrente de sentimientos contradictorios. Tenía ira. Pero estaba seriamente asustado y tenía deseos de llorar. El asombro también lo embargaba: los malnacidos guerrilleros habían mandado a decir en respuesta a la nota de los mercenarios, que iban a hacer el esfuerzo de atender la invitación y que agradecían la gentileza. Esa era una gente muy extraña. Como si el diablo o Dios estuviera con ellos. En 15 minutos le habían matado 3 soldados, herido 6 y se habían llevado 2 fusiles. Contó al sargento lo ocurrido y ambos coincidieron en aturdirse por la siniestra casualidad entre los que firmaron la nota y los muertos. Mientras hablaba con el capitán, sus hombres trajeron a los heridos. Insistió en la necesidad de evacuarlos con urgencia. La definición volvió a enfurecerlo: “Organice su sacada en carros conducidos por civiles y que varios de ellos se vengan también. Los retenes de control garantizan que pueden salir sin riesgo. Helicópteros por ahora es imposible”. Fue sacado de sus cavilaciones por la gritería de varios soldados afuera. “¡Encontramos un guerrillero muerto, mi teniente! ¡Lo trajimos a rastras!” Para celebrarlo, varios soldados descargaban violentos puntapiés al cadáver. “¡El arma sí se la llevaron, mi teniente”. Al mirar el cuerpo del guerrillero, el teniente no pudo evitar acordarse de Oscar, de sus ojos, de sus labios, de sus sueños. Éste sólo tenía puesto el uniforme. Era mucho más pequeño que el otro y más delgado. Su cráneo estaba cubierto por un cabello ensortijado cortado casi al rape. Con curiosidad, el teniente buscó su cara. Era más bien oscura, de nariz ancha en exceso y labios grandes brotados exageradamente hacia fuera. Al encontrarle los ojos sintió un latigazo. Eran de muerto, sí, pero tenían algo de vivos. Un brillo especial, de burla, de risotada en su cara, de irreverencia total. Le examinó la boca de nuevo y comprendió que ese hombre desde el más allá tenía la capacidad de hacerlo sentir miserable. Igual a como le pasó con Oscar, aquel muerto también se le agigantó ante sus ojos. Ninguno de los suyos llevaba tal dignidad en la muerte. Uno de los soldados habló: “Se llamaba Noel y era segoviano el maldito”. El

teniente tuvo temor de examinar los documentos que le ofrecía un soldado con la mano extendida. Le pareció que ya estaba bueno de profanaciones. Se dedicó a organizar personalmente la evacuación de los heridos para lo cual visitó varias casas campesinas adyacentes a la base, pidió ayuda para recoger los muertos, reorganizó la seguridad y habló con sus tropas. Un grupo numeroso de sus hombres hablaba de pedir la baja apenas terminara aquello. Al atardecer vinieron los helicópteros. Primero lanzaron ráfagas a los alrededores. Un avión ruidoso y grande permaneció dando giros arriba. En varios viajes fueron descargados otros 48 soldados profesionales. Cuando el primer teniente logró contar al que vino todo lo ocurrido, se sintió más tranquilo. En su interior, una voz le decía que la zozobra había terminado. Sin embargo, seguía sintiendo recelo a dormir. Sabía que iba a tener pesadillas con los guerrilleros muertos. Al final decidió recostarse, animado por la idea de que resultaba más soportable encontrarse en sueños con los guerrilleros muertos, que en la realidad con los guerrilleros vivos. Y tal vez sería capaz de recordar por fin las palabras de Oscar. Cuando lo llamaron para el QSO de media noche, cayó en cuenta de que por primera vez en varios días no se había soñado con él. Apenas tuvo el recuerdo vago de que había estado hablando con el otro, con Noel, y que éste le había repetido varias veces la frase para que pudiera retenerla al despertar. En su mente resonaba el eco burlón del guerrillero reiterándole: “Cúidese hermano, que aquí hasta los muertos peleamos”. Tampoco tuvo la pesadilla en el resto de la noche. A pesar de eso, el teniente preguntó al sargento en la mañana, cuántos eran los hombres que insistían en su renuncia al Ejército: “18, mi teniente”. El teniente se le acercó como para que no dudara acerca del sentido de su afirmación. Y le dijo: “Entonces son 19, sargento. Yo también voy a pedir la baja. Me quiero morir de viejo”. El sargento lo miró con incredulidad, quiso decirle algo pero prefirió callar. Podía ser una jugada del teniente para hacerlo hablar. El próximo mes completaba el tiempo para su pensión y había decidido retirarse sin problemas.

Los Abarcos, julio de 1.997

## LA SENDA DEL REGRESO

A Pastor, celoso vigía de la virtud.

A Jairo, piloto seguro en la tormenta.

Es que no fue sino ponerme a cavilar y ya no pude detener después el torrente de mis pensamientos. Tú sabes más que uno y seguro que tienes mejor definida en la mente la idea, pero hay un texto de Lenin, del que no recuerdo cuál de ustedes habló una vez en una charla, según el cual desde cuando la conciencia de clase, la visión inconforme con las injusticias que ocurren en el mundo, o sea el marxismo, logra hacer nido en la mente de una persona, ese hombre o mujer, joven o viejo, queda como mordido por una pudridora, afectado por una herida que no le sanará jamás, que el resto de la vida lo estará mortificando sin permitirle volver a ser como antes, cuando no le importaban las cosas o en todo caso creía que muy poco o nada se podía hacer por cambiarlas. Esa persona en adelante no tendrá paz si no está metida en la lucha, en la pelea por transformar la sociedad. Le dolerán en el alma las desigualdades, odiará la avaricia y la hipocresía de los poderosos, llorará solitario por los desarraigados. Figurate, uno que ya sabe todo eso, que lo ha sentido, que lo ha vivido, que se ha dado el gusto, más aun, que ha tenido la alegría, la dicha de tomar parte con otros que sueñan lo mismo que uno, en hechos, en acciones en las que se logra golpear al gigante, humillarle la soberbia, hacerle sentir que no es invencible como creía, después que le pasa el arrebató, la rabia, verse uno convertido en un cualquiera, en otro más que arrastra la existencia por el mundo tratando de hallar un sitio donde pueda ser espectador anónimo de lo que pasa, imagínate, oyendo la voz de su conciencia que lo llama traidor, bueno para nada, marica, ¿Tú crees que va a poder vivir así? No. No se puede. Por más que haya quienes lo feliciten por haberse salido, quienes lo conviden a gozar la vida, tú sabes, nunca faltan los que lo reducen todo a la rumba, las hembras, el ron, las cosas fáciles. Pero después de la parranda, de los polvos, vienen los guayabos, y los de uno, mierda, son tan terribles, tan amargos, que llega a pensar de verdad en matarse. La voz que le dice por dentro: “¿Qué hiciste? ¿Qué estas haciendo contigo? ¿Qué esperas?” Y la idea que le brota a toda hora, en todo lugar. “Regresa. Vuelve. Andá a poner la cara”. Y uno balancea: ¿Fue tan grande

mi embarrada como para definitivamente no poder dar vuelta atrás?" Yo creo que es la seguridad de saber que aún uno no tiene podrido el corazón, que todavía tiene la oportunidad de purgar su falta, la que lo lleva a resolverse. Yo me dije y sé que tú me entiendes porque eres más claro, que lo peor que me podía pasar era que me fusilaran, y *mirá* hasta dónde llegan los alcances de la conciencia, saqué la conclusión de que si me llegara a ocurrir eso, en lugar de morirme por obra de los tiros, yo iba más bien a nacer de nuevo, pues estaría pagando así la deuda que tenía con mi pueblo, y aquel que muere en paz con su pueblo sigue viviendo para siempre. Además no es que fuera a morirme por eso, puesto que ya yo siendo desertor era como un zombi, un muerto en vida, y nada más malo que eso podía sucederme. Y aquí me tenías otra vez. En filas. Esperando que me definieran la situación.

Lástima haberla colgado de esa manera. Como un novato. Salirle así al carro, confiado, pensando que eran civiles los que venían ahí, como si no hubiera sabido en qué diablos era que andábamos. Ahora que lo pienso me da putería conmigo mismo. En esa zona, repleta de enemigos, que si no es el Ejército es el paramilitar, olvidar uno que le pueden hacer la jugada. Me duele porque tú *sabés* que yo nunca fui atolondrado. No sé qué me pasó. Tal vez el deseo de hacer algo sobresaliente, de mostrar que podían creer plenamente en mí, el afán de probarles a todos que lo de la deserción era tan sólo una estúpida equivocación de mi pasado. ¿A quién se le ocurre ponerse tan de frente en un retén, viendo dos camionetas que se acercan por la carretera? Por más que no fueran transportes militares y por más que sus ocupantes vistieran ropas de particular. ¿Acaso los contra guerrillas no utilizan toda clase de artimañas para cogerlo a uno descuidado y darle por la cabeza? Y habiendo vivido tantas situaciones de guerra. Definitivamente uno se muere el día que menos piensa y por obra de la más infantil torpeza. Fue tan rápido. El primer carro que para, los chulos que saltan a tierra como jaguares disparando al mismo tiempo sus galiles, los del segundo carro que cubren. Matarlo a uno en menos de un segundo, recogerlo del piso con todo y arma, echarlo de prisa en el vehículo y luego dar marcha atrás en un abrir y cerrar de ojos. Cuando los muchachos que me acompañaban pudieron levantar la cabeza del suelo fue apenas para ver alejarse los carros. Qué vergüenza con ellos, y con todos. Contigo que me conociste en mejores días. Sí, yo soy el

mismo Martín que se rebotó con los demás en La Reserva cuando el viejo Hernán mandó matar al viejito Nacho. Entonces tomamos entre todos la decisión de hacer pagar bien cara esa muerte. Tanto fregarnos para sembrar la marihuana, cuidarla, recogerla, empacarla y entregarla a los hombres de don Hernán en la Tagua, para que nos fuera mandando matar así, graneaditos para no pagarnos. Ya ni recuerdo el número de los que fueron víctimas de la mala fe del viejo. Ingenuos que éramos también. En lugar de reclamar por eso y exigirle seriedad, buscábamos era la manera de hacernos más amigos de él, para que no fuera a hacernos lo mismo. Hasta cuando cayó el viejito Nacho. Cuánto lo queríamos. Ahí sí nos unimos todos los reserveros. Teníamos un armamento regular. El uno una escopeta, el otro una pistola, el otro un revólver, así. Cuando no había dinero en efectivo, muchos negocios se arreglaban entregando armas en pago. Y le caímos a la caleta. Toda la noche dándonos cajeta con su gente. Hasta que en la mañana coronamos. Nos bajaron a dos y tuvimos cuatro heridos, porque nosotros qué íbamos a saber de pelea si éramos unos simples campesinos soñando con volvernos ricos. Pero también se murieron cuatro de ellos. Los demás se escaparon. Cuarenta mil libras de marimba ardieron aquella madrugada en la Sierra. Todo eso lo perdió el viejo Hernán porque ya lo había pagado. Ese día quemamos también nuestros sueños de fortuna fácil, ya no le jalaríamos más a ese asunto. Aunque tampoco hubiéramos podido. El viejo Hernán nos echó su grupo de matones encima. Hasta cuando encontramos la guerrilla, la cosa se nos iba poniendo amarga. De ahí en adelante se emparejaron las cargas. Unos reserveros se murieron, el viejo se nos puso al corte en Ciénaga, en Santa Marta, en Fundación, otros se fueron, otros se voltearon y otros nos vinimos para la guerrilla. Aquí empezamos a entender las cosas. No era cuestión de venganza, era cuestión de política. El viejo Hernán se alió con el Ejército, o no tanto se alió porque desde mucho atrás los comandantes del batallón y de la policía transaban los cruces con él, pero ahora sus intereses iban más allá del dinero. Los muertos que siguieron ya no fueron solamente por negocios. Esos empezaron a ser los menos. Los más comenzaron a ser los que acusaban de ser guerrilleros. Con todo eso, tú sabes que cuando vine a las FARC ya me habían crecido los pantaloncitos en eso de darme balín. Y me viste en algunas peleas, supiste de mis actuaciones en otras, y después de nuestro reencuentro, siempre quise contar con un largo espacio para relatarte de los combates en el Perijá, después que me echaron para allá con el 41. Pero no alcanzamos a

hablar nunca de eso, y ahora no creo que tenga el suficiente tiempo para contar tantas historias. Lucas compuso el merengue de la emboscada del El Mico después que nos bajamos al teniente Rubio, ¿recuerdas? Se la tenía enterrada a la gente de La Reserva y se creía tanta cosa. Lucas lo pintó muy bien, parado en el parquecito de San Pedro, gritando a los cuatro vientos que fueran los guerrilleros por él. Malnacido, no dejó que nadie sepultara el cadáver de Hisnardo para que se lo comieran los gallinazos. A nosotros nos llamaron por la prensa asesinos, porque le metimos veintidós tiros en el cuerpo y matamos a cuatro policías que iban de escoltas con él, subiendo en un campero para la Sierra. Pero si miramos todas las atrocidades que cometió contra los campesinos fue muy poco en realidad lo que le hicimos. Ustedes nunca le permiten al guerrillero hacer lo que en verdad quisiera. Sé que tienen toda la razón para hacerlo, pero en confianza, te diré que hay casos en los cuales uno desearía ser bien malo y que nadie se lo impidiera. Lo de Minca fue tenaz, ¿recordás? Primera vez que nos tocó combatir con la aérea. Nosotros retirándonos a pie por esa trocha destapada y los helicópteros quemándonos ráfagas y cohetazos desde arriba, mientras la contra guerrilla de la Policía nos acosaba por un flanco y el Ejército por otro. Ocho días completicos por entre la selva, muy mal de comida, peleando varias veces con el enemigo que nos perseguía. Hasta ahí el papá para la pelea había sido el cucho Oscar. Arrojado ese hombre. Siempre tuve su consigna en la mente: “Chulo que pise la Sierra, es chulo que no puede irse sin probar las balas de las FARC”. Y es que no era carreta. Él mismo dirigía los combates, animaba los guerrilleros, de cuando en vez se tendía a su lado, les pedía prestada el arma y quemaba varios tiros con ella. Ni siquiera se le veía nervioso. ¿Quién no se crecía con un jefe así? Pero en Minca le salió papá, y no porque se hubiera achicado el cucho que estuvo igual que siempre, sino porque vimos en acción a otro más puto que él, más bravo, el camarada Solís. Después nos fuimos para el Perijá y desde entonces no nos veíamos. ¿Cuánto hace de eso? ¿Nueve años? Estás bastante cambiado. Si te digo la verdad, te reconocí fue por la voz, pues tu aspecto es muy diferente. El mundo es un pañuelo. Tú por aquí, en el nordeste antioqueño, en esta zona minera, pero bueno, tiene su lógica porque estás en la organización y te han trasladado al Magdalena Medio. Yo en cambio me vine de Medellín, adonde fui a parar desertado, seducido por la ambición del oro. Lo ilusionan tanto a uno que cree que de verdad se va a hacer rico en un santiamén. Si fuera así de



fácil, no habría pobres en el mundo. Nadie hace plata aquí. Todo es tan caro. Y hay que trabajar como un burro. Yo venía con las manos llevadas, sin tres dedos en cada una por obra de una bomba que se me explotó cuando la armaba. Por eso fue que me sacaron al pueblo y allí me hicieron varias cirugías. Estando en la casa de un compañero civil se presentaron problemas. Un operativo para arriba, perdí el contacto por un tiempo largo, entré en contradicciones con el compañero y supe que él me informó muy mal adentro. Por eso me abrí. Ya cuando uno comete la locura se afana por seguir adelante y busca poner de por medio la mayor distancia con el movimiento. Vine a parar donde un hermano, y justo cuando él se definía por aventurar en minería por Segovia. Uno no sabe en verdad a dónde lo guían los pasos que va dando. No tuvo que pasar mucho tiempo para encontrarme de frente con mi pasado. Tú no *sabés* lo que significa para uno, tratando de pasar desapercibido, ver llegar guerrilleros. Ver cómo los recibe la masa, con ese cariño, con esa disposición a ayudar en lo que puedan con la lucha. Descubrir por sí mismo que el prestigio de la organización se extiende por todas partes, que la gente cree en la guerrilla y que la quiere. Eso al mismo tiempo que siente el temor de que alguien informe sobre lo que es uno. Es cuando se le encienden los remordimientos y en unos pocos meses termina imponiéndose la conciencia sobre la mala cabeza.

Te diré que pensé que me iba a ir más mal. Pero no, todo fue tan distinto a como lo imaginé. Hablé con los camaradas, les planteé mi caso, respondí a cada una de las preguntas que me hicieron, les expresé mi intención de reincorporarme a la lucha, así tuviera que pagar la sanción que fuera. No me trataron mal. Ni siquiera me detuvieron. Me dijeron que todo se iba a investigar con el otro Bloque, y que mientras tanto permanecería ahí como un combatiente más. Luego me entregaron un par de uniformes y a los pocos días me pasaron un arma. También me nombraron ayudante de talabartería y nunca percibí el menor signo de desconfianza hacia mí. Cuando se metieron los chulos me enviaron con los demás al combate. Yo realmente no sabía qué decir. La generosidad que mostró conmigo el movimiento solamente podía pagarla sirviendo con devoción a la causa. Y te encontré a ti para hablar de todas estas cosas. No *sabés* lo que significó para mí tu compañía. Por eso antes de irme del todo quise verte de nuevo para agradecerte. Sé que escribis, y vine a contarte acerca de la muerte. Unas milésimas de segundo antes que

los soldados me tiraran, supe que me había tocado el turno a mí. Alcancé a pensarlo, y tuve miedo de que me llevaran con ellos. Luego todo fue igual a cuando siendo niño una vez caí, después de un aguacero, en el caño crecido que había antes de subir a casa. Intentaba cruzarlo pisando las piedras que sobresalían de la fuerte corriente, cuando me resbalé y el ímpetu de las aguas me arrastró de inmediato. Recuerdo que rodé sentado por sobre una larga laja, tras la cual seguía un saltillo de un metro o algo más de altura, y que confundido con aquel borbollón frío y espumoso me fui hundiendo en el pozo que recibía insaciable el veloz caudal. Cuando descendía hacia el fondo, mis ojos distinguieron la luz hacia lo alto, interferida por millares de grandes burbujas, mientras que hacia abajo me atraían las brumas agitadas y pardas de aquellas aguas revueltas. Lo mismo sentí cuando me golpearon los proyectiles. La luz se me fue apagando y me fue envolviendo un torbellino de sombras espesas. Después todo fue negro. No tuve dudas para saber que había muerto. Yo tenía pensada una propuesta para los de la Dirección, una vez me fuera solucionado el problema y hubiera logrado acumular méritos suficientes para sentirme con derecho a hacerla. Que me dieran el traslado para la Sierra. Ese era el sitio de la tierra en donde me hubiera gustado morir. Creo que tú me comprendés. En el fondo de mis secretas ansias figuraba el deseo de que cuando me llegara la hora de partir de este mundo, pudiera ser para refundirme con la inmensidad. ¿Recordás el fantástico panorama del mar Caribe, la Ciénaga Grande, la fina lengua de tierra que los separa y que parece ir alejándose en búsqueda del cielo, el firmamento intensamente azul, en su centro el sol inmenso radiante de amarillo, y los verdes filos de la Sierra cayendo mansamente hacia el plan? ¿Quién no se siente diminuto contemplando aquel portentoso espectáculo de la naturaleza? ¿Quién no se siente tentado a caer de rodillas y llorar de emoción ante la presencia silenciosa de semejante maravilla? Tú me *comprendés* porque sé que eres alma sensible y sabes expresar mejor que yo ese tipo de cosas. Era allá en donde quería que descansaran mis huesos, para que se volvieran polvo de la Sierra y la brisa los llevara al mar. Tal vez evaporado en las nubes, caería en lloviznas que refrescarían la tierra, que harían crecer los caños, que caerían a los ríos y morirían otra vez en el mar. Al morir aquí, en el nordeste, tan lejos de mi terruño, mi sueño quedaba de verdad convertido en una quimera, en una ilusión que jamás podría convertirse en realidad. Cuando uno está muerto no puede llorar porque no le brotan las lágrimas, ni puede gemir porque no

expele ningún aire del pecho. Como uno no ve nada tal vez sea que ni siquiera tiene cuerpo. Pero te diré que la tristeza sí la siente, que la nostalgia hace su búnker en el corazón, que los pesares le colman el alma. Y eso es más terrible porque no puede expresarse. No hay con quién, y desahogarse con uno mismo resulta imposible. Yo no hacía sino sufrir solitario, convencido además de que no tendría jamás ningún consuelo. Fue cuando me habló una voz. De veras. Así no *creás* en esas cosas. Porque *ponete* a pensar entonces, cómo es posible que estemos conversando los dos. Era Seránkua, el dios bueno de los taironas. Me dijo que él sabía de mi amor por la Sierra y de mi lucha por el pueblo, y que todo aquel que muriera enfrentando a los hijos del malévolo Ikanusi tenía el derecho de cumplir sus sueños. Y me reveló algo increíble que sé que te va a gustar. Como todo en el universo está regido por dos fuerzas, ninguno puede cruzar el portal de sus anhelos si no va acompañado por otro. Me asusté imaginando cuándo hallaría a alguien entre las tinieblas, cuya sed de regreso a las orillas del mar coincidiera con la mía. Podrían pasar años. No te *imaginás* la desazón que me invadió. Entonces Seránkua sonrió con benevolencia. No *creás* que te echo embustes, a él sí lo podía distinguir con perfección. Su apariencia es como la de un venerable Mamo arhuaco, y en su mochila de lana de carnero estaban trazadas las más asombrosas figuras que representan el destino. Eso me lo explicó él mismo cuando se lo pregunté. Entonces me dijo que buscara el Magdalena siguiendo las aguas del Tamar, y que después de encontrar el Ité, estuviera atento a las sombras que vagaban en las noches sin luna por las vegas del Cimitarra. En los alrededores de las bocas del Don Juan solía deambular una sirena triste, que cantaba canciones vallenatas hasta antes del amanecer. Solía repetir acompasada con el murmullo de las suaves aguas, que deseaba ser un alma viajera, para irse acompañada de los vientos hasta las remotas montañas cantarinas del sur de la Guajira. Yo debía reunirme con ella y luego navegar juntos en una pequeña canoa a remos olvidada por algún pescador errante. En San Pablo, y siempre al amparo de las noches sin luna, tomaríamos por el río grande abajo hasta llegar a las bocas del Cesar. Subiendo por él hasta San Juan desembarcaríamos en la Sierra y una vez allí debía encargarme de situarla para siempre entre las aguas cristalinas del Río Piedras, que descende majestuoso de la Nevada cabalgando sobre rocas inmensas. Ya adivinaste de quién se trata ¿Verdad? Omaira, la primera guerrillera con la que bailaste música de acordeón en la Sierra. Camino a buscarla los encontré a ustedes, y

no pude evitar la tentación de detenerme unos minutos acá para que tú lo supieras. Ahora me voy. Ojalá transcurra mucho tiempo antes de que volvamos a reunirnos, a dibujar con nuestros ojos desde las alturas las líneas de la bahía más linda de América. Eigwirín achúcuani, Gabo. Eigwirín.

Campamento de Invierno, Sur de Bolívar, noviembre de 1997

## LA LUNA DEL FORENSE

El forense salió inmensamente afligido de su apartamento. Durante la primera parte de la noche anterior, su pequeñín de dos años se había estado quejando de alguna dolencia y siempre que su mujer se levantó a tomarle la temperatura le encontró alguna manifestación de fiebre. Ella también era médica y su opinión era que aquellos síntomas no pasaban de revelar un resfriado común, por lo que la cosa no era para preocuparse tanto. Incluso después de la media noche la fiebre le fue mermando hasta desaparecer y el niño durmió profundamente. Pero en la mañana había rechazado el tetero, había vuelto a llorar y de nuevo tenía la temperatura ligeramente alta. Por todos los medios él había procurado elevar la preocupación de Cecilia por su hijo. Podía tratarse de alguna endemia tropical, de una patología infecciosa, de una complicación pulmonar seria. No se podían confiar. Si a Carlitos le ocurriera algo grave sería imperdonable para ellos dos, médicos de profesión. No había tiempo que perder. Ella, que iniciaba su turno en la clínica un tanto más tarde, tenía el tiempo suficiente para llevarlo donde el doctor Salcedo, el mejor de los pediatras. Mientras él no los sacara de la duda no iba a poder estar tranquilo. Cecilia había accedido a esto antes de llevar el niño donde la abuela, más por complacerlo a él que porque lo creyera necesario. Eso también lo mortificaba. Ella no parecía querer al niño de la manera como una madre responsable debía hacerlo. Se la veía tan serena, como si no le importara en verdad su estado. Estuvieron al borde de reñir por haberle dicho él eso. Pero es que ella se obstinaba en creer que con sólo aspirinitas el niño se pondría bien. Insistió en dejarle a ella el campero Chevrolet para que pudiera movilizarse fácilmente en caso de alguna emergencia, y él pagó la carrera de un taxi hasta el instituto médico legal en el que laboraba. Cecilia quedó en llamarlo allá por teléfono tan pronto como terminara la consulta con el pediatra. Y cuando lo hizo, y él supo que lo hacía desde el propio consultorio del doctor Salcedo, le rogó ponerlo a él en la línea para escuchar directamente de sus labios el diagnóstico y el tratamiento a aplicar. La opinión del pediatra coincidió con la de Cecilia. Con los cuidados normales y algún antipirético y analgésico infantil bastaba. No había motivo serio de alarma. A pesar de la buena nueva,

el forense no quedó completamente aliviado. “De todas maneras Carlitos se halla enfermito y puede agravarse en el momento menos pensado si no se tiene el cuidado, mi amor”, le repitió varias veces a Cecilia antes de cortar la comunicación. Una vez regresó a su propio despacho, no pudo evitar pensar en que cuando se era padre se experimentaban por causa de los hijos sufrimientos insospechados. “Y eso que nosotros, los legistas, cargamos con la fama de no tener sentimientos”, se dijo.

Después de practicar la necropsia al cadáver de una mujer joven, que había sido encontrado por la policía en las afueras de la ciudad, el forense regresó a su oficina a elaborar el informe sobre las causas de la muerte. Él mismo lo redactó y mecanografió con varias copias al carbón. Cuando lo estaba firmando, su secretaria le anunció que 4 personas preguntaban por él. Son campesinos y pobres. Dos hombres adultos, una mujer ya bien señora y un joven como de 20 años. Parecen costeños. No. No. No dijeron el motivo, pero le ruegan por favor atenderlos. Cuando el grupo de visitantes estuvo frente a él, le bastó un segundo para saber que el asunto tenía que ver con la entrega de algún cadáver. Conocía bien el rostro y la mirada de quienes llegaban a averiguar por el cuerpo de un familiar o amigo desaparecido. Casos frecuentes de todos los días. Había que escucharlos, saber el tipo de occiso que buscaban, enviarlos con alguno a reconocer entre el montón de cadáveres depositados en la morgue, o, de acuerdo con la fecha de los hechos, ayudarlos a buscar en los archivos, entre las fichas de los inhumados como NN. Si hallaban al que buscaban, había que prepararse para presenciar un drama patético: su gemido y llanto de dolientes. Y si no, había que indicarles otros lugares en donde pudieran continuar con su búsqueda y desde luego comprometerse a comunicarles de inmediato cualquier pista relacionada con el caso. Pero todo eso podía hacerse sin que él en persona se ocupara de ello, había quienes se encargaban de tales menesteres. Lo suyo era lo puramente científico, precisar la causa de las muertes y ya. No obstante eso, había gente que insistía en recurrir a él en busca de ayuda. No faltaban los que llegaban al extremo de pedirle dinero en solidaridad para el sepelio. En ese caso sentía deseos de enviarlos a todos al infierno. Pero hoy estaba de buen genio y podía escucharlos. Carlitos no estaba tan mal como él creía en la mañana, y si con apenas una leve dolencia de su pequeño, él

sufría, cómo no se sentiría alguien que tuviera perdido a su hermano, a su padre, a su esposa o a su hijo. Nada costaba ser amable con ellos.

Sin embargo, en cuanto quiso saber qué se les ofrecía, ninguno de los 4 campesinos movió los labios para pronunciar una palabra. Sólo se miraron entre sí y luego lo miraron a los ojos a él con gesto dubitativo. El más viejo de todos era un negro de piel intensamente oscura, rostro surcado de arrugas y cabellos grises. A su lado permanecía otro negro, ese sí joven, delgado y atlético que no tendría más de 20 años. El forense adivinó que debían ser padre e hijo. Como el hombre y la mujer restante debían ser esposos entre sí, porque parecían sostenerse uno al otro y despedían un aura común. No debían ser muy viejos tampoco. Era como si ninguno de ellos se atreviera a comenzar la exposición de los motivos que los habían conducido hasta él. El forense, intrigado por aquella extraña actitud les pidió que hablaran con confianza. El más viejo titubeó indeciso: “Venimos a... suplicarle que nos ayude, doctor...” El volumen de su voz sonó tan bajo que el médico escuchó las palabras con dificultad. Volvió entonces a invitarlos a expresarse sin temores. Enseguida fue la mujer quien comenzó a decir: “Le hablo doctor con el dolor de una madre... De una madre que ha perdido a su hija más querida... Quiero tener el derecho a sepultarla como un ser humano...” Un llanto que le brotó espontáneo desde muy adentro del pecho le impidió continuar hablando. La expectativa del forense aumentó cuando el hombre que parecía el marido de la mujer exclamó: “¡Así como lo oye, doctor! Queremos enterrar a nuestros hijos. Pero en su tierra. No es tan fácil reclamar sus cuerpos para llevarlos. ¡Qué injusticia más grande!” El negro viejo, mostrando mayor cautela, procedió a decir: “No sabemos si podemos hablar francamente con usted, doctor... Aquí afuera hay mucha gente que trabaja para el gobierno”. “Aquí todos trabajamos para el gobierno – quiso aclarar el forense–. Somos una entidad oficial”. “Eso lo sabemos, doctor –le objetó el viejo–. Pero me refería a algo distinto. Hace muchos años fui trabajador sindicalizado de Adenavi y entiendo algunas cosas”. Dando muestra de alguna confusión, el médico preguntó: “¿Entonces a qué se refiere?” Los ojos de los 4 campesinos se le clavaron con humildad en los suyos. Esta vez fue el muchacho quien aventuró una respuesta: “Aquí para mucha gente de la fiscalía...” “Y del ejército...”, agregó el marido de la mujer. “Y de la Sijín...”, remató tímidamente el viejo. El interés del forense aumentó considerablemente

con esas respuestas. Por ello dijo: “¿Quiere alguno explicarme de qué se trata todo esto?” Los campesinos se miraron entre sí, como preguntándose si resultaba prudente continuar adelante. Durante largos segundos un silencio absoluto se apoderó de las oficinas del médico. Por toda respuesta, tras un movimiento afirmativo que los tres adultos le hicieron sucesivamente al muchacho, éste introdujo su mano en la mochila de hilo que guindaba de su hombro, y extrajo 2 ejemplares del diario Vanguardia Liberal que le extendió al forense. Cuando éste tomó los periódicos entre sus manos, el viejo lo convidó a buscar en las dos ediciones, que correspondían al lunes y martes de la semana anterior, la noticia que hablaba de unos combates entre las FARC y el Ejército en Rionegro. Con sólo posar la vista en los textos, el médico recordó los hechos. La prensa hablaba de 3 guerrilleros y un soldado muertos, y de abundantes rastros de sangre dejados por los subversivos tras su huida, que hacían pensar en un número más alto de bajas en sus filas. Las fotografías de 2 guerrilleros muertos, cargados en medio de burlas por soldados que los sostenían de sus extremidades, como si fueran animales recién sacrificados, ilustraban las crónicas. El viejo posó el dedo sobre una de las fotografías y dijo con voz quebrada: “Este era mi muchacho...” Sin señalar ninguna, de pie y con gesto y voz que denotaban coraje, la mujer dijo sin vacilación: “La muchacha de la otra fotografía es mi hija”. Se detuvo unos instantes y luego, a medida que sus ojos se le iban inundando en lágrimas y su voz comenzaba a flaquear, añadió: “Ella se merece una tumba bonita... Yo tengo la sábana blanca y la cruz... También se merece un entierro bonito, y que le recemos sus nueve noches... Sé que en Barranca, después que se sepa que se trata del sepelio de una guerrillera, la gente acudirá en multitud a acompañarla... Y los domingos podríamos visitarla en el cementerio... Y llevarle flores...” No pudo continuar. Un nudo en la garganta se lo impidió. Su manera de hablar les agitó el corazón a todos. El negro viejo dijo después: “Así quiero yo también para mi muchacho... Pero a él lo quiero enterrar en el campo... Y que los compañeros le organicen un desfile... Y le quemén salvas”. Todos 4 se abrazaron y rompieron a llorar con un llanto silencioso, como si temieran llamar la atención de la gente que se hallaba fuera de aquella oficina. El drama resultaba demasiado conmovedor para no sentirlo como suyo, y el médico no pudo evitar que sus ojos se le llenaran también de lágrimas. No supo qué hacer. Ni qué decir en esos momentos. Nunca había visto ni oído algo como lo que se presentaba ante él. Se podía



pensar lo que fuera sobre la guerrilla, pero aquel dolor era real, nacía de las profundidades del alma, y por sí solo bastaba para hacerlo dudar de todo cuanto había pensado antes al respecto. Sintió verdadera compasión por aquella gente. Era curioso, muchas veces había sido testigo del sufrimiento de las familias de los soldados y policías que morían en los enfrentamientos, pero aquella angustia era pública, se repetía por la televisión y la radio, servía como tema para sentidos y rabiosos discursos de los generales y hasta del Presidente. En cambio, esta angustia era callada, no podía darse a conocer, tenía que pasar clandestina. Por eso le pareció mucho más terrible.

Varios minutos más tarde, cuando el médico creyó oportuno retomar el diálogo, preguntó con suavidad: “¿Por qué creen que yo puedo ayudarles a desenterrar los cuerpos?” El padre de la muchacha le respondió: “El encargado del cementerio nos dijo que con una orden de medicina legal se podía”. El forense guardó silencio. Luego les dijo: “Pero nosotros no podemos hacer eso sin una orden de la fiscalía o de un juez”. “¿Y usted no puede pedir esa orden?”, le preguntó el muchacho. Sintiendo algo abochornado, el forense respondió: “No. Un abogado en nombre de ustedes sí podría hacerlo”. El negro viejo le preguntó: “¿No conoce usted alguno que pudiera hacerlo?” “Conocerlo sí – respondió el forense-. Pero ustedes tendrían que tener claro hasta dónde estarían dispuestos a llegar para conseguir lo que desean”. “¿Se refiere al dinero, doctor?”, preguntó el padre de la muchacha. “También habría que considerar eso –aclaró el médico-. Pero seguramente que en la fiscalía y en la brigada tendrían mucho interés en investigarlos a ustedes. Los van a citar y a hacerles muchas preguntas. Tratarán de sacar el mejor provecho de su situación”. El padre de la muchacha hizo un gesto de desprecio y afirmó: “Eso no podemos hacerlo nosotros. Cuando el Ejército llega al Opón siempre entra preguntando por mí. Y sé que figuramos en la lista de los paramilitares que el mismo ejército anuncia desde hace rato para entrar en la vereda. Ni más faltaba que no les fuéramos a meter de cabeza en la brigada”. Las recomendaciones del forense se basaban en que se trataba de familiares de guerrilleros. No era que él supiese mucho de eso, pero intuía que aquel vínculo les complicaría la vida con las autoridades cuando gestionaran la reclamación de los cadáveres. Este país era así de absurdo. Pero al escuchar las palabras que acababa de pronunciar el padre de la guerrillera muerta, sus prevenciones

fueron mucho más allá de lo calculado. Motivado por ello sintió la necesidad de advertir: “Oigan. Quiero que algo quede bien claro. ¿Es que ustedes también son guerrilleros? Porque si es así, prefiero mantenerme fuera de este asunto”. “Usted no entiende, doctor – intervino la mujer-. La guerrillera era nuestra hija. Tenía algo más de 4 años de haber ingresado a las FARC. Apenas tenía 19 años. A ninguno de nosotros lo persiguen por eso. Para el Ejército todos somos guerrilleros, excepto los paracos. Hasta usted, que habla con nosotros. Basta con ser pobres para que nos juzgue de tales”. Su tono de voz fue duro y cortante. Se notaba desde lejos que la actitud asumida por el forense la había molestado. Entonces el negro viejo, con una sonrisa irónica en los labios, tomó la palabra: “¿Sabe doctor dónde hemos pasado las dos últimas navidades nosotros? Entre el rastrojo. En la del año antepasado, mientras una patrulla de los Heroes de Majagual vigilaba la salida de nuestra región río abajo, los paracos que entraron de Berrío preguntaban en la finca por mí a mi mujer antes del amanecer. Yo había salido más temprano a tumbar. Ella les dijo que sólo volvería a la tarde. Y a las 5 de la tarde regresaron. Como yo no estaba, le ordenaron salirse del rancho con los niños y le prendieron fuego a todo. Cuando yo volvía me los tropecé camino abajo. Al escucharlos mandarme a detener, di media vuelta y corrí. Una lluvia de balas y explosiones se desgajó inmediatamente contra mí. Aún no sé cómo logre escabullirme. Otros como José Zuluaga no contaron con la misma suerte. Nuestro aguinaldo fueron 7 muertos. Gente buena y trabajadora. Los días siguientes hubo varios muertos. Quemaron el caserío de Puerto Nuevo Ité. Buscaban a todos los miembros de la junta comunal. Por las noticias sabemos que eso ocurre en todos los campos del país. No se le haga extraño entonces que la juventud se enguerrille. Ni piense que los paramilitares luchan contra las guerrillas, es contra nosotros. Y porque lo sabemos es que no vamos a ir a ponerle la jeta a la fiscalía o al Ejército, para que nos acaben más rápido. No es por más. Si usted quiere quedarse por fuera de esto no lo va a conseguir, doctor. Es la época que nos tocó vivir. Quizás el resto de nuestras vidas nos alcance para recoger los cuerpos de todos nuestros hijos muertos. Para mí éste es ya el segundo que cae en la guerra. Y no sé cuántos de los pequeños se armarán también. No hay alternativa, o se muere atado con las manos atrás a la espalda, o se muere peleando. ¿Usted se atreve a condenarnos por eso?” El forense escuchó todo eso con verdadera estupefacción. Las cosas eran muy distintas al escucharlas así. Los ojos tristes y orgullosos del viejo negro le

indicaban que tenía la razón. Motivado más por la urgencia de no guardar silencio ante lo que oía, se atrevió a preguntar: “Pero, ¿y por qué no se sabe eso? ¿Por qué no denuncian su verdad a los 4 vientos?” Fue el padre de la muchacha quien le dio la respuesta: “¿Ante quién? Si tenemos que andar escondiéndonos de la autoridad, usted lo ve. Medio país vive así, escondiéndose de la otra mitad. ¡Para nosotros nunca ha habido campo en su país decente!” El forense sintió que debía callarse, que cualquier cosa que pudiera decirles a aquellos campesinos, resultaría siendo una completa estupidez. Verlos y oírlos, enterarse de lo que constituía la vida cotidiana de miles, quizás millones de seres como ellos, lo menos que podía inspirarle era el más reverencial de los respetos. ¿Quién era él, preocupado porque su niño bien amanecía con un grado más de temperatura en su cuarto con aire acondicionado, para querer señalarles la manera más correcta de actuar a quienes se veían obligados a pernoctar en el monte y a suplicar una ayuda para sepultar a sus hijos rebeldes? Lo mejor que podía hacer era ayudarles en lo que pudiera. Por eso les preguntó: “¿Y qué saben de los cadáveres?” El negro viejo le respondió: “Están enterrados como NN en una fosa común. Los 3 juntos. Nos cercioramos bien de eso en el cementerio. Conocemos el sitio exacto”. Tanta certeza movió la curiosidad del médico: “¿Y cómo lograron enterarse de eso? Porque entiendo que ustedes vienen de lejos”. “En el mundo de la gente humilde siempre se halla quién colabore, y nada puede permanecer secreto cuando se lo necesita conocer”, le respondió la mujer. “Mire que hasta nos lo recomendaron a usted como una persona buena que nos podía ayudar”, le agregó. “¿Ustedes fueron a la Cruz Roja?”, preguntó el forense. “Sí –respondió el esposo de la mujer –, pero no conseguimos nada. Ni en la Nacional ni en la Internacional. Dijeron que en cosas de muertos no se meten”. “Así fue –intervino molesto el negro viejo–. Sólo les interesa que los vivos se maten civilizadamente”. “Si lo del abogado también está descartado –comenzó a decir el forense–, van a tener que resignarse a que saquemos los cuerpos de la fosa común y los sepultemos por aparte, cada uno en su bóveda. Pero en el mismo cementerio. Eso sí puedo gestionarlo yo. El traslado a otra parte me resulta imposible. No habrá entierros, ni salvas, ni 9 noches. Pero podrán visitarlos después cuantas veces quieran”. Los 4 campesinos se miraron a ojos de la misma manera que al principio. Y luego comenzaron a considerarlo. El médico los observaba sin abrir la boca. Los hombres fueron los primeros en aceptar. Después se dedicaron a convencer a la

mujer, quien desde un comienzo insistió en que ella había venido a llevarse a su hija a Barranca y no se iba a ir sin ella. Cuando al final dio su consentimiento, lo hizo con un fuerte movimiento afirmativo de la cabeza. Le resultaba imposible hablar, ahogada como estaba en un llanto incontenible.

De la mochila del negro joven salió el dinero en efectivo con el que el médico arregló todo lo concerniente a tres ataúdes y tres coronas de flores, con el agente de pompas fúnebres que merodeaba todo el día por el instituto. El otro guerrillero muerto no era conocido por ninguno de los campesinos, pero ellos recalcaron que mientras dependiera de ellos, nunca dejarían a un compañero enterrado como un perro. El forense pensó en que aparte de los dolientes y su amor filial, detrás de aquellas personas debía hallarse una fuerza muy grande, capaz de conducir los acontecimientos según sus propósitos. Él mismo habló con el administrador del camposanto por teléfono, y todo quedó definitivamente arreglado para las 2 de la tarde. “A esa hora deben estar presentes allá. El de la funeraria tendrá todo listo... Quisiera acompañarlos...”, dijo el médico al terminar de dar las instrucciones a los campesinos. “Le agradecemos mucho doctor –dijo el padre de la muchacha–, creo que ya lo hemos molestado lo suficiente”. “En el cementerio pueden presentarse problemas con el Ejército, y a usted no le convendría estar ahí, doctor –le recomendó con voz afectuosa el viejo negro–. Cuando la mamá de los muchachos fue a hacer la misma vuelta a Yondó, por lo del otro hijo, alguien llamó al Ejército y ahí llegaron muy pintados a joderles la vida a ella y las hermanas. Pero la mujer es mujer, y por más atrevidos que fueran les tocó al final respetar. Con los hombres puede ser diferente. Por eso es mejor que no vaya”. Al oír la voz del viejo, el médico tuvo la impresión de que le hablaba un sabio maestro. Movidio por la curiosidad le preguntó: “¿Y usted a qué se dedica, señor?” “Yo hago de todo –le respondió el negro–. Agricultura, minería, pesca, aserrío, hasta motor he tenido en el río. Ahora estoy viejo y crío los pelados que tengo con mi última mujer”. “Usted es chocoano, ¿cierto?”, interrogó el médico con interés. “Así es – le respondió el viejo–. Pero tengo más de 30 años en el Magdalena Medio. Casi 40 años de estar viendo bajar muertos por el río”. “La historia de todos allá es parecida, doctor –dijo el padre de la muchacha–. Es la historia de los perseguidos”. “¿Y cuánto hace que murió su otro hijo?”, volvió a preguntarle el médico al negro viejo. “Hace 4 años –respondió el negro–. Pero me queda

una alegría, ¿sabe? Mis muchachos murieron con el fusil en sus manos y el calibre de sus armas estaba bien caliente cuando cayeron. Se negaron a vivir humillados. Muy pronto me reuniré con ellos”. Una emoción incontrolable se apoderó del forense. Cuando abrazó a los campesinos para despedirse de ellos estaba sinceramente conmovido, casi abatido. Y luego que salieron de su oficina, su llanto solitario se prolongó por un largo rato.

En la noche, el forense se asomó a la ventana de su apartamento y tras correr ligeramente la cortina con la mano, vio brillar en lo alto del cielo una luna llena inmensa e intensamente blanca. Allí se quedó con la vista fija en ella, pensando en los extraños sucesos que había conocido aquel día. En ese mismo instante, tres guerrilleros observaban hacia lo alto una luna mucho más grande y novedosa. “Es la tierra”, dijo quedamente el que marchaba adelante, cuya sombra larga y delgada culminaba en una cabeza de cabellos erguidos como púas. “Sí –le respondió el negro que lo seguía-. Igualita la vi en una revista”. “¿Fue en la que leímos que los gringos habían hallado agua en la luna y pensaban montar una base ahí?”, le preguntó al negro la robusta muchacha que portaba un fusil Daewoo y caminaba de última en el grupo. “Sí –le dijo Jazil, el negro-. Y también la vi en una revista que tenían en la Luis Alberto. Son fotos tomadas desde aquí por los astronautas”. “Todavía no me acostumbro a este cambio de terreno –comentó Patricia-. Aunque me gusta. Aquí todo es livianítico, y cuando uno intenta caminar, se va es dando salticos. ¡Pero bien largos!” “Tiempo tendremos de sobra para acostumbrarnos –dijo Enrique-. Cuando completemos la escuadra, nos corresponderá explorar cada cráter, cada roca, cada arruga. Al llegar las tropas gringas les haremos la vida imposible”. “Viejo –comenzó a decir la muchacha-, pero aquí no hay gente, ¿Cómo vamos a hacer para completar la escuadra?” El índice de Enrique le señaló hacia delante, hacia donde una línea claramente definida marcaba el final del lado oscuro y el comienzo del lado claro de la luna. De las tinieblas fueron apareciendo uno a uno 9 guerreros. “¡Ay! ¿Ese que viene en la punta de vanguardia no es Emilio Pollo?”, preguntó sorprendida Patricia. “¡Claro! –dijo Jazil-Son las tropas del cucho Gabriel Galvis. ¡Esos gringuitos van a chupar es chumbimba!” “La luna es de todos los hombres de la tierra –dijo Enrique-. Los Estados Unidos no pueden cogerla así no más para ellos”. “¡Bueno! Haremos como dijo el Che a los revolucionarios – exclamó Jazil, con una enorme sonrisa de felicidad en su rostro

marrón-. Lucharemos contra el Imperio donde quiera que estemos”. “¡Ay viejo! ¡Qué pecadito!”, respondió Patricia abriendo enormemente los ojos y arrugando su ceño de cejas transparentes. El forense se apartó de la ventana y se arrimó de nuevo a la cama. Al sentarse en ella, su mujer despertó: “¿Estabas rondando al nene, mi amor?” El médico permaneció silencioso unos segundos, y luego de expulsar aire con fuerza por la nariz, le respondió: “No. La verdad ni siquiera me había acordado de él. Estaba mirando la luna y pensando”. Cecilia lo haló de un brazo hacia ella en un gesto de comprensión y cuando sus rostros estuvieron cerca le dijo con cariño: “¿Te estabas rompiendo la cabeza por lo que te pasó hoy? Olvídalo papi. Ellos viven su vida allá y nosotros la nuestra acá. Con mortificarte no vas a cambiar el mundo. Vamos, duérmete”. El forense no la contradujo. Deslizó su cuerpo al lado de ella y cerró los ojos. Tuvo la plena seguridad de que ya nunca podría olvidar aquello. De que ya nunca iba a vivir en paz, si no hacía algo por aquellas gentes. Dos horas más tarde lo venció el sueño sin haber podido todavía decidir qué era lo que honradamente debía hacer para ayudarles.

Montañas del nordeste antioqueño, 29 de abril de 1998

## ONEIDA, LA DE TESALIA

Para la época en que Homero tuvo noticia de la guerra de Ilión ya ésta se había sucedido unos siglos atrás, luego no es de extrañar que su memoria sufriera las consecuencias de la tergiversación, del olvido y de los gustos que impone la moda. Después de todo, una historia que se cuenta de padres a hijos sucesivamente durante quinientos años, está expuesta a ir perdiendo objetividad, y en su lugar ir sumando las inquietudes espirituales de cada generación que la repite.

Y no hay que olvidarse que según los expertos contemporáneos, el tiempo asignable a cada generación no pasa de quince años, por lo que cabe imaginar la cantidad de versiones distintas que debieron existir sobre los hechos descritos finalmente en la Iliada y la Odisea por Homero.

Ello también nos ayuda a explicar que las tragedias griegas acumularan tal suma de sabiduría humana. Al fin y al cabo, los hombres que vivieron durante los siguientes cinco siglos, fueron elaborando día tras día las piezas de los argumentos que al final quedaron escritos en las comedias de los clásicos.

Esta historia hace parte de una de ellas. Y tiene que ver con la belleza de Helena. Cómo llegaron a determinar los dioses del Olimpo, que ella era la mujer más hermosa de la tierra. Porque si a Paris le resultó complicado elegir la mejor entre tres diosas, el asunto tuvo que ser exageradamente reñido entre millones de mujeres.

Poseidón, el dios de los mares, se encargó de buscar en todas las islas y costas del Mediterráneo. Y Zeus, el señor de los dioses, dirigió las exploraciones tierra adentro por toda la Europa y Asia conocidas. Palas Atenea y Apolo, dioses de la sabiduría y la perfección, se encargaron de escudriñar las cualidades que permitían definir la belleza encarnada en cuerpo de mujer.

Al final estaba reunido el consejo de los dioses olímpicos, con el propósito de adoptar su decisión, tras oír los informes de los encargados. Había por lo menos dos millones de

postuladas, dijeron un tanto abochornados Poseidón y Zeus. Ninguna de ellas podía ser descalificada, según su criterio. Un murmullo de sorpresa corrió por todo el recinto.

Por cada edad y condición de la mujer habían hecho una rigurosa selección, explicaron. Pero escoger luego entre tantas de ellas les había resultado imposible. Así, por ejemplo, era indudable que la muchachita de quince años justos era la más bella entre las de su edad, pero no se podía afirmar que fuera más bella que la escogida como la más bella entre las de treinta o incluso entre las de cuarenta que habían incluido. Igual sucedía cuando se comparaba la virgen más bella, con la mujer más bella entre las que habían parido hijos. O la rubia más bella con la más hermosa entre las negras. Y así en cada una de sus clasificaciones y combinaciones.

“Cada escogida tiene su particular encanto que la hace única”, repetía Poseidón a los demás dioses que lo escuchaban con gesto comprensivo. Sin embargo, todos votaron porque se hiciera una selección más rigurosa. En ello resultaron definitivas las opiniones de Palas Atenea y Apolo. Para llevar solamente cinco candidatas al consejo hubo finalmente que realizar un sorteo entre las 24 mujeres a las que trabajosamente había quedado reducido el grupo.

Las ganadoras fueron Oneida la de Tesalia, Helena la de Esparta, Zinda la de Egipto, Rosana la de Macedonia e Iris la de Siracusa. Diferían en edades y curiosamente todas habían conocido hombre y habían parido al menos una vez. La primera, blanca y de largo cabello, la segunda, de piel cobriza, cabello negro y ojos verdes, la tercera era negra, de ojos y labios enormes, la cuarta tenía la piel color de miel, el cabello rubio y los ojos intensamente azules, y la última la piel, los ojos y el cabello del color de la canela .

La agitación en el consejo de los dioses era notable. Allí estaban las diosas engalanadas con sus mejores atuendos y un tanto celosas por la desmedida atracción que ejercían las finalistas sobre sus maridos. Palas Atenea había recomendado que ninguna de éstas debía conocer de antemano el motivo de su cita al Olimpo, para que no fueran a cometer ningún tipo de trampas. Y Apolo que acudieran desnudas, para que nada pudiera escapar al incisivo juicio del jurado divino.



La polémica que se desató en el Olimpo sobre cuál de las cinco mujeres era la más bella, no había tenido antecedentes en ningún otro asunto. Cada una, en su tipo, resultaba perfecta. Y los gustos de los dioses no se reconciliaban. Entonces se dieron a examinarlas de la forma más rigurosa posible, en busca de ir las eliminando según los más pequeños defectos que les pudieran hallar.

En esa tarea las diosas mostraron su sobrada pericia. Una de ellas descubrió que Helena, la de Esparta, tenía los pies planos. Otra, que para la estatura de Oneida, la de Tesalia, sus senos resultaban muy pequeños. Otra descubrió pequeñísimos vestigios de estrías en la piel de los muslos, del abdomen y de la cadera de Zinda, la de Egipto. Pero rápidamente otra se las encontró también a Oneida, la de Tesalia, y a todas las demás. Otra encontró la cicatriz de alguna muy antigua quemadura sobre la pierna derecha de Rosana, la de Macedonia, y otra descubrió una huella similar en el antebrazo de Zinda, la de Egipto. Otra descubrió, contando los dientes de Iris, que carecía de colmillos, como si se los hubieran extraído de pequeña.

Por ese camino no llegaron a ninguna parte. Zeus, fastidiado ya con tanto alboroto, ordenó a Poseidón que escogiera una él. Y advirtió a todos los demás dioses que su fallo quedaba reducido a seleccionar entre Oneida, la de Tesalia, que él mismo señalaba, y la que propusiera su hermano. Éste, con un gesto de desespero, se inclinó por Helena, la de Esparta. Al contar los votos por una y otra la decisión quedó empatada.

En ese punto, Oneida, la de Tesalia, preguntó: “¿Qué premio se concederá a la elegida?” Zeus se quedó contemplándola unos instantes, y le reparó con detenimiento la pequeña huella de una antigua cortada en el párpado del ojo derecho, la cual le confería cierto aire de embrujo en la mirada. Luego le respondió: “La fama eterna. Todos los hombres, en todos los lugares, alabarán su belleza en ésta y las futuras generaciones”.

Un brillo de codicia apareció por unos instantes en las pupilas de Oneida, la de Tesalia. Zeus le sonrió. Bien sabía él que la vanidad femenina no conocía límites. La mujer descubrió que le interesaba al dios, pues leyó en sus ojos que la estaba mirando con deseo. Entonces hizo un ademán, como si quisiera taconear el piso con su pie derecho descalzo,

dibujó en su rostro una expresión de indefensión, y abriendo los ojos al máximo exclamó: “¡Qué fabuloso sería ganar!”

Durante un segundo, pareció como si Zeus fuera a proclamarla ganadora. La diosa Hera, su esposa, sintió señales de alarma al observar la forma como se cruzaban las miradas. Entonces sugirió a Zeus que para decidir la cuestión, averiguaran por el grado en el que cada una de ellas tuviese comprometido sus afectos. Para disimular su real intención de desanimar a Zeus con relación a la griega blanca de Tesalia, que empezaba a subyugarlo, le argumentó: “Conoceremos así cuánta belleza se esconde en sus sentimientos”. Ninguna de las dos mujeres alcanzó a oír la sugerencia ni la razón expuesta. A los demás dioses les pareció una excelente idea.

Zeus preguntó a Oneida, la de Tesalia, con acento paternal, si compartía su vida con algún hombre. Sin pensarlo, ella le respondió enseguida que no, y procuró adivinar la reacción que sus palabras despertaban en el ánimo del dios. Pero éste no dejó reflejar nada en sus ojos. Zeus volvió a preguntar: “Me parece recordar que al hablarme de ti, me contaron que por estos días has iniciado un romance con un guerrero griego”. Oneida, la de Tesalia, respondió ligeramente molesta: “Te equivocas, Zeus. Y si te lo dijeron, te mintieron. Vaya uno a saber qué intención esconden los que idean tales calumnias”.

Entonces la mirada del dios se posó en Helena, la de Esparta, y le lanzó con las mismas palabras la primera pregunta hecha a Oneida, la de Tesalia. Los ojos verdes de la mujer brillaron con seguridad iluminando su rostro cobrizo. Luego dijo: “Sí, Zeus. Soy la esposa de Menelao, rey de mi país”. El dios movió afirmativamente la cabeza y luego preguntó: “¿Y lo amas?” Una sonrisa picaresca apareció en los labios de Helena, la de Esparta, cuando respondió: “Unas veces pienso que sí, otras veces pienso que no. Pobrecito él. Es tierno y está loco por mí”.

Todos los dioses procedieron a deliberar. Eros, el dios del amor, confirmó al consejo lo que se rumoraba sobre Oneida, la de Tesalia: “Anoche mismo vino el guerrero griego a dormir con ella”. Para la satisfacción de Hera, el consejo dictaminó que la favorita de Zeus les había mentado sin la menor muestra de titubeo y el padre de los dioses sentenció en alta

voz, mirando seriamente a Oneida, la de Tesalia, que la mujer más bella de la tierra era Helena, la de Esparta.

La furia se pintó en los ojos de Oneida, la de Tesalia, mientras que Helena, la de Esparta, visiblemente emocionada, recibía las expresiones de felicitación de parte de todas las divinidades del Olimpo. La perdedora, un tanto olvidada en aquella agitación, tuvo el deseo de reclamarle a Zeus por el fallo, pero el orgullo se lo impidió y decidió abstenerse de preguntar cualquier cosa.

La diosa Afrodita acudió en su ayuda y le alcanzó un traje de seda para que cubriera su desnudez. El gesto la conmovió en un momento en que se sentía tan terriblemente sola. Entonces a ella tuvo la confianza de decirle: “No hay duda de que hasta para Zeus yo era la más bella”. La más hermosa entre las diosas del Olimpo le dijo con dulzura: “Tal vez sí. Pero incluso el favor de los dioses se pierde cuando descubren que mientes”.

Al salir del recinto, pensando en lo dicho por Afrodita, Oneida, la de Tesalia, preguntó a Apolo que estaba de pie en la puerta: “Febo, ¿Sí crees tú que Helena, la de Esparta, es más bella que yo?” El hijo de Zeus le respondió: “Si viajas a Delfos, al regresar a Grecia, los hados te hablarán de Helena, que será llamada la de Troya, por la más grande guerra que hayan librado hasta hoy los hombres y que se producirá a causa de su belleza. Su fama está destinada a la inmortalidad.”

Oneida, la de Tesalia, abandonó el lugar. Sólo muchos años después, cuando el paso del tiempo había marcado inevitables huellas sobre su piel blanca, fue capaz de entender que la más imperecedera belleza únicamente florece al calor de la verdad.

Magdalena Medio, día de la Virgen del Carmen, 1998

## ECLIPSE DE LUNA, ECLIPSE DE SOL

Adriana Paola comenzó a sentir curiosidad por el cielo de su tierra desde cuando era muy pequeña. Era común que la letra de las canciones folclóricas que solían interpretar los cantores de su región, que florecían como las rojas cayenas del jardín de su abuela, refirieran que no había otro lugar del mundo en donde pudieran observarse tantas estrellas durante la noche. Y los forasteros que por una u otra razón llegaban a su pueblo, siempre estaban repitiendo que aquel cielo lindo tachonado de astros brillantes era el más hermoso que habían visto en su vida. A medida que fue creciendo y principió a viajar con mamá a distintos lugares y ciudades del país, Adriana Paola pudo confirmar por sí misma la veracidad de aquellas afirmaciones y entonces empezó a preguntarse por la razón de aquel prodigio. Y como no hallaba quién le diera una explicación que la complaciera por completo, se fue colando en los libros en busca de respuestas. Aprendió algo acerca de nebulosas, galaxias, constelaciones, cometas, estrellas fugaces, planetas, satélites, eclipses y meteoritos, y aunque había cosas que no podía entender del todo, su fascinación por los secretos del cosmos fue creciendo con los días. Una mañana sorprendió a mamá cuando le dijo con voz muy segura que cuando creciera iba a estudiar astronomía. “Hija, esa carrera no existe en nuestro país”. Entonces ella quizás recordando los remotos tiempos en que la alzaban en los brazos de cara a la luna llena para que le pidiera pan, respondió: “No importa, así tenga que volverme astronauta y viajar a la luna yo tengo que conocer los misterios celestes”.

De manera que el anuncio de que iba a presentarse un eclipse total de sol tenía que despertar una expectativa especial en Adriana Paola. No era solamente ese hecho, sino que además su pueblo iba a ser uno de los pocos lugares del mundo en donde iba a poder observarse por completo el fenómeno y desde ya se anunciaba la llegada de científicos, periodistas y curiosos provenientes de los más apartados rincones de la tierra. Y como si fuera poco, las previsiones indicaban que la más próxima ocasión para apreciar un suceso semejante se presentaría en no menos de 50 años. La prensa publicó varios informes relacionados con el tema y Adriana Paola los recortó y guardó con verdadera pasión.

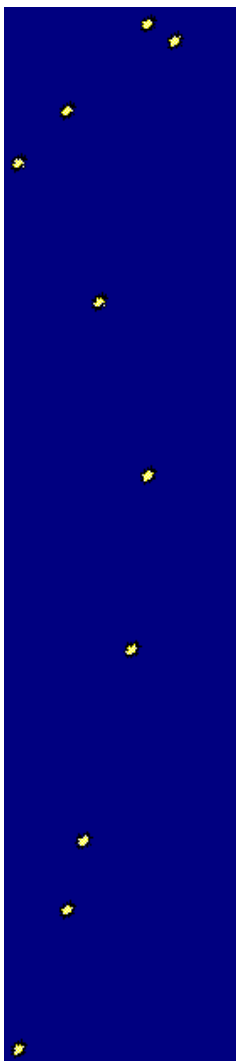
Hasta anotó con sumo interés en su libreta de apuntes, al lado de los recortes de Leonardo di Caprio, Brad Pitt y las Spice Girls, la latitud y longitud en las que se hallaban situadas las poblaciones más aptas para la observación del eclipse y el tiempo durante el cual sus habitantes iban a poder admirarlo. Y aprendió con una intensa emoción las explicaciones que en distintas épocas de la historia y en muy diversos pueblos se daban a ese tipo de eventos. Y soñó con poseer la sabiduría de los antiguos chinos, egipcios o persas, capaces de descifrar el futuro de los hombres por la ubicación de los astros el día de sus nacimientos, o cuando menos recuperar la ciencia de los taironas, perdida tras la funesta llegada de los españoles con sus cristos de madera, sus curas y toda la superchería que impusieron, y de la que según le había dicho papá una vez, sólo subsistían pequeñas pero asombrosas reminiscencias en la tradición de los mamos arhuacos, kogis y arzarios, las cuales les bastaban para comprender la lógica del universo, la voluntad de la naturaleza y la mejor manera de orientar la vida de sus ancestrales comunidades. “Un eclipse total de sol –se decía– debe significar algo mucho más trascendental que un periódico episodio de sombras entrecruzadas entre los astros”. Y sentía una verdadera ansiedad por descubrirlo. Sobre todo porque se negaba a aceptar como cosa puramente casual que en su pueblo y precisamente en la época que a ella le había tocado vivir y hacerse tantos interrogantes, fuera a producirse un acontecimiento que a pesar de todo, no dejaba de ser extraordinario.

“Mamá –preguntó de repente Adriana Paola mientras bamboleaba suavemente su cuerpo hacia delante y atrás sentada en una mecedora de mimbre al lado de su madre–, ¿recuerdas alguna cosa asombrosa que hubiera sucedido cuando hubo el último eclipse de luna hace cerca de año y medio?” “¿Por qué me preguntas eso hija?” “Es que esta mañana me dijo María Luisa que cuando la luna y el sol se riñen como dos esposos es cuando se producen los eclipses, y que según quién sufra más, si la luna o el sol, el eclipse será de luna o será de sol.” “¿María Luisa tu hermana? ¿Y de dónde saca ella esos alcances si apenas tiene 5 años?” “No sé. Pero ¿no crees que suena interesante?” “Por supuesto. ¿Pero qué relación tiene con tu pregunta?” “Yo, que me pongo a pensar en que tú te pareces a la luna y papá se parece al sol. Sólo se encuentran de tiempo en tiempo, pero siempre están pensando el uno en la otra y viceversa”. La comparación hizo callar a

mamá. Su mente viajó once años atrás. Ella y papá esperaban en la estación de los carritos la camioneta que los llevaría de la capital al pueblo. Eran casi las seis de la tarde y la noche comenzaba a amenazar con echarse encima sin que apareciera a la vista un vehículo para transportarlos. Había una gran congestión de viajeros con el mismo destino, sólo cabían 14 pasajeros en cada viaje y por ello tenían que permanecer alerta para brincar rápidamente al carrito, aun antes de que se hubiera detenido del todo. Era la lucha de todos los días. Fue cuando vieron a los dos tipos. Su apariencia era de rufianes desalmados, mal vestidos, sucios, con barba de varios días sin afeitarse, rostros feamente cicatrizados, corpulentos. Y de sus hombros colgaban sendas mochilas indígenas en las que era fácil adivinar por la forma exterior, que contenían enormes pistolas en forma de escuadras. Miraban fijamente a papá con una expresión de odio en sus rostros y de cuando en vez cruzaban entre sí un par de palabras como refiriéndose a algo sobre él. Avanzaron varios pasos hasta situarse justo unos dos metros enfrente, y tras simular con una mueca una ligera sonrisa de desprecio, siguieron de largo para detenerse unos seis metros más allá y seguir observándolo. Volvieron a repetir el procedimiento en sentido contrario. Y luego otra vez. Ni papá le dijo nada a ella, ni ella a él. Toda la gente congregada allí permaneció petrificada a la espera de lo que se imaginaron que iba a ocurrir enseguida. En ese momento apareció rauda una camioneta que se cuadró precisamente a la altura de papá y ella, y ellos de inmediato aprovecharon para abordar de primeros, siendo seguidos por un nudo humano que se apretó contra el vehículo formando una barrera de cuerpos que luchaban por colgarse en la carrocería y ganar un puesto en sus sillas. El viaje terminó veinte minutos después. Sólo cuando caminaban uno al lado del otro hacia la casa ella le había dicho a papá: “Papi, esos hombres parecían que querían matarte”. No recordaba si habían ocurrido eclipses de sol o de luna en aquellos días y noches en que escenas como esas los tuvieron a ella y a él con los nervios de punta. Estaban matando a la gente de la Unión Patriótica y papá se obstinaba en no salirse de eso. Había razones para reñir entonces.

La noche por la que preguntaba Adriana Paola a mamá, papá marchaba con otros guerrilleros como él por entre la inmensa y pantanosa vega enmontada que rodea ambas orillas del gran río, con rumbo hacia el punto en donde los esperaba un motor canoa que

los pasaría al otro lado, hacia afuera de aquel terreno donde en el último mes habían vivido una cruenta experiencia de guerra. En su desplazamiento a la luz de una enorme



luna llena caminaban por trechos entre manglares exóticos, monte espinoso, bejucos enmarañados, rastrojos y arbustos de pega pega y cortadera, sin poder detenerse demasiado tiempo a descansar porque la nube de zancudos que les caía de inmediato encima desesperaba la quietud y los obligaba a moverse. En ciertos claros de la enramada papá levantaba la vista al cielo animado por la curiosidad de saber si ya iniciaba el eclipse, y así pudo captar el momento preciso en que un pedazo de sombra curvilínea y negra comenzó a mordisquear un trocito de la luna. En ese momento pensó en mamá y se alegró porque ella no tuviera ni la más remota idea acerca de los tenebrosos peligros que acababa de vivir él al lado de dos docenas de sus compañeros. Atrás quedaban las dos semanas pasadas entre aquellos bajos en donde permanecieron perdidos por muchos días, rodeados de enemigos por todas partes, explorando una salida en las noches sin luna a la luz de las estrellas, sintiendo los nervios en ascuas cuando escuchaban latir alarmados los perros de las haciendas de los latifundistas, imaginándose ubicados por las diversas patrullas de mercenarios del ejército que habían llegado a apoyar a los grupos de criminales que servían a los ganaderos, alimentándose tan sólo con la ilusión de poder salir con vida de ahí por cuanto las provisiones se

habían terminado hacía varios días. Papá aprendió a conocer el sur porque en esos primeros días de septiembre al mirar el firmamento podía distinguir perfectamente en esa dirección, señalada por la brújula, una larga columna de estrellas que tenía la forma aproximada de la ilustración. Cuando los integrantes del grupo se detenían sudorosos y con las ropas sucias por las huellas de los pantanos que se veían obligados a cruzar con el agua a veces más arriba de la cintura, y comenzaban a prepararse para dormir algunas breves horas, bien fuera en lechos improvisados en el piso o rebuscando troncos aptos para guindar sus hamacas, acudían puntuales también los coros de siriríes a sembrar incertidumbre en su ánimo con los sonoros chillidos de su espeluznante canto. Los

combates que sostuvieron para poder salir de allí fueron dejando cada uno su estela de muertos y desaparecidos, habiendo descubierto papá que en ese tipo de situaciones quedarse disgregado era casi sinónimo de muerte, pues quien se extraviaba de los demás no podía contar con que iban a esperarlo o a volver atrás a buscarlo, sin que importara para nada de quién se tratase. Sólo el azar, la experiencia o la sangre fría podían explicar el que algunos de ellos hubieran aparecido después increíblemente a salvo. Durante el cruce del río la creciente masa negra fue devorando lentamente la luna, y ésta fue mudando a la par su irradiación blanquecina por una tonalidad rojiza semejante a la de los atardeceres. Al mismo tiempo grandes nubarrones oscuros se fueron apoderando del cielo. Cuando la luna desapareció por completo, la fulgurante línea quebrada que iluminó la noche y a la que siguió el retumbar de un prolongado trueno, anunció que se aproximaba un violento aguacero. El grupo de vanguardia del que hacía parte papá apenas tuvo tiempo para estirar las carpas de casa en el cacaotal en el que les correspondió dormir. Como si se tratara de saetas, los gruesos goterones que se desprendieron desde las alturas con inusitada fuerza, estuvieron amenazando con traspasar el fino impermeable de las carpas a partir de ese momento y hasta mucho rato después del amanecer.

Desde el día anterior al eclipse comenzaron a llegar forasteros de todos los rincones de la tierra. Gringos blancos de ojos azules y cabello rubio, gringos negros de cabello azabache y ojos pardos, holandeses pecosos de cachetes colorados como cachacos paramunos, italianos de voz cantarina y pendenciera, argentinos parecidos a italianos, brasileiros alegres que apostaban a que su país ganaría ese año la quinta copa mundial de fútbol, hindúes y armenios de piel cobriza y ojeras profundas, árabes de narices grandes y ojos inmensos y saltones, venezolanos encantados con las últimas canciones de Diomedes Díaz y Poncho Zuleta que sonaban por todas partes, españoles interesados además en preguntar a los vecinos quién creían que iba a ganar las elecciones de ese año, rusos desencantados del comunismo y rusos que soñaban con la vuelta al comunismo, además de otros muchos de aspecto extranjero que los nativos nunca supieron en realidad de donde provenían. Además de los colombianos. Unos de los llanos, otros del Pacífico, otros de la fría capital y el centro del país, otros del Caribe espléndido, otros de los santanderes



rudos. Y toda esa gente venía cargada de aparatos raros como telescopios, equipos de filmación, computadoras portátiles, teléfonos celulares, antenas redondas como radares, sofisticadas cámaras de fotografía, mini grabadoras y cachivaches así, útiles los unos para los científicos y los otros para los periodistas. Unos pocos consiguieron cupo en las habitaciones de la única residencia del pueblo, otros armaron carpas a la sombra y otros más audaces consiguieron hospedaje en casas de familias generosas y alegres que se negaron a recibir algún dinero en pago y fueron capaces de demostrarles que donde come uno comen dos, y donde comen dos comen tres, y donde comen tres comen cuatro y donde comen cuatro comen cinco, y así sucesivamente hasta donde fuera necesario contando cabezas. De manera que la noche previa al eclipse había en el pueblo un verdadero ambiente de fiesta, con mucha gente en las calles y numerosos corrillos de muchachos alrededor de los jardines, las heladerías y el corredor callejero de la residencia, en donde los forasteros escuchaban embelesados las estremecedoras notas de las guitarras vallenatas, interpretadas por esos compositores silvestres de melodías embrujadoras, capaces de ver copos de nieve descendiendo de la nevada levemente hacia el trópico o ríos furiosos de celos porque la morena linda no llegaba puntual a bañarse desnuda esa tarde en sus aguas. Por un día y única vez la presencia de personas extrañas a los pobladores deambulando por las calles, no despertaba las desconfianzas habituales en aquellas gentes tan apegadas a sus viejas tradiciones y a su vida tranquila. Todos estaban felices. Incluidas Adriana Paola, María Luisa y mamá que observaban desde el jardín de manera despreocupada la circulación agitada de los transeúntes, y que por eso no vieron nada especial en el hombre de caminar lento que avanzaba por el centro de la calle, hasta cuando inesperadamente se dirigió a ellas desde la calzada, frente a su casa, diciéndoles: “Son una hermosa familia, pero el papá está ausente, ¿verdad?” Las tres volvieron a mirarlo y antes de que pudieran responderle alguna cosa le escucharon decir: “Los eclipses suelen venir acompañados de sucesos asombrosos que los anteceden o prosiguen, incluso de noticias sobre seres queridos lejanos. Pero la gente no sabe interpretarlos”. Al decir esas palabras el hombre sonrió benevolente y en sus ojos resplandeció un brillo de amistosa complicidad. Adriana Paola creyó escuchar la voz de su propia conciencia repitiendo las inquietudes que la acosaban de tiempo atrás. Mamá comprendió que aquel extraño, fuera quien fuera, sabía algo del paradero de papá y había venido a comunicarlo.

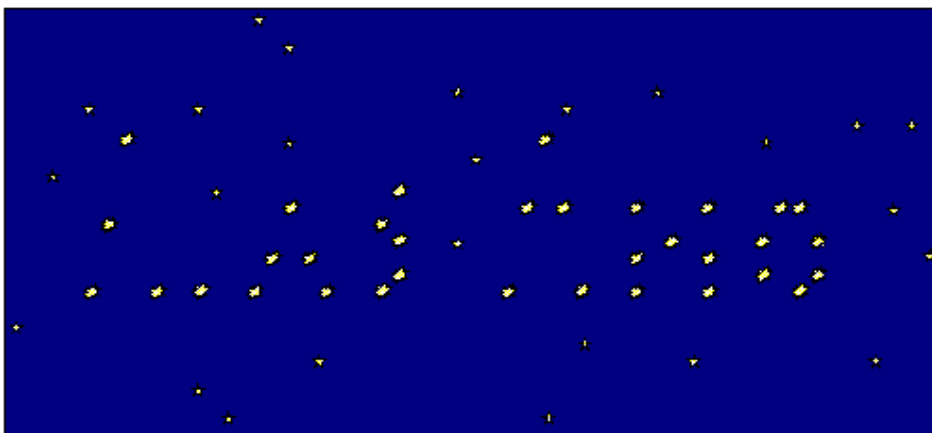
María Luisa lo miró con algún reparo y luego dijo: “Es el indio, anoche soñé que hoy vendría un indio”. “Sí –habló con sorprendente naturalidad el hombre, como si lo conocieran desde siempre-. Ella sí sabe, los niños todo lo saben. Soy Lobo Errante. La Madre Tierra me ha confiado ser su portador de buenas nuevas”. “¿Pero y cómo es posible? ¿Y por qué nos eligió a nosotras?”, preguntó con curiosidad Adriana Paola. “El amor –dijo Lobo- el amor. Allí donde es grande y verdadero todo puede ser posible”.

En la mañana siguiente, desde muy temprano, el pueblo fue quedando despoblado de toda la gente extraña e incluso de muchos de los nativos. En gran número todos se establecieron en el Cerro de La Virgen, en la salida hacia la serranía, lugar considerado por los científicos y periodistas como ideal para la observación del insólito fenómeno celeste. Sin embargo, a eso de las diez las calles se veían atestadas de gentes entusiasmadas que lucían anteojos negros especiales vendidos por buhoneros aparecidos a granel en los últimos dos días. Un par de minutos antes de las 10 y media el misterioso Lobo Errante hizo su aparición por la casa de mamá, tal y como lo había prometido la noche anterior. Por extravagantes que pudieran parecer sus palabras resultaba imposible dudar de su dicho. Había acertado sin ningún esfuerzo en los nombres y fechas de nacimiento de cada una de ellas, en la profesión de papá y en los rasgos generales de la historia de su vida. También les había descrito minuciosamente los sucesos ocurridos con él en los días previos al último eclipse de luna y cómo la noche en que éste ocurrió, sus compañeros y él habían dejado por fin el peligro atrás, en la otra margen del gran río que cruzaron. Mamá, Adriana Paola y María Luisa lloraron conmovidas al oír la historia de Never y Federico, que fueron vistos por última vez enterrados en un bajo con el pantano arriba de sus rodillas y con sus fusiles en guardia, imposibilitados para romper el anillo de tropa ávida de sangre que se cerraba a su alrededor. Y nuevamente volvieron a hacerlo al escuchar la tragedia de Camilo, quien en medio de la agonía producida por la granada de fusil que le acababa de reventar en la mitad del pecho, le entregaba el arma al guerrillero que lo acompañaba y le pedía que se fuera sin él, pues era absurdo que murieran los dos pudiéndose salvar uno. Como en un cine, mamá e hijas aplaudieron emocionadas cuando el relato del indio les describió cómo después de guiarlos con un radio Handy, el negrito Aníbal se abrazó a cada uno de los sobrevivientes en las afueras del caserío en donde se

encontraron. Y lanzaron exclamaciones de horror cuando supieron que esa felicidad se truncó de repente por la aparición de un tren cargado de soldados que la emprendió a fuego cerrado contra ellos cobrando la vida de Andrés y originándoles un caos durante toda la noche. Horror que volvieron a sentir al conocer que al día siguiente otra vez los habían asaltado y que allí había quedado para siempre el negrito Aníbal, el héroe de la jornada anterior. A pesar de la dicha de saber que papá había salido con bien de trance, la tristeza que les causó la muerte de quien los había rescatado, aún pesaba en sus corazones cuando vieron nuevamente al sabio Lobo Errante frente a ellas.

Todos se reunieron en el jardín a mirar hacia lo alto. El sol resplandecía con todo su furor de verano en un cielo limpio de nubes y majestosamente azul. Los fuertes vientos del norte comenzaron a soplar con su habitual intensidad a esa hora de la mañana. “Prometiste que papá se comunicaría con nosotros hoy”, le recordó María Luisa a su extraño acompañante. “Tendrás que esperar el eclipse, Nena, no te fallará”, le respondió éste. “No nos dijiste cuál fue el suceso extraordinario que se encargó de notificar el eclipse de luna. Porque supongo que tiene que ver con todos los hombres y no sólo con papá”, le susurró en voz baja Adriana Paola siempre inquieta por su idea de la magia del universo. “Mientras los compañeros de papá morían a su lado, otros de ellos, muy lejos, también luchaban y triunfaban. Aquella noche la luna dio cuenta de la importancia singular que tendrían Las Delicias”, le dijo por toda respuesta Lobo Errante. Adriana Paola lo comprendió al instante. Tal vez unos perdieran y tuvieran que tomarse el trago amargo, pero en el conjunto, ganaban y avanzaban. Aquellos muchachos habían muerto, sí, pero para que otros de ellos pudieran triunfar, y los hechos posteriores se habían encargado de mostrar la dimensión de la victoria. “¡Empezó! ¡Empezó! ¡Miren cómo la sombra de la luna comienza a tapar un pedacito de sol!”, gritaron al mismo tiempo varios espectadores en la calle. A partir de ese momento no hubo más distracciones y todos fueron quedando embelesados en el hermoso espectáculo que ante sus ojos protegidos con lentes negros comenzó a ofrecer el cielo. Lentamente, a medida que la sombra iba invadiendo el globo solar, la iluminación natural fue mermando y una serie de tonalidades fantásticas que jamás se apreciaban en los atardeceres corrientes, se fue apoderando sucesivamente del entorno. Y con ellas la temperatura descendió también gradualmente hasta el punto de

que la gente comenzó a tiritar quejándose del helaje del aire. Hacia las 11 y 45 minutos la oscuridad fue completa y a pesar de que nadie ignoraba la causa, un atávico sentimiento de miedo intentó apoderarse de todos los ánimos. Muchos corrieron hacia adentro de sus casas a encender las luces y cuando volvieron a salir comentaban asombrados que las gallinas y los loros se habían ido a dormir como si fuera la noche. Entonces fue posible apreciar en forma nítida ese cielo lindo tachonado de estrellas que solamente podía verse allí, y Adriana Paola comenzó a señalarle a mamá que aquél lucero grande era Júpiter, aquél otro Marte y aquél otro Venus. Lobo Errante le preguntó de repente y con voz dulce a María Luisa cuáles eran sus estrellas preferidas y ella le dijo que Las Tres Avemarías, Los Tres Reyes Magos, La Campana y Las Siete que brillan. Él le dijo que los indios americanos



habían llamado siempre de otra manera los cocuyos celestes, pero que esos nombres ya habían sido olvidados por

fuerza de la tradición cristiana. “Los Mayas tuvimos tal conocimiento del universo que nos guiábamos por un calendario más preciso que el que tienen los hombres hoy”, dijo con un dejo de nostalgia Lobo Errante. “Pero anda –prosiguió–, busca en tus estrellas favoritas el mensaje de papá”. María Luisa pidió a mamá y a Adriana Paola que le ayudaran a buscarlas. Las tres comenzaron a recorrer con sus ojos aquella montonera impresionante de estrellas y luceros sin que pudieran hallarlas. De pronto mamá exclamó: “¡Hijas! Mírenlas allá agrupadas todas!” Y señaló un lugar en el cielo. Las niñas volvieron sus cabezas hacia donde les señalaban y quedaron boquiabiertas por la sorpresa. Sus estrellas favoritas se habían dispuesto por unos instantes como lo muestra aproximadamente la figura. Y las tres mujeres pudieron leer, sintiendo el corazón palpitar a enorme velocidad dentro del pecho, las palabras perfectamente delineadas por las luces en aquel infinito tablero negro: “Las Amo”. Sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad y se abrazaron

emocionadas. En ese momento comenzó a regresar la luz solar y Lobo Errante dio inicio a un canto que sonó como un lamento a los oídos de todos. Ninguna pudo captar su significado ni alcanzó a adivinar su sentido pues los sonidos pertenecían a una lengua extraña. La luna negra dejó brillar en todo su contorno un anillo de rayos solares que pareció resplandecer con inusitada fuerza, y todo alrededor se fue llenando de una luz blanquecina, como de lámpara de mercurio. “¡Es el Anillo de Diamantes!”, gritó alguien con fuerza en la calle y sus palabras comenzaron a ser repetidas de boca en boca en forma veloz. A la par que la sombra de la luna iba descubriendo paulatinamente al sol, las estrellas se esfumaron dando paso a un día de coloraciones extravagantes e inéditas, que tenía la propiedad de hacer sentir buenos a todos los hombres. Al cesar Lobo Errante su canto pesaroso Adriana Paola le preguntó suavemente: “¿Puedo saber que dice la letra de tu canción?” “Sí, niña”, le respondió el indio empezando a recitar lentamente: “Que se levanten... Que se levanten todos, que ni uno ni dos grupos se queden atrás; que amanezca, que llegue la aurora, que los pueblos tengan paz y sean felices”. Al terminar de recitar explicó: “La antigua profecía maya que yo me encargo de cantar por toda América, dice que ya es hora de que amanezca y se termine la obra. Ya ha llegado la hora, hija, ya ha llegado”. Sin comprender con exactitud aquellas palabras, Adriana Paola preguntó con cierta timidez no oculta de desencanto: “¿Eso es lo asombroso que anunció este eclipse?” “No –respondió Lobo Errante–. Eso ya estaba escrito en el tiempo. Lo que tú quieres saber se llama El Billar. Muy pronto comprenderás de qué se trata. Entonces sabrás la relación que tiene con mi canto”. Adriana Paola volvió la cabeza hacia mamá que jugaba enternecida con los cabellos de María Luisa mientras miraba todavía a lo alto. Sintiendo un enorme amor hacia ella se le acercó y la tomó por la mano. “Mami, todo va a salir bien, ya verás, todo nos va salir bien a todos”. Quiso volver a mirar a Lobo Errante y entonces se percató de que había desaparecido. El indio americano había decidido partir a continuar anunciando el fin de la profecía.

Montañas del Magdalena Medio, 24 de enero de 1999

## EL CUENTO DE JOSÉ GA

Al filo de la media noche José Ga terminó por fin su último escrito. Lo había leído una y otra vez examinando minuciosamente cada una de las palabras y frases empleadas, y ahora juzgaba con alivio que no requería de más correcciones. Había empleado todo el día en elaborarlo, pero aquella larga jornada de concreción y pulimento era la síntesis de un prolongado proceso de incubación que se extendió por muchas semanas hasta estallar con fluidez en las primeras horas de esa mañana de invierno.

José Ga se sintió invadido por la alegría que en forma espontánea acudía inevitablemente a su ánimo cada vez que su labor creadora culminaba. Esos sentimientos de plenitud y placidez venían a confirmarle que su cuento estaba definitivamente armado y por consiguiente decidió que ya era hora de concederse un merecido descanso. Al día siguiente, cuando despertara, volvería a leerlo de nuevo, para gozarlo. El escrito estaba listo, para su propio deleite y la entretención de sus lectores.

La lectura matinal volvió a dejarlo de nuevo complacido. Ahora la tarea sería sacarlo nuevamente en máquina, con mucha paciencia, empleando la mayor diligencia para que su presentación estuviera exenta de errores. No podía saltarse una coma, ni equivocar una sola letra. Debería quedar a doble espacio y con buenas márgenes para que fuera atractivo. Luego lo haría fotocopiar para distribuirlo entre sus amigos. Estaba ansioso por dárselo a conocer y por escuchar su opinión, aunque, sin embargo, un palpito anticipado le indicaba que sería a todas luces favorable.

José Ga hizo coser las copias fotostáticas con ganchos de grapadora y exhibiendo un entusiasmo desbordado las introdujo con sumo cuidado, junto con el original, entre su maletín de cuero. Como si se tratara de una pequeña criatura, el montón de hojas le despertó un profundo cariño. Embriagado de ilusiones caminó hacia la oficina de su amigo el gerente. Lo imaginaba recorriendo silenciosamente con sus ojos cada uno de los renglones, mientras de cuando en vez daba elegantes aspiraciones a un cigarrillo aromático, y sonriendo deslumbrado al llegar al punto final. Por eso se sintió

decepcionado cuando la secretaria de su amigo le informó que por encontrarse en una reunión de la Junta le era imposible atenderlo. Para no perder el viaje, y siempre con la ilusión de sorprender, José Ga le dejó un ejemplar y la razón de que lo llamara.

Tras su primer escollo José Ga optó por pasar por donde su amigo el librero. Lo halló enfrascado en la lectura de una novela francesa de principios de siglo y cuando le comentó de su cuento le escuchó pedirle que se lo dejara sobre el estante, para leerlo más tarde, cuando lograra desembarazar su atención del apasionamiento que se había apoderado de él desde cuando posó su vista sobre los primeros renglones del libro que sostenía en sus manos. Disimulando su desencanto, José Ga salió del negocio y echó a andar cabizbajo por la avenida. Caminaba abstraído por el extraño desplante del librero. Era la primera vez que no se lanzaba con avidez a leer sus líneas. Debía ser muy buena la novela para seducirlo de aquella manera.

La voz de la Negra lo trajo otra vez de vuelta al mundo que lo rodeaba. La bella muchacha estaba parada frente a él, con los brazos abiertos y expresión de franco regocijo por el casual encuentro. Fue ella quién le preguntó con vivo interés si había estado escribiendo últimamente. Entonces él le habló con orgullo de su más reciente creación y sin esperar que se lo pidiera, abrió de prisa el maletín y le extendió un ejemplar. La negra lo ojeó por encima y le manifestó que preferiría que se lo leyera él mismo. De inmediato José Ga le propuso entrar en una heladería, pero ella se disculpó pretextando un compromiso ineludible e inaplazable. Al final accedió a llevarse el escrito que dobló rápidamente en 8 partes para introducirlo en su bolso, y se despidió de él con un beso en la mejilla y prometiéndole que lo llamaría.

Por más que lo intentó, José Ga tampoco pudo lograr que las dos copias restantes de su cuento fueran leídas de una vez por sus escogidos destinatarios. Fue como si todos sus amigos hubieran tenido algo que hacer de manera inminente, lo cual se transformó en un obstáculo para que pudieran dedicarle unos cuantos minutos a él. Había pasado todo aquel día gris yendo de un extremo a otro de la ciudad, siendo sorprendido varias veces por la llovizna fría que se desprendía sin aviso de los cielos brumosos. Al llegar a casa

experimentaba en su interior la desazón propia de quien no logra ver coronados sus buenos propósitos.

Antes de acostarse a dormir, José Ga leyó por 3 veces consecutivas su cuento. Se le antojaba fascinante, y tras cada lectura sintió que le gustaba aún más. Lo comparó con sus otros escritos cortos y se dijo que poseía quizás más elementos de su alma que los anteriores, y que un crítico perspicaz bien podría dedicarle un ensayo interesante de tipo psicológico. Lamentó con melancolía que hubiera sido privado del placer de compartirlo con alguien, y empezó a creer que una enigmática confabulación del destino parecía presentarse ante él para hacer más dramático su éxito. Decidió esperar. Siempre se comenzaba a vivir con cada nueva mañana.

El día siguiente José Ga despertó oyendo golpear contra los vidrios de la ventana de su habitación las fuertes gotas de lluvia de un violento aguacero. Volvió a sumirse en un agradable sopor hasta cuando la voz de su conciencia le insistió en que era demasiado tarde para permanecer aún en cama. Al mirar su reloj, se percató de que eran casi las 10. Todavía llovía con persistencia. Por lo visto no iba poder salir a la calle. Le pareció que era entonces la oportunidad para dedicarse a realizar algunas tareas domésticas que siempre estaba aplazando para después. Además así iba a poder contestar personalmente las llamadas de sus amigos. El teléfono no había sonado una sola vez cuando cayó de nuevo la noche.

El invierno parecía haber decretado una tregua en el día que vino. Por primera vez en la semana, José Ga vio brillar el sol en el firmamento azul cuando asomó a la calzada. Las mañanas así elevaban su ánimo por la vida. Su amigo el gerente había salido de la ciudad, pero su secretaria le advirtió que le había dejado una nota. Esperanzado, José Ga abrió el papel doblado que le extendió la mujer y reconoció la letra. Para su sorpresa, su amigo sólo le había dejado escrita una pregunta: “¿Cuándo me traes el artículo del que hablamos para la revista?”. Con incredulidad, José Ga preguntó a la secretaria si no había algo más para él, a lo que ella, enterneciendo la voz con singular cortesía contestó: “No señor, nada más. Lo lamento”.



Su amigo el librero estaba consagrado ahora a la lectura de otra novela del mismo autor. Desde que vio entrar a José Ga al negocio, comenzó a elogiar con frenesí la profundidad temática y la altura literaria, el tono moral y el crudo realismo que había descubierto en aquel parisino a quien siempre, por una prevención absurda, se había negado a leer. Cuando José Ga tuvo oportunidad de preguntarle por su cuento, el librero respondió de prisa, como fastidiado por aquella pregunta impertinente que lo obligaba a cambiar de discurso, que no lo había leído aún. Regresando de una vez a su apología, intentó relatar a José Ga el argumento de la obra, cosa que éste impidió con un gesto de desprecio de su mano derecha, alegando que ya lo conocía. José Ga salió de allí francamente apesadumbrado.

Por coincidencia, José Ga volvió a cruzarse en la avenida con la Negra. Esta vez fue él quien la vio primero y abrió los brazos a su encuentro. La linda mujer tenía suelta su hermosa cabellera, y las manos de José Ga sintieron su suavidad al abrazarla. Antes de que él fuera a preguntarle, la muchacha le lanzó un reproche: “¡Cómo eres! Estuve ayer esperándote para que me leyeras tu cuento y no viniste”. José Ga no quiso contradecirla recordándole que nunca habían acordado eso. Tal vez ella lo hubiera entendido así. En su lugar, volvió a invitarla a la heladería y ella aceptó. Sólo que había dejado el cuento en su otro bolso y José Ga no llevaba el suyo. Cuando se separaron, José Ga no pudo evitar pensar que la dulce muchacha había pretendido engañarlo.

El cuarto de sus amigos aún tenía el cuento de José Ga puesto exactamente en el mismo sitio del escritorio donde lo dejó el primer día. José Ga decidió por ello no tocarle el asunto, aunque durante los breves minutos que duró su visita mantuvo sus nervios a la expectativa de cualquier comentario al respecto. Para su infortunio, éste no se produjo. José Ga olvidó por completo el color del día y pasó de largo por el parque de césped brillante y flores multicolores. La última de sus visitas fue un fiasco todavía mayor. Cuando José Ga volvió a casa tenía un amargo sabor en la boca y ya caía nuevamente la llovizna fastidiosa de hacía dos días. Recostado en su lecho no dejaba de repetirse que ahora no le interesaban los comentarios laudatorios a su cuento. Su única ambición se reducía a saber que efectivamente lo habían leído.

Una semana más tarde, con escenas distintas, el guión de sus visitas continuaba girando en torno a la misma situación. José Ga no podía conciliar el sueño y un sentimiento de afrenta pesaba sobre su orgullo. Acongojado, repasaba una y otra vez su cuento sin poder entender la razón por la cual no había logrado ser leído. Su aspecto se había tornado aún más meditabundo y su mirada era triste. Fue cuando comenzó a hablar a solas en voz alta con un imaginario interlocutor que no era sino él mismo. La ausencia de ilusiones que empezó a padecer, se convirtió en el más sólido retrato de la soledad humana. Conmovido por su angustioso estado, e intrigado por el contenido de la historia de José Ga, decidido a no dejarlo perecer víctima de la indiferencia de los hombres, tomé la resolución, completamente descabellada e inverosímil, de dirigirme a él: “José Ga, pásame a mí el original de tu cuento. Lo leeré enseguida y conversaremos largamente sobre él”. José Ga me miró sin conocerme, y, debo confesar en desmedro de mi amor propio, que no pareció muy impresionado con mi intervención. Cuando se carece de esperanzas, seguramente que ya nada despierta nuestra curiosidad. Sin demasiado interés, quiso saber quién era yo, y cuando le dije que el autor de este cuento, me preguntó algo incrédulo acerca de la lógica que podía tener este episodio. Procuré no mostrarme como un oráculo pedante cuando le dije: “Todos somos, sin saberlo, personajes de alguna fuerza externa que gobierna a su voluntad nuestras vidas”. José Ga no pareció quedar muy convencido, pero no respondió nada. Luego tomó su cuento con mano segura y al entregármelo dijo: “Léelo”. Me aparté de él hacia la luz de la lámpara y con sincera inquietud mis ojos recorrieron las primeras líneas. Estuve unos segundos sin habla, pensando en las paradojas de este mundo. Luego proseguí la lectura. Su escrito comenzaba así: *“Al filo de la medianoche Gabriel A. terminó por fin su último escrito. Lo había leído una y otra vez examinando minuciosamente cada una de las palabras y las frases empleadas, y ahora juzgaba con alivio que no requería de más correcciones...”* Levanté la cabeza para mirar a José Ga y descubrí que mientras con mucha atención me observaba leer, sus pequeños ojillos negros despedían un intenso e irónico destello de burla.

Campamento de Invierno, sur de Bolívar, 22 de octubre de 1997

## LA DANZA DE LAS LIBÉLULAS AZULES

Aquella madrugada, una nube de exóticas libélulas azuladas de alas transparentes se fue posando sobre las aguas mansas del magnífico río, como si los compases musicales de alguna misteriosa melodía les estuvieran indicando cada uno de los pasos de su rítmica danza. Tras hundir por turnos su cola en las suaves olas, los alargados insectos de ojos gigantes se elevaban en el aire, revoloteando inquietos a la vista del vigía indígena que atisbaba las orillas. Persuadido de que un fenómeno así no podía indicar nada distinto a la presencia próxima de inesperados visitantes, el nativo ocultó su cuerpo de manera tal que no pudiera ser observado desde ninguna embarcación que navegara por las aguas. Su piel canela, recubierta por el grueso barniz de color pardo usado desde la antigüedad para evadir el acoso de los mosquitos impercederos, se confundió con la coloración natural de la jungla que poblaba las vegas desde tiempos inmemoriales. Desde allí divisó la canoa a motor que se aproximaba lentamente aguas abajo, mientras sus ocupantes examinaban la ribera como si anduvieran en busca de un sitio para desembarcar. Exactamente cuando se hallaron frente al grueso árbol situado unos 5 metros arriba de donde se ocultaba el vigía, los 4 tripulantes parecieron estar de acuerdo en que ese era el sitio más apto para su propósito. El indígena escuchó con claridad cuando el piloto preguntó al que parecía su jefe, si arrimaba la proa a tierra. Entonces, sintiendo en sus acerados músculos la señal de alarma enviada por sus nervios, estiró la mano derecha hasta tomar una flecha corta que inmediatamente acomodó con movimiento sigiloso en el arco que sostenía en su mano izquierda, y se aprestó para hacer blanco en el primero de ellos que pusiera pie en la orilla. El hombre de sombrero de alas anchas recogidas a ambos lados, bigote espeso y largas patillas que casi se confundían con una incipiente barba de varios días, estuvo pensando durante unos momentos la respuesta, como si vacilara acerca de la conveniencia de atracar. Luego respondió que no hacía falta, que bastaba con haber determinado el punto que les serviría y que era mejor regresar atrás, antes de que comenzaran a aparecer los primeros pescadores del día y pudieran observarlos. Al tiempo que el motor canoa giraba y emprendía veloz su marcha atrás, el

nativo bajó suavemente el arco que había mantenido tensado por varios segundos y vio maravillado que las libélulas danzantes de un rato atrás parecían haber enloquecido, pues chocaban unas contra otras como si estuvieran disputándose el espacio en el aire, que no parecía suficiente para todas. Ante tan extraña casualidad, el vigía decidió partir de inmediato hacia el campamento escondido en donde se refugiaban los sobrevivientes de su tribu desde hacía casi 4 siglos, con el fin de comunicar lo más rápidamente posible la novedad. En su mente resonaba aún el nombre con el que escuchó que el piloto se dirigió al que parecía su jefe: “Camarada Franco”. La riña de las libélulas y aquel nombre trajeron a su ánimo una suma de presentimientos extraños. La última vez que habían coincidido cosas semejantes, la tragedia se había cernido sobre la raza de los yariguíes.

Los ojos del Cacique brillaron con una mezcla desmedida de dolor e ira en cuanto recibió el informe del vigía. No había la menor duda, el odiado Capitán Franco volvía nuevamente a deambular por las aguas del Yuma. Por una infausta determinación de sus dioses, cuando el Cacique había vuelto a reunirse con los sobrevivientes de su tribu tras su habilidosa fuga de Pamplona, a donde fue confinado con los jarretes cortados para burla de los españoles, tuvo noticia de que Yarima, la princesa adorada, la preferida entre sus esposas, jamás pudo volver con su pueblo. Los sabios hechiceros que indagaron con sus artes mágicas la razón de aquel misterio, terminaron por concluir que la dura determinación de sus deidades obedecía a que ella había sido forzada por el conquistador antes de darle muerte, y en consecuencia su sangre se había hecho impura. Desde entonces el Cacique había resuelto permanecer solitario hasta tanto no pudiera lavar la afrenta. Los hombres blancos habían arribado primero a Latocca y luego de incumplir sus promesas de amistad llevaban más de 60 años haciendo la guerra a su gente y hurtándoles todas sus riquezas. Se habían hecho fuertes en ese lugar que era la capital del reino yariguí, a la que denominaron caprichosamente Barrancas bermejas, y habían empujado los nativos a la jungla por haberse negado a aceptar su religión y su gobierno. ¿Quién podía entonces reprocharle a él y su gente la determinación de librar una guerra a muerte contra ellos? ¿Quién se atrevía a llamar saqueo la recuperación que su tribu realizaba atacando los convoyes de blancos que transitaban por el río, para obtener víveres y recursos para la guerra? ¿Acaso los extranjeros habían mostrado alguna piedad

con los ancianos, las mujeres y los niños indígenas que morían apestados entre los pantanos de la selva incandescente? Si aquellos conquistadores hubieran sido fieles a las ideas que proclamaban los frailes que los acompañaban, y con las cuales estuvieron intentando adoctrinar naciones aborígenes como la suya, su comportamiento hacia los indios hubiera debido ser muy distinto. Pero no. Su desmedida ambición terminó por conducir al alzamiento yariguí. No tenían ningún derecho para haber entrado a aniquilar a su pueblo. Él y los suyos no habían hecho otra cosa que defender lo que les pertenecía desde cuando las primeras generaciones de sus ancestros subieron por el gran río desde el mar a poblar ese inmenso valle. La embestida por todos los flancos contra su tribu pretextando el ataque de ésta a un convoy conformado por 170 soldados españoles que resultaron muertos, no había sido nada más que la consumación de la más ruin de las injusticias. Y la toma como rehenes de toda su gente inhábil para la guerra por parte del Capitán Benito Franco, el golpe más bajo que cualquier rival hubiera propinado a otro en las tierras de América. Por correr en su rescate, él, el Cacique, había caído en la trampa del conquistador. Un disparo de arcabuz hecho a quemarropa por el violador jefe enemigo, lo dejó tendido mal herido en el piso y precipitó su captura. Y con ella la derrota de sus bravos guerreros. Sólo unos pocos lograron salvarse. Con mucha paciencia entonces, procedió a reagruparlos cuando pudo regresar de la cordillera emparamada. Desde entonces los conquistadores conocieron la furia vengativa, el espíritu de sacrificio y la sed de justicia que animaron cada uno de sus ataques. Sin embargo, en el fondo de su alma nativa se revolvía una aspiración que fue creciendo día a día, año tras año, siglo tras siglo, hasta convertirse en una obsesión: tener entre sus manos al autor material de sus desgracias. Ahora, por fin, pasados casi 400 años, su enemigo se había vuelto a poner a su alcance. Por eso sus labios se abrieron con un rictus de determinación inquebrantable para afirmar que tras un siglo de quietud, esta vez iría él mismo, en persona, a dirigir el combate contra los conquistadores. Era a él a quien le correspondía atrapar a Franco.

Cuando el Cacique llegó con su partida de guerreros desnudos hasta el grueso tronco del árbol que según las indicaciones del vigía correspondía al punto elegido por los extraños como desembarcadero, tan sólo encontró las huellas de un grupo numeroso de hombres

que parecía haber permanecido reposando allí durante varias horas. Siguiendo orilla arriba, la vegetación no revelaba trillo alguno. Igual sucedió cuando buscaron en dirección norte. La idea que se formó en la mente de los guerreros indígenas fue la de que tras haber llegado hasta allí por el agua, la patrulla del Capitán Franco estuvo esperando alguna cosa, y quizás tras obtenerla había continuado su viaje por el río. La expresión de decepción que apareció en el rostro de algunos que llegaron a considerar perdida la presa, se esfumó como por encanto cuando el Cacique afirmó que sentía el olor de los hombres blancos venir con la brisa que soplaba del oeste, por lo que convenía hacer el cruce del río y explorar aquella ribera con cuidado. Esa decisión implicaba violar un antiquísimo código aborigen, según el cual la orilla opuesta del río no debía ser asiento ni tránsito de su tribu, razón por la cual ningún yariguí pisaba nunca la margen izquierda del Yuma. Sin embargo, todos estuvieron de acuerdo con el Cacique en que cuando se trataba de deudas de honor, éste era el máximo código al que debían atender. Tras abordar de a tres guerreros en cada una de las pequeñas canoas, el golpe de los remos fue haciéndolas avanzar silenciosamente a través de la corriente, bajo un cielo gris encapotado en el que de manera amenazante el destello de frecuentes relámpagos anunciaba la proximidad de fuertes lluvias. Cuando los indígenas sudorosos se irguieron para saltar en la playa de destino, los gruesos goterones de un violento aguacero chocaban contra sus cuerpos y convertían rápidamente en fango la mezcla pardusca de arena y tierra en la que se les hundían los pies. Esta circunstancia se tradujo en la rápida convicción de que la naturaleza se estaba interponiendo desfavorablemente a la consumación de sus planes, puesto que el invierno venía inoportunamente a desvanecer cualquier rastro que de su rumbo hubieran dejado las pisadas de los blancos en el piso. El Cacique dispuso atar fuertemente con bejucos las canoas a las ramas de los frondosos palos que crecían en la ribera, y luego ordenó buscar un lugar apto para guarecerse de la furia de las aguas que se desmandaban desde el cielo. Solamente volverían atrás cuando hubieran cumplido con el propósito que los había llevado hasta allí, así tuvieran que explorar centímetro a centímetro toda la extensión del inmenso valle que se abría ante sus ojos.

Aquello que para los criollos alzados en armas contra el imperio de la metrópoli fue siempre atribuible a la gestión de la divina providencia o a un imprevisto presente del azar, en realidad no fue otra cosa que la intervención en su favor de los imperceptibles espíritus yariguíes. Cuando desencantado de su mediocre destino en el caluroso puerto de Barrancas, el coronel Bolívar optó por insubordinarse a su jefe francés Labatut para lanzarse a reabrir la navegación por el Río Grande de la Magdalena, el Cacique y los suyos, que se hallaban por entonces explorando aguas bien abajo de su tierra la posibilidad de infligir un daño certero a los conquistadores, una vez enterados de los audaces propósitos del caraqueño desterrado, determinaron hostigar de tal modo las guarniciones españolas, que el naciente héroe las fue encontrando vacías. Alguna razón tendría el futuro Libertador para considerar que el abandono apresurado de los aterrados españoles que corrían hacia Ocaña, obedecía al empuje de sus armas y al efecto de su propaganda desestabilizadora. Otro habría sido su razonamiento si hubiera llegado a conocer de la invisible intervención nativa. El Cacique siempre encontró la manera de deslizarse subrepticamente entre las filas de las tropas del rey para propinarles golpes inesperados. De allí su perfecto conocimiento de las corrientes de agua, de cada uno de los pantanos de las vegas, de las orillas y desembarcaderos de las ciénagas. Y cuando supo que el último Virrey, en una fugaz ausencia suya de la ribera del Yuma, había descendido por el río y se había marchado a España para nunca volver, sintió como suya la victoria. Sin embargo, observó descorazonado que una decena larga de años después, aquel general victorioso, a quien siempre acompañaron abrumadoras manifestaciones de afecto, bajó casi solitario y enfermo en busca del exilio, en medio del desprecio e indiferencia de cuantos lo habían aclamado en sus tiempos de gloria. Aquel suceso habría de despertar entre los de su raza y en él mismo, una desconfianza irremediable hacia los hombres que se habían hecho cargo de las cosas después de que fueron vencidos los españoles. Y aunque alguna que otra vez, tomó la decisión de intervenir en sus disputas internas cuando le pareció que uno de los bandos se hallaba en verdad animado por una causa justa y libertaria, terminó por adoptar, casi medio siglo después, la resolución de abstenerse para siempre jamás de inmiscuirse en sus desquiciados conflictos. Sólo una razón muy poderosa y de sobrenatural importancia lo llevaría a alzarse de nuevo en pie de guerra. Mientras tanto, sus hombres almas patrullarían las aguas del Yuma para

ayudar a que los escasos descendientes mortales de su tribu, defendieran su inexpugnable territorio de las nuevas hordas de buscadores de quina, tagua, raicilla, perillo y maderas. La persecución, el olvido, las plagas y el hambre, borraron de la faz de la selva las últimas semillas de los yariguíes vivos, justo cuando las compañías norteamericanas iniciaban la explotación de aquellas riquezas en aceite negro que siempre pertenecieron a los aborígenes. Entonces en el ánimo del Cacique y en el del puñado de guerreros que lo acompañaban desde 3 siglos atrás, renacieron los sentimientos de rebeldía. Pero solamente cuando el vigía indígena vino con la noticia de que el Capitán Franco navegaba cauteloso durante el amanecer por las aguas del Yuma, supieron los indígenas que era esa, sin lugar a ninguna duda, la señal por tanto tiempo esperada para iniciar nuevamente el alzamiento.

Los guerreros asentían con respetuosos movimientos de cabeza cada una de las indicaciones que recibían del Cacique para adelantar su labor de rastreo. Y las cumplían sin ninguna variación, cruzándose entre sí miradas que reflejaban la sincera admiración que sentían por los conocimientos de su jefe. Jamás erraba en una apreciación y sus advertencias siempre se adelantaban a la aparición de los peligros. Sabía interpretar el vuelo de las aves, los rumores del viento, la gruesa voz de las tempestades, el tintineo de la luz de los cocuyos, el canto de los grillos en la noche. Por ello los guió con seguridad por entre aquel laberinto de brazos del río, caños, bajos, montículos, pantanos, ciénagas y numerosas islas dispersas escondidas de la vista por arbustos y tapones, en un avance lento de muchos días, penetrando cada vez más en aquella manigua habitada por manatíes, caimanes, garzas azuladas, peces de todas las clases, nutrias, ponches, tortugas, víboras, venados y mil especies más arrulladas por el zumbido incesante de millones y millones de mosquitos furiosos. Ahora, iluminados por la claridad de una enorme luna blanca, los 6 guerreros que acompañaban al Cacique mientras los demás aseguraban otros puntos, rodeaban el rústico rancho de palma hasta donde los había conducido su paciente búsqueda. Adentro, protegido con un toldo de seda negra, dormitaba profundamente, tendido en un camastro construido con materiales del monte, el hombre que con tanta ansiedad habían seguido. A su lado, sobre una mesa fija de varas atadas con bejucos, se hallaban un largo fusil F.A., unas cartucheras al estilo bandolera, un puñal



acerado largo y pesado, una camisa, una franela y un sombrero de alas anchas recogidas. El Cacique cruzó solo la puerta sin hoja, y clavó sus ojos en el cuerpo que dormía. Unas botas de caucho con los calcetines dentro, estaban cuidadosamente colocadas al lado de la cama. Su ocupante se había acostado con el pantalón puesto, dejando caer su cuerpo sobre una carpa de lona. Una toalla enrollada bajo su cabeza le hacía las veces de almohada. Dormía boca abajo, con un brazo estirado en un costado y el otro formando un ángulo recto con su torso a la altura de la cabeza. El Cacique recordó que el Capitán Franco lo había herido a él por la espalda antes de darle captura y sintió deseos de hundirle entre las costillas la filosa daga que empuñaba en su mano derecha. Pero se detuvo a tiempo. Quizás le ocasionaría una muerte rápida y él no había esperado todos esos siglos el momento de su venganza como para cumplirla tan deprisa. Su enemigo tendría que padecer un sufrimiento largo y estar por completo enterado de quién lo ejecutaba y por obra de qué razones.

En algún recoveco de la memoria de Franco, permanecían insertados los vagos recuerdos de cómo se había iniciado para él aquella guerra. Tal vez tendría 6 años cuando escuchó a su padre decir con decepción que el doctor Gaitán había perdido las elecciones para la presidencia y que los godos habían vuelto al poder. Después arreciaron las versiones de escandalizados parientes y visitantes que llegaban constantemente a la finca, según las cuales los amigos del gobierno habían emprendido una persecución implacable contra el partido liberal. En su mente habitaba nítida la imagen del semblante horrorizado de su padre, cuando un tiempo después revelaba al resto de la familia que el caudillo había sido asesinado en la capital. Desde entonces el mundo y su vida se transformaron por completo. Era como si la locura se hubiera apoderado de todos los hombres. Hordas de criminales que acompañaban a los chulavitas desolaban regiones enteras y la gente huía despavorida abandonándolo todo. Se oía de muertes horripilantes, de saqueos, de incendios, de miedo. Él mismo no alcanzaba a explicarse cómo había sucumbido la vida familiar en el hogar paterno, pero sí recordaba que se hallaba escondido con uno de sus hermanos mayores, pasando la noche en un rancho solitario rodeado de monte, cuando fue despertado por un tropel de asaltantes que cayeron por sorpresa sobre ellos disparando indiscriminadamente sus armas. En medio del fuego cruzado oyó la voz de su

hermano que le ordenaba saltar por la ventana y escapar deprisa. Aquel “¡Corra Gilberto! ¡Corra! ¡No se deje agarrar!”, fueron las últimas palabras que escuchó decir a uno de su misma sangre. Cuando huía en la oscuridad sintió un violento golpe en la espalda que lo arrojó de bruces al piso. La llamarada roja que se encendió al arder el rancho quizás con su hermano muerto adentro, le sirvió para orientarse entre los arbustos por donde se arrastró pegado al piso, sintiendo que la sangre le bañaba el cuerpo después de rodar por su camisa. Cuando volvió en sí, se encontró bajo el cuidado de una gente que no conocía y que vivía escondida entre la montaña. Eran hombres, mujeres y niños como él, a quienes protegían un puñado de campesinos armados con carabinas, escopetas y revólveres, que de cuando en vez salían a comisionar contra el ejército, la chulavita y los pájaros, de donde regresaban con armas recuperadas en combate y más deseos de pelear. Era la guerrilla que espontáneamente se formaba para hacer frente a la agresión. Un tiempo largo después, cuando estuvo por completo repuesto de la herida de bala que recibió aquella noche, Franco, como se llamó en adelante, empezó a sumarse a las acciones de retaliación y defensa que realizaban esas gentes perseguidas. Nunca más había vuelto a ser sorprendido por cuanto había aprendido y hecha suya la sentencia según la cual quien tiene enemigos no duerme. Por eso ahora, que era obligado a caminar con las manos atadas a la espalda y una mordaza que le impedía hablar, se preguntaba furioso qué se habían hecho los centinelas encargados de la guardia en su campamento, y cómo era posible que aquel grupo de extraños asaltantes hubiera llegado hasta su isla extraviada y se hubiera apoderado de él sin quemar un solo disparo. Además aquellos hombres ni siquiera poseían armas de fuego, sólo arcos, flechas, lanzas y rústicos puñales que parecían tallados en hueso. Cuando sintió que varios brazos como tenazas lo reducían a la impotencia en su propio lecho sin darle oportunidad de reaccionar mínimamente, había oído claramente la voz de uno de ellos que le decía con firmeza: “Ahora nos perteneces, Capitán Franco. Yarima y los demás guerreros podrán descansar”. Salvo su nombre, ninguna de tales palabras había tenido para él algún sentido. Sin embargo, al escucharlos dialogar entre sí en una lengua que no conocía, y tras reparar con mayor atención en su apariencia, llegó a la conclusión de que sus captores eran indígenas. Pero se preguntó por qué habían venido por él, y cuál era la razón por la que parecían querer consumir con su vida una venganza. Al salir a la orilla de la ciénaga tras

dar un largo rodeo, la luz de la luna los iluminó por completo. Fue en ese preciso instante cuando el Cacique observó la cicatriz en la espalda de su prisionero, y sintió una violenta sacudida interior al reconocer que era idéntica a la que él mismo llevaba en la suya, causada por la herida que le propinó el español hacía siglos. Seguro de que sus voces ya no podrían ser escuchadas por los demás hombres de Franco, el Cacique dispuso quitarle la mordaza para averiguar por el origen de aquella seña. Aunque la pregunta le pareció absurda, Franco tuvo la seguridad de que de su respuesta dependía su suerte y procedió a relatar detalladamente la historia de su infancia. Al concluir agregó: “Ocurrió hace 30 años, en tierras que están muy arriba por el río grande, y que llaman Tolima, donde habitaron antiguamente las comunidades guerreras de los pijaos. Yo siempre me he sentido descendiente de ellos”. El Cacique lo reparó de arriba abajo. Realmente este hombre no tenía aspecto de español y más bien, poseía en el rostro huellas de rasgos aborígenes a pesar de tener su piel tan cerrada de barba. Con un gesto severo ordenó a sus acompañantes liberarle las manos. Franco se encontró frente a frente con el Cacique y las miradas del par de hombres permanecieron clavadas fijamente entre sí. La presencia apabullante y magnífica del indio inspiró en el guerrillero la sensación de hallarse inexplicablemente ante una aparición sobrenatural. Por su parte, el Cacique tuvo la impresión de que aquel hombre poseía la templanza y la nobleza características de los guerreros curtidos en largas y justas luchas. Fue él quien rompió el prolongado silencio al afirmar con tono amistoso: “Conocí a ese Gaitán que tú nombras. Estuvo más de una vez en Latocca y navegó por el Yuma a los poblados vecinos, siempre en apoyo de quienes reclamaban derechos. Todos lo seguían y amaban. Jamás vi tumultos tan grandes como los que produjo su muerte”. Tras una pausa, prosiguió como si invitara a hablar a Franco: “Creí que tras la entrega de Rangel las guerrillas se habían terminado”. Aunque Franco procuraba en su mente hallar una interpretación sensata a la delirante situación que soportaba, entrevió tras aquellas palabras que el peligro había cesado para él. Recuperando su aplomo, respondió: “Regresemos al campamento. Allá hablaremos de eso”. El Cacique asintió y todos iniciaron la vuelta atrás bajo la luz de la luna.

Iluminados por un par de velas y acomodados en forma dispersa al interior del rancho que habitaba Franco, los indígenas oyeron de su Cacique una vez más el relato de las

penurias y rebeldías de su raza. Franco lo escuchaba atónito. La escena le recordaba las extrañas historias que oyó en el Pato sobre Januario Valero. Según decían, retuvo consigo durante largo tiempo a un tal Olivar, quien practicaba una religión llamada Obra Espiritual, y le invocaba cada vez que se lo pedía, los espíritus de Stalin, Gaitán y Santa Teresa de Jesús, para que le dieran opiniones sobre su lucha. Aquellas sesiones debían ser muy parecidas a lo que él vivía realmente con estos yariguíes venidos de ultratumba. Pero lo comprendió todo cuando el Cacique explicó lo de la venganza con el capitán español. El ansia de justicia de los pueblos lo hacía todo posible, eso lo sabía él mejor que nadie. Entonces pasó a contar a aquellos seres admirables que lo seducían por su constancia, la historia de las columnas de marcha del sur del Tolima y su dispersión hacia Marquetalia, Riochiquito, Villarrica y Sumapaz. El drama de las 5.000 familias atacadas sin misericordia en las montañas de Galilea por orden de Rojas Pinilla, y su diáspora final hacia el Duda, el Ariari, el Pato y el Guayabero. Él mismo se había transformado de niño en hombre durante todos esos años sin haber conocido jamás tiempos de paz. “Igual que les sucedió a Ustedes, los pretendidos amos se obstinaron en que formáramos unas repúblicas aparte, a las que había que someter a cualquier precio. Y nos agredieron violentamente por aire y tierra. Yo estaba en el Pato, allí tuvimos que enterrar más de 100 muertos, en su mayoría niños, mujeres y ancianos. Los que no fueron asesinados con villanía por las tropas, fallecieron por el hambre y las inclemencias del tiempo. Los bandidos de uniforme se robaron centenares de niños, se apoderaron de nuestros haberes, convirtieron en cuarteles las escuelas de la región. Por eso nos rebelamos, para jamás dar ni pedir cuartel hasta conquistar el poder para el pueblo”. Los ojos de Franco brillaron intensamente, y su voz, que apenas lograba contener la inmensa ira con que hablaba, tuvo dificultad para seguir brotando. Todos los indígenas se habían puesto de pie al oírlo. Era como si estuvieran siguiendo otra versión de su propia epopeya. Fue cuando el Cacique le dijo: “No hace falta que sigas. Nuestros ancestros han obtenido por fin la redención. Tú y los tuyos pueden seguir en estas tierras y contar con nosotros hasta la victoria”. Franco y Pipatón se fundieron en un fuerte abrazo. Amanecía. Los primeros rayos del sol levantaban de la selva el eco maravilloso de la vida. Bandadas de patos silvestres, garzas y pájaros multicolores cruzaban veloces por el cielo. Una nube de exóticas libélulas azuladas de alas transparentes revoloteó por los alrededores del rústico rancho, como si

los compases musicales de alguna misteriosa melodía les estuviera indicando cada uno de los pasos de su rítmica danza.

Montañas del Magdalena Medio, 19 de mayo de 1998

## LA FRAGANCIA QUE CONMOVIÓ LA MONTAÑA

Una fragancia extraña y perturbadora comenzó a percibirse en la inmensidad de la verde montaña a partir de una mañana soleada del mes de enero. El tigre, famoso y temido por su extraordinario olfato, había empezado a captarla desde la noche anterior, cuando las brisas que sacudían las ramas y desprendían las hojas secas, le fueron trayendo las primeras partículas de aquel aroma que parecía aproximarse desde muy lejos. Por la forma en que éstas llegaban y se desvanecían, a veces por largos y a veces por cortos intervalos de tiempo, el amo de las fieras salvajes concluyó que la fuente que despedía aquel olor dulce y exótico tenía que venir ascendiendo por las aguas del río, dando todas las vueltas y revueltas que su cauce caprichoso marcaba en medio del valle.

Pero había sido durante el alba cuando la novedad se generalizó entre todos los animales de la selva. Inicialmente se apoderó de ellos el temor. Hasta el punto de que el canto de las incontables aves que habitaban aquel paradisíaco lugar se escuchó más bajo, como si los audaces pajaritos multicolores hubieran acordado obrar con la prudencia de los seres tímidos. Incluso las guacamayas, los loros y los pericos que solían volar en bandadas desde las primeras luces del día, esa mañana sólo dejaron escuchar su fabulosa algarabía después de que el sol comenzó a calentar con fuerza. Las guaguas echaron por delante a sus crías y prefirieron correrse a los lugares más profundos de las cuevas en que vivían. Y las hormigas arrieras, y las rondas, y las mantas, si bien cumplieron su horario de siempre para salir a trabajar con su habitual dureza, no obstante lo hicieron reforzando sus guardias, de manera que era asombroso mirar el exagerado número de guerreras de cabeza y tenazas amenazantes que escoltaban celosamente a las obreras.

Con el paso de las horas las cosas se fueron transformando. La fragancia penetraba las sombras de los palos más grandes, invadía cada rincón escondido del suelo y de las rocas, ascendía paralela a los bejucos hasta las copas más altas de los árboles, tenía la virtud de traspasar el agua de los manantiales para que la respiraran también los caracoles, se fundía con las corrientes de los caños y quebradas colándose en los sentidos de las

tortugas, los cangrejos y los peces, ocupaba todos los espacios, los abiertos y los cerrados. Y era tan agradable, tan fascinante de inhalar, tan embriagante, tan seductora y dominante, que hacia el medio día no había animal vertebrado o invertebrado que no se hallara sometido a su encanto. El sol en su cenit fue testigo de la confianza que nació de repente entre todos ellos. Las pequeñas lagartijas jugueteaban libremente bajo la pasiva mirada de las águilas que conversaban amigablemente con los búhos. Los tigres y venados se bañaban al mismo tiempo contándose historias familiares con mucho interés. Las serpientes se enroscaban en las patas de las dantas que parecían reír por las cosquillas que les producía el amigable roce. Las garzas sumergían sus cabezas en las pozas para que los peces les ayudaran a sacarse los piojos de las plumas. Aquella deliciosa emanación que inundaba la selva había hecho hermanas a todas las criaturas del monte y ya ninguna tenía corazón para hacer el mínimo daño a la otra. En la tarde todos los animales estaban de fiesta, olvidando sus odios y sus apetencias mutuas.

Las primeras que se encargaron de lanzar un grito de alarma fueron las flores. En verdad lo que las movió fue la envidia, porque ninguna de ellas, jamás, había sido capaz de conmocionar de tal modo la naturaleza con su perfume. A mediados de la tarde se habían puesto todas de acuerdo para emitir con el máximo de intensidad sus fragancias con el objeto de neutralizar la inesperada intrusa. La selva se llenó de los más exuberantes y embrujadores aromas. Pero sobre ellos siguió imponiéndose el nuevo. Entonces las flores se aliaron con las frutas silvestres, y el fragante olor de las frutas maduras, desprendido simultáneamente con la esencia del néctar de las flores, invadió con poderoso aliento cada uno de los ámbitos de la jungla. Nunca había respirado la montaña una dispersión tan descomunal de los más fantásticos y refrescantes aromas. Sin embargo, sobre todos ellos primaba la fragancia forastera que había llegado en la mañana. Y con ella una imprevista paz entre todas las especies.

Con aspecto de escándalo, las flores y las frutas recurrieron al espíritu guardián de la montaña, que paseaba tranquilo su existencia mecido por las brisas de la noche. Un día más y será el final de todo, señor, le dijeron. Imagínese el tremendo desequilibrio que se ha producido en la selva. Hay miles de especies cuyo número se ha duplicado hoy, cuando debieron morir a manos de otras y dar paso a nuevas vidas. Hay que hacer algo para

controlar el hechizo del nuevo perfume, para que todo vuelva a ser normal. El espíritu guardián prometió tomar cartas en el asunto y las flores regresaron más tranquilas pues sabían que él, precisamente por ser espíritu, no poseía sentido del olfato y por consiguiente no podía ser atrapado por los efectos del aroma. Una vez solo, el espíritu guardián de la noche en la montaña se dedicó a buscar la fuente de la fragancia. Y ya casi amanecía cuando la halló en un filo, completamente iluminada por la luna blanca que inmensa y redonda resplandecía en el cielo. Supo que era ella porque nunca antes en sus docenas de siglos de andar errante y nocturno por entre aquella jungla, había llegado a contemplar una visión semejante, y eso que creía haberlo visto todo.

Tenía una cabellera ondulada y larga, expandida a manera de abanico abierto sobre sus hombros y espaldas. Su cabeza estaba en parte cubierta por una gorra militar de visera que le daba al mismo tiempo un aire marcial y coqueto. Permanecía de pie, con un rostro de seriedad pétrea, sosteniendo entre sus manos un fusil ruso y recorriendo con su vista, mediante gráciles giros del cuello, todo el entorno sombrío que la rodeaba. Por vestido llevaba un uniforme verde y el espíritu guardián quedó anonadado al admirar la perfección de las curvas de su cuerpo. En sus caderas lucía una fornitura con proveedores curvados para su arma, calzados en cajones de cuero negro. Y un par de botas largas y negras le subían casi hasta las rodillas. Cuando el espíritu guardián de la noche en la montaña se acercó a ella sin que lo percibiera, para observar en detalle su rostro, comprendió que su extraordinaria belleza no tenía parangón en la tierra. Las líneas de sus facciones parecían trazadas por una mano divina. Las formas de sus labios, de su nariz, de sus cejas, de sus ojos, poseían la exactitud de las obras maestras. En ese instante entendió con claridad las razones por las que aquella presencia había perturbado con su llegada las reglas de la vida silvestre. La muchacha, de escasos 20 años acaso, poseía el don de la atracción irresistible. Y supo al instante que a partir de aquel momento estaba condenado a amarla hasta la eternidad. Seducido por la aparición fatal, el espíritu guardián de la noche en la montaña se arrodilló a sus pies y la veneró como a una Diosa. Cuando la luz matutina lo obligó a buscar refugio, el espíritu guardián de la selva se retiró llorando hacia su nido de estrellas solitarias.



Cuando las flores y las frutas lo hallaron de nuevo, el espíritu guardián de la noche en la montaña estaba tan hipnotizado como las demás criaturas. La ira con la que lo trataron las despechadas flores y frutas silvestres, produjo sin embargo el efecto de regresarlo temporalmente a la realidad. Entonces se concentró en hallar la solución más justa. Y terminó invocando todas las fuerzas misteriosas de la selva para que lo iluminaran sobre la decisión a adoptar. En su larga reflexión lo estuvieron acompañando las sabidurías de la creciente del río, del huracán devastador, del rayo y el trueno aterradores, de la paciente persistencia del canto de los grillos, de la tierra negra generadora de vida. Al día siguiente todas las cosas habían vuelto a la normalidad. La desconfianza y la lucha por la supervivencia volvieron a ser las reglas que guiaban la conducta de todos los animales de la selva. El nuevo aroma aún se sentía por toda la extensión de la manigua, pero había sido posible para la madre naturaleza revertir el poder de su fascinación alucinante.

El conjuro consistía en que el espíritu guardián de la noche debía conseguir arrancarle una sonrisa feliz a la muchacha cuando estuviera bien seria en el puesto de la guardia. Y hecho esto, sacrificarle para siempre a las más multicolores mariposas, para que le estuvieran manifestando siempre su febril admiración. Lo primero lo logró el espíritu enviándole un par de juguetonas ardillas rojas que saltaron por sus espaldas hacia sus hombros. La impresión inicial de ella fue de un tremendo susto que se desvaneció de inmediato apenas vio saltar frente a sus ojos los tiernos roedores, que parecieron ejecutar unos pasos de danza antes de correr hacia el tronco de un palo y escalar con graciosa picardía hasta su copa. La sorprendida fuente de la fragancia única se echó a reír suavemente, y aquellos labios preciosos, que se abrieron en sucesivas sonrisas, dibujaron en su rostro los más hermosos rasgos que hubieran llegado a iluminar la luz del día. De inmediato una docena de mariposas grandes con alas vestidas de azul rey sobrevolaron el puesto de guardia en torno a la muchacha, encantadas con su aroma. Y abrieron el campo a otras con unos diseños geométricos de color negro sobre un fondo carmesí en sus alas. Y éstas a otras de colores verdes y rosados. Y éstas a otras de colores naranja y marrón. Y éstas a otras amarillas de ribetes violetas. Todas, grandes, medianas y pequeñas, las mariposas de la selva vinieron a embriagarse con la fragancia despedida por los poros de la más bella entre las bellas de las criaturas humanas.

A partir de entonces, incluso en las noches, cuando ella paga la guardia por la vida, siente estrellarse contra su cuerpo el aleteo de las delicadas mariposas que se deleitan con su olor. Y con frecuencia, cuando la luna no brilla, observa lucecitas extrañas a su alrededor. Sus compañeros aseguran haberlas visto también y echan a contarle historias de duendes y fantasmas que logran crearle incertidumbre. Pero no, en realidad se trata del espíritu guardián de la noche en la montaña, que luego de haber neutralizado, para el bien de las especies de la jungla, el efecto de paz que ella transmite con su perfume innato, viene a rendirle culto a su belleza, ataviado de pulseras y collares de cocuyos y candelillas, inclinándose a sus pies para adorarla y rozándole los labios con los suyos, que como son de espíritu ella no siente. Ella ignora por completo cuánto sufre él por ella, perdidamente enamorado como está y siendo absolutamente ignorado. Quizás no sea yo quien escribe esta historia, sino el espíritu guardián de la noche en la montaña, que se ha metido dentro de mí y guía mi mano, animado por la idea de que tal vez algún día ella lea estas líneas y pueda enterarse de que él existe y la ama. De esa manera sueña con ser alguna vez correspondido, a pesar de los espacios y del tiempo que implacables los separan.

Montañas del Magdalena Medio, 25 de febrero de 1999

## LA SOLEDAD DEL ALMIRANTE

El grito brotó de la garganta del negro con una potencia aterradora: “¡La puta de su madre!” Y antes de que pudieran hacer algo para callarlo, su voz de trueno volvió a retumbar avasallante por toda la plaza: “¡Viva la patria!” Entonces el oficial que dirigía el pelotón de fusilamiento dio la orden de fuego. Justo en ese instante, de la boca del negro brotó su última exclamación orgullosa: “¡Que muera la tiranía!” Enseguida su cuerpo grueso y musculado recibió la descarga de los fusiles y se estrelló contra el suelo con violencia. El oficial masculló con ironía: “Sí, que se muera”.

Desde una esquina de la plaza, confundido entre las sombras del amanecer, otro negro, viejo, casi petrificado por el frío sintió que aquellos disparos le destrozaban el alma. Había seguido los pasos de su General desde el mismo momento en que fue detenido en Riohacha, pendiente de cada uno de los acontecimientos relacionados con su suerte, con los latidos del corazón acelerados todo el tiempo, alimentando la esperanza de que pudiera salir bien librado de semejante trance y sufriendo intensamente con cada noticia sobre el agravamiento de su situación.

Ahora ya no quedaba más sino asumir la terrible realidad. El Almirante José, su Almirante, su héroe y el ídolo de todos los guajiros acababa de ser fusilado en esta ciudad de hipócritas, de gentes blancas de hablar refinado, de liberticidas que decían rendir culto a la libertad. Recostado contra un muro, el negro sintió que perdía las fuerzas y que la vida se le iba en los chorros de lágrimas que comenzaron a rodarle por el rostro. Así pagaban las gentes del interior, de la fría Santafé, de la hedionda capital de color gris, la abnegación sin límites por la causa de la independencia, que como ningún otro había demostrado sobradamente el General José.

Apenas ocho días antes habían tenido la oportunidad de conversar por última vez. Las cosas estaban increíblemente difíciles. El General José, sin embargo, se mostraba optimista y tenía una fe ciega en El Libertador. Aseguraba con convicción que sería suficiente una larga entrevista con él para que toda aquella patraña quedara por fin resuelta a su favor.

Su inmaculada hoja de vida y la eterna gratitud que le había ofrecido el general Bolívar tras sus sonoras victorias en el Caribe, unidas a la humildad con la que aceptó cada una de las decisiones del gobierno central, aun aquellas que lo afectaban hondamente, como la disolución de su Armada dispuesta por el presidente Santander, eran las mejores pruebas de su lealtad.

Él le había insistido en que los tiempos no daban para ingenuidades. Los venezolanos hacían un círculo impenetrable alrededor del Libertador y quien lo había acusado a él de traición era el general Montilla, su jefe inmediato, un canalla que ni siquiera poseía la estatura para llegarle a los tobillos, pero que por pertenecer a esa corte llevaba las de ganar. El General Padilla le había recordado entonces que el general Montilla había intentado hacerlo reo por insubordinación cuando se negó a cumplirle la orden de no presentar batalla en el Lago de Maracaibo. Y que el Libertador se había reído de aquella pretensión llamándolo fanático. Allí se la había jugado, porque estaba convencido que sólo el pánico explicaba la negativa de Montilla a enfrentar a la temible flota española, que sin embargo él vio posible vencer. Si el negro Padilla acababa de hacerle el mejor regalo de cumpleaños que le hubiera dado nadie jamás en la vida, la derrota definitiva de la Corona en los mares del Nuevo Mundo, que equivalía a haber asegurado para siempre la independencia de las nuevas naciones americanas. Ahora él podría embestir con confianza los últimos bastiones de la Metrópoli, si era preciso hasta la Patagonia. Eso le había respondido el general Bolívar. Por eso no temía un ápice a sus acusadores.

Pero eso sí, esta vez iba a pedirle una satisfacción honrosa al Libertador. Su humillación había alcanzado proporciones monumentales, rayaba en la infamia absoluta. Sabía que no iba a poder evitar las lágrimas cuando estuviera frente a él. Pero serían las lágrimas de la dignidad ofendida en máximo grado. Lo que le había sucedido a él desde el día en que fue detenido en su tierra natal por sus propios subordinados tras la orden artera del general Montilla, no podía ser descrito con el lenguaje de las palabras. Le habían mancillado el honor, la más sagrada de las instituciones del alma humana, aquella sin la cual la vida carecía de cualquier valor.

Desde el mismo triunfo del general Bolívar en Boyacá, él había sido hostilizado de distintas formas por el reducido grupo de aduladores que giraban en torno a El Libertador, y había sabido aguantarlo todo con soberana resignación. Pero que lo enredaran en una conspiración por alta traición, el crimen más grave que podía cometer un hombre de armas, superaba de lejos la habitual villanía de sus detractores. Estaba dispuesto a retar a duelo al general Montilla. A más incluso, a estrangularlo con sus propias manos en cuanto lo tuviera a su alcance. En eso no pensaba aceptar transacciones. Eran sus rivales o él, la decencia no podía admitir puntos medios.

En vano su fiel servidor trató de hacerle comprender la peligrosa temperatura de los tiempos que corrían. Hacía unas horas escasas que un grupo de conspiradores lo había liberado de la prisión y lo había nombrado su jefe. Y todo el escándalo que se escuchaba afuera era porque ese mismo grupo se había atrevido a atentar contra la vida del general Bolívar, cuya suerte aún era ignorada. Aquella suma de fatalidades, con las que el General José no contaba antes, hacían mucho más complicada su situación. Ahora se le acusaría de fuga, de encabezar un alzamiento, quizás de la muerte del Libertador, de alta traición agravada. Estaba casi perdido, mejor era que se resolviera a huir, cualquier sitio del Caribe sería un buen lugar para él.

Pero el Almirante Padilla tenía una fe demasiado grande en sí mismo y en el general Bolívar. En palabras claras, decía, de lo único que podían acusarlo era de haber firmado una carta que se difundió en Santa Marta en la que junto con otros patriotas preocupados, se hacían algunos reparos a ciertas cosas que se decían del Libertador, y en las cuales por demás él no creía. Lo admiraba demasiado y si firmó el documento no lo hizo para que circulara, tan sólo había obrado con ligereza y estaba dispuesto a responder por ello ante el propio general Bolívar, quien sin duda lo comprendería con el mismo afecto y generosidad que siempre le había demostrado.

Podía probar que nada tenía que ver con los sucesos de esa noche. Recién acababa de llegar detenido e incomunicado a Santafé. Los otros habían sido quienes intentaron usarlo, pero él con firmeza había rechazado el nombramiento de cabeza de la conspiración y se había hecho a un lado. Tan sólo esperaba tener noticias ciertas sobre la buena salud del

Libertador, para presentarse de nuevo a la guarnición y aclararlo todo. El general Bolívar siempre había sido justo.

El viejo negro le estuvo insistiendo hasta el amanecer. Hacía mal en confiar tan ciegamente en el general Bolívar. Él no era sino un fiel negro sirviente y sólo la lealtad que sentía por el General José le daba valor para decirle esas cosas. Pero era cierto que había comentarios generalizados en la capital sobre el Libertador. Decían que había pisoteado la Constitución que él mismo había jurado y promulgado en Cúcuta, y que su idea era imponer la que él solo había elaborado para Bolivia, que era una dictadura, y que hacía gestiones para traer un príncipe europeo a gobernar, y que él mismo aspiraba a ser nombrado rey. Que sus mejores días ya habían pasado y que ahora mandaban en su nombre una amante escandalosa y un atado de generales sumidos en la vida regalada. Puede que todo fuera falso. Pero era mejor ser prudente. Si estuvieran en otra parte, en otro ambiente, valdría el riesgo. Pero aquí, donde la gente destilaba ingratitud, hasta El Libertador podría andar contaminado.

Entonces el General José había abierto las puertas de su alma y le había replicado al viejo negro que no estaba bien ubicar la gratitud y la lealtad en algún lugar preciso. Él había sido detenido en el Caribe, y allá también había observado la volubilidad del corazón humano. Una vez que perdió el mando y fue confinado al calabozo, observó con sorpresa y amargura el comportamiento que adoptaban las gentes hacia él. Hubo manifestaciones de indignación que llegaron a expresarse en propuestas de alzamiento para liberarlo, que él rechazó para no quebrantar su fidelidad a la República. Pero hubo también las muestras de desprecio por parte de antiguos subordinados suyos que antes lo veneraban con efusión. Y las burlas. Y la multitud de versiones echadas a rodar acerca de presuntos hechos turbulentos que habían dado lugar a su caída. Ya había tenido oportunidad de conocer de todos estos sentimientos en los pocos días que llevaba en Santafé. Así era la gente, indistintamente del lugar en que vivieran y fueran cuales fueran sus oficios. A quien sí consideraba completamente por encima de estas actitudes era al general Bolívar. Y si aún vivía, se le entregaría sin dudarle al día siguiente.

El viejo negro, que lo escuchaba temeroso por su suerte, optó por jugarse una última carta. El general Bolívar no era Dios, también cometía errores y podía equivocarse con él, aún más si estaba rodeado como estaba, de un cuerpo de generales ávidos de poder y celosos con los que consideraban intrusos. El general José debía recordar la vez que con él le había enviado a Caracas como presente, varios odres de ron destilado en su hacienda por antiguos marineros cubanos. Nunca le había querido contar la verdad. El Libertador había ordenado arrojarlos a las alcantarillas. Cuando uno de sus generales, que hacían con él mofa del ron de los guajiros, habló para proponerle que se lo largaran mejor a los soldados, el general Bolívar le había respondido que semejante pócima ni siquiera estaba buena para los caballos. Aquello había ofendido sobremanera al viejo servidor, porque era una afrenta al aprecio con el que el general José había enviado su obsequio. Él juzgaba a las personas en esos detalles, que revelaban las pequeñeces desconocidas del alma de los hombres grandes. Desde entonces, aunque jamás se lo confiara al general José, había perdido la fe en el Libertador. Debía aprovechar para huir.

Pero el general José no había querido hacerle caso. Había dicho que su vida carecería por completo de sentido, si tenía que ganársela a golpes de escondites. Cuando en la prima mañana se regó la noticia de la aparición del general Bolívar, le dijo que su objeto principal era vivir en adelante con la frente en alto. Y que estaba seguro de demostrar su inocencia. Lo del ron carecía por completo de importancia, era cosa de juerga y le reprochó al negro haber pensado mal del Libertador a solas durante tanto tiempo. No había cosa más hermosa en la vida que vivir con honor, y eso precisamente era lo que él iba a recuperar para sí. Regresaría al Caribe siendo grande, porque así lo habían visto siempre y no podía ser de otra manera. Y había ido a entregarse.

Apenas ocho días después, mientras observaba de lejos al grupo de soldados que rodeaban el cadáver ensangrentado del general José, el viejo sirviente negro recordó el día en que lo detuvieron. Durante largos minutos, enceguecido por la ira, el General Padilla había proferido una andanada de violentos insultos contra sus apresadores. De los que había asimilado durante su infancia pendenciera frente a las aguas marrones de las playas de Riohacha, de los que había memorizado en sus primeros años en la flota española al lado de marineros provenientes del norte de Africa y la Europa mediterránea, de los que se

había instruido en las mazmorras inglesas después de Trafalgar, de los que ejercitó con sus colegas de agua y tierra durante las cruentas batallas por la independencia. Su poderosa garganta de negro acostumbrado a dar órdenes que nadie ponía en discusión, había rugido con la misma intensidad aterradora de un león herido capaz de intimidar aun al más audaz de los cazadores nubios. El General José les había recordado que entre los jefes de la guerra contra España, él era el único que jamás condujo tropas a una derrota, y que fue el único a quien habían considerado merecedor del doble grado de General de tropas de tierra y Almirante de los ejércitos del mar, que él era el Negro Padilla, el símbolo más querido de la patria a lo largo y ancho de todas las rancherías de la Guajira, que era el más respetado entre los hombres de mar del legendario Caribe, que su lealtad no podía ponerse en duda bajo ningún pretexto. Ese mismo hombre, ese portento de hombre, ahora estaba allí, muerto y deshonrado quizás para siempre.

La Corte Marcial había durado lo que una misa. Y la apelación a la sentencia de fusilamiento fue denegada por el Libertador. El general José tan solo logró que no se lo fusilara por la espalda, para dar la vista a sus verdugos. El general Bolívar se negó a recibirlo. El viejo negro se enteró por una infidencia de un soldado samario del día y la hora en que se llevaría a cabo la ejecución. También éste le comunicó la última razón que le enviaba el Almirante. Le mandaba a decir que tarde comprendía que sus recomendaciones habían estado acertadas, y que ahora recordaba que en un fugaz paso por la Francia de Napoleón, había escuchado decir que todo poder tenía su corte, y que aquél que chocara de alguna forma con ella estaba irremediabilmente perdido. Moría convencido de que la suerte de general Bolívar estaba también echada y que muy pronto le seguiría en su viaje a las estrellas, arrollado por ese torbellino de ambiciones que habían ido creciendo bajo su sombra.

Montañas del Magdalena Medio, abril de 1999.



## LA VENTANA DEL TIEMPO

Las lágrimas que rodaban por el rostro de Marianela hasta precipitarse al vacío y estrellarse finalmente contra el piso, fueron formando en el espacio que separaba sus pies, un pequeño charco que fue creciendo rápidamente a medida que transcurrían los minutos. Con los codos sobre sus rodillas, y sentada en el borde del duro colchón del camastro ubicado en un rincón del estrecho cuarto que le habían destinado como celda, la muchacha rubia de ojos color azul marino permanecía inmóvil, dominada por dolorosos sentimientos de soledad e impotencia. *¡La cárcel! ¡La cárcel!* La palabra sonaba una y otra vez en su cerebro como si se tratara del insistente cántico de alguna siniestra ave nocturna y su eco parecía paralizarla por completo. Su llanto desbordado no arrancaba sin embargo un solo sonido de su garganta, a pesar de que se intensificaba inagotable cada vez que su mente dibujaba con claridad la faz de alguno de sus allegados. *Ernesto, malnacido que te desertaste, debieras estar aquí en lugar mío. Cuánto me lo advertiste Andrés, con voz adolorida. Tengo miedo de que te maten o te vayan a coger presa, cuidate, cuidate, le había dicho apenas ocho días atrás. Sabía bien que él la quería, que la quería de verdad, aunque ella siempre le hubiera dicho que no le mintiera y se hubiera negado obstinadamente a entregarle su amor. Quizás si hubiera accedido su vida fuera distinta y no se hallaría ahora encerrada. Y la Flaca, tan buena gente la verraca, ¿dónde la habrán metido a ella? Y el Cucho, ¿qué diría cuando se enterara de su captura? Que la estaba colgando, claro, ¿qué más iba a decir? Y Gustavo, con quien no quiso irse a vivir porque estaba segura de que quería a Viviana. Después que se lo había Idiota, como si acaso ella fuera menos que aquella. Y mamá. Ojalá que no se llegara a enterar nunca de esto. No quería verla aquí llorando y más encima llenándola de reproches. Únicamente sufriría más.* Cada figura familiar se le antojaba perdida para siempre, como si al haber cruzado la puerta de la prisión se hubiera hundido tras de sí el resto del universo. La idea de su perdición definitiva se le aferraba al alma, retorciéndole la fuente de todas las tristezas y transformándolas en aquel amargo llanto. Cuando quiso secarse la abundante secreción mucosa que le salía por las ventanas de la nariz y amenazaba con inundarle la boca, sintió

que el roce de su mano le producía un profundo dolor en la piel. Aquello fue suficiente para traerla repentinamente de vuelta a la realidad. Lentamente paseó la yema de sus dedos por la inflamación que se sintió alrededor de los ojos y sobre el tabique nasal, y al imaginarse el aspecto monstruoso que debía tener su cara, abrió la boca por fin y exclamó sin alzar mucho la voz cargada de ira: *¡Miserables policías! ¡Si hubiera tenido una pistola, no hubieran sabido lo que era pegarle a una guerrillera de las FARC!*

Una semana atrás había llegado al campamento de la montaña María del Mar. De piel cobriza y cabello negro rizado peinado con fuerza hacia atrás y recogido por un moño a la altura de la nuca, poseía una mirada extraña que hablaba de melancolía por muchas cosas perdidas. Tenía la voz cantarina de quien había sido criada en las orillas del Caribe y un tono que se oía dominante y seguro. No era muy alta pero su aspecto tenía un aire de corpulencia que inducía a percibir cierta superioridad al hallarse en su presencia. Sus ojos negros siempre cubiertos por el lente cristalino de unas gafas de montura en forma de antifaz, se clavaban en los de su interlocutor durante todo el tiempo que duraba la conversación, hasta llegar a despertarle un perturbador desconcierto. Había venido como experta en cine a realizar ciertas filmaciones para la elaboración de un video y para ello contaba con tan solo tres días. Marianela no cabía en sí de la dicha. Ella había aprendido el manejo de las cámaras con una discípula avanzada de María del Mar y sabía en consecuencia que la recién llegada era algo así como la maestra de las maestras, una verdadera profesional en ese arte. Ahora le correspondía salir con ella a las orillas del río para trabajar conjuntamente las tomas de los combates que se estaban cumpliendo precisamente por esos días entre la infantería de la marina y tropas de su unidad guerrillera. La oportunidad se le antojaba envidiable. Fue esa excitación la que la condujo a presentarle a Andrés. Y fue ella la primera en sorprenderse por la inmediata atracción que captó había nacido entre ellos en el mismo instante de saludarse. *Andrés escribe historias, sobre todo, con la singular característica de que poseen una magia capaz de hacer volar la imaginación por límites insospechados.* Así se lo dijo ella a María del Mar al momento de presentarlos, como también le aseguró a Andrés que no había nadie con la maravillosa aptitud para captar en su cámara los hechos con un realismo tan impresionante y con tan poderosa carga emocional, como lo hacía María del Mar. A los

pocos minutos sintió celos. Era cierto que ella nunca había querido atender los requerimientos de Andrés, pero le complacía saberse el objeto de todas sus atenciones y saber que él solamente tenía ojos para ella. Ahora se descubría desplazada de repente y no podía aceptar la idea. Por eso los dejó solos con la excusa de ir a arreglar su equipaje. En unas dos horas más debían estar saliendo con la pequeña comisión de guerreros que las llevaría hasta el río. Ensimismados el uno del otro como estaban, ni María del Mar ni Andrés se percataron del verdadero motivo de su imprevisto retiro.

María del Mar sintió que su pulso se había acelerado con la sola presencia de Andrés, y más todavía cuando con la mayor desenvoltura que hubiera visto nunca, lo escuchó confesarle que ella despertaba en él los sentimientos más extraños y agradables que recordara haber llegado a experimentar. Sus ojos se le antojaron de una transparencia tal que permitían escudriñarle el alma sin mayor esfuerzo, y en ella atinó a leer que profundas tempestades sacudían el fondo de la serena superficie de aquel rostro sonriente. En esas condiciones supo que no valía la pena ocultarle nada, que no tenía más remedio que extender sus alas para volar y dejarse cazar por sus flechazos certeros. Por eso se atrevió a decirle que percibía en él una fuerza extravagante, que parecía subyugarla por completo y que quería saber la razón. Él sólo le dijo que podía ser el producto del inmenso amor que tenía represado en el pecho desde hacía mucho tiempo, en espera de la mujer que supiera adivinarlo. María del Mar tuvo el deseo incontenible de arrojarle en sus brazos y contarle que a ella le pasaba igual, que eran incontables las noches en que había soñado con una ocasión así, que su vida había transcurrido hasta entonces en la total penumbra de las ansias perdidas. Ni siquiera era capaz de dilucidar la razón por la cual se contenía. Se descubría un temblor en las manos, en la voz, en la conciencia. *Tú tampoco debes ser humano*, dijo de repente, *sólo los hijos del tiempo poseen la virtud de conmover de esta manera*. La respuesta de Andrés la venció por completo, *jamás creí en la existencia de los dioses hasta que vi tus ojos*. Las cartas quedaron entonces puestas sobre la mesa. María del Mar y Andrés se estrecharon en un feliz abrazo y se fueron besando de manera apasionada. En cierto momento él se apartó ligeramente de ella para decirle que no estaba seguro si lo que hacían estaba bien, después de todo ella partiría en algo más de una hora y la ocasión no se mostraba propicia para el amor. Era casi el mediodía y otros

guerrilleros pasaban por un lado y otro de la oficina sin puertas donde estaban. Tal vez tan sólo estaban alborotando inútilmente sus sueños para salir lastimados luego. María del Mar sonrió con un dejo de astucia y tomándolo por las manos lo convidó a seguirla hasta donde permanecía depositado su equipaje. *Quiero mostrarte la ventana del tiempo*, le dijo suavemente. *Lo único que me vas a prometer es que de esto no hablarás jamás a nadie*. Él la siguió mansamente tras jurarle que podía contar con ello.

María del Mar comenzó a sacar cosas de su maletín de viaje hasta que encontró un estuche de gamuza color púrpura sobre el cual estaban grabadas en relieve unas figuras doradas que parecían pájaros. Al abrirlo extrajo de él una piedra negra, pulida y brillante en forma de placa rectangular. Luego propuso que se sentaran uno al lado del otro para observarla. Andrés se percató de que sus rostros se reflejaban en la loza como si se tratara de un espejo. Tomándolo entre sus manos y sosteniéndolo a la altura de los ojos en forma tal que los dos pudieran observarlo, María del Mar pareció orar mentalmente. Sin poderse explicar lo sucedido, Andrés se vio caminando al lado de ella, tomado de su mano, vestidos a la usanza de los antiguos árabes que conquistaron España, apartándose del cauce de un río de aguas cristalinas y entrando a un lugar de ensueño que se le antojó semejante a los fantásticos palacios de las mil y una noches. Al mirar a María del Mar observó en su rostro el destello de una felicidad inmensa y no pudo evitar asociarla a Sherezada. *Vamos a hacer el amor en la Ciudadela Roja, el lugar del mundo en donde un ciego sería absolutamente desgraciado, el sitio en el que reposa dormida la luna mientras los hombres disfrutan de la luz del sol*, dijo ella con la propiedad de una hermosa hada madrina. *Pero ya casi vendrán a buscarte*, intentó argumentar Andrés. *Conmigo jamás tendrás que preocuparte por el tiempo*, lo tranquilizó ella dulcemente, y comenzaron a deambular por entre los prodigiosos jardines que circundaban las transparentes piscinas repartidas aquí y allá por la maestría de sabios geómetras. La fragancia de las flores multicolores y la pureza de las aguas penetraban por los sentidos de Andrés colmándolo de una deliciosa sensación de paz. Ya nada importaba, ni siquiera preguntarse por qué estaba viviendo aquello. El trinar melodioso de las aves que anidaban entre la verde vegetación los acompañaba por doquier. Al cruzar el umbral de la majestuosa mansión flanqueada por imponentes torres, Andrés admiró embelesado la coloración interior del

recinto que se iba dividiendo en multitud de salones, patios, fuentes, columnas, arcos y espacios de asombrosas combinaciones lumínicas. La arquitectura de lujo y la refinada elegancia del mobiliario de cada uno de los aposentos de paredes rojas refulgentes impresionaban de manera extrema el ánimo de Andrés y lo condujeron a dudar si todo aquello no habría de resultar siendo al final un sueño de alucinaciones fascinantes. Las preciosas esculturas de animales y los versos grabados en los arcos y murales de los distintos recintos, daban testimonio de que por imposible que pudiera parecer, eran manos humanas las artífices de aquel palacio. De pronto ingresaron a un cuarto alfombrado y revestido de sedas en el que lámparas radiantes colocadas aquí y allá con cuidadoso esmero conferían al ambiente un aspecto de recogimiento íntimo. Un lecho mullido recubierto de sábanas impecablemente blancas acogió sus cuerpos ardientes que de inmediato se fundieron en una escena de caricias y besos incendiarios como si no supieran de amor desde hacía siglos. Sus pieles blanca y cobriza brillaban con intensidad cuando se poseían y de sus labios brotaban juramentos confundidos con gemidos de goce mientras simultáneamente se adoraban. Cuando abandonaron el lugar Andrés sintió que sus pies no se posaban sobre el suelo de aquel valle contemplado por la corona blanca de los filos nevados. Al observar mejor se percató de que volaban sentados sobre una alfombra dorada a muy poca altura del piso. En ese momento entró al cuarto un guerrillero que llevaba en sus manos dos uniformes militares de tela camuflada para entregarlos a María del Mar. Como si se tratara de un espejo en el cual se estaba mirando mientras se maquillaba, María del Mar guardó con naturalidad la piedra negra en su estuche y luego lo introdujo en el maletín. Andrés suspiró confundido pero guardó silencio. Lo cierto era que sentía el regalado alivio que sobreviene al amor y que le decía que realmente habían estado allí, por incomprensible que pudiera parecerlo.

Marianela acompañó a María del Mar hasta el casino de los mandos para que almorzara antes de partir, y Andrés se retiró hacia el casino general. Apenas almorzó se sintió invadido por un imperioso sueño que lo impulsó a tenderse en el lecho de su caleta. Creía haber dormido apenas unos minutos, pero cuando miró su reloj se percató que había transcurrido casi una hora. De un salto abandonó su posición y se dirigió al área de la comandancia. Era tarde, María del Mar y Marianela habían partido hacia veinte minutos

y él no había podido estar presente para despedirlas. Se reprochó a sí mismo por aquel vergonzoso descuido y pensó en fumarse un cigarrillo para ayudarse a soportar la frustración. La voz de Justo, su Jefe, lo arrancó de sus pensamientos. Al volverse lo vio alto, blanco, de ojos cautelosos como los de una guagua, con la ligera barba que solía dejarse crecer durante días, y correspondió a su saludo procurando disimular el apuro que lo asediaba. *Te dejaron recuerdos, y me entregaron algo para ti con el compromiso de que debía ponerlo directamente en tus manos*, le escuchó decir. Estiró las manos para recibir lo que Justo le ofrecía y aunque no comentó nada se sintió agradecido por la deferencia especial que solía tener para con él, consistente en no abrir primero los correos y encargos que le dirigían, tal y como lo imponían las reglas. La larga experiencia de guerrero curtido en la lucha, hizo intuir al Jefe que algo había sucedido entre María del Mar y Andrés, pero su magistral prudencia lo movió a no inquirir nada al respecto. Andrés seguramente terminaría por contárselo. Conversaron de otras cosas de manera leve y rápida y luego se separaron. Al dirigirse a su caleta Andrés palpó con sus dedos el contenido del sobre de manila y tuvo la sospecha de que María del Mar le había dejado la ventana del tiempo. Poseído por una violenta agitación se sentó en su cama y desgarró el sobre. Lo primero que vio fue el estuche de gamuza púrpura y a su lado una hoja blanca doblada en dos partes. Sin tiempo de tregua extrajo el papel y leyó su contenido. *Adorado Andrés: Me siento inmensamente feliz por haberte conocido. Sé que he cometido una locura que los dioses me pueden cobrar muy caro, pero el mágico don de la palabra que posees me indica que aunque tú no lo sepas, eres también de los nuestros. Además contigo no hay remedio. Te amo. No pude despedirme de ti y quizás haya sido mejor pues no hubiera podido contener las lágrimas. Sólo puedo confiarte que me dieron el don de manejar el tiempo y que mientras regreso te voy a confiar su llave. Puedes mirar lo que quieras, basta conque al ponerlo frente a tus ojos estés colmado de amor. Guárdalo como si se tratara de tu corazón. Si sales del campamento antes de mi vuelta déjame con tu Jefe. Por nada en el mundo debes llevártelo, porque me causarías enormes problemas y podrías verte afectado por graves penas. Encuentro adolorida en demasía a Marianela e ignoro la razón. ¿Acaso tú la sepas? Besos, María del Mar.* Andrés leyó otra vez toda la nota y no fue capaz de descifrar si su repentina alegría se debía a que María del Mar lo amaba, o a que podría indagar esa noche cuanto quisiera en el espejo negro, o a la

repentina revelación sobre los sentimientos de Marianela. Claro que él comprendió en el acto la razón por la que esta última se hallaba así. El corazón no podría nunca engañarse en esas cosas.

Una vez se metió bajo el toldillo de su cama en la noche, Andrés acomodó su cabecera como si se aprestara a leer. Movido por un arrebató de afán sacó del estuche la piedra plana y la puso frente a sus ojos. Observó que aun en la oscuridad brillaba. Recordó que debía mirarla con mucho amor y de pronto se preguntó qué podría significar realmente eso. Tras vacilar unos instantes se dijo que no había que hacer ningún esfuerzo especial para mirar con amor cuando se lo llevaba a montones adentro como le pasaba a él. Y de inmediato el espejo negro se iluminó de una luz intensamente blanca. Por primera vez tuvo la inquietud de no saber qué era lo que deseaba en realidad ver, a pesar de que llevaba medio día esperando ese momento. Tenía ante sus ojos la ventana del tiempo para observar desde siempre hasta el infinito, y en consecuencia le pareció que el intervalo era en demasía vasto para escoger al azar cualquier cosa, puesto que no podía darse el lujo de desperdiciar un segundo en cosas sin importancia. Unas cuantas horas eran pocas para resumir la historia del universo, incluso si era posible concebirlo, la historia anterior al universo. Entonces se inclinó por salir de ésta su primera duda y mentalmente expresó su deseo de contemplar la cuenta anterior al comienzo de todo. Pero nada se apareció ante su vista. Se alegró de comprobar que nada era el tiempo sin las cosas. Después pensó en los dioses y ante sus ojos se dibujó en el espejo negro un consejo de ellos en donde el más importante preguntaba a los demás quién estaba dispuesto a sacrificarse al fuego, sin que hubiera quien aceptara. Ante su insistencia, el más pequeño y contrahecho de todos, cuya piel estaba cubierta de horribles granos, se ofreció para el sacrificio. Una vez lanzado a las llamas se levantó en las tinieblas transformado en el sol. La feliz experiencia movió al más bello de los dioses a ofrecerse cuando el dios mayor volvió a hacer la pregunta. Esta vez de las llamas surgió la luna color nieve en medio del cielo de la noche. Andrés no quiso continuar con aquello pues tuvo miedo al misticismo de los primeros días y prefirió indagar sobre la redondez de la tierra. Ante sus ojos apareció Fernando de Magallanes y entonces pudo seguir uno a uno los ajetresos del viaje que lo llevó a morir en las islas de las especias a manos del rey Lapu Lapu, peleando como los bravos sobre las playas

blancas de las Filipinas, para ser reemplazado felizmente al frente de la expedición por Sebastián Elcano, quien regresó victorioso sobre mil penalidades a la misma Europa occidental de donde habían partido, comprobando para siempre los límites reales del mundo. El valor de aquellos hombres condujo su curiosidad hacia la conquista de América y pudo seguir con admiración y tristeza la saga de Hernán Cortés frente a los aztecas y luego la de Francisco Pizarro ante los incas, sintiendo una ligera compensación a su melancolía al detallar el oscuro y amargo final de cada uno de estos conquistadores. Todo era como una película de aventuras, amores, suspenso, horror, ambiciones y nobleza refundidos en un extraordinario argumento. En busca de la historia de la justicia Andrés se tropezó con Bolívar cabalgando sobre los Andes y soñando con llegar hasta las costas del Brasil, de Cuba y la Florida para terminar su obra de independencia de las metrópolis ibéricas. Rápidamente porque empezaba a acercarse el final de la noche, Andrés quiso conocer a Emiliano Zapata y Francisco Villa y los vio dirigir muchedumbres inmensas que peleaban hasta con las uñas por un pedazo de tierra. Al saberse en Méjico deseó ser sorprendido por el canto de los gallos enterneciéndose con el genio y el sufrimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, incomprendida por la estúpida excelencia de un virrey envidioso y una iglesia despótica. Cuando tocaron las cinco se dijo que la noche ulterior iba a seguir la vida de Manuel Marulanda desde su infancia en Génova hasta su majestuosa serenidad en el Caguán, porque era una leyenda hecha historia en el suelo de su país y con la propia gente de su pueblo herido.

A la noche siguiente, unos minutos antes de la recogida del personal, Andrés recibió la orden de presentarse a la oficina del Jefe. Una vez allí correspondió a la cordial bienvenida con un saludo cortés y respetuoso. Justo, su Jefe, lo invitó a sentarse y le brindó un trago de Chivas Regal. Mientras saboreaba el líquido retenido por unos segundos en la boca, lo escuchó decir que había recibido una desagradable noticia. *Nos dieron un golpe muy grande. No conozco los detalles precisos, pero el enemigo nos aniquiló por completo un comando de seis unidades. Entre ellos se hallaba Polita. Nos mataron a Polita y no sobrevivió ninguno para contar la historia. También cayó el Chiqui. Los otros cuatro tú no los conocías, pero todos eran gente muy buena. Creí que te interesaría saberlo.* Andrés recibió el golpe, que iba directo a su corazón, con una pasividad pasmosa. Ni siquiera



parpadeó, pese al vendaval de recuerdos que se precipitó a su mente como una catarata violenta. Lo único que preguntó cuando abrió la boca fue si lo necesitaban para algo más o podía irse de una vez a la cama. Ya se había dibujado en su mente el deseo de averiguar por medio de la loza negra los pormenores de aquella cruel tragedia. Justo pensó que quizás deseaba estar a solas y no lo retuvo. Ya bajo el toldillo, Andrés preguntó al espejo negro las circunstancias en que se habían producido las fatales muertes. Al comienzo lo único que observó fue una espesa bruma, aunque era de día. El lugar debía ser frío pues cuando la neblina comenzó a disiparse, Andrés observó pasar seis guerrilleros que marchaban separados uno del otro con un intervalo de 5 metros, en cautelosa posición de guardia, pero abrigados con toallas alrededor del cuello. En la vanguardia caminaba el Chiqui, con su rostro redondo e inmenso y los ojos en celo abiertos de par en par, girando la cabeza a izquierda y derecha con penetrante agudeza. Polita marchaba de tercera. Al verla allí sudorosa y tranquila, Andrés recordó que así solía verla en otros tiempos, cuando profundamente enamorado de ella subían y bajaban lomas empinadas para cumplir sus tareas. Y volvió a sentir pesadumbre por ella. Por la maldita vida que había terminado por separarlos con tanto dolor. Porque sabía que iba a contemplar su muerte, sin poder hacer nada para evitarla. Porque era consciente de que eran los últimos minutos en que la vería con vida. Porque sabía que ahora mismo era ya un atado de restos en descomposición sepultados con desprecio por el enemigo. Polita dio la orden de detener la marcha por unos segundos y Andrés escuchó con claridad cuando ella preguntó al Chiqui qué fecha era el día de hoy. *17 de noviembre, le respondió él. Descansemos un momento, es mi cumpleaños número 35 y no quiero que me coja el mediodía andando,* dijo ella. *Allí adelante, a unos 10 minutos, hay una casa sola, podemos seguir hasta ahí. Hay cómo cocinar, podríamos preparar el almuerzo y reposar. Te cantaremos el feliz cumpleaños,* respondió con amabilidad el Chiqui. *Listo,* dijo Polita con una deliciosa sonrisa de satisfacción, *sigamos.* Más adelante divisaron la vivienda abandonada. Polita ordenó que los dos primeros hombres llegaran hasta ella y exploraran. Cuando desde arriba les gritaron que podían subir, avanzaron los cuatro restantes con confianza. Uno quedó ubicado como centinela afuera y los demás penetraron al interior. Tras descargar sus equipos sobre un camastro empolvado buscaron asiento en las bancas de madera que se encontraban recostadas contra las paredes de la sala. Polita se acostó por completo a lo

largo de la banca. *¿Cuántos años llevas tú en la guerra?*, preguntó al Chiqui. *Quince, ingresé en el año 84*, le respondió él. *Yo llevo 17, y no sé, pero me mortifica la idea de que no cumpliré los 18*, dijo ella. Cuando él le preguntó por qué creía eso, ella le explicó que últimamente estaban muriendo todos los guerreros antiguos que conocía, y no dejaba de pensar en que en cualquier momento le tocaría el turno a ella. *Esas son huevonadas*, protestó el Chiqui. *Hay que creer en la vida, no andar llamando la muerte*. Uno de los muchachos comentó que el agua de la alberca, recogida de las lluvias por una canal de zinc, estaba limpia y les serviría para preparar fresco y comida. Polita ordenó a Vicente ponerse al frente de la rancho. Debajo de la estufa había suficiente leña. Luego dispuso la cantidad de alimentos que debía sacar cada uno de su equipo para entregarlos al rancho. *Estoy cansada*, dijo luego, y tras sentarse comenzó a peinar su cabellera abundante y magnífica, con un cepillo de cerdas que extrajo de uno de los bolsillos de su equipo. Andrés miró su rostro en un primer plano en el espejo. Aún era bella, aunque no tanto como diez años antes, pero sus gestos eran los mismos que él había amado. Enterado de que pronto iba a morir, Andrés le reparó las cejas finas, la pequeña nariz, los labios que tanta dicha le proporcionaron, y se preguntó si aún lo recordaría. Era una lástima, en Polita había mucha historia. Casi había completado un círculo. De los llanos de Arauca, donde empezó su lucha a los 17 años, había pasado a la costa, de allí al ardiente valle del Magdalena Medio y luego había marchado al Norte de Santander. Precisamente se encontraba en un punto de donde la guerrilla se podía descolgar con rapidez hacia Arauca. Al verla así, Andrés pensó en los últimos días de la vida de Moisés, el bíblico, y en la condena que por haber dudado, le impidió llegar hasta la tierra prometida. Quizás Polita estaba pagando una pena semejante por algo en lo que había fallado, y sólo podría aspirar desde lo alto el aroma del ganado en las sabanas llaneras, sin llegar a mirar los morichales en los que jugaba en su infancia, ni a escuchar las arpas y los capachos en los parrandos. Esas manos pequeñas que luchaban contra su espeso cabello, habían disparado fusiles contra el Ejército en muchas ocasiones y su mente despierta y maliciosa había planificado y conducido un sinnúmero de acciones victoriosas. Con él había aprendido más de política y del don para tratar la gente buena del pueblo y organizarla. Ahora era una comandante de mucha experiencia, un cuadro. No merecía morir. Un ruido extraño se oyó de repente fuera de la casa, como si hubiesen disparado un mortero. El Chiqui y

ella se pusieron inmediatamente de pie y echaron mano a sus fusiles. *¡Son los chulos! ¡Nos van a morterear en esta casa!* La explosión de la primera granada retumbó cuando Polita apenas acababa de pronunciar estas palabras, pero el disparo no fue acertado y la detonación se produjo unos metros delante de la vivienda. Enseguida oyeron gritar al centinela, *¡Polita son los chulos! ¡Nos disparan desde el filo del otro lado!* Al ruido del mortero al disparar de nuevo, se agregó el tableteo de las ametralladoras que barrían el lugar. Afuera se escucharon los primeros tiros que hacía el guardia. Los cinco guerrilleros que se encontraban dentro de la casa se miraron con miedo a los rostros. El sol ya había asomado suficientemente y la niebla había desaparecido del todo, permitiendo una visibilidad completa. *¡Tenemos que salir de aquí!*, gritó Polita. El Chiqui se asomó al hueco donde alguna vez había habido una ventana y vio los soldados avanzar hacia ellos dando brincos por entre el potrero. Enseguida exclamó, *¡estamos rodeados!* Y comenzó a disparar su fusil contra la tropa. Polita ordenó a los otros, *¡Vicente, a la ventana de la pieza, rápido! ¡Marcos y Arcángel apoyen al guardia! ¡Voy a mirar hacia dónde podemos retirarnos!* Y se asomó veloz a la puerta. Lo que vio la dejó muda. Por todos los cerritos que circundaban la pequeña meseta en la que estaba situada la casa en que se hallaban, se movían enemigos accionando sus armas en dirección hacia ellos. No tenían escapatoria posible. Los iban a matar a todos, no había duda alguna. Parapetándose tras el grueso muro del corredor, Polita ajustó una granada en la trompetilla de su fusil Galil y la accionó contra un grupo de ellos. La explosión que se produjo a más de cien metros de distancia la animó. El centinela y sus apoyos también accionaban sus armas. El olor a pólvora y el ruido de las detonaciones se mezclaba con el humo y los gritos de unos y otros. Durante quince minutos no se produjo ninguna tregua en el combate. Algunas granadas de mortero hacían blanco contra las viejas paredes de calicanto que tenía la casa y las reducían a añicos. De pronto cesaron todos los fuegos. Polita llamó por sus nombres a cada uno de los combatientes y sólo dos de ellos le respondieron. El Chiqui estaba herido. Y solamente Arcángel, uno de los dos muchachos que combatían al lado del centinela, alzó la voz para gritarle que sus dos acompañantes estaban muertos. Polita dio un salto hacia el interior de la vivienda y descubrió que la pared tras la que se atrincheraba Vicente le había caído literalmente encima, aplastándolo. El Chiqui tenía un orificio horrible en el hombro izquierdo, del que manaba sangre en abundancia y que le

había dejado inútil ese mismo brazo. Sus ojos se encontraron por última vez. Polita no pudo contener el llanto y se arrojó hacia él conmovida y asustada. Pero El Chiqui sacó fuerzas de su dolor para decirle, *¡no es la hora de llorar, Polita! ¡Hay que llevarnos todos los miserables que podamos por delante! Si nos tocó morirnos, que nadie pueda decir nunca que fuimos cobardes.* El fuego volvió a reiniciarse y el Chiqui le dio la espalda para acomodar como pudo el calibre de su arma sobre la parte inferior de la ventana. Polita lo vio disparar con rabia y le oyó gritar con orgullo: *¡Vengan por nosotros, malnacidos! ¡Aquí estamos esperándolos!* Con la misma agilidad de sus mejores años, Polita volvió a salir al corredor disparando. Esta vez no hubo receso en el combate. El miedo se le había evaporado por completo. Andrés la observó repetir la misma expresión en voz baja tras cada disparo que hacía. *¡Les va a costar mucho matar esta guerrillera... les va a costar mucho!* En algún momento del largo intercambio de fuegos, Polita se percató de que la única que estaba disparando desde la casa era ella. Entonces optó por saltar como una fiera herida hacia la ventana donde antes estaba el Chiqui, y sobreponiéndose a la impresión de verle el cráneo destrozado, hizo ocho disparos seguidos desde la misma ventana. De inmediato voló hacia otro ángulo de la casa y quemó también varios tiros. Con un par de saltos volvió a asomarse al corredor y continuó peleando. El parque que contenían los proveedores de su arma se le fue agotando, así que decidió apoderarse de las fornituras del Chiqui para seguir disparando. Rotándose una y otra vez en diferentes sentidos por las tres posiciones, Polita enfrentaba al enemigo poseída por una confianza inusitada. Y lograba mantenerlo a raya. Andrés se sintió orgulloso de ella, del asombroso tamaño de su grandeza ante la muerte. Polita estaba enorme, inconmensurable como mujer, inmensamente superior a cualquier criatura humana que pisara la tierra. De repente cayó una granada de mortero en la casa y Polita recibió de lleno el impacto de la explosión. Andrés la vio intentar incorporarse con el cuerpo bañado en sangre. Al momento aparecieron varios soldados que se quedaron mirándola atónitos. Uno de ellos se le acercó con furia y le propinó una patada en la cara. Andrés sintió el golpe en la suya y comenzó a llorar vencido por la ira. Quiso gritarles algo, pero las palabras se le volvieron un nudo en la garganta y se negaron a salir. De espaldas en el piso, Polita miró los enemigos frente a ella y les sonrió con desprecio. Andrés le vio los dos hoyuelos que se le formaban en los cachetes al reír y pensó que nunca jamás Polita había estado tan bella.

Entonces le oyó decirles con dificultad, *¡Vivan las FARC, miserables, viva Manuel Marulanda!* La orden que escuchó Andrés le perforó el alma. *¡Maten esa maldita vieja! ¡Mátenla!* Varios disparos siguieron a continuación y los ojos de Polita quedaron abiertos mirando al cielo infinito. Andrés recibió la madrugada anegado en llanto. Lo que había presenciado impotente aquella noche, le dolía mil veces más que cuando terminaron sus amores con Polita.

La tarde siguiente Andrés fue llamado por Justo nuevamente a su presencia. Desde esa mañana había habido mucho movimiento en el campamento. Varios grupos de guerrilleros habían estado llegando con intervalos de tiempo, y luego de que sus responsables se reunieran con la Dirección en la oficina, habían partido de nuevo o se hallaban preparando su salida. El ecónomo había estado empacando la remesa depositada en el campamento para que luego los arrieros la cargaran en las mulas y la llevaran a otro lugar. También en la madrugada una comisión de seis unidades había sacrificado una vaca y luego se había dedicado a picar los huesos y a tasajear y salar la carne. Era fácil adivinar que se aproximaba un desplazamiento de la unidad a otro sitio. Andrés encontró a Justo visiblemente atareado por hallarse reunido con varios miembros de su estado mayor y otros integrantes del cuerpo de mandos. Tras pedir permiso para seguir, su Jefe le indicó que podía acercarse. *Tienes que partir de inmediato*, le dijo. *Es necesario que termines cuanto antes el proyecto en que estás trabajando. Hablaremos por radio para indicarte el lugar a donde debes bajar con el CD. Aún es temprano, así que si te alistas ahora podrás llegar esta noche donde Octavio.* Andrés asintió sin objetar. Sólo le dijo que necesitaba dejar un encargo para María del Mar, una nota y otra cosa. *No hay problema. Escribe y trae eso. Ella debe estar mañana de vuelta por aquí antes de partir hacia el lugar que vino. Se lo entregaré en sus manos yo mismo. Después les mandaré a ustedes una copia del video que ella traiga.* No había más que hablar. Andrés se retiró al aula y sobre la mesa, en una hoja de cuaderno que consiguió regalada de la enfermera, rasgó una a una las palabras. *Querida María del Mar: He recibido la orden de marcharme y créeme que parto adolorido por el vacío que me causa la frustrada posibilidad de verte nuevamente. Si te he de confesar la verdad, te diré que he sentido la opresiva tentación de llevar conmigo la ventana del tiempo, pero el sentido de mi lealtad hacia ti me lo impide.*

*Y hasta el temor a sufrir graves desgracias. Nada se puede hacer contra lo que el destino impone. Te la dejo con Justo. Lo veo tan ocupado que sé que no me hará preguntas. Todo lo relacionado contigo me ha parecido extraordinario, fantástico. Sobran las palabras. Creo entender por qué se dicen maravillas de tus videos. Me hubiera gustado que me explicaras eso del don de las palabras. ¿Acaso podré yo obrar milagros con ellas, como lo haces tú con el tiempo? Pienso en ti cada segundo y te voy a extrañar con singular nostalgia. Como al hada madrina de nuestra ciudadela roja. Sé que no puedo pedirte que vuelvas, porque es claro que ni tu vida ni la mía nos pertenecen. Como las olas del mar, tú y yo nos erguimos al viento y chocamos con la playa, al vaivén que nos imponga la luna. Besos, Andrés.* Justo recibió distraído el paquete con el espejo negro y la nota blanca.

Cinco días más tarde, Andrés tuvo terminado su trabajo y lo informó por medio del radio a su Jefe. En respuesta le fue notificada la orden de presentarse al campamento nuevo. Una vez allí, Andrés se encontró con la sorpresa de que Justo había salido de viaje, dejando encargado en su lugar a Milton. Los dos estuvieron examinando su trabajo y Milton no tuvo reparos de ninguna índole. Después estuvieron conversando largamente sobre los proyectos en curso y Andrés quedó enterado de que se lo requería para dar una instrucción especial a un personal que venía de la ciudad. Su estadía se iba a prolongar por varios días. En el momento en que terminaban su charla, Milton quiso preguntarle algo. Se trataba de que él había encontrado un sobre de manila entre las cosas que había dejado revueltas en su escritorio el Jefe, marcado con la indicación de que era para entregar a María. Le confió que una vez él había procedido a entregárselo, María había ido a decirle que estaba segura de que el encargo era para otra persona y no ella, pues su contenido y su significado le eran ajenos por completo. Eso le había hecho pensar que en efecto no era para ella, sino para otra persona, y pensándolo mejor, creía saber para quién realmente estaba destinado. La información produjo una auténtica estupefacción en Andrés, porque tuvo claro de inmediato que Justo había incurrido lamentablemente en un olvido, no le había entregado su encargo a María del Mar. Su ansiedad se puso de presente al pedir con afán a Milton que le permitiera examinar el sobre del que hablaban. No fue sino ver a Milton sacar de un cajón el sobre, para reconocer su correo. Sólo que había sido abierto ya anteriormente. Un asombro enorme lo colmaba. No se podía explicar

la razón por la que Justo no había cumplido con su palabra. Milton trató de enmendar el error asegurándole que la repentina orden recibida por el Jefe, lo había obligado a ocuparse con rapidez de los preparativos del viaje que tenía que hacer, dando prelación a un sinnúmero de actividades relacionadas con eso. Andrés, preocupado de súbito por la revelación, se fue llenando de miedo. Había aprendido con María del Mar que debía sentir temor a quedarse con la ventana del tiempo, con el mismo cuidado con el que un mando militar capaz, temía dejarse asaltar por el enemigo. Las consecuencias podían ser terribles para ella y para él. María del Mar se lo había advertido en forma expresa. Lleno de turbación, Andrés se retiró de la oficina procurando disimular su estado, mientras Milton intentaba bromear al respecto, asegurándole que quizás no le convenía haber devuelto aquella piedra burda. *En cualquier quebrada de aquí o de allá podrá María del Mar hallar una mejor; no te preocupes*, fueron las últimas palabras que Andrés, confundido y molesto, escuchó de los labios de Milton al salir. Un presentimiento de horror lo invadió. María del Mar tenía que estar sufriendo serios problemas con los dioses, por nada en el universo iban a perdonarle la falta de haber jugado con el espejo negro. Esas eran cosas sagradas. Sentado sobre una de las camas del campamento, Andrés introdujo sus manos en el sobre y extrajo la nota que había escrito para ella. Tuvo un profundo pesar por saber que ya ella jamás podría leerla. Recordó los suplicios de Sísifo, de Prometeo, de Tántalo, pensó en la crueldad de los dioses americanos que exigían los sacrificios humanos a los hombres para que la colectividad pudiera seguir con vida, se retrató mentalmente las cámaras de tortura de Felipe II y la iglesia, con las que se pretendía reconciliar la divinidad, recordó de repente la despiadada ley de los chinos antiguos que permitía aplicar los más increíbles tormentos a sus semejantes con propósitos nefandos ligados a su religiosidad. Todos los martirios del mundo asediaron juntos la tranquilidad de su espíritu, al imaginarse que María del Mar ya estaría padeciéndolos por obra de aquel absurdo descuido. Entonces odió a los dioses que jugaban con los hombres a su antojo y se dijo que mejor era el mundo material, sin poderes sobrenaturales, ni leyes supremas, ni abyecciones indignas hacia seres superiores carentes de sentimientos, mordidos por la envidia y el egoísmo. Los maldijo con verdadera ira y quiso estar frente a toda una formación de ellos para vaciarles su fusil de una vez por todas. Cuando quiso examinar la ventana del tiempo, su ánimo fue víctima de otro sobresalto inesperado. La loza negra ya

no lo era, se había transformado en una vulgar piedra redonda y porosa de coloración ocre. Lleno de desconsuelo, Andrés la dejó caer el suelo y la pisoteó contra el barro. Lo peor era que no podía hablar de ello con nadie, se lo había prometido con solemnidad a María del Mar.

Esa noche se desgajó de los cielos un soberano aguacero. Relámpagos y truenos amenazantes brillaban sorpresivamente en las tinieblas y rugían a continuación haciendo temblar la tierra. La fuerza del viento hacía vibrar las telas impermeables de las carpas que parecían querer romper sus guindos para dejarse arrastrar hacia la espesura oscura. De todas las caletas del personal fueron saliendo guerrilleros que se protegían con carpas de la furia de las aguas. Los palos gigantes se mecían con rebeldía como si quisieran dejarse desprender de raíz halados por la poderosa mano que jugaba con ellos. Andrés caminó hasta la oficina de los mandos en donde encontró a Milton alumbrando con su linterna hacia uno y otro lado, preocupado por lo que pudiera suceder. *Esta tormenta es terrible*, le dijo de entrada. *Me permito sugerirle camarada, que nos salgamos todos rápidamente hacia el potrero, antes de que se produzca una tragedia. Aquí es más fácil que nos caigan los rayos. ¡Ógalos como se acercan! ¡O en cualquier momento la borrasca puede generar una tumba y sepultarnos a todos! ¡Yo he visto eso en otras ocasiones! ¡Sé por qué se lo digo!* Milton no esperó una segunda recomendación. Ya estaba él listo a disponer lo mismo. De inmediato hizo citar todos los mandos y les transmitió la orden de evacuación. Que los hombres sacaran sus armas y nada más. Las demás cosas debían dejarse bajo las carpas. Cuando la fila de guerrilleros corría falda arriba para encontrar el camino que los sacaría al potrero, sintieron una violenta explosión que iluminó por un segundo todo el campamento, y luego alcanzaron a mirar un chisporroteo sobre la copa de una gigantesca palma que virtualmente se incendió ante sus ojos para luego apagarse por obra del volumen de agua lluvia que caía. Todos quedaron paralizados por unos instantes hasta que sintieron el fuerte crujido de madera que se quebraba. *¡Corran! ¡Corran!*, gritaron varias voces a la vez con desespero. Andrés iba más o menos en el centro de la larga fila y vio espantado cómo, poseídos por el terror, un gran número de sus compañeros se le adelantaban ahuyentados en veloz carrera, tropezando contra las raíces para caer y ponerse de pie nuevamente, en un desorden impresionante. Una vez en



el filo, Milton ordenó que se fueran repartiendo en pequeños grupos dispersos por el potrero descubierto, y que permanecieran sentados en el suelo, envueltos entre sus carpas, mientras pasaba la tormenta. El oficial de servicio estuvo recorriendo con dos unidades más cada uno de los grupos haciendo la cuenta del personal. Tres horas más tarde, cuando amainó por fin la lluvia y el viento desapareció por completo, la noticia que fue pasando entre todos era que hacían falta cinco unidades y que por el momento parecía imposible buscarlas en el campamento, porque era tan grande el número de los palos derribados por la fuerza de la tempestad, que el acceso a él estaba bloqueado totalmente. Sólo hacia el mediodía hallaron los cuerpos aplastados, después de mucho trabajar todos con varias motosierras y palancas para despejar el área afectada. La depresión de Andrés era inmensa. Nadie podría sacar nunca de su cabeza la idea de que lo sucedido aquella noche fatal era producto de no haber entregado oportunamente la ventana del tiempo a María del Mar. Aunque a nadie le hablara del asunto.

Los trabajos de levantar un campamento nuevo, apenas unos trescientos metros más al sur del sitio anterior, se cumplieron con bastante prisa. A ello contribuyó el hecho de que se pudo utilizar la gran mayoría de la madera cortada para el primero, y a que la tumba cumplida por la naturaleza sirvió para aserrar gran cantidad de tablas que facilitaron las construcciones. Los cuerpos de los guerrilleros fallecidos permanecieron extendidos en un mesón que se levantó para el efecto, y en las primeras horas de la noche que siguió a la tormenta, fue dispuesta su inhumación. La Dirección acordó que en unos días más adelante, cuando hubieran llegado las unidades que estaban haciendo frente al operativo enemigo en las orillas del río, se celebraría un homenaje en grande a su memoria. Por ahora las actividades deberían seguir su curso normal. Todos estaban tristes, pero procuraban distraer su mente de ese estado con las noticias que llegaban sobre el desarrollo de los combates. Al parecer el enemigo comenzaba a aflojar. Después de haber llegado transportados en ocho chalupas artilladas, los hombres que desembarcaron sirvieron de protección para el arribo por tierra de otros cien soldados de contraguerrilla. Confundidos con ellos venían pequeños grupos que vestían uniformes negros y lucían en sus brazos brazaletes con los que pretendían identificarse como autodefensas. Estos últimos fueron los que entraron a los modestos caseríos de las orillas del río a asesinar

cuatro campesinos, a conminar a los demás a huir bajo amenazas de muerte, y a hurtar las mercancías de los pequeños negocios. Su festín se vio interrumpido por la presencia de los comandos de guerrilleros que poco a poco fueron apareciendo por diversos puntos en disposición de enfrentarlos con armas. Durante varios días continuos se habían producido choques violentos entre las tropas y los insurgentes, en los cuales estos últimos se vieron obligados a enfrentar los helicópteros que llegaban como refuerzo de las unidades en tierra. De allá habían traído hasta el campamento tres guerrilleros heridos, sin que hasta el momento se hubieran presentado otras bajas. El enemigo no podía contar una historia tan satisfactoria como esa en materia de resultados. Las chalupas artilladas habían sido retiradas porque desde las orillas del río era tanto el fuego que recibían, que el poder de combate de sus ametralladoras y fusiles resultaba más bien un peligro. Era presumible que los guerrilleros ya hubieran pensado en hacerse a ese armamento, y dadas las condiciones la idea no parecía descabellada. Por la misma razón, los helicópteros también tuvieron que desalojar el cielo de los combates. La tropa tenía varios días concentrada completamente en una pequeña área, hostigada y golpeada por todos los flancos, sin que sus superiores hubieran dispuesto su retirada. Era de esperar que en cualquier momento se produjera ésta. Andrés estaba taciturno. Realmente temía que por obra del olvido de su Jefe, sus compañeros fueran a recibir un golpe desgraciado en el río. Precisamente se hallaba pensando en estas cosas cuando llegó hasta su caleta la enfermera. *Andrés, le dijo, todo lo que ha pasado últimamente me había hecho olvidar una razón que te dejó Marianela. ¿Marianela? Sí, la mona. Después que subió del río con María del Mar estuvo hablando conmigo y me dejó un recado para ti. Bueno, ¿y de qué se trata? Muy sencillo, te va a gustar. Ella me pidió que te dijera que ha cambiado de opinión con relación a ti. Que espera tener oportunidad de entrevistarse pronto contigo para hablar de todas las cosas que tú le has propuesto siempre y que ella no ha aceptado. Que en adelante podrás contar con su amor. ¿Es en serio lo que me estás diciendo? Claro que sí, mira lo que escribió en este papel con el fin de que te lo mostrara.* Andrés leyó en la pequeña hoja de libreta que la enfermera extendió ante su vista, *Todo es verdad. Espérame. Marianela.* Visiblemente emocionado preguntó: *¿Y dónde está ella? ¿Por qué no la he visto desde que vine? Está afuera, en el pueblo. Pero cualquier día de estos se aparece por aquí. Te dejo. Felicidades.* Mientras la enfermera se alejaba de su caleta, Andrés sentía que toda la tristeza que lo

había embargado recientemente, se iba escapando de su alma a medida que el aire salía expulsado por su nariz. Era tan repentino el cambio de su situación que sus sentimientos comenzaron a bullir desordenadamente, transformándose en una naciente alegría que pujaba por ocupar un espacio cada vez mayor dentro de su pecho. Lentamente se dejó caer de espaldas sobre su cama y sonrió. Al reparar en la sorpresiva dicha que lo inundaba, pensó que era la vida la que le estaba sonriendo y le dio las gracias por haberse acordado de él por primera vez en tanto tiempo.

A las siete de la noche fue interrumpida la charla que uno de ellos estaba dando en la hora cultural, y todos los guerrilleros reunidos en el aula se dispusieron a mirar las noticias por la televisión. Era un día de esos corrientes, en los que los presentadores de los noticieros hacen esfuerzos por imprimir un tono de trascendencia a los hechos triviales que están comunicando a su audiencia. La concentración en la pantalla se había ido disminuyendo y varios de los guerrilleros conversaban en voz baja con los que estaban sentados a sus lados. De pronto el presentador dio entrada a un reporte local y todos creyeron que las noticias iban a registrar algo con relación a los combates que se estaban librando cerca de allí. La noticia los cogió por sorpresa, sobre todo a Andrés. Esa mañana, unidades de la policía nacional habían dado captura a dos guerrilleras de las FARC que se encontraban preparando un atentado dinamitero contra una instalación militar. La primera que apareció en la pantalla fue la Flaca. La expresión de repudio que brotó de la garganta de todos los presentes en el aula fue unánime, *¡Maldición! ¡Cogieron a la Flaca!* El camarógrafo enfocó enseguida a la otra mujer. El grito de Andrés descolló sobre todos, *¡Ay, no! ¡Y a la mona también!* La voz de una de las muchachas que seguían las noticias se encargó de reflejar aún más la inconformidad. *¡Uy, miren! ¡Se ve que les pegaron durísimo!* Era cierto. No había duda de que se trataba de la Flaca y Marianela, pero sus rostros estaban gravemente amoratados e inflamados, revelando a primera vista que habían sido víctimas de una violenta golpiza. La indignación de todos los guerrilleros fue general. Alguna voz gritaba que se callaran, que dejaran oír. Pero el murmullo del colectivo no cesaba. La enfermera se acercó a Andrés con los ojos empantanados en lágrimas y lo abrazó con fuerza. Andrés se libró de ella y se retiró del aula hacia su caleta. *No. No era justo. Nada de esta locura era justo. La maldición por la ventana del tiempo*

*seguía su cruel curso. Una a una se iban sumando dolorosas tragedias para él. Había perdido para siempre a María del Mar quien sin duda estaría pagando una condena de horror; había visto a cinco de sus compañeros destrozados por los troncos que los habían aplastado en la tormenta, había creído que la felicidad le llegaba de repente, sólo para sufrir de inmediato la más perversa burla del destino. ¿Por qué tenía que pasarle eso a él? ¿Por qué?* La depresión colmó en definitiva el ánimo de Andrés. Por primera vez en todos sus años en filas tuvo deseos de morir. Si lo que iba a perseguirlo en adelante era una sucesiva cadena de amarguras, tal y como veía que comenzaba a pasarle, y si éstas no solamente lo afectaban a él sino a todo el colectivo de revolucionarios honrados que lo rodeaba, era imprescindible su sacrificio para librar los demás. La necesidad de su muerte lo invadió por completo y desvaneció su confusión. De pronto lo vio todo con claridad cristalina. Los dioses le estaban pidiendo su cabeza y él estaba dispuesto a ofrendarla. Sus manos comenzaron a acariciar suavemente el fusil que sostenía sobre las piernas. Tenía que procurar tan sólo que el tiro fuera mortal. No podía agregar ahora la carga de que por obra de su torpeza para matarse, sus compañeros se echaran encima el problema de atender por su vida malherida. La oscuridad de la noche se le pareció a la muerte. Quizás ella ya era la muerte. Una calma impresionante se apoderó de todo su ser. Estaba listo. Iba a acudir a la cita con valor, sin titubeos. Todo llegaba a su fin. Su mano derecha abrió la tapa de la chapuza y sacó la pistola que colgaba de su reata en la cintura. En ese preciso instante una voz igual a la suya dominada por la ira, relampagueó en su cerebro, *¡Tú tienes el don de la palabra! ¡María del Mar te lo dijo! ¡Con ella puedes vencer al tiempo, como lo hacía ella con su espejo! ¡No te mates, lucha con tu arte por la vida!* Andrés, repentinamente poseído por una vigorosa energía, volvió a guardar su pistola en la chapuza y se puso de pie. *Voy a escribir esta historia, voy a escribir esta historia*, repitió con un tono de decisión inquebrantable. Dos meses más tarde Andrés llegó a este punto en su escrito. Alguien se acercó a él por su espalda para decirle que Justo lo necesitaba en la oficina. Cuando volvió de ella tenía una carta en sus manos. Al rasgar el sobre pudo leer, *Andrés: A veces los sueños se escapan de nosotros para emprender recorridos solitarios. Escalan nevados, corren con los ríos, se funden con los vientos y se hunden hasta las profundidades del mar. A veces se alejan tanto que los solitarios no son ellos, sino nosotros. Cuando eso sucede, sin importar nuestras dimensiones, nos sentimos efímeros y*

*frágiles como una pluma. Los demás admiran entonces nuestra alegre extroversión, sin saber que en realidad estamos procurando evadir el lamentable silencio que nos dejan nuestras fugaces quimeras. Hay que seguir viviendo, regalando ternura a todos los que nos quieren. Espero que alguna vez, amándonos en el hogar de la luna, volvamos a contarnos nuestros secretos. Gracias a la magia de tus palabras he vuelto a ser libre, jamás te olvidaré. Pueda ser que los amores que te lleguen, fortalezcan el hermoso sentimiento que necesitamos para alcanzar nuestros ideales. Te amo, María del Mar.*

En la medida en que sus ojos recorrían una a una las líneas de la nota, el corazón de Andrés se iba agitando de emoción. Por lo visto la pesadilla llegaba a su fin. Una bulla enorme se escuchó hacia los lados del aula y Andrés sintió la curiosidad de conocer su causa. Cuando caminaba hacia allí observó algo que lo dejó virtualmente paralizado. Marianela, vestida con un traje de calle, corría hacia él con los brazos extendidos y sonriéndole con expresión de inmensa felicidad. Al abrazarse bajo los rayos resplandecientes del sol de verano, lágrimas de alegría aparecieron en los ojos de ambos. Y como no podían hablar por la emoción que sentían, decidieron fundirse en un beso ardiente que les iba derritiendo las dudas y los iba fundiendo en una sola alma. Un corrillo de guerrilleros se formó a su alrededor aplaudiéndolos. Hasta allí llegó Justo para informarles a todos que acababa de recibir el cable de la compañía móvil de combate. Dieciséis enemigos habían sido dados de baja, y los suyos habían recuperado 11 fusiles Galil y un mortero. A los pocos minutos estaba armada una fiesta. Andrés y Marianela bailaron hasta la media noche y luego se retiraron a la caleta, a medir con sus labios la extensión real de sus pieles y a consagrar con sus cuerpos el amor que se juraban mantener para siempre.♦

Los Pozos, San Vicente del Caguán, 5 de mayo de 2000.

## SEMILLAS DE ODIO

Marco Tulio era el mayor de los 7 hijos de don Luis y desde muy niño trabajó primero con su padre en el campo y luego solo, cuando el viejo comenzó a estar enfermo con frecuencia y había de todas maneras que sostener la numerosa familia. Sus hermanos siempre lo vieron con admiración, particularmente por la enorme fuerza que poseía en los brazos. Sus manos eran como tenazas de acero, con dedos capaces de vencer las más difíciles resistencias. Su carácter sumiso lo llevaba a soportar pacientemente los castigos paternos aplicados por don Luis, consistentes las más de las veces en atarlo de las muñecas con una cuerda cuyo otro extremo pasaba sobre la rama de un árbol, para guindarlo manos en alto y luego golpear su espalda con un rejo de cuero de ganado, hecho lo cual el muchacho bajaba llorando al piso y rogaba: “Ay, mi taita, por Dios no me castigue más, yo no lo vuelvo a hacer”. Lo que más le gustaba era el pastoreo de las ovejas que cuidaba con mucha atención en los pastizales y de las cuales siempre sabía escoger la mejor para el sacrificio cuando el viejo lo ordenaba. También celaba mucho a sus dos hermanas y las golpeaba con fuerza si llegaba a sorprenderlas conversando con algún muchacho de la vereda. A la finca solía venir don Celestino, un hombre cuarentón, amigo de su padre, famoso en toda la región por su bravura, la que siempre salía a relucir si se trataba de perseguir liberales. Marco Tulio veía en él un ejemplo de valor sin límites, sobre todo desde cuando supo la historia de su escapatoria de manos de la policía. En los años que gobernó el país el partido liberal, hombres como Celestino enfrentaron a los nuevos policías que vinieron al pueblo, y encabezaron la lucha perdida para impedir la posesión de un alcalde de ese partido en el municipio que habitaban. Era guapo porque siempre peleaba de frente, revólver en mano, desde su caballo o bien parado en el piso, y porque su destreza con el machete y el cuchillo le permitieron en más de una ocasión salir bien librado de reyertas en las que él solo llegó a despachar a mejor vida a 4 rivales fieros que lo atacaban. Marco Tulio habría de recordar siempre el episodio de don Celestino conversando con él, explicándole que el miedo era como una espinita que se clavaba en la piel, y que empezaba a regarse por todo el cuerpo de la misma manera como se iba

inflando la vejiga de un chivo cuando se la soplabla con fuerza. Decía don Celestino que si el hombre dejaba que lo invadiera el miedo, estaba perdido, pero que si lograba a tiempo detectar el pinchazo y se resolvía a no dejarlo avanzar, entonces el miedo no pasaba del sacudón inicial y luego desaparecía. Fue él quien le contó también que en su región natal había una vereda llamada Chulavita, encajonada de tal manera en un pequeño valle flanqueado por filos rocosos y muy erguidos, que siempre resultó infranqueable para los liberales. Sus habitantes se ubicaban en la media falda y dejaban penetrar hasta el valle a los atacantes por el único camino de acceso, quebrada arriba, el cual taponaban cuando el enemigo ya había entrado. Luego caían sobre él y no dejaban salir de ahí a ninguno con vida. A los niños pequeños los traían para mirar los cadáveres y, uno a uno, les iban entregando un cuchillo para que se lo clavaran sucesivamente a los cuerpos sangrantes, con el fin que desde pequeños fueran perdiendo el asco a matar. Por eso eran gente sin ninguna clase de escrúpulos. Lo de los policías y don Celestino había elevado su nombre a la categoría de leyenda. Por medio de delaciones, una partida de 8 uniformados logró llegar hasta el rancho en el que el hombre pasaba la noche con su amante, y lo intimaron a salir con las manos en alto a la cuenta de 3. Advirtieron que si no lo hacía, barrerían la vivienda a plomo con mujer y niños dentro y le prenderían fuego. Oyeron la voz clara de don Celestino que decía desde el interior de la casa: “No hay necesidad de eso, me entrego”. Su acento fue normal, tranquilo, como si respondiera a cualquier amigo que tuviera el compromiso de ir a buscarlo temprano. Los policías le pidieron que arrojara las armas al patio tan pronto como abriera la puerta, lo que hizo don Celestino antes de salir. Avanzó varios pasos fuera de la casa y dirigiéndose al sargento le dijo con absoluta calma: “No es de hombres amenazar a otro con matarle la familia”. Los 8 policías lo rodeaban a prudente distancia, apuntando hacia él sus fusiles punto 30 y sin quitarle para nada el ojo de encima. El sargento rió con un dejo de desprecio y le respondió: “Con tipos como Usted no se puede tener contemplaciones”. Y le ordenó dar un giro completo y lento para asegurarse de que no tenía ninguna otra arma escondida en su cuerpo. Satisfecho, gritó a sus hombres: “¡Lo tenemos muchachos! ¡Agarramos a Celestino García!” Y soltó una violenta carcajada. Enseguida dispuso lo siguiente: “¡Usted, Navarro! ¡Y usted González! ¡Se le acercan y le quiebran los brazos a culatazos! ¡Ese tipo es muy peligroso para amarrarlo así no más!” Y a don Celestino le advirtió: “¡Ojo con lo que hace!” Apenas

recibió en primer golpe en el hombro izquierdo, don Celestino pareció doblarse hacia delante por obra del dolor y justo cuando el otro policía descargaba un segundo golpe contra él, esquivó el impacto con la velocidad de un felino, estiró ágilmente sus brazos y de un tirón le arrebató el fusil. Tan sorprendente fue su movimiento que los policías que lo rodeaban no alcanzaron a impedir que don Celestino hiciera el primer disparo hacia el policía que le había dado el golpe con la culata, el cual cayó de espaldas con un enorme orificio en la frente. Cuando los policías tiraron contra él, don Celestino ya no estaba parado en el mismo sitio, sino que había saltado hacia el cadáver de su primera víctima para apoderarse de su arma. Fue el cuerpo del policía a quien primero arrebató el fusil, el que se dobló alcanzado por las balas despedidas por las armas de sus propios compañeros. Sin tener necesidad de cargar el fusil que quitó al primer muerto, don Celestino le ganó de mano al sargento que le había disparado un segundo antes y le propinó un certero balazo en el pecho. El pánico se apoderó de los demás agentes, a quienes se les antojó que combatían con el mismo demonio y se echaron hacia atrás dispersándose aterrados. Don Celestino tuvo tiempo para matar a otro y emprender con veloces zancadas la huida. Cuando los 4 restantes uniformados le hicieron fuego, fueron incapaces de hacer blanco en él. Tampoco quisieron ir detrás suyo pues el hombre se daba vuelta y les quemaba mientras se escabullía por entre una maicera. Temerosos de verlo regresar con otros hombres en su búsqueda, los policías decidieron salir rápidamente de allí y regresar con refuerzos por los cadáveres. Al final, aquellos cuerpos fueron devorados por los buitres, pues el temor a una emboscada les impidió volver. Pasados apenas unos minutos, don Celestino regresó solo en busca de su familia y junto con la ropa y algunos enseres que acomodaron en una bestia, llevó también un fusil de más que dejaron abandonado sus atacantes. Don Celestino visitaba a don Luis porque sabía bien que era hombre de fiar, leal con su partido y que siempre tenía informaciones de interés para él. Apreciaba mucho a sus hijos, porque la madre de ellos era una prima suya, que se había criado en su mismo hogar como una hermana más. En más de una ocasión vino a pasar allí las navidades y departía alegremente con los demás vecinos, al son de las cuerdas que interpretaban torbellinos hasta por 3 días, durante los cuales se consumían varios corderos asados, se tomaba chicha de maíz y aguardiente de zacatín. Su palabra era ley para todos y su especial deferencia con don Luis confería un especial respeto hacia esa familia en la



región. Fue él quien le dijo a Marco Tulio un día: “Muchacho, ya que va usted haciéndose un hombrecito, debe ir pensando en irse a pagar el servicio para después meterse a la Policía. Ahora que el partido conservador ganó las elecciones, necesitamos que mucha gente de estos lares vaya a reemplazar a los policías liberales. Resuélvase, mijito, que yo le ayudo con una platica para que no vaya a pasar tantos trabajos”. Aquel destino se le antojó a Marco Tulio como una epopeya gloriosa. Unos años después, vistiendo ya su uniforme y destinado al puesto de un municipio de Santander, al tiempo de dar el paso para descender del andén a la calzada en plena calle central, escuchó la detonación de un fusil y sintió que su gorra volaba de su cabeza por obra del disparo. Apenas tendido en la pata de un grueso tronco, empezó a sentir una andanada de proyectiles contra él y sobre todo contra el cuartel que estaba unos 50 metros del palo donde se atrincheraba. El combate duró casi 4 horas y, bien fuera por la resistencia de los policías o porque no fue suficiente el fuego de los asaltantes, al final éstos se retiraron. Cuando vino el Ejército, Marco Tulio y sus 9 compañeros, incluido el cabo, fueron desarmados y privados de la libertad. Durante 6 meses permaneció detenido en la cárcel de otro municipio sin entender nunca por qué era sometido a ese tratamiento. A su mente acudía tan solo una respuesta: “Por no habernos dejado matar”. Estaba tan lejos de su tierra, sin manera alguna de comunicar su suerte, sin recibir una sola visita, ni siquiera una carta de saludo, que su ánimo cayó en el más profundo escepticismo. “Esto no fue lo que me dijo don Celestino”, se repetía. Y hasta empezó a dudar de la bondad del régimen conservador. Aunque sabía bien que él pertenecía al otro bando, no dejaba de pensar en los policías que había matado don Celestino y se decía que lo mismo iba a pasarle a él cualquier día, cuando fueran a la captura de algún jefe de la subversión liberal. Un día se morían los de un partido y al día siguiente los del otro. Él se había salvado del ataque al cuartel, pero también podía estar muerto ahora y el mundo de cualquier modo seguiría arreglándose sin él. Alguna causa o razón absolutamente incomprensible para él debía de haber para que todo esto pasara. Un Domingo le comentó sus pensamientos al cabo y éste le respondió: “No hay caso hermano. Hay que ser de un partido, y uno debe saber es estar siempre en el de los vencedores. No se desespere y mejor piense que sería peor estar muerto”. Cuando por fin se vio libre, también le concedieron una licencia por algunos días y viajó hasta su pueblo. Las cosas estaban muy cambiadas, muchos se habían ido y

existían enfrentamientos políticos y armados con gente de regiones vecinas e incluso de la misma vereda. Don Celestino había muerto. Lo mató el bobo del pueblo que entró a la cantina donde se encontraba de pie, tomándose una cerveza, con el brazo apoyado en el mostrador, y le clavó una puñalada por la espalda antes de que ninguno de los concurrentes se percatara del movimiento que hizo para extraer el arma de debajo de su ruana. “¡Quién se iba a imaginar! Ni siquiera Celestino que fue siempre tan malicioso”, le dijo su padre con los ojos llorosos refiriéndole el caso. “¿Y qué fue del bobo?”, le preguntó Marco Tulio. “Ni para qué le cuento”, le respondió el viejo. “Con la misma pala de mata ganado con la que mató a Celestino, lo volvieron nada. Hasta mal hecho, porque no se supo quién le pagó”. Marco Tulio contuvo el llanto. Más bien se llenó de ira. Ir a morir así aquel héroe. Entonces juró que en adelante, todos los liberales le pagarían por la muerte de don Celestino y por lo que estaba pasando en el lugar donde él había crecido. En el bus que lo llevaba de regreso pensaba en la vez que le avisaron a don Celestino que en un punto del camino lo estaban aguaitando varios hombres, y él siguió adelante solo, montado en su caballo como si nada, para ver si de verdad eran machos los que lo esperaban. Mató a dos y a él no le pasó nada. Es que ese hombre era un verraco, se repetía en silencio Marco Tulio. Y se dijo que ahora ya no nacían hombres así.

Montañas del Nordeste, 8 de junio de 1997

## EL UMBRAL DE LA FELICIDAD

Solamente dos varones eran admitidos dentro del convento de aquella comunidad religiosa. El primero, Antonio, era un hombre delgado, bastante entrado en años, de cabello cano y maneras solemnes, quien por obra de tantos años de trato con las sucesivas madres superiores que ocuparon la dirección del claustro, había adquirido un tono de voz semejante a susurros y una mirada de ojos nerviosos notablemente sumisa. Su función era la de portero y mandadero, una especie de vínculo ocasional entre el conjunto de mujeres consagradas de por vida a la oración y al culto a Dios, y el mundo exterior al que habían renunciado para siempre. Por su talante servicial, casi rayano en la abyección con las prioras, resultaba odioso para muchas de las novicias, quienes veían en él una especie de delator, siempre presto a informar a la Superiora cualquier indicio de comportamiento irregular, hombre a quien no podían confiar absolutamente ningún secreto, algo grotesco y odioso. Por el contrario, el jardinero del convento, a quien se ubicó en una celda del primer piso de la edificación, era casi un muchacho. No muy alto, de escasos 22 años, blanco, cabello perfectamente negro y liso peinado hacia atrás, de facciones bellas, imberbe aún y de trato amable y grato, se había ganado las simpatías de todas las religiosas, por quienes, no obstante tener una relación muy ocasional y fugaz, siempre estaba dispuesto a correr el riesgo de traer de afuera y entregar de manera clandestina cualquier encargo o razón. Sus salidas del convento eran mucho menos frecuentes que las de Antonio, pero se le permitía de vez en cuando ir de visita a la finca de sus padres, una familia de campesinos pobres que vivía en una vereda próxima a la del convento, en aquella región de cordilleras abruptas, de clima frío y en la que llovía con frecuencia. Juan, como se llamaba el jardinero, apenas tenía la cultura elemental que le había suministrado una maestra rural durante los únicos 4 años de educación primaria a que tuvo acceso, antes de que su padre resolviera que ya era tiempo de que se sumara a las tareas agrícolas de su pequeña propiedad. Era sí muy diestro en todas las labores del campo. Desde ordeñar cabras, sembrar papa y maíz, lidiar con bestias de carga, manejar el azadón y el machete, cultivar flores y trabajar la madera con destreza. Por

recomendación de un antiguo alcalde conservador del municipio, a quien su padre apoyaba fielmente en épocas electorales, había logrado obtener su empleo en el convento. Las relaciones de las sucesivas madres superiores con el jefe conservador local se fortalecieron, desde cuando supusieron un peligro en el hecho de que en las 4 últimas elecciones presidenciales hubiera ganado siempre el partido liberal. Desde la primera vez, hacía 15 años, se había empezado a oír que donde quiera que las alcaldías eran ocupadas por liberales, los mismos alcaldes iniciaban acciones de violencia contra los conservadores que habían estado antes en el poder durante casi medio siglo, y que en esa persecución eran incluidos los curas y las monjas por haber estado tan ligados al anterior régimen. Aunque eso no había ocurrido en ese municipio, el jefe conservador, el cura y las monjas, consideraban que había que tomar precauciones. Allí el conservatismo se había impuesto abrumadoramente en las urnas, porque la gran mayoría de sus más longevos habitantes todavía conservaban en el recuerdo como un episodio personal, el triunfo en la batalla de Palonegro, y esa emoción se la habían logrado transmitir a su descendencia. Pero los alcaldes eran designados por el gobernador y éste directamente por el presidente de la república, por lo que al frente de los destinos de la localidad habían permanecido liberales todos estos años. Las superiores de la comunidad nunca habían dejado de temer un asalto al convento. Y no tenían confianza en la policía porque sabían que era gobiernista. Juan, como otros antes que él, había entrado a trabajar como jardinero en el convento, precisamente como consecuencia de esas prevenciones. Contar en el claustro con un hombre joven, fuerte y obediente, de mente sana y familia confiable, que pudiera llegado el caso hacer respetar de algunos agresores el edificio, o cuando menos que estuviera en condiciones de correr de prisa en busca de ayuda, se les había antojado imprescindible a las superiores, y una excelente idea a don Pedro, el jefe conservador local.

Juan tenía una especial habilidad natural para agradar. Su tono de voz siempre cortés y afectuoso, el hecho de nunca presentarse al convento de regreso con las manos vacías, sino con algún obsequio para la madre superiora, que podía ser un queso, una arepa grande de maíz, un Cristo tallado pacientemente en madera, o un tarro de arveja verde ya desgranada, o para las monjas de manera subrepticia, a quienes fascinaba la cuajada con panela, la miel de abejas o los dulces que hábilmente preparaban su madre y sus

hermanas, sumado todo a su actitud cómplice con las sencillas veleidades que se permitían algunas novicias, de las cuales ni una sola vez había informado a la priora, lo tenían convertido en la nota alegre y simpática de aquel encierro lúgubre y aburridor. Fueron esas circunstancias las que le permitieron un día en que se ocupaba de cuidar las flores con dedicado esmero, acariciar la mano a Sor María de los Angeles, quien había sido enviada por la madre superiora al jardín a pedirle un atado de rosas para adornar su habitación. Ocurrió cuando ella se le acercó y le señaló con el dedo índice las flores que quería que él cortara. La novicia retiró su mano de prisa e intentó un reproche instantáneo con la mirada. Pero no dijo una sola palabra. Juan poseía una expresión verdaderamente angelical en el rostro. Sus ojos negros despedían un aire tal de ternura, que María de los Angeles más bien se sintió dominada por él. Juan le pidió que no fuera a enojarse, le dijo que solamente de esa manera había podido valerse para enterarla de que entre todas las monjas del convento ella era la más linda y la única que lo atraía, y que aunque había logrado esconder sus inclinaciones por mucho tiempo, ya en ese momento le resultaba imposible contenerse y tenía que hacérselas conocer. Sor María de los Angeles lo mandó a callar y al ir a recoger con afán las rosas para marcharse de allí, se pinchó los dedos con varias espinas por lo que lanzó un pequeño quejido, dejó caer las flores al piso y se llevó los dedos a la boca para chuparse la sangre que brotó por los pinchazos. Juan recogió rápidamente las rosas y se las ofreció con delicadeza diciéndole: “Hermanita, por lo que más quiera, perdóneme. Me duele tanto que por mi culpa se haya hecho daño. Le juro que mi única intención era la de hacerla feliz”. Sor María de los Angeles lo miró al rostro y leyó en él tal expresión de vergüenza y pesar que no pudo evitar conmoverse. Entonces procedió a tomar las rosas con precaución por su tallo, y sonriendo bondadosamente con gratitud le respondió en tono amigable: “No se afane tanto por eso Juan, tampoco se me va a salir el alma”. Todo el cuerpo de la novicia estaba cubierto por el hábito y sólo su rostro enmarcado por el óvalo de sus prendas permanecía al descubierto. Quizás tendría unos 18 años. Su piel era intensamente blanca y sus ojos brillaban con la tonalidad del mar. Sus facciones eran finas y hermosas. Juan se lo dijo y además le agregó que estaba profundamente enamorado de ella. Sin darle tiempo de reaccionar ante su atrevimiento, le aseguró que si aceptaba su amor, él estaba dispuesto a volarse de allí llevándola consigo para que se casaran y tuvieran muchos hijos bonitos. Sor María de

los Angeles, más interesada en partir que en continuar oyendo tales blasfemias, le dijo sin embargo antes de darse la vuelta y correr en dirección al edificio, que otro día hablarían de eso. Unos días después se cruzaron otras breves palabras y Juan logró a partir de ruegos, arrancarle la promesa de acudir a su habitación en la noche, a las escondidas, cuando todo el mundo estuviera durmiendo, para que pudieran conversar con toda libertad. Llena de pánico, con la voz temblorosa, a eso de la media noche, la novicia cumplió su palabra. A partir de entonces, cada vez que les fue posible, la pareja de arriesgados enamorados se reunía en secreto para dar rienda suelta a su mutua admiración. Su amor creció como la espuma de las crecientes del río y los condujo a apresurar los planes de su huida. La prepararon todo para un día sábado. La noche previa a su escape, desnudos y adorándose con una devoción casi sublime, el par de muchachos se juraron amarse para toda la vida y dedicarse por entero en adelante a alimentar su felicidad.

Tan sólo unos cinco segundos habrían transcurrido desde cuando sor María de los Angeles salió de la habitación de Juan, cuando éste escuchó la voz de Antonio afuera, en el pasillo, con acento fuerte, preguntar: “¿Quién va ahí?” Y lo oyó agregar de inmediato: “¡Espere! ¡No corra!” Con el alma en vilo alcanzó a distinguir el sonido de los pasos en carrera de María de los Angeles hasta donde comenzaba la escalera y sintió que el susto lo paralizaba. Casi enseguida oyó que se aproximaban hasta su puerta unas pisadas y uno a uno sintió los golpes que Antonio daba en ella como si se los estuviera dando a él en el corazón. Lo escuchó gritar: “¡Juan! ¡Ábrame! ¿Quién era la novicia que acaba de salir de aquí?” Optó por no atender ninguna de sus preguntas, a pesar de su larga insistencia en repetirlas. Al fin oyó que se marchaba. El resto de la noche estuvo llena de horror para él. Sólo lo reconfortaba la certeza de que Antonio no había podido saber cuál de las monjas había estado encerrada con él. Y se juró que por boca suya jamás se sabría. Nunca le pareció tan demorada el alba. A la mañana siguiente Juan caminó con la angustia de un sentenciado a muerte hacia la oficina de la madre superiora. Su palidez y el aire supremo de tristeza en los ojos eran las manifestaciones más evidentes del inmenso sufrimiento que lo embargaba. Dos pasos atrás de él caminaba Antonio, quien con mirada acusadora e inquisitiva había ido a buscarlo en nombre de la priora. El interrogatorio de la madre

superiora fue implacable. Sus amenazas también. Le habló del tremendo pecado mortal en que se hallaba, y cómo el alma suya y la de la impia estaban condenadas al infierno. Le juró hacer caer sobre él todo el poder del señor Pedro. Profirió cuanta advertencia se la vino a la cabeza. Pero Juan no abrió la boca una sola vez. Su consciencia estaba en otra parte. Viajaba por los límites infinitos del dolor y la desesperación. Comprendía que había perdido a su María de los Angeles para siempre, que ni siquiera iba a poder verla una sola vez más. Una terrible tempestad ocurría en su interior. Sentía que iba a morir por causa de aquel dolor, y hasta lo deseaba. En algo más de un mes, Juan había conocido los dos extremos del par de sentimientos más profundos que puede experimentar el alma humana, el del amor que crece y el del amor que muere. Era demasiado para su noble naturaleza. Cansada de averiguar inútilmente por el nombre de la novicia pecadora, la madre superiora soltó al fin su veredicto: “Está expulsado del convento, Juan. Jamás volverá a poner un pie en esta casa de oración que ha mancillado. Y ninguna de las novicias saldrá de aquí nunca. Márchese. Ya hablaré con don Pedro”. Aquellas palabras le sonaron a Juan peores que una condena a muerte. Cuando la reja del jardín se cerró a sus espaldas, una amargura desconocida hasta entonces por él amenazó con ahogarlo. Respiró por última vez la fragancia de las flores que tanto había cuidado, y por primera vez desde la impresión de la noche anterior, como no le ocurría desde hacía muchos años cuando dejó de ser niño, un par de lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Al caminar como un autómatas, las lágrimas se hicieron más abundantes, y desde su pecho subió hasta su garganta un gemido de dolor. Con el codo derecho en alto, Juan tomó el camino intentando contener las lágrimas con el dorso de su mano y quejándose como una cría. Sólo hasta el día siguiente, hambriento, pero sin el menor deseo de probar alimentos, se presentó a su casa. A su padre le dijo apenas: “Me echaron del convento. Volveré a trabajar con Usted”. Poseído completamente por la amargura, se hizo el juramento de vengarse de Antonio. Para ello se llevaba todos los domingos un enorme cuchillo debajo de sus ropas, y se ubicaba a una prudente distancia del convento, vigilando la salida del delator, con el ánimo de sorprenderlo solitario cuando se dispusiera a ir al pueblo. Pero el maldito no le dio el gusto. Debía haber cambiado el día en que acostumbraba a salir porque Juan nunca pudo topárselo. Unos dos meses más tarde, con el alma destrozada y sin esperar nada de la vida, Juan decidió bajar al caserío. Allí fue enterado de que don

Pedro necesitaba hablar con él. Entró temeroso de la reprimenda a su casa, pero para su sorpresa el jefe no le reprochó nada. Tras preguntarle por su padre y hacerle saber que estaba enterado de su aventura en el convento, le dijo: "Juan, ya usted es todo un hombre. Los tiempos están difíciles y el partido conservador necesita que hombres de su confianza se preparen en el ejército. Para calmar la ira de la madre superiora y a la vez asegurar un servicio a la patria, he pensado que es bueno que usted se vaya a pagar el servicio. Preséntese aquí el lunes preparado para marcharse". Juan respiró aliviado cuando salió de allí. Y regresó el día señalado. Había decidido que lo más conveniente era marcharse a otro lugar, al que fuera, con tal de calmar ese dolor que amenazaba con destruirlo. Y se hizo un juramento: nunca más volvería a enamorarse de una mujer para no soportar de nuevo un martirio como el que vivía. Partió para el cuartel. Más pensando en arrancar de su alma el recuerdo de María de los Angeles, que en complacer a don Pedro. No entendía qué significaba la patria.

Montañas del Nordeste, junio de 1997



## RELATO DEL AMOR FURTIVO

En realidad a Mario le hubiera gustado muchísimo más, que en lugar de irse a la cama con Deisy, hubiera podido hacer el amor con Patricia. Es que si bien Deisy era bonita, para su gusto mujer, lo que se dice mujer, Patricia. El cuerpo de Deisy era delgado, hasta el punto de hacerla parecer flaca, su piel era morena y en cuanto a su edad, le había dicho que tenía diecinueve. Precisamente porque era soltera y no tenía ningún compromiso serio, Mario tuvo la seguridad de que con ella no le sería negado el permiso para pasar la noche juntos. Patricia en cambio debía estar por los veintiocho, y aunque Mario nunca le había visto el rostro, pues era completamente disciplinada en cuanto al hecho de no quitarse la capucha que por medida de seguridad se orientó llevar a todos los asistentes al curso, los orificios por los que asomaban sus ojos, parte de sus cejas, un trocito de su nariz y casi toda su boca y su sonrisa, eran suficientemente reveladores acerca de su belleza. Eso sin contar con su elegante estatura y su perturbadora generosidad de formas, condiciones a las que sumaba una serena madurez de carácter, probablemente derivada de su experiencia temprana como mujer casada y madre.

Estas cosas solían ser muy complicadas siempre, y se prestaban para que quien no supiera moverse dentro de ellas con suficiente cuidado, se viera metido después en problemas de consideración. Así, la organización, el movimiento, en desarrollo de su trabajo político, iba construyendo células, radios, zonas y demás estructuras de partido clandestino tanto en las áreas rurales como en las urbanas. Se trataba de una red de personas a quienes se iba ganando su conciencia para la causa y preparando para desempeñar distintas actividades dentro del proyecto insurreccional hacia la toma del poder, un proceso lento de formación de cuadros revolucionarios, provenientes en su mayoría, aunque no exclusivamente, de los sectores más pobres de la sociedad. De acuerdo con los planes era preciso recoger el personal que se iba organizando, para suministrarle de manera más o menos formal, educación y capacitación tanto ideológica como política. Para ese efecto se los citaba en un campamento preparado anticipadamente con ese fin, en una de las zonas selváticas que se encontraban no muy lejos del Puerto, del otro lado del Río Grande, y al

cual se trasladaban los cursantes generalmente por vía acuática, en viajes en motor canoa que podían durar entre tres y cuatro horas según la distancia.

Aunque no hubiera una orientación especial dirigida en ese sentido, siempre resultaba más alto el porcentaje de gente joven que lograba hacerse interesar por estos asuntos y que al final se sumaba al partido clandestino. De igual manera, eran más los varones que las mujeres organizadas, pese a lo cual había bastantes muchachas integradas a las células e incluso llegaba a haber una que otra célula conformada de manera exclusiva por mujeres. En consecuencia resultaba normal que en todos los cursos, así fuera siempre en minoría, hubiera la presencia femenina. Y con ella siempre existirá el riesgo de originar desbordamientos incontenibles de la débil naturaleza humana, sean cuales sean los criterios éticos o espirituales que se promuevan y practiquen. Cosa mucho más fácil si las muchachas provenían del Puerto. Es que éstas, como regla general, solían ser bastantes dueñas de sí mismas, no digamos libertinas, no, es tan fácil ir de un extremo al otro con los juicios en estas cuestiones, pero sí lo suficientemente independientes y seguras como para ser capaces de obedecer los obligantes mandatos de su corazón, sin ir a perder jamás la cabeza.

Había gente vieja, de esa largamente conocedora de costumbres, que afirmaba con propiedad que los porteños habían heredado de los tiempos de la Tropical Oil Company, la informalidad y la ausencia de complicación características de los gringos. Eran gente que como se dice, no le ponía color a nada. Era posible escuchar a un porteño contar divertido en una tarde de tragos a sus compañeros de parranda, con naturalidad total y sin asomo alguno de pudor, historias sobre la conducta de su mujer con otros hombres antes de que se juntara a vivir con él, cosa que cualquier hombre de otros lugares no solamente preferiría ignorar, sino que procuraría mantener absolutamente oculta en caso de conocerla. Y no es que se tratase de gente canalla o irresponsable, simplemente era gente con una mentalidad más amplia, que no tenía una óptica negativa al analizar las peripecias de la vida ajena, que no solía andar con misterios ni patrocinando escándalos. En eso obviamente, estaban incluidas las mujeres.

Llegar entonces como instructor a un grupo de estos, con el natural deslumbramiento que produce para la gente de la ciudad conocer directamente la vida guerrillera, recubierto de esa aureola de guerrero de uniforme camuflado, botas altas, arneses, pistola y fusil, a la cual se sumaba una suficiente capacidad de convencimiento acompañada de cierta intrigante seriedad, tenía que producir en el ánimo de alguna al menos de las cursantes, un inquietante afán por adquirir para ella, así fuera tan sólo fugazmente, a ese sorprendente objeto de su alborotada atracción. Y ahí precisamente residía la fuente del problema. Las direcciones, los mandos, consideraban como antecedente poco recomendable el hecho de que un instructor se pusiera a tener amores con sus alumnas. A su juicio no se podía permitir que hiciera carrera la idea en el Puerto y aun en el campo, de que con el pretexto de dictarles cursos políticos se traían de afuera compañeras, muchas de ellas casadas o comprometidas, con el secreto propósito de pasársela muy bien con ellas. La mente de la gente es tan rápida y maliciosa. Lo que estaba de por medio era el prestigio del movimiento armado revolucionario y éste no podía ser puesto en la balanza por las aventuras amorosas de alguno de sus cuadros.

Vistas de ese modo las cosas, llevar por buenos cauces los sorprendivos incidentes de un romance, requería de parte del instructor obrar con suma prudencia. A Mario lo favorecieron varias cosas. En primer lugar el hecho de no tener compromisos de carácter afectivo con ninguna guerrillera, lo que despertaba cierta comprensión de sus superiores hacia él y evitaba de entrada cualquier lío interno. En segundo término, sus superiores también sabían que él no había hecho absolutamente nada con el deliberado propósito de conquistar una de sus alumnas. Se había limitado a enseñar de manera concienzuda las materias preparadas para el curso de ocho días. Sus casi cuarenta alumnos estaban ubicados en un área especial del campamento, sin contacto permitido con las unidades guerrilleras. Y el aula también estaba localizada en ese sector. Mario llegaba puntual a las siete y se retiraba de la misma forma a su sector al mediodía. Regresaba a su trabajo tras la pausa subsiguiente al almuerzo y terminaba a las tres de la tarde. Prácticamente sus relaciones con los cursantes estaban limitadas a las horas de clase y si acaso en los recesos a alguna conversación informal, la cual por lo regular se llevaba a cabo con grupos de alumnos interesados en preguntar una y otra cosa. Intentar un diálogo individual con

alguna muchacha era algo más bien difícil, además de bochornoso si se realizaba con la intención de enamorar, por cuanto no podría pasar desapercibido.

Pero lo definitivo fue que Mario supo conducir su nave por el lado que soplaban vientos favorables. Desde la primera vez que su mirada se cruzó con la de Patricia, supo adivinar el significado de su brillo particular. Su instinto quedaría confirmado luego, cuando sintió la densidad adoptada por el aire que respiraban, durante la única y rápida ocasión en que intercambiaron unas breves palabras. Hay que ver lo que significaría para cualquier hombre, descubrir que se había convertido en objeto de atracción para un ejemplar femenino de tan despampanantes condiciones. Sin embargo Mario sacó a relucir su máximo grado de autocontrol. En realidad sentía el deseo de caer rendido a los pies de Patricia, sucediera lo que sucediera. Pero sabía que ella era casada, y no sólo eso, sino que su compañero era el encargado de uno de los radios de Partido más importantes del Puerto. No estaba en el curso, pero sí estaban allí los integrantes de todas las células que dependían de él. Un rumor, un comentario, un escándalo que comprometiera al instructor del curso con la mujer de uno de los responsables del Partido, podría afectar seriamente el trabajo pacientemente construido por otros. Y obviamente costarle a él una sanción considerable.

En su favor se apareció finalmente Deisy. Faltaba día y medio para culminar el curso cuando se quedó rezagada de los demás al final de una clase, concentrada aparentemente en algo que escribía en su cuaderno. Una vez que Mario terminó de recoger de la mesa las ayudas en las que había apoyado su exposición, levantó la cabeza y se encontró con la mirada y la sonrisa de ella invitándolo a conversar. Entre ellos se trabó un diálogo breve que Mario asumió sin ninguna intención específica. Ella se refería a las poesías y relataba cómo siempre había intentado escribir alguna sin mucho éxito. Después le pidió su opinión sobre una que trataba de terminar. El interés de Mario cambió en cuanto leyó unas líneas no muy bellamente entrelazadas que se referían a un amor imposible, que agonizaba silencioso a la espera de un gesto de aceptación, y que crecía más cada mañana a pesar del peligro de perecer por obra de un tiempo que se agotaba con cada minuto de suspiros. Sin ocultar por completo su evidente nerviosismo, Deisy trató de mostrar seguridad cuando pasó la página de su cuaderno y le mostró unas cuantas palabras. *Este*

*curso termina y no quiero irme sin decirle a mi profesor que le agradezco mucho sus enseñanzas. Voy a rezar mucho para que Dios y la Virgen lo guarden. Cuando escuche la canción de los Diablitos "Si no me falla el corazón", acuérdense de mí, por favor.*

No transcurrieron cinco minutos porque Mario hizo todo lo posible para poner fin rápidamente a aquella charla. Lo definitivo fue que ella le hubiera explicado la letra de la canción que le dedicaba y que él no conocía. *Esa que dice, Inténtalo y no te vas a arrepentir jamás, mira que yo llevo mucho tiempo amándote.* La cita íntima quedó concertada para la noche siguiente, precisamente la previa a la partida de ella. Él pediría el permiso para evitarse líos. Seguramente que iban a exigir que nadie se diera cuenta del asunto. Entonces ella se debería acostar en su cama normalmente, pero levantarse una hora después y acudir a su encuentro. Él iba a tener un sitio listo para que pasaran la noche juntos. Se pusieron de acuerdo en todo y para su fortuna las cosas salieron como lo calcularon. Mario podía considerarse afortunado. Pese a ello, en el momento en que se metía bajo el toldillo con Deisy dejando afuera una vela encendida a fin de iluminar medianamente la escena, todavía había espacio en su mente para nostálgicos pensamientos por Patricia. Sin embargo, la cálida sensación de los labios húmedos y suaves que comenzaron a besarle los suyos, le hicieron desvanecer contra su voluntad aquella imagen, trocándola por una percepción real de goce que por nada en el mundo estaba en condición de despreciar.

Hay cosas de las cuales hablar pese a ser absolutamente ciertas, pueden exponer a quien lo hace, sobre todo en ambientes cargados de machismo, a ser blanco de burlas o de calificativos que denotan desprecio. Así es nuestra naturaleza latina. Una de ellas es lo que puede suceder en la intimidad entre un hombre y una mujer cuando se van a la cama prácticamente sin conocerse. La verdad es que no siempre el resultado va a ser la obtención de una grata e inolvidable experiencia. Hay casos en los cuales la mujer, el hombre o los dos a la vez, salen del encuentro íntimo con el deseo de huir uno del otro y la intención de no volverse a ver nunca. Puede ser que la falta de confianza y la ausencia de sentimientos de afecto lleguen a tener más peso, una vez quedan a solas, que toda la fuerza del deseo contenido por mucho tiempo. No puede descartarse que en ocasiones resulte arrolladora la identidad generada entre dos personas que apenas se conocen, pero

lo normal entre un hombre y una mujer concretos es que la obtención de la satisfacción total sea el resultado de un progresivo aprendizaje mutuo. Es el repetido encuentro de sus cuerpos desnudos y el conocimiento mutuo que surge y crece como consecuencia de la frecuente relación, lo que hace seguro el camino hacia la comprensión ideal de una pareja.

Digamos, sin enredarnos más en ese tipo de lucubraciones que pueden llevarnos a verdaderas sin salidas por las innumerables consideraciones que envuelven, que Deisy y Mario lograron salir medianamente bien librados de las siete horas que pasaron sin ropas intentando complacerse y hablando de diversidad de temas. Tal vez durmieron apenas un par de par de horas, si se tiene en cuenta el tiempo que emplearon en amarse y conversar. De lo que menos hablaron fue de la vida guerrillera interna y eso seguramente porque ella no preguntó ni una sola cosa al respecto. En ello debió pesar que Mario llevaba siete días hablándole a todo el grupo sobre la historia, los principios y las reglas de la lucha armada, además de sus perspectivas y tareas, siempre sazonando sus argumentos con referencias sobre las experiencias que en todos los campos tenían tanto los combatientes como el movimiento. Esto debía tener en gran parte satisfecha la curiosidad de la muchacha. Y resultó altamente tranquilizador para Mario, pues como no podía evitarse en casos así, en su interior todavía libraba la batalla con la sospecha de que Deisy fuera una agente enemiga. Se le había metido tan de frente que podía tratarse de un plan preconcebido. Tantos casos se habían visto. En un comienzo la muchacha se había mostrado reticente a la presencia de la vela que los iluminaba desde afuera del toldillo. Sin embargo, como pudo Mario constatar luego, la verdad era que esa visibilidad naranja le gustaba. Ella se sentía orgullosa de las formas de su cuerpo y le agradó ser examinada desde todos los ángulos posibles. Le contó a Mario que recientemente había ganado un concurso de Miss Tanga, organizado en el barrio donde vivía y en el cual habían tomado parte otras sesenta participantes. Su cuerpo efectivamente resultó ser muy bello. La desnudez de una mujer siempre será un sorprendente misterio. Una vez desprendidas de su piel todas las prendas, pueden aparecer crueles decepciones en quien se ha llenado de expectativas con las promesas de un cuerpo espléndido que sobresale sobre las ropas. Y opuestamente también se revelan ante nuestros ojos, asombrosas esculturas naturales, en

donde las apariencias externas se negaban a estimular incluso nuestra curiosidad. Deisy era uno de estos últimos casos. Sus cuarenta y ocho kilos estaban distribuidos bajo su piel con una armonía y un detalle asombrosamente exactos. Era evidente que disfrutaba hablando de su triunfo en el concurso, de los aplausos y las exclamaciones provenientes de entre el público e incluso de las propuestas atrevidas que le hicieron algunos hombres después de ser elegida como ganadora. Uno de ellos, de edad madura, le había ofrecido trescientos mil pesos por irse con él hasta su oficina, con el único fin de desfilarle en traje de baño durante un buen rato, y la reiterada promesa de que no intentaría ponerle un dedo encima. Claro que ella no había aceptado, *no era de esas*, decía con convicción.

Deisy era madre soltera, tenía una niña de tres años. Pero le aseguró a Mario que su hija había nacido como producto de una violación. Para esa época, según su relato, ella tenía apenas quince años y mucha menos experiencia en la vida. Desde recién iniciado el noviazgo con el muchacho con el que salía, éste le había propuesto que tuvieran sexo, pero ella no estaba dispuesta a entregarse así no más, aunque se sentía atraída por él. Lo cierto fue que una noche él la llevó a una fiesta en la casa de una amiga y allí se aprovechó de ella después de haberla emborrachado y conducido en ese estado a la cama. Al día siguiente, entre risas, como si se tratara de una hazaña, le había hecho el recuento de cómo le había quitado su virginidad, con lo cual ella confirmó algo que creía haber notado desde que se despertó en aquella cama extraña. Aquello no le pareció gracioso de ninguna manera, por lo que lo despidió de su vida para siempre. Un tiempo después, cuando descubrió que estaba en embarazo, decidió contárselo a su mamá. Tanto ella como sus amigos le aconsejaron que no trajera al mundo esa criatura indeseada y se ofrecieron a ayudarla para que abortara. Sin embargo Deisy había decidido que ese pequeño ser no tenía la culpa de nada y que por tanto tenía derecho a vivir.

La niña la cuidaban por turnos entre ella y su mamá. Deisy ya no vivía en la casa materna puesto que se había independizado unos días después de pasar la dieta del parto. Para lograrlo había investigado con su madre quién era y qué diablos hacía su papá. No recordaba haberlo conocido y jamás había sentido que le hubiera hecho falta para nada. El hombre resultó ser un antiguo trabajador de la petrolera que como muchos de sus compañeros había adquirido una tranquila posición económica y mantenía

simultáneamente más de un hogar. En el Puerto la gente solía decir eso. Las luchas sindicales del pasado habían representado una considerable elevación en el nivel de vida de los trabajadores de la Empresa. Se decía que quienes habían logrado las conquistas laborales eran los trabajadores más antiguos, la gran mayoría de ellos pensionados ahora y muchos de los cuales ya habían muerto. Que esa gente sí había tenido conciencia de clase, compromiso ideológico y político con la lucha popular. Que eran ellos los que habían puesto los muertos y la sangre en viejas huelgas y paros, que los actuales trabajadores de la Empresa no se atreverían a llevar a cabo. Que los obreros de hoy, muchos de ellos hijos de aquellos por cláusula convencional, eran los titulares de los derechos heredados, sin que tuvieran una idea real de lo que había significado alcanzarlos. Que por eso eran menos concientes, ajenos al compromiso político, dados más bien a la buena vida. En su mayoría tenían varias mujeres e iban sembrando hijos aquí y allá, muchos de los cuales después ni les interesaban.

Deisy entendió que su padre era uno de estos últimos y se decidió a exigirle algo para ella. Por eso cuando se enfrentó a él y le dijo quién era, se mostró enérgica y decidida. El hombre cedió sin mucha dificultad. Incluso pareció conmovido. Deisy logró que él se comprometiera a pagarle el arrendamiento y los servicios de la casa o apartamento que ella buscara en uno de los barrios del sector popular del Puerto. Hasta ahora, durante algo más de dos años, su padre nunca le había fallado, pese a que poco se vieran y a que su relación no pasara de unas cortas palabras en las que no se revelaba un gran afecto. Quizás un sentimiento de culpa hubiera pesado en el ánimo del viejo para comprometerse a ayudarle. La verdad es que nunca antes había hecho nada ni por ella ni por su madre.

El hecho de haber conseguido independencia, no la había convertido en una muchacha desordenada o loca, que anduviera por ahí con uno u otro hombre en plan de vida alegre. Eso sí se esmeró Deisy en lograr que entendiera Mario. A veces ella compartía su vivienda con alguna amiga, que le colaboraba con una parte del pago de la renta, el cual ella obviamente utilizaba para sus propias necesidades. Y procuraba trabajar en una u otra cosa. Se había desempeñado como vendedora en algunos almacenes, en la atención de alguna cafetería, en una discoteca e incluso como secretaria de un abogado. Pero aseguraba que era una muchacha muy juiciosa, sin vicios ni malas amistades. Se retiraba



de un puesto en cuanto comenzaba a ser acosada por su patrón. Ella iba era a trabajar, *no a dar culo*, decía.

Por eso mismo una vez el abogado la había dejado abandonada en las afueras de la ciudad. Finalizada la tarde, la invitó a tomarse un par de cervezas en una heladería y le prometió que luego la llevaría hasta su casa. En ningún momento le había insinuado siquiera que tuviera otra intención. Pero cuando ella creía que iba a conducirla hacia su barrio, el hombre tomó una ruta distinta. Al preguntarle para dónde se dirigían, respondió cínicamente que para un Motel. Ante la radical negativa de ella a acompañarlo a un sitio de esos, el abogado se puso furioso, dio como diez vueltas en trompo a toda velocidad con su camioneta, y al detenerse le ordenó apearse del vehículo. Ella no había vuelto a ese trabajo. Su consigna era que ella se lo daría a quien ella quisiera y para ello tendría que gustarle mucho el tipo, y sólo cuando ella quisiera, no cuando tratara de imponérselo alguien. Nadie iba a arrancarle nada a la brava.

Sus afirmaciones le produjeron sincera curiosidad a Mario. Realmente se trataba de una muchacha muy particular. Según ella, después del novio que la embarazó no había vuelto a acostarse con ningún hombre. En un comienzo le había confesado a Mario que tenía un novio en el Puerto, cosa que a él le pareció normal. No obstante, ella insistió en asegurarle que entre ellos no existían relaciones sexuales. Desde luego que él sí quería y le había insistido mucho, pero ella había logrado que él aceptara esperar hasta cuando las cosas estuvieran mucho más maduras entre ellos. Tenían un acuerdo, sus relaciones íntimas comenzarían a partir de cuando vivieran juntos, cuando llegara el momento. Mario no quería creer eso, le parecía que iba demasiado lejos en su intención de mostrarse correcta. A su juicio carecía por completo de sentido que no estuviera dispuesta a hacer el amor con su novio, pero en cambio estuviera acostada con él, siendo él mucho menos importante para ella. La respuesta de Deisy era sencilla. Su novio tenía que ayudarle a lavar el pecado que había cometido con el primero, era su deber si realmente la quería. Por otro lado, lo que vivía con él, Mario, era distinto, era diferente, *¿es que acaso no puedes entenderlo?*

Mario consideró prudente dejar las cosas de ese tamaño, después de todo él era el menos interesado en despertar cualquier tipo de arrepentimiento en ella. Lo cierto era que estaba con él y eso era lo único que contaba ahora. Esa piel, esos besos, esa suavidad y ese calorcito tan gratos era lo único que importaban. Ella se iría de su lado antes del amanecer y su generosidad para con él sólo era merecedora de agradecimientos. Además, le resultaron interesantes la serie de sucesos que ella le fue contando a partir del tema del novio. El muchacho pertenecía de alguna forma que ella no podía precisar, a otra organización guerrillera de las que hacían presencia en el Puerto, cuyos integrantes eran denominados peyorativamente como los epilépticos. Mario recordó que en tiempos del presidente Gaviria, la porción mayoritaria de ella había negociado su rendición y entrega con el gobierno, en un momento en que su descomposición ideológica era ostensible. Para entonces una porción considerable de la misma se negó a aceptar la desmovilización y decidió continuar en la lucha. Sin embargo no habían logrado superar sus problemas internos, carecían de control y continuaban obrando desordenadamente, por lo que día a día se hundían más en el descrédito.

En los tiempos en que Mario había estado en el Puerto, unos tres años atrás, ya había gente que espontáneamente se ofrecía a colaborar de cualquier forma, incluso sirviendo como guías, para que su organización ajusticiara a los reductos de ese grupo. Ya para entonces su comportamiento era insoportable. Sin embargo el movimiento no había llegado a tomar en serio nunca ninguna de esas propuestas. Las consideraciones políticas tenían mucho peso todavía. Se creía que los restos de esa organización podrían con adecuado apoyo y solidaridad, retomar por la senda ideológica revolucionaria que los inspiró inicialmente. Mario sabía que la Dirección había procurado insistentemente celebrar reuniones con la Jefatura de esa organización, a fin de tratar conjuntamente los problemas y las crecientes contradicciones. Y que todavía ello era motivo de preocupación para sus Jefes. Pero los meses y los años transcurrían, la situación empeoraba y la soñada reunión no se cumplía, elevándose el riesgo de una confrontación violenta. Por eso no podía esperarse que a Mario le resultara alentadora la idea de que Deisy mantuviera amores con uno de los epilépticos.

En pos de tranquilizarlo, Deisy le expuso las razones por las que a su juicio no tenía motivo para preocuparse. En primer término, ella no estaba empapada de los orígenes de la organización a la que pertenecía su novio y menos tenía por qué estar al tanto de las contradicciones que ésta pudiera tener con la de Mario. *Una cosa son ustedes que están en esto y conocen todos los recovecos de estos asuntos, y otra cosa somos nosotros, los que vivimos allá, para quienes por decirlo de alguna manera, todos ustedes son lo mismo o muy parecidos al menos. Solamente cuando una persona se va comprometiendo con la lucha, va entendiendo muchas cosas que no resultan tan claras para quien está fuera.* Pero sobre todo, la relación con su novio venía tomando un giro muy negativo últimamente, hasta el punto de que era posible que a estas alturas ya no existiera. Un par de días antes de venirse ella a tomar este cursillo, él le había lanzado una especie de ultimátum. Ya andaba enterado de que ella tenía trato con gente de FARC. Y ya sabía que ella tenía la intención de recibir un curso político adentro. Así que la cosa fue más o menos esta, *o renuncias a asistir a ese curso o renuncias a mí.* Ella había decidido venir, *así que ya puedes imaginarte lo que pasará.*

Hablando con franqueza, ella venía pensando desde un tiempo atrás que ya no quería a su novio como al principio, mejor dicho, que ya no lo quería. En un comienzo había sido tan especial, pero luego había ido cambiando lentamente. En los últimos tiempos se había retirado bastante de ella y sólo de vez en cuando aparecía a buscarla en su motocicleta, para llevarla de rumba a alguna discoteca o taberna. Pero ya no salía solo con ella sino que iba acompañado siempre de varios de sus amigos, cada uno de los cuales llevaba también una muchacha. Además no había vuelto a quedarse a dormir en donde ella vivía. *Sí, porque a veces se quedaba allí, pero a dormir únicamente, ya te he explicado.* Lo cierto era que él no había intentado nunca introducirla el mundo de sus actividades. Viéndolo bien, parecía que ella solamente era para él alguien con quién entretenerse de vez en cuando y ya. Por eso habían discutido antes. Ahora era seguro que iba a apartarse de ella. Nunca le gustó que hubiera hecho amistad con los farianos.

La relación con estos comenzó por casualidad. En esa época, no hacía mucho, unos ocho meses apenas, vivía con ella una amiga llamada Nelsy. Esa muchacha sí que era loca, tenía amigos en todas partes y le fascinaba salir de rumba cada vez que tenía la ocasión. De

hecho las dos no se entendieron mucho y Nelsy terminó por mudarse. El caso fue que un día cualquiera, tal vez un viernes, Nelsy se apareció por la casa con tres muchachos. Era tarde y Deisy pensó que se trataba de algunos amigos de juerga que su imprevisible amiga había llevado a dormir allá, por lo que no se levantó. En la mañana siguiente pudo conocerlos. Lo primero que le llamó la atención fue que los muchachos hubieran pasado la noche tirados en el suelo, sobre las baldosas de la sala, y que sin embargo aseguraran haber dormido muy bien. Cualesquiera otros se hubieran quejado de la dureza de la cama y de no haber dormido. Además, al contrario de lo que ella pensó, no revelaban rastros de haber bebido la noche anterior. Uno de ellos parecía tener alrededor de treinta años, mientras los otros dos no pasaban de los veinticinco. Cuando Nelsy se los presentó, se mostraron agradables, pero no parecían dispuestos a charlar mucho. Se llamaban Nelson, Bastidas y Ramón.

Cuando su amiga le dijo en la cocina que los tres muchachos eran guerrilleros, Deisy se llenó de nerviosismo y de curiosidad. Tanto tiempo viviendo en el Puerto y nunca se había llegado a relacionar con la guerrilla. Sí, era cierto que su novio pertenecía a una organización de esas, pero él nunca la había mezclado a ella en sus cosas. Y de un momento a otro Nelsy llevaba a pasar la noche en su casa a tres, sin pedirle antes su consentimiento, como si se tratara de cualquier cosa intrascendente. Los muchachos estaban armados. Nelsy le dijo que no se preocupara por nada, que esos muchachos eran sumamente decentes y que ella les estaba haciendo un favor. Los muchachos habían tenido problemas con el Ejército y la Policía el día anterior, en otro de los barrios de la comuna oriental y necesitaban esconderse por un par de días en un lugar seguro, que no estuviera quemado, donde no existiera el riesgo de un allanamiento sorpresivo. Deisy casi se desmaya por la impresión recibida, imaginó que un tropel de policías y soldados derribaba la puerta de la casa y se trezaba a tiros con los muchachos. Nelsy hizo un gran esfuerzo por calmarla y explicarle que precisamente allí donde estaban ahora era el último lugar del mundo donde podría ocurrir algo así.

Pero fue la conversación con ellos lo que terminó por devolverle la tranquilidad. Eran tan sencillos y agradables que rápidamente ganaron su confianza. Le prometieron que no se asomaría una sola vez a la puerta de la calle. Tampoco harían nada que pudiera llamar

la atención de los vecinos. Iba a ser como si no hubiera nadie allí. Apenas demorarían el tiempo necesario para hacer algunos contactos que les permitieran salir del Puerto hacia adentro. En eso les iba a ayudar Nelsy. No sería más de dos días. Luego de que se asomaron al pequeño patio de la vivienda, y animados por Nelsy, le pidieron a Deisy que les permitiera cavar un hueco en la tierra a fin de esconder las armas. Las guardarían dentro de una caneca plástica que mandarían a comprar. Volverían a tapar todo de tal manera que no quedara huella del trabajo. Deisy les dijo que sí, sólo que habría que buscar una pala en el vecindario porque ella no tenía. Nelsy se comprometió a buscarla más tarde.

Deisy estaba sorprendida por la naturalidad de los guerrilleros, no parecían nada distinto a los demás muchachos que ella trataba. Incluso se atrevería a asegurar que tenían un sentido del humor mucho más acendrado. A todo momento se estaban jugando bromas y no se dejaban atender en nada, sino que ellos mismos hacían las cosas. Prepararon el desayuno para todos, lavaron las vajillas usadas, arreglaron la cocina y se turnaron para tomar cada uno una ducha en el baño. Nelsy salió a la tienda a comprar algunas cosas. Ellos habían querido hacerse cargo de la preparación del almuerzo pero las muchachas no aceptaron, serían ellas las que lo prepararían. A eso de las diez de la mañana, Deisy se sentía tan a gusto con la presencia de los tres muchachos, como si hubieran sido sus propios amigos desde hacía mucho tiempo. Por eso se atrevió a preguntarles sobre qué era lo que les había sucedido el día anterior. Su respuesta la dejó boquiabierta.

Desde hacía varias semanas, los guerrilleros estaban a la caza del cabecilla de un grupo de asesinos a sueldo que apodaban el Tabernero. Su banda solía actuar con plena libertad por el sector del comercio, el más patrullado por el Ejército y la Policía del Puerto. Repentinamente se presentaban en cualquier sitio y acribillaban a sus víctimas, por lo general gente acusada por ellos mismos de tener vínculos con las guerrillas urbanas. De un tiempo para acá habían comenzado a ser acusados también de varias muertes en el sector oriental de la ciudad, el que estaba prácticamente bajo control de los diferentes grupos sediciosos. Estos últimos crímenes se habían cometido tras grandes operaciones que a manera de rastrillo realizaban la Fiscalía y las fuerzas armadas. Ante la masiva presencia militar, los guerrilleros se veían obligados a replegarse y el campo en esos barrios quedaba abierto para el ingreso de los asesinos. En procura de evitar casos

semejantes, la decisión de la guerrilla había sido la de permanecer en el sector en comandos muy pequeños, móviles y con armas cortas, de manera tal que estuvieran en capacidad de evadir la presencia militar o policial, al mismo tiempo que vigilar y repeler cualquier asomo de la banda paramilitar del Tabernero. En eso andaban Nelson, Ramón y Bastidas cuando tuvieron el incidente.

Los tres deambulaban por entre las callejuelas del sector vestidos como cualquier vecino, portando bajo la pretina de sus pantalones una Mini Ingram y dos pistolas 9 milímetros. El caso fue que descuidaron por un momento las precauciones y cuando menos lo esperaban, se toparon de frente con un grupo de policías que los encañonaban con sus fusiles. Con voz severa les ordenaron levantar las manos y acercarse a ellos para una requisita. Uno de los policías le indicó a Nelson que se alzara lentamente la camisa. En ese preciso instante Ramón extrajo de debajo de la suya la Mini Ingram y les disparó una ráfaga. En forma automática, Nelson y Bastidas empuñaron también sus pistolas y las accionaron contra el sorprendido grupo. Dos policías se fueron a tierra alcanzados por los proyectiles de la Ingram. En una centésima de segundo todos los presentes entraron en movimiento, disparando imprecisamente sus armas mientras buscaban algún tipo de trinchera que les sirviera de protección. Quizás por ello no se presentaron más bajas. Inexplicablemente ninguno de los tres muchachos fue alcanzado por algún proyectil. En un abrir y cerrar de ojos corrían calle arriba, volviéndose atrás para disparar de manera rápida y cubrirse la fuga. De ese modo doblaron la esquina sin detener su carrera en procura de poner la mayor distancia posible con sus perseguidores. Otra cuadra más adelante, al tratar de tomar una calle lateral, vieron un grupo de soldados que corrían en su dirección, por lo que giraron en otro sentido no sin antes utilizar sus armas contra ellos. Su idea fue alcanzar el barrio siguiente que daba a un monte por el que podrían definitivamente huir. Pero con la persecución y el fuego tras ellos, la distancia se les antojaba infinita. Ya habían tenido que cambiar los proveedores de sus armas y temían quedarse sin parque.

La fatiga comenzaba a hacer mella en ellos cuando de una calle lateral apareció un taxi amarillo que frenó en seco y les pitó. El conductor y el ocupante que venía a su lado les hicieron gestos con la mano para que se acercaran. Nelson fue el primero en reconocer a

Daniel y en decírselo a los otros, lo que los decidió a correr hacia el vehículo. Daniel les abrió una de las puertas traseras por la que se colaron todos de un solo brinco. El taxista, Calixto, un viejo conocido, hundió el pie en el acelerador, giró ciento ochenta grados a toda prisa y emprendió la huida del lugar. Daniel tuvo tiempo para sacar por la ventana delantera parte de su cuerpo y hacer varios disparos hacia los perseguidores con un fusil que llevaba en sus piernas. El recorrido no podía ser largo debido a la operación que en ese momento se cumplía por varios barrios de la comuna. La probabilidad de toparse con vehículos enemigos, incluidos tanques de guerra, era muy alta como para arriesgarse. Por eso unas pocas cuadras más allá los tres volvieron al pavimento. Daniel les dijo que él iba a su refugio y les ordenó esconderse hasta que pudieran salir del Puerto.

Permanecieron encerrados en la casa de un apoyo en el mismo sector, hasta que se contactaron con Nelsy, quien les garantizó que en donde ella vivía no tendrían problemas. Nelsy y una de sus amigas exploraron en bicicleta la ruta que tomarían para llegar hasta allá. Era cerca. No había más que contar. Lo que definitivamente abrumaba a Deisy era que el relato hecho a tres voces y que a ella le parecía asombroso, como de película, no parecía impresionar mucho a los guerrilleros. Hablaban de los hechos como si se tratara de cualquier cosa, una cuestión de rutina que no merecía mayores comentarios. Eso no lo podía comprender. Una experiencia como la narrada por ellos, seguramente que a cualquier otra persona le marcaría su carácter y su comportamiento para siempre, le dejaría un trauma muy difícil de superar. Al menos ese era su parecer. Por eso les preguntó si estarían dispuestos a volver al Puerto luego de hallarse adentro, lejos de esas situaciones de peligro. La respuesta afirmativa de los tres volvió a sorprenderla. Ramón incluso le preguntó con curiosidad, ¿qué te hace pensar que adentro no existe el peligro?

Las armas que los muchachos dejaron escondidas bajo el piso del patio de su casa permanecieron allí durante casi tres semanas. Un día cualquiera se presentó Nelson en un taxi a buscarlas. Para entonces Deisy sentía verdadera angustia por conocer la suerte de los muchachos y la visita la emocionó sinceramente. Nelsy se limitaba a decirle que debían estar bien, pero a ella eso no le bastaba. Antes de que Nelson se fuera, le rogó encarecidamente que no se olvidaran de ella. *Uno de nosotros vendrá por aquí a verte de vez en cuando.* El que regresó a visitarla fue Ramón, quien aprovechaba sus horas allí

para hablarle de la lucha guerrillera y de la organización. Precisamente fue Ramón quien la puso un día en contacto con el encargado del trabajo del partido clandestino, y quien le había recomendado vincularse de esa manera con el movimiento. Según pudo entender ella, meterse directamente con ellos, con los guerrilleros urbanos, era mucho más comprometedor y riesgoso. Y Ramón le había tomado suficiente cariño como para exponerla de ese modo. Mario se preguntó si Deisy no sería también amante de Ramón en el Puerto.

Eran las cuatro y media de la mañana cuando se vistieron, se levantaron y se dirigieron hasta el área de los cursantes. Justo cuando se despedían con un largo beso, sonó el toque de levantada, lo cual los obligó a separarse de una vez antes que pudieran descubrirlos. Al distanciarse sentían un pequeño dolor en el corazón, como si les estuviera advirtiendo que no volverían a verse. A eso de las diez de la mañana, el oficial de servicio se acercó a Mario para comunicarle, en voz baja, que alguien preguntaba por él a la salida del campamento. Su primer pensamiento fue para Deisy y alcanzó a conmovirse con la idea de que se hubiera atrevido a plantear que le dieran permiso para despedirse de él. Con esa certeza se dirigió hacia la zona del puesto de guardia, en donde recibió la sorpresa de que en lugar de la esperada Deisy se hallaba una pareja, un hombre de unos treinta años y una mujer algo menor, los que al comienzo no pudo reconocer. Ambos lo recibieron sonrientes y le aseguraron que no habían querido partir sin despedirse de él y agradecerle por todo lo que les había enseñado.

Mario los observó intrigado por un par de segundos, hasta que se percató de que la mujer de exuberantes dotes que tenía ante sí era Patricia. Fue tan grande su impresión que el corazón le dio un brinco y pareció querer salirse por la boca. Los escasos rasgos que le había permitido ver la capucha usada por su alumna, le habían hecho imaginar un rostro muy distinto. Ahora, con este al descubierto, tuvo por un fugaz instante la impresión de que se trataba de otra persona. Pero no, era ella, no había duda, aquél cuerpo era su cuerpo y esa cara resultaba en realidad más bella de lo que la presentía. Con un asomo de nerviosa alegría la mujer le presentó a su acompañante como un hermano. Mario les encontró en verdad un parecido. El hombre le estrechó la mano y se despidió con una



sonrisa de amistad. Luego le dijo a su hermana que la esperaba más adelante, y emprendió una prudente retirada por el pequeño sendero que se perdía entre la selva.

Una vez solos se miraron a los ojos por unos segundos como si ninguno de los dos supiera qué decir. La primera en hablar fue Patricia, quien con tono dulce, le dijo que no había querido marcharse sin que él le conociera el rostro. Mario sintió remordimientos por lo vivido con Deisy, como si de pronto comprendiera cuánto había traicionado la limpieza de la mirada que lo bañaba ahora. Pero se repuso de inmediato y le preguntó si creía que volverían a tener la oportunidad de verse. Ella sacó de su bolsillo un pedacito de papel doblado varias veces y se lo entregó en las manos. *Es mi dirección y mi teléfono. Para que cuando vaya al Puerto, no deje de visitarme o buscarme. Tendrá que preguntar por Adriana que es mi verdadero nombre.* Mario se sintió infeliz de nuevo, sabía que esa probabilidad era muy remota. Quizás ella leyó la tristeza en sus ojos, porque los suyos también se le recubrieron con una sombra de pesar. *Tengo que irme, espero que se cuide mucho. Voy a estar rezando por usted.* De improviso caminó el paso que lo separaba de él y estirando su cuello hizo el ademán de despedirse con un beso. Mario le acercó el rostro preguntándose en qué lugar permitiría ella que la besara. Hubiera sido feliz con un simple beso en la mejilla. Pero ella juntó los labios con los suyos y él pudo descubrir su aliento, su humedad, su calor. Esa mujer era toda fuego, ahora entendía por qué su capacidad de derretirlo con una simple mirada. Cuando se apartaron, Patricia tenía en los ojos un brillo desconcertante. Visiblemente conmovida, trató de decir algo que al final no salió de su boca. Entonces retrocedió, le dio la espalda y emprendió un ligero trote por el camino. Mario se quedó allí de pie unos cuantos minutos, observando fijamente el follaje por el que vio desaparecer aquella deslumbrante silueta. Su imagen estaba grabada en su mente y tuvo miedo de verla desvanecer si se volvía. Cabizbajo se dio al fin media vuelta y emprendió el regreso a sus actividades. Tenía mucha sed, su garganta estaba reseca y tuvo el deseo de beber agua, mucha, mucha agua.♦

Montañas del Duda, junio de 2002.

## EL CAMBIO DE LOS TIEMPOS

Unos minutos después de levantarse de la cama, doña Carmen apiló unos cuantos leños en la hornilla, les regó un poco de petróleo por encima y les encendió fuego. La llamarada que se alzó repentina por entre el hueco del fogón, inundó con un resplandor anaranjado toda la cocina del rancho y sirvió para asestar el golpe final a las sombras de la noche, que luchaban vanamente con las primeras luces de la madrugada. La mujer, bastante entrada ya en la vejez, no se sentía del todo bien. La mortificaban una pesadez en la cabeza y cierto grado de torpeza no habituales en ella. La culpa debía ser de la bulla de la noche anterior. Desde hacía un tiempo, la comunidad había acordado que los negocios donde se expendía licor, cerraran entre semana a las ocho de la noche y los sábados y domingos a las diez. Sin embargo, la noche anterior, la gallera había estado abierta hasta casi las dos de la mañana, y el ruido de la música, los gritos de los apostadores y el alboroto de los borrachos, seguramente no habían permitido a nadie en el caserío, pasar la noche tranquila y sin sobresaltos. Al menos ella no había podido conciliar el sueño en forma continua, y así había pasado también con Arcesio, su anciano marido, que estuvo dando vueltas para uno y otro lado de la cama y sólo consiguió dormirse cuando se apagó todo aquel escándalo. Hasta que el canto de los gallos y la precoz claridad del cuarto los hicieron despertar, el par de viejos habían permanecido en un sueño profundo, que no obstante, no había sido suficiente para sentirse bien cuando se levantaron.

*Si al menos hubiera llovido, el ruido del aguacero hubiera opacado la bulla y habríamos dormido mejor;* dijo en voz alta doña Carmen, mientras lavaba las ollas y la loza empleadas en la comida de la noche anterior, esperando que Arcesio respondiera algo a su comentario. Pero Arcesio no la había escuchado pues había salido a orinar al patio. Desde allí, mientras vaciaba su vejiga, extendió una mirada sobre la cerca de guaduas que encerraba su vivienda, la cual no tenía más de metro y medio de altura, y recorrió con la vista de manera desprevenida, lo que podía apreciarse, desde allí, de la calle central y las otras casas del vecindario. Su atención fue atraída por cierto movimiento de gente en los alrededores del quiosco. No eran muchos, pero no era normal que a esa hora, escasamente

serían las 5 y 30, hubiera congregada gente allí. Además le pareció descubrir que tras entrar al quiosco, volvían a salir uno detrás del otro y que se dedicaban a comentar sobre algo que habían visto adentro. Aquello le sugirió que podía tratarse de un muerto y así se lo dijo a su mujer, cuando regresó a la cocina con la esperanza de que ya estuviera listo el café para tomarse una taza caliente. Doña Carmen pensó en varias posibilidades al instante. Tal vez una gresca entre borrachos habría dejado su macabra huella, hubiera sido lo más normal. Por eso se habían limitado los horarios. Pero la prolongación de las ventas en la gallera había sido autorizada por la directiva de la Junta de Acción Comunal, por petición expresa y disimulada de los camaradas. Desde que los paramilitares hicieron presencia en el casco urbano del municipio, se había dado el caso, en dos ocasiones, que llegaron algunos de ellos a jugar gallos en esa vereda. Era demasiado el descaro. La guerrilla había querido cazarlos. Por eso la gallera hasta tarde. Era probable entonces que si se trataba de uno o más muertos, fueran de esa gente que estaba entrando del pueblo a las riñas. Aunque era raro. Los guerrilleros seguramente se los habrían llevado de allí, no los hubieran matado y dejado sus cuerpos abandonados, no le harían ese daño a la vereda. Para salir de las dudas, doña Carmen le dijo a Arcesio que se tomara la taza de café y saliera a averiguar de qué se trataba. Recién ella había sido nombrada presidenta de la Junta y eso la obligaba a intervenir. Mientras regresaba de la calle su marido, estuvo reprochándose por haber aceptado el cargo. Pudiera ser que no fuera asunto de muertos, le tocaría hacer levantamiento de cadáveres y ella no tenía la menor experiencia en ello.

Pero la noticia que le trajo Arcesio desbarató sus expectativas. Efectivamente, en el quiosco había un muerto, lo habían matado de un tiro en la cabeza. La muerte debía haber ocurrido después que cerraron la gallera, pues hasta esa hora nada había sucedido, según varios testigos. Lo peor era que el cadáver no era de ningún extraño, se trataba de un campesino de allí mismo, un muchacho de apenas diecinueve años, uno de los Velandia, que vivían a dos kilómetros del caserío. Doña Carmen quedó perpleja. Ni siquiera cabía la sospecha de que el muchacho fuera un paramilitar, así que no podía pensarse que el homicidio lo hubiera cometido la guerrilla. Pero ella sabía bien que los guerrilleros iban a estar pendientes del caserío la noche anterior, así no hicieran presencia en él. Entendía que si los paramilitares se presentaban en cualquier momento

en la gallera, alguien, de manera subrepticia, se deslizaría de ella y les llevaría el aviso. Sólo en ese caso ingresarían al caserío. Si no habían sido los guerrilleros los que mataron a Norberto, que así se llamaba la víctima, ¿quién había sido entonces? Si los paramilitares hubieran entrado, *la guerra* los habría capturado antes de cualquier hecho, no habrían podido matar a alguien y salir indemnes. Todas esas reflexiones hicieron que doña Carmen preguntara a Arcesio, *¿pero hubo más muertos? ¿Supiste lo que pasó anoche mientras dormíamos?* Arcesio la miró por unos momentos, como si pensara de qué manera iba a contarle lo que había oído. Luego se le acercó y bajando el volumen de la voz, como cuidándose de que nadie más fuera a escuchar sus palabras, le respondió, *aparentemente ninguno sabe qué pasó, pero Darwin, el comandante de la milicia, me lo contó. Lo mató un guerrillero. Fue cosa de tragos, los dos estaban borrachos.* Doña Carmen, todavía más sorprendida, exclamó, *¡no puede ser! ¡Ellos no iban a entrar al caserío!* Arcesio le explicó entonces, *anoche llegaron al caserío dos muchachos después de cumplir una misión. Estaban vestidos de civil. En lugar de coger para el campamento, se sentaron a beber. Ya borrachos, cuando cerraron la gallera, ocurrió lo que ocurrió.* Doña Carmen preguntó, *¿y qué fue de ellos?* Arcesio le contestó, *hubo quién le avisara a los otros. Vinieron por ellos y se los llevaron detenidos. El que lo mató iba llorando.* El rostro de doña Carmen se llenó de alarma cuando inquirió, *¿no habrá sido nuestro hijo, verdad?* La pregunta salió disparada de los labios de la anciana, mientras sus ojos se abrían con gesto interrogador y la sangre huía de sus mejillas dejándolas pálidas y tensas. Los ojos de Arcesio se inundaron de lágrimas, al tiempo que movía su cabeza negativamente, y atraía con sus brazos a la vieja contra su pecho. Con dificultad le dijo, *no, no fue nuestro hijo, gracias a Dios no fue él. Pero es como si lo hubiera sido... un muchacho igual que él, igual que el que murió... ¡Tener que vivir para ver estas cosas!*

Doña Carmen se valió de Eustorgio, un campesino que vivía de asiento en el caserío, para que la ayudara en el asunto del levantamiento del cuerpo. Él había sido alguna vez inspector de policía y tenía alguna experiencia en esos casos. Por primera vez en sus sesenta y un años, la anciana escribió de su puño y letra un acta, en la que fue dejando constancia de las características del finado y las circunstancias en que había sido encontrado. Se sintió extraña firmando un documento que hablaba entre otros términos

legales, de defunción aparentemente causada por una herida propinada por el impacto de un arma de fuego, con orificio de entrada a la altura de la sien izquierda y orificio de salida en la parte superior central del cráneo, así como de laceraciones varias en el abdomen de la víctima, que aparentemente indicaban que fue arrastrada por el piso en posición decúbito prono. Si bien todo aquello no dejaba de producirle cierto nivel de espanto, de alguna manera también le producía una pequeña satisfacción, por cuanto sentía que al estar haciendo algo que nunca había imaginado, estaba aprendiendo cosas, estaba ingresando a una esfera más amplia de la que había significado siempre su mundo. Lentamente descubría que mientras ella actuaba y asumía con eficiencia las tareas de autoridad, los demás campesinos, conocidos todos de mucho tiempo atrás, la observaban con un grado superior de respeto. Todos habían coincidido en que fuera ella la que debía encabezar la comisión que visitara la casa de los padres del finado, con el fin de llevar la mala nueva. Y ella estuvo pensando solitaria en qué les iba a decir, o mejor, cómo se los iba a decir, así como en la actitud de solidaridad que debía asumir frente al inevitable estallido de dolor que se iba a presentar. De esa parte del drama se vio liberada cuando se aprestaba ya para partir. Uno de los Velandia, hermano del muerto, llegó al caserío en busca de algo y alguien lo informó del caso. El muchacho vino caminando con timidez hasta el lugar en donde estaba tendido el cadáver de su hermano, y al constatar la veracidad de lo que le habían dicho, lanzó un quejido de horror y se echó a llorar a gritos. Antes de que alguien pudiera intervenir, salió corriendo en dirección al fundo de sus padres, lanzando tan fuertes y dolorosos gemidos que le helaron la sangre a todos los presentes. Doña Carmen estuvo a punto de llorar, pero se contuvo al recordar la responsabilidad que tenía. En cambio no pudo contener las lágrimas cuando llegó la madre de la víctima. Su llanto desgarrado, sus palabras de pesar, la manera como acariciaba y le hablaba al cadáver de su hijo, las preguntas adoloridas que con voz consentida le dirigía, la desesperación que demostraba ante tamaña desgracia, eran capaces de romperle el corazón y desgarrarle al alma al más duro de los mortales. Doña Carmen se abrazó a ella rendida por su tragedia y la acompañó a llorar su amargura. Un largo rato después se puso de pie y arregló con el padre del muchacho lo del traslado del cuerpo al pueblo. No había más automóviles que el de la línea, así que hablaron con su

dueño. Este no les cobró suma alguna por el transporte. Llevaría el cadáver acostado a lo largo del piso de la camioneta y los pasajeros irían sentados como siempre.

Por ser la presidenta de la Junta y la persona que había llevado a cabo el levantamiento del cuerpo, doña Carmen tenía que presentar el cadáver ante la autoridad del municipio en el casco urbano y dar parte de lo ocurrido. Todo eso se lo explicó Eustorgio. Sin ella para que hablara y saliera al paso ante cualquier dificultad, los familiares del muerto no iban a poder desenvolverse. De camino por la trocha que de la vereda conducía a la carretera central, sentada en el interior de la camioneta, a un lado del padre del muchacho, un hombre cincuentón que tenía los ojos intensamente rojos y una mueca de intenso dolor en el rostro, la anciana echó de menos los tiempos del despeje. En esos tres años las cosas podían hacerse más fácilmente, sin los riesgos que ahora entrañaba todo. No había policía, ni soldados, ni juez en el pueblo, pero se respiraba más tranquilidad. Un caso así, como el que la llevaba a ella, hubiera sido una cosa sencilla. Ahora no sabía qué podría pasar. Retenes, papeleos, declaraciones, citaciones. Temía que el acta del levantamiento no estuviera bien hecha y que le pusieran problemas. Por fin la camioneta tomó la vía principal, algo más ancha que la trocha, pero igual de destapada y llena de huecos. Al llegar al puente sobre el río, el automóvil tuvo que aminorar la marcha ante la señal de pare que le hicieron varios hombres apostados a su entrada. Vestían ropas de civil pero estaban armados. *Son los paras*, dijo Blas, el conductor, en tono de preocupación. Esas palabras y el grupo de hombres que esperaban en el puente, llenaron de pánico a todos los ocupantes del vehículo. Este se detuvo y Blas apagó el motor. Uno de los individuos que portaba un fusil en sus manos, se le acercó por la ventanilla, miró de reojo a los pasajeros y les preguntó de donde venían. Blas procuró responder con tono despreocupado, *de la vereda Los Brasiles, es la línea que lleva diariamente al municipio*. El del fusil se dirigió entonces a los pasajeros, *bueno, se me van bajando todos con la cédula de ciudadanía en mano. Esto es un retén de las Autodefensas Unidas de Colombia*. Hasta el rostro demacrado y triste del padre del muchacho muerto, dejó reflejar la terrible impresión de miedo que se apoderó de los hombres y mujeres que viajaban hacia el pueblo. Doña Carmen creyó llegado el final de su vida y una sensación de vacío en el estómago y resequedad en la boca, pareció confirmárselo. Todos se miraron al rostro pero

ninguno se movió. Otro de los paramilitares que se acercó a la camioneta con una escopeta de doble cañón, gritó entonces en forma amenazante, *¿no oyeron que se bajen? ¿O va a tocar bajarlos a la fuerza?* No tuvo que repetir las preguntas. Rápidamente se apearon todos. Los hombres les indicaron que caminaran hacia el puente. Como una masa compacta, todos los viajeros se pararon sobre la plataforma pavimentada. Desde allí, a unos treinta metros abajo, se divisaban las aguas del río correr espumosas entre las rocas, y más de uno se imaginó que caía a sus aguas arrojado por aquellos asesinos. El auto, con el difunto extendido sobre el platón y cubierto con una sábana blanca, quedó solitario unos cuantos pasos atrás. Uno de los hombres recogió todas las cédulas y se las pasó a otro que las examinó una por una, comparando los nombres con una lista que debían tener en un cuaderno que consultaba. Preguntó cuántos pasajeros eran. Otro paramilitar le respondió que trece, contando al conductor y su ayudante. Entonces el hombre de las cédulas interrogó enfurecido quiénes no le habían entregado sus documentos, pues apenas contaba once en sus manos. Llenos de pavor, un muchacho y un hombre mayor extrajeron los suyos y se dirigieron hacia él para entregárselos. Con una sonrisa de satisfacción, el hombre les arrebató de las manos las cédulas, acompañando el gesto con sendos insultos. También comparó sus nombres con la lista. Luego fue llamando uno por uno a los pasajeros por sus apellidos y nombres completos, y les devolvió su documento a cada uno. Después comenzó a decirles, *las autodefensas estamos aquí y vamos a quedarnos. Poco a poco iremos llegando a todas las veredas. Hoy se van a poder ir tranquilos y a ninguno va a pasarle nada. Pero oigan bien los guerrilleros, los milicianos, los clandestinos y los compañeros, llegamos para limpiar esto de todos ustedes, así que el que lo sea, es mejor que se vaya yendo para La Julia o para Uribe. Cuando copemos todo esto, vamos a llegar allá, y vamos a matarlos a todos juntitos. ¿Alguna pregunta?* Nadie se atrevió a pronunciar una palabra. Entonces el hombre insistió, *me gusta que pregunten porque así todo esto deja de ser un monólogo y se convierte en un diálogo. Vamos, pregunten con confianza.* No se escuchó sonido distinto al de la corriente del río bajo el puente. Desencantado, el hombre indicó que ya podían irse. Cuando se acomodaron de nuevo todos en la camioneta, Blas encendió el motor e inició lentamente la marcha hacia el puente. Los paramilitares se hicieron a un lado para que el vehículo pasara adelante. Sólo cuando los hombres quedaron atrás y el automóvil salió del puente a la carretera, el

alma regresó al cuerpo de sus ocupantes. Doña Carmen fue la primera que habló, *creí que iban a complicarnos la vida por el finado que llevamos, pero parece que ni se dieron cuenta de él. Tal vez nos favoreció el ánima bendita de mi hijo*, le respondió el padre del muchacho. En voz alta Blas exclamó, *¡qué va! ¡Lo que pasa es que esa gente no se interesa por los muertos, sólo se fijan en los vivos que puedan matar!*

La camioneta no habría avanzado más allá de dos kilómetros cuando fue obligada a detenerse otra vez. En esta ocasión por un retén del Ejército. Los soldados lucían uniformes de campaña y parecían tener la mayor parte de su cuerpo cubierto de armas, granadas, cananas y otros pertrechos de guerra. Por cada uno de los lados del vehículo, armaron un par de uniformados que examinaron su interior con detenimiento. Uno de ellos ordenó a sus ocupantes descender a tierra. Los hombres fueron sometidos uno a uno a requisa, tras lo cual se vivió una escena semejante a la del retén paramilitar con las cédulas de todos. El que parecía comandar el grupo, preguntó después quién era el muerto que llevaban y cómo habían sucedido los hechos. Entonces doña Carmen tomó la palabra, *es un muchacho de Los Brasiles, Norberto Velandia, llamaba. Amaneció muerto hoy en el quiosco del caserío. No sabemos qué pasó, ni quién lo mató. El señor que ve aquí es el padre del finado*. El militar observó unos instantes al hombre. Se veía viejo, cansado, triste. Prefirió volver a preguntar a la mujer, *¿le hicieron levantamiento?* Doña Carmen respondió afirmativamente y agregó, *le pegaron un balazo en la cabeza*. El comentario del militar fue diciente, *pero no fuimos nosotros... No hay gente nuestra por esa vereda*. Enseguida preguntó, *¿el disparo fue con arma corta o arma larga?* La anciana le dijo que no sabía. El soldado se dirigió a la parte trasera de la camioneta y levantó la sábana que cubría el cadáver de Norberto. Desde allí murmuró, *fue con pistola... debieron ser los guerrillos*. Luego regresó hasta el grupo y le dijo a doña Carmen, *tienen que llevarlo a la Inspección de Policía. Allá se harán cargo de todo. Váyanse*. El grupo de civiles abordó nuevamente el vehículo. Esta vez iban más animados, con la seguridad de haber superado los obstáculos más difíciles. Cuando la camioneta emprendía el camino, el mismo soldado que había estado preguntando le volvió a hacer una señal para que esperara. Tras terminar de hablar unas palabras con otros dos uniformados se acercó a Blas por la ventanilla y le preguntó, *oiga, dígame una cosa, ¿qué tal estuvo la gallera anoche en Los*



*Brasiles?* Blas le respondió con animación, *buena, estuvo buena, hubo buenas apuestas, buenos gallos y ningún problema.* El soldado asintió con cierta sonrisa en el rostro y luego le dijo, *ahora sí piérdanse, ya me estoy aburriendo con ustedes.*

Cuando el auto pisó por fin las calles pavimentadas del pueblo, los pasajeros se alegraron al dejar de sentir las sacudidas y los brincos que los habían acompañado desde Los Brasiles por las toscas vías. Era casi mediodía y había mucha gente en la calle central. Los comercios estaban abiertos, había vendedores en los andenes y de los altavoces ubicados en uno y otro local, brotaba música a todo volumen. El tráfico por la corta avenida fue lento, hasta que desembocaron en el parque central. En ese momento preguntó Blas, *bueno, ¿y para dónde será que queda la Inspección de Policía?* Ninguno de los pasajeros conocía su ubicación, así que no tuvieron más remedio que acudir al puesto de la policía a preguntar. La Policía no tenía cuartel, la guerrilla lo había destruido completamente en un asalto de años atrás, antes de iniciarse el despeje. Cuando finalizó éste, el cura párroco facilitó las instalaciones de la casa cural, al pie de la capilla, para que se ubicaran temporalmente, mientras edificaban unas instalaciones adecuadas. El tiempo transcurría y los policías permanecían todavía allí. La línea se dirigió hacia allá. Un policía, tan armado como los soldados del retén de la entrada del pueblo, les hizo la señal de pare en cuanto notó que se aproximaban al lugar. Con su arma en guardia, arrió al vehículo. Un grupo numeroso de soldados, ubicados en la esquina de la alcaldía, observaba pendiente de lo que sucediera. Doña Carmen saludó al agente, le explicó que llevaban un muerto que había habido la noche anterior en la vereda Los Brasiles y que querían saber en dónde estaba situada la Inspección de Policía. El agente les indicó la esquina de la alcaldía y les dijo que a la vuelta, en una pequeña oficina que tenía un aviso. Una vez ahí, doña Carmen explicó todo el asunto al funcionario que se identificó como Inspector. Después le preguntó, *¿será que todo esto tiene demora? Quisiera regresar hoy mismo a Los Brasiles.* El Inspector la tranquilizó, *no se preocupe. Entrégueme el acta del levantamiento, firme aquí en una constancia que voy a hacer y hágame un último favor, va a llevarlo al hospital. Con esta boleta, lo recibirán en la morgue. Ahí termina su gestión, en adelante los familiares podrán hacerse cargo.* La diligencia no demoró mucho en verdad. Tras ella se dirigieron a la morgue. Doña Carmen respiraba más tranquila.

Pese a que el sitio parecía perfectamente limpio y desinfectado, de su interior brotaba un olor nauseabundo, propio de los cuerpos en descomposición. Los trámites fueron breves y en cuanto salieron de allí, doña Carmen y los demás estaban mareados por el fuerte hedor. *He estado en otras partes y es la primera vez que entro a una morgue que huelan tan mal*, afirmó uno de los acompañantes del padre del muchacho. El hombre que les recibió el cadáver, y que había salido también con ellos, sonrió ante la incomodidad que notaba en los campesinos. Sin embargo les explicó, *por lo regular aquí no huele así. La culpa fue de un cuerpo que pasó aquí la noche y que esta mañana llevaron a sepultar. Lo hallaron después de varios días de muerto y estaba ya bien podrido*. Mientras se apartaban del lugar en procura de aire limpio, el hombre decidió agregar, *lo bajaron del bus los paramilitares. Iba con otros compañeros de colegio y varios profesores para Granada, a un intercambio deportivo. Dicen que antes de San Juan pararon el bus, lo preguntaron por el nombre y se lo llevaron. Los profesores intentaron evitarlo, alegaron que era un muchacho sano, pero no valió. Los tipos los encañonaron y les dijeron que no se metieran*. Doña Carmen y los demás se mostraron sorprendidos. La anciana preguntó, *¿y en dónde lo hallaron?* El hombre de la morgue detuvo sus pasos, se rascó la cabeza y respondió, *cuando la familia se enteró aquí, se le botaron al cura. Él es amigo de los policías, de los del Ejército y seguramente que de esa gente también... El cura llamó al de San Juan y luego fue hasta allá. Los paramilitares tienen allá oficina de atención al público. El alcalde, la Policía y el Ejército lo saben, los ganaderos los apoyan, todos son cómplices. A los cuatro días, los paramilitares llamaron al cura de San Juan y le dijeron que el que buscaban estaba enterrado en la sabana, y le dieron las señas del lugar. Era cerca al pueblo. Los familiares se fueron hasta allá y comenzaron a excavar. Cuentan que antes de encontrar al que buscaban, hallaron otros dos cuerpos totalmente descompuestos. Y descubrieron que ahí hay otro poco de gente enterrada. Al muchacho lo reconocieron por una cicatriz que tenía en el antebrazo izquierdo. Yo mismo se la vi aquí. Sus facciones estaban irreconocibles. Esa gente son unos salvajes. Le habían dado machete en la cara antes de pegarle tres tiros en la cabeza, también tenía una puñalada que le abrió desde la garganta hasta la parte baja del abdomen, todas las tripas las tenía afuera. Ayer en la tarde lo trajeron y esta misma mañana lo llevaron a enterrar*. Doña Carmen exclamó aterrada, *¡Dios mío! ¿Y por qué le harían eso a un pobre muchacho inocente?* El

hombre respondió, *nadie sabe. Dicen que no tenía nada que ver con la guerrilla, al parecer esa gente también mata por encargo.* Hasta el padre de Norberto, el muerto de Los Brasiles esa madrugada, se notaba confundido y alarmado. Doña Carmen lo dejó a él y a sus acompañantes en la funeraria, arreglando lo relativo a las exequias y la inhumación. El sepelio sería al día siguiente y ella se comprometió a llevar la razón al caserío, para que bajaran el resto de la familia y los vecinos de la vereda que quisieran acompañarlos. Liberada de sus obligaciones inmediatas, decidió ir a buscar el almuerzo en la casa de una vieja amiga, que vivía en la misma calle en la que se aparcaban los camperos que hacían línea a las distintas veredas.

Mientras se tomaba un plato de sopa de verduras, su amiga Roberta la fue poniendo al día de todo. Efectivamente, desde hacía un mes y medio que los paramilitares habían llegado al pueblo. Pedían comidas, bebidas y mercancías en el comercio y a la hora de pagar salían con el cuento de que eran autodefensas y por eso no pagaban. Dormían en residencias al pie de la Policía, paraban la gente en los andenes a fin de investigarla, recorrían en grupos las calles y los barrios, interrogando y amenazando a quienes se les antojaba. La Policía y el Ejército los dejaban hacer. Incluso era frecuente verlos juntos conversando animadamente en la plaza central o en cualquier esquina. Ya habían matado dos habitantes del pueblo. Un viejito que tenía un carro de mulas y que según decía la gente, se había negado a alquilarles una casa, y un muchacho que había sido de la policía cívica durante el despeje. A éste último le habían dado dos horas para abandonar el casco municipal. Asustado, tomó el primer bus que iba para Villavicencio, pero antes de entrar a San Juan, lo estaban esperando y lo bajaron del bus. Vivo, le habían rajado el vientre mientras se reían de él al verle colgar sus intestinos. Después lo habían baleado. Toda la población estaba aterrorizada. Ninguno se atrevía a reclamar o denunciar. El Personero municipal había tenido que huir. Intentó hablar con los Comandantes del Ejército y de la Policía. Los dos le habían dicho que eso sí lo veía, a los paramilitares sí, pero que en cambio no decía nada de los milicianos de la guerrilla. Y le habían recomendado que se cuidara. En la noche los paramilitares rondaban por su casa. Curiosamente, Roberta no sabía todavía nada del estudiante asesinado y fue la propia doña Carmen quien la puso al corriente. La mujer se hacía cruces. Sinceramente le daban ganas de regalar la casa por

cualquier cosa e irse a vivir a Bogotá. *Puede ser lo que sea, hija, pero estas cosas y esta zozobra, jamás la vimos durante el despeje,* afirmó con energía. Y agregó, *aquí nadie quiere a esa gente, todos quieren que se vayan. ¡Qué diferencia la noche que entraron los guerrilleros, cuando comenzó el despeje! Todo el mundo los saludaba, les estrechaba la mano, los llamaba compañeros y los invitaba a su casa o aunque fuera a tomar gaseosa. Esos tiempos ya no volverán.* Para finalizar, le comentó a doña Carmen que lo último que se decía era que los iban a sacar del casco urbano, que los iban a dejar en las afueras, porque su presencia en un pueblo tan pequeño, podía causarles problemas a las autoridades. Cuando doña Carmen tomó la misma camioneta de línea, de regreso a Los Brasiles, llevaba una inmensa tristeza en el corazón. *Muchas cosas terribles para un solo día,* le comentó a Blas. En realidad eran apenas las tres de la tarde. A la salida del pueblo, encontraron el mismo retén del Ejército. Antes de que el auto se detuviera, doña Carmen y Blas vieron a dos de los paramilitares que estaban en la mañana en el retén del puente, vestidos con sus ropas civiles, pero mezclados con los soldados. Una vez el carro se detuvo, por cada ventanilla se asomó un militar a observar su interior. Miraron a todos los pasajeros pero no hicieron descender del vehículo a nadie. El que estaba del lado de Blas le preguntó si él era el mismo que había bajado esa mañana de Los Brasiles. Al oír la respuesta afirmativa, el soldado quiso saber si era cierto que en el puente sobre el río estaba instalado un retén de las autodefensas. Blas pensó unos instantes antes de responderle. Al fondo, a las espaldas del militar que lo interrogaba, uno de los del retén por el que le inquirían, charlaba con los otros soldados. Por eso decidió responderle que sí. *Bien,* murmuró el militar satisfecho, y preguntó si alguien más lo había visto. Doña Carmen y otros pasajeros también lo afirmaron. El militar, entre pensativo y sonriente los miró unos segundos. Luego volvió a decir, *bien.* Y agregó, *pueden seguir. Váyanse.*

Ocho días después, doña Carmen recibió la razón de que la guerrilla la necesitaba en las afueras del caserío. A la hora indicada, la anciana, montando un caballo y acompañada por un nieto suyo de unos 13 años, se presentó al sitio convenido. Al apearse de la bestia, fue recibida con amabilidad por dos hombres muy jóvenes que no recordaba haber visto antes. Ellos la escoltaron hasta unos troncos caídos, en los cuales estaba sentado otro par de guerrilleros, apenas un poco mayores que los dos primeros. Se le presentaron como

Aníbal y Clímaco y la invitaron a sentarse frente a ellos. Durante varios minutos estuvieron hablando generalidades, sobre el clima, los cultivos, los caminos y la vida en el caserío. Después los guerrilleros entraron en materia. Sabían que ella era la presidenta de la Junta y la habían mandado a llamar con el fin de que les sirviera a la vez de mediadora y de testigo. *Queremos pedirle el favor de que llegue a donde los Velandia y les explique que deseamos hablar con todos ellos sobre el caso de Norberto*, le pidió con suavidad Aníbal. *Y que nos acompañe a la entrevista*, agregó Clímaco en el mismo tono, *eso les dará más confianza*. Doña Carmen aceptó sin ninguna condición el encargo y les pidió que la siguieran hasta allá. *Sé que están en la finca, es el momento justo*, dijo para reforzar su invitación. Los cuatro guerrilleros esperaron en las afueras, mientras doña Carmen entró a donde los Velandia y les llevó su recado. Al cabo de un buen rato, la anciana regresó con uno de los hermanos del finado y entre los dos, los convidaron a entrar en la propiedad. En el corredor de una casa grande y rodeada con matas de diverso tipo, la gran mayoría de ellas florecidas, sentados unos y de pie otros, los padres y los demás hermanos que tuvo Norberto, los estaban esperando con semblantes en los que se mezclaban la preocupación y el desprecio. Apenas respondieron al saludo de los guerrilleros con ligeros murmullos que más parecieron gruñidos que palabras. Doña Carmen tomó la palabra de primera, *como les decía, aquí se hace presente esta comisión del Frente, con el fin de dialogar pacíficamente con ustedes, aclarar las cosas que sucedieron y decirles otras cuestiones. Yo fui invitada como testigo de sus intenciones. Quisiera pedirles a todos que conserven la calma y se escuchen atentamente unos a otros*. Ninguno de los Velandia dijo una sola palabra. Se miraban de cuando en cuando entre sí, bajaban sus ojos al piso, le daban la cara a los guerrilleros y luego volvían la vista para cualquier lado. Al fin se decidió a hablar Aníbal, *en primer término, y aunque bastante tarde, somos portadores de un saludo de pésame y solidaridad de parte del Frente, con ocasión de la muerte de su hijo y hermano. Queremos que sepan que lamentamos profundamente su muerte y el sufrimiento de que ustedes son víctimas*. Las palabras no habrían podido ser más precisas. Ellas solas, la seriedad y la sinceridad con que fueron expresadas, redujeron como por arte de encanto la enorme tensión del recibimiento. Enseguida continuó Clímaco, *en realidad nos sentimos obligados como revolucionarios que somos, a venir aquí a presentarles nuestras excusas por la muerte de Norberto. Era un muchacho muy joven que en ningún*

*momento merecía morir. Nos llena de vergüenza tener que reconocer que el autor fue un guerrillero de las FARC. Nuevamente descendió la tensión que todavía flotaba en el espacio de aquel corredor. Aníbal intervino, fue un acto de indisciplina. El guerrillero que lo hizo no tenía por qué estar en el caserío y menos por qué estar bebiendo. Borracho ya, discutió con su muchacho, que desafortunadamente se puso a beber con él tras el cierre de la gallera. Y lo mató. Sin orden alguna y sin ninguna clase de justificación. Clímaco tomó la palabra, queremos que sepan que la Organización ya hizo justicia. La asamblea de guerrilleros de la Compañía lo encontró culpable de asesinato y lo sentenció al fusilamiento. La sanción fue autorizada por los organismos superiores y ya se ejecutó. El guerrillero que mató a su hijo pagó con la vida por ello. Al informárselo a ustedes, les estamos a la vez pidiendo disculpas por lo que pasó. Las duras palabras y su significado causaron una honda impresión entre quienes las escuchaban. Doña Carmen no se contuvo y exclamó, ¡Dios mío!, lo que hacen los tragos... Esa expresión terminó por derrumbar las últimas resistencias en el ánimo de los familiares del muerto. El primero en hablar fue el viejo, les agradezco en nombre mío y en el de mi familia su presencia y sus palabras. No saben la tranquilidad que nos traen. No podíamos entender el por qué de la muerte de Norberto. Creíamos que nos culpaban de algo. Teníamos miedo de que vinieran en cualquier momento a acabarnos a todos. No podíamos dormir, ni trabajar. En todo momento esperábamos un ataque. La revelación dejó atónitos a los guerrilleros. La madre del muchacho muerto se puso de pie y le ordenó a su hija que le ayudara a preparar un tinto para ofrecer a los visitantes. En adelante toda la conversación se hizo más fácil. Mucho más tarde, Aníbal le dijo al viejo Velandia que sacara las cuentas de todo lo que habían gastado con ocasión de la muerte de su hijo. La organización se sentía en la obligación de resarcir esa suma. Con mucho tacto, Clímaco le manifestó que la Organización, aparte de eso, tenía la intención de indemnizar con una suma de dinero la pérdida del muchacho. No era que fueran a pagar por él, eso no tenía precio. Era más bien para resarcir en algo lo que el finado hubiera podido trabajar para ayudarlos a ellos. El viejo le dijo que tenía que pensarlo. Que volvieran otro día y hablarían de ello. Cuando salieron de allí, había nacido una nueva amistad entre todos. Al despedirse de los guerrilleros, doña Carmen tenía una imagen aún más positiva de la guerrilla que antes. Le envió saludos a su hijo y se sintió orgullosa de que estuviera en filas. Al entrar de regreso*

al caserío pensó en lo que se vivía en el pueblo, en lo que se veía en toda la zona con los enfrentamientos entre la guerrilla y la tropa, en lo que decían las noticias por la radio y lo que mostraba la televisión. Le pareció que la realidad que ella conocía era mejor que la que conocía la mayoría de la gente, definitivamente su mundo era mejor, mucho mejor, y lamentó que los poderosos se opusieran tan violentamente a dejarlo crecer.♦

Montañas de La Macarena, noviembre de 2002.

## GUERRILLEROS

La noche que precedió la marcha por la trocha, el campesino que les iba a servir como guía, en cuya vivienda aceptaron quedarse a dormir los tres guerrilleros, les hizo la invitación a mirar por la televisión las noticias de las siete. El aparato, un pequeño y vetusto receptor a blanco y negro, parecía una exótica muestra de confort en medio de aquel paraje de montañas altas y distantes, en el que la pobreza se aferraba con fuerza a la ruina de los viejos cafetales ahogados en rastrojo, y a las hileras de matas de coca con las que fallidamente se pretendía aliviar el imparable descenso en el precio del grano. La energía para arrancar el televisor, provenía de una batería de automóvil que el campesino había conseguido tiempo atrás en pago de una deuda, y que cada cierto número de días debía ser llevada hasta el pueblo en donde un amigo, que trabajaba como mecánico en un taller, le hacía el favor gratuito de cargársela.

Antes del noticiero salió al aire el habitual y breve espacio El Minuto de Dios, durante el cual, el padre Jaramillo celebró la tranquilidad que se registraba en todo el país e hizo un llamado al arrepentimiento a los alzados en armas. La noticia del día fue la muerte de un guerrillero, Comandante de Frente, llamado César, dado de baja junto con siete de sus hombres en el sur del país, por unidades especiales de contrainsurgencia del Ejército. Los televidentes tuvieron conocimiento de la existencia del cabecilla rebelde por medio de dos fotografías en las que se apreciaba un hombre sonriente vestido de traje militar. Como remate, un General de cabeza calva y lentes, sentado con sus dos manos en las rodillas ante un camarógrafo que parecía estarlo filmando postrado a sus pies, y cuyo aspecto no se diferenciaba en nada al de las estatuas de los faraones egipcios que ilustraban los libros de historia de la antigüedad, sentenciaba con voz severa que así como ese, en un desembarco de tropas, o mediante cohetes, o víctimas de las bombas o asaltos, irían cayendo uno a uno todos los jefes de la subversión armada.

La edición de la noticia revelaba un propósito específico, que encajaba de manera admirable con el llamado anterior del padre Jaramillo. Los tres guerrilleros, el campesino



y su mujer, una hermosa morena de rasgos ligeramente indígenas, sonrieron con un dejo de burla ante la presentación y comentaron con cierta repugnancia, acerca de cuánta gente que veía tales imágenes les otorgaba carácter de veracidad. Hubo otras noticias sobre la situación económica del país y el peligroso estado de las finanzas públicas, que obligaban a un duro ajuste del gasto y a un enorme esfuerzo para acrecentar los ingresos del fisco. También sobre las vicisitudes del proyecto de referendo gubernamental en el Congreso.

En el plano internacional se destacaban el ataque israelí con helicópteros artillados contra un asentamiento de civiles palestinos, con saldo final de catorce muertos y más de ciento treinta heridos, al igual que las gestiones del presidente norteamericano George Walker Bush para obtener apoyo internacional en su propósito de atacar a Irak, con el dudoso pretexto de derrocar a Sadam Hussein. El lanzamiento en Bogotá de las memorias de Gabriel García Márquez, dio lugar a una nota especial que lo catalogó como acontecimiento mundial, no obstante lo cual resultó inevitable el sabor a publicidad pagada por la empresa editorial, cuyo presidente fue entrevistado por una acuciosa periodista ante la notoria ausencia del gran escritor, de quien sólo se supo que había saludado con entusiasmo el evento por vía telefónica desde Méjico.

Un brasileño, campeón mundial de la fórmula Karts, se refirió a Juan Pablo Montoya como el mejor piloto de fórmula 1 del mundo, de lo cual todos los colombianos debíamos sentirnos orgullosos. A manera de noticia fue presentada con amplitud una nota sobre las incidencias ocurridas a los protagonistas de un programa de concurso que seguía al noticiero, la Expedición Robinson, del cual pasaban incluso comerciales en los intermedios del telediario, con el evidente fin de aumentar su audiencia. Para cerrar la emisión, una sensual modelo que parecía de plástico, más bien flaca y vestida en forma estrafalaria, anunció el comienzo de la presentación de las primeras candidatas al reinado de belleza de Cartagena, considerado por los periodistas como la fiesta nacional por excelencia. Antes de irse a dormir, los guerrilleros comentaron que no había habido la menor referencia a la conmemoración de los treinta y cinco años del asesinato en Bolivia del Comandante Ernesto Che Guevara. Los tiempos no daban para hablar del Guerrillero Heroico, ahora que todos habían sido declarados terroristas.

Los guerrilleros acordaron con el campesino, dividir las horas de la noche hasta la madrugada, en cuatro espacios de dos horas y media, con el objeto de pagar sendos turnos de guardia. No parecía necesario hacerlo en aquella lejanía, teniendo conocimiento que no había presencia del enemigo en muchísimas horas a la redonda. Pero de otra forma no hubieran podido dormir tranquilos. Hasta un buen rato después de las diez, pudieron apreciarse con claridad las estrellas en el firmamento, e incluso fue posible divisar a la distancia, el remoto destello de las luces del pueblo en las tierras planas. Después la brisa comenzó a arreciar con mayor fuerza y trajo consigo una densa neblina que invadió calladamente la cordillera, impidiendo la visión más allá de unos cuantos metros. A lo lejos se escuchaba tronar una tormenta, y por momentos, se percibía la aproximación de un devastador aguacero que sin embargo no llegaba.

La temperatura descendió en forma paulatina y obligó a los centinelas a buscar su cobija para abrigarse del terrible frío de la noche. Fuertes ráfagas de viento se estrellaban contra las copas de los árboles de la cercana espesura, produciendo un bramido violento que a los postes parecía un tenebroso quejido de la montaña. Cerca del amanecer, comenzaron a caer pequeñas gotas de agua en forma de llovizna, que producían un ligero golpeteo sobre las láminas de zinc del techo de la vivienda. La única novedad que se transmitieron los guardias fue la de una mula que merodeaba alimentándose por los alrededores.

El campesino les había explicado que tenía el compromiso de madrugar para llevar a su mujer y a sus dos hijos hasta una vereda de las proximidades de la carretera, donde un personal médico vendría a realizar una brigada de salud. Una vez los dejara allá, se regresaría a toda prisa para guiarlos. Aún estaba oscura la noche cuando se levantó la familia, por lo que la mujer se vio en serios aprietos para lograr que los niños se bañaran en la alberca. A esa hora el agua tenía la temperatura del hielo y no había posibilidad de asolearse luego en busca de calor, tal y como los pequeños acostumbraban. Tras lograr su propósito apoyándose en regaños, la campesina encendió ágilmente el fogón y con la habilidad adquirida en la tarea tal vez desde su infancia, preparó un desayuno sencillo que consumieron antes de partir. Los guerrilleros se dispusieron a esperar las horas que fueran necesarias, no tenían además ninguna alternativa.

Las noticias de la radio giraron sobre los mismos hechos que había reseñado la televisión la noche anterior. Por Caracol, presentaron una larga entrevista del periodista Darío Arismendi, a una maestra de Escuela de uno de los barrios de la Comuna Trece de Medellín. En tono dramático, el director del noticiero lanzaba interjecciones de asombro por las declaraciones de su interlocutora. Era que según ella, la situación allá no podía llamarse vida. Había una guerra entre milicianos de la guerrilla y miembros de los grupos paramilitares. Todos los días y noches, a cualquier hora, se trezaban enormes balaceras que se prolongaban eternamente. Era frecuente que pobladores del sector resultaran víctimas en medio de los enfrentamientos, y no era extraño que en las calles terminaran tendidos cadáveres vestidos con uniforme militar, sin que se supiera a ciencia cierta a qué bando pertenecían. Toda la población de la comuna se veía involucrada sin quererlo, y sufría las presiones de una y otra parte.

La maestra entrevistada contaba que sus colegas ya no podían entrar a los distintos barrios a dictar sus clases. Todo el transporte, buses, taxis, colectivos y hasta vehículos particulares, resultaba afectado inesperadamente. La gente se tiraba aterrorizada al piso de su casa durante los combates, y según la descripción, era como si la locura se hubiera apoderado inexplicablemente de unos cuantos puñados de gente armada. El periodista comentaba con espanto, que la guerra se había metido en las ciudades, pues igual sucedía en otras capitales y poblaciones intermedias, y proponía una fuerte presencia militar del Estado para poner fin a aquel infierno. La maestra creía más en una gestión de paz que condujera a un acuerdo entre los bandos. Hablaba de la inocencia de los niños y de lo lamentable que resultaba el hecho de que se quedaran sin educación. Según ella eran mejores los tiempos de antes, cuando se vivía con tranquilidad, y los niños y las niñas podían educarse para servirle al país en el mañana.

Uno de los guerrilleros preguntó furioso cuáles eran los tiempos de que hablaba ella, si la terrible realidad que se vivía hoy, era precisamente la consecuencia directa de las injusticias y violencias del pasado. Los grandes medios de comunicación solían tratar en forma superficial todos los grandes temas, remplazando con la espectacularidad lo que debía ser serio y profundo. Siempre estaban del lado de la represión de los efectos y no les importaba la solución de las causas. Así lo concluyeron los guerrilleros. Todo ese drama

era en realidad un montaje. Los grupos paramilitares nunca eran ruedas sueltas, su presencia siempre respondía a unos propósitos definidos por el Estado. La intervención de la tropa era tan solo otra fase de los planes previamente elaborados a fin de aplastar la inconformidad social. Ellos lo entendían perfectamente. Estaban en la antigua zona de despeje, y en los cascos urbanos de los cinco municipios que permanecieron desmilitarizados durante tres años, convivían ahora de manera pública soldados, policías y sicarios paramilitares. Si alguien se quejaba, se moría.

Casi era mediodía cuando retornó el campesino henchido de ánimos. Al día siguiente regresaría por su familia. Mientras almorzaban estuvieron perfeccionando los detalles de la marcha. Su guía se iba a encargar de conducirlos hasta un lugar del otro lado de la montaña, donde los estaría esperando otro campesino que a partir de allí asumiría su misión. Pero había un ligero inconveniente. Según el plan acordado, su relevo los esperaba por la mañana y ellos iban a llegar con muchas horas de retardo. Podía ocurrir que aquél ya no estuviera en el sitio esperándolos. En ese caso, el campesino tendría que guiarlos hasta su casa, ubicada más allá de lo calculado. Tras examinar la situación resolvieron que su guía les tomara la delantera, en un esfuerzo por llegar al lugar de la cita antes que el otro se marchara. A él le rendiría mucho más ya que no llevaba ningún peso encima. Ellos irían detrás, siguiendo las señales que éste les fuera dejando. Sus equipos, armas y pertrechos los obligaban a caminar con mayor lentitud.

Apenas los guerrilleros penetraron a la montaña dejando atrás los terrenos descubiertos, oyeron la explosión de una granada a la distancia, en sentido norte, un poco en dirección hacia donde el campesino les había mostrado que se dirigían. Sus rostros se encontraron para comentarlo, pero antes de que dijeran una sola palabra, escucharon una andanada de disparos de fusiles y ametralladoras. *Están combatiendo*, dijo uno de ellos. La marcha no se detuvo por eso. El intercambio de fuego duró exactamente cinco minutos, tras los cuales sólo se oyó el silencio. *Debió ser un simple hostigamiento*, expresó la muchacha, *se trató de un combate muy corto. Pueda ser que hayan logrado hacerle algo a la tropa*, pensó en voz alta el otro de los muchachos. El terreno por el que transitaban era un filo altísimo y extenso, de piso más bien blando y supremamente húmedo. Los troncos de los

árboles estaban invadidos por el musgo, pese a lo cual no se encontraban vestigios de agua corriente.

El sudor resbalaba copioso por el rostro y el cuerpo de los guerrilleros, que procuraban avanzar aprisa, acompañados por el trinar de pájaros que no se dejaban ver, pero cuyos melódicos cantos, en multitud de tonos, se repetían incesantes todo el tiempo. Había un pajarillo que recordaba con exactitud el timbre de un teléfono celular. El muchacho que marchaba a la vanguardia tropezaba de vez en cuando con pequeñas ramas recién cortadas y tiradas al piso. Se trataba de las señales puestas allí por su guía, para cubrir los desvíos por los que podían extraviarse. A una hora de camino decidieron hacer un alto para descansar. Para entonces la pequeña senda había tomado por un terreno quebrado y se colaba en un bosque de palos gruesos e inmensos. Al reemprender el avance, descendieron por una media falda durante un largo trayecto, y luego comenzaron a ascender una cuesta que los obligaba a detenerse de trecho en trecho a fin de tomar resuello.

A las dos horas exactas de los primeros tiros, volvieron a escuchar con toda claridad los ecos de un segundo combate. Esta vez el fuego se oía mucho más cerca. Junto a un sinnúmero de explosiones, se destacaba la cadencia de las ametralladoras M-60. Los espacios de silencio eran breves, el sonido del intercambio de disparos se repetía y prolongaba durante muchos minutos. Esta vez los guerrilleros decidieron detenerse unos instantes para escuchar mejor. *Ahora sí que se agarraron en serio*, dijo uno. *Estoy casi segura que esa pelea es por los lados para donde vamos*, comentó la muchacha. *Maravilloso recibimiento*, afirmó el otro. Un rato después llegaron al borde de un profundo abismo. Parecía que estuvieran en el filo más alto, pues se podía apreciar alrededor la coloración azul del firmamento por entre las copas de los árboles. *El campesino nos dijo que tendríamos que descender por un peligroso desfiladero*, recordó nuevamente la muchacha. *Debe ser a partir de aquí, porque lo único que se mira es la bajada*, confirmó uno de sus acompañantes.

Algo nerviosos, comenzaron a descender, procurando mantener sus espaldas bien rectas para evitar irse de bruces. Pese a lo que pensaron, en breves minutos llegaron a una

estrecha quiebra, que a lo sumo tendría un poco más de un metro de ancho, y a cada uno de cuyos lados descolgaban impresionantes cañadas casi verticales. El paso era muy corto y enseguida daba inicio a otro complicado ascenso por el que escalaron al límite de la fatiga, hasta alcanzar una cúspide ligeramente descubierta. Desde allí contemplaron a la distancia la sucesión de filos alargados de la serranía, con su aspecto de formas caprichosas como tumores malignos, y completamente recubiertos por una espesa selva color verde oscuro. Se veían separados del filo más próximo por un profundo cañón, y no se veía otra opción que descender hacia él por aquella pared cortada casi perpendicularmente.

Una sensación de vacío en el estómago se apoderó de los tres guerrilleros en cuanto iniciaron el descenso. Para hacerlo tenían que valerse de sus dos manos, a fin de sujetarse de las raíces y troncos delgados, mientras buscaban con la punta de los pies dónde apoyarse. El fusil les resultaba estorboso, al igual que el volumen de sus equipos en la espalda. La naturaleza de algunos pasos exigía darle la espalda al vacío y descender de cara a la pared, pues resultaba imposible avanzar de frente, aún intentando hacerlo sentados. Al cabo de un extenso trayecto en esas condiciones, hallaron una entrada considerable en la roca y decidieron detenerse unos instantes con el propósito de descansar. Resultaba grata la sensación de encontrarse sobre un terreno firme y horizontal.

Los ecos del combate no se habían interrumpido y se oían incluso más cercanos. Ahora se les agregó con toda claridad el golpeteo de las hélices de los helicópteros que se acercaban al lugar. *Como para que les diera por ametrallar precisamente esta pared ahora*, dijo en son de broma uno de los muchachos. *Esos aparatos no vendrán hasta aquí, descargarán su rabia allá, donde están peleando*, respondió el otro. Así fue. Al cabo de unos minutos oyeron rugir una y otra vez las ametralladoras desde el aire, a veces con una intensidad desesperante. Uno que otro cohete estallaba de repente contra la tierra. *Esta es la tranquilidad de que nos hablaba anoche el padre Jaramillo*, comentó uno de los guerrilleros. La muchacha agregó, *los guerreros tuvieron que haberles dado duro, de otra manera no les hubieran enviado tanto apoyo. Sí*, le respondió el otro, *aunque mañana los generales dirán por las noticias que hubo cuarenta facinerosos muertos*.

Uno de los guerrilleros, sentado sobre un tronco al borde del abismo, descubrió con su vista que venían ascendiendo dos civiles. Al reparar mejor, reconocieron al campesino guía que venía acompañado de otro. En unos cuantos minutos llegaron hasta ellos. *Pensamos que vendrían cansados y quisimos ayudarles a bajar los equipos*, explicaron después de intercambiar saludos. La conversación se remitió, como era de esperarse, a los combates que se oían. Los campesinos fueron del criterio de que se llevaban a cabo en el filo que se elevaba del otro lado del río, muy seguramente en la vereda hacia donde se encaminaban ellos, a unas tres horas de allí. Los guerrilleros estuvieron considerando si debían seguir adelante, sin conocer con exactitud la situación, o regresarse al punto de partida, en donde a salvo de riesgos, podrían esperar alguna comunicación que les orientara qué hacer. Al final su decisión fue continuar.

Antes de partir reconocieron con exactitud el ruido que hacía el helicóptero alejándose. Ya no se escuchó más intercambio alguno de disparos o granadas en tierra. Según les indicaron sus guías, la parte del descenso que restaba era la más difícil, por lo que debían ir descolgándose con mayor cuidado que hasta ahora. Cada uno de ellos se cargó uno de los equipos más pesados y de esa manera reanudaron el camino. Un trecho más abajo volvieron a distinguir otro grupo que ascendía a su encuentro. Sus guías les dijeron que se trataba de una pareja de milicianos que trabajaba cogiendo café en una finca de aquellos parajes, y que ahora regresaba a casa. *Cuentan con autorización para transitar por aquí, si usaran el camino real les quedaría demasiado lejos*, añadieron. Los guerrilleros se preguntaron por dónde irían a pasar cuando se cruzaran con ellos, pues la angosta senda, a duras penas, permitía avanzar de uno en uno.

El encuentro de los dos grupos se produjo en un rellano obligado de la bajada, en donde la senda se hacía horizontal por unos cuantos pasos en busca de un terreno más propicio para continuar el descenso. A la cabeza de los que subían, venía una mujer notoriamente delgada y blanca, de cabello rubio, peinada con una larga trenza que le colgaba a la espalda. Vestía un raído pantalón azul oscuro, botas de caucho altas y una franela barata que se veía curtida y agujereada en varias partes. Cuando saludó uno a uno a los guerrilleros con un apretón de manos, sus ojos color miel se le encendieron con un brillo de alegría. Era bella, debía tener unos veinticuatro años, y pese a su delgadez, revelaba

gran fortaleza física. Una vez que se cruzó con el último de los que bajaban, se detuvo unos momentos a esperar los demás.

La seguía un niño de unos siete años, vestido con pantalones cortos, camiseta a rayas y botas. De su espalda guindaba sujeto con cuerdas, un saco de fibra que debía contener varias libras de peso. Se veía que subía sin dificultad por aquel despeñadero, con la destreza adquirida tras muchas veces de transitarlo. Sonriendo con alegría, estrechó también la mano de los guerrilleros con su manecita sucia de tierra. *¡Este niño es un héroe!*, exclamó conmovida la muchacha para que todos la oyeran. Otro de sus compañeros aseguró, *¡será un guerrillero invencible en unos cuantos años!* El pilluelo soltó una limpia carcajada de satisfacción, mientras sus ojos se le inundaban de orgullo. Tras él, para sorprender aún más a los guerreros, llegaron hasta ellos otros dos niños, menores aun más que el primero. El más pequeño tendría cuatro años, el otro máximo seis. Sus ropitas estaban untadas de tierra y barro. Con la respiración fatigada, miraron a los guerrilleros y les dijeron casi en coro, *buenas tardes, compañeros.*

Los guerrilleros, completamente sorprendidos, respondieron enternecidos al saludo de los niños. Resultaba increíble el cuadro que tenían ante sus ojos. Aquellos pequeños se jugaban sus vidas tiernas escalando por ese abismo, pero no parecían tener la menor idea de ello. Su madre, con la voz ligeramente turbada, creyó necesario explicar que al menos una vez cada semana, los niños los acompañaban de ida y de regreso, por cuanto no tenían con quién dejarlos en su rancho. Por la misma razón tampoco podían enviarlos a la Escuela, había que ganarse la vida. En ese momento apareció en el rellano el hombre. Tenía bigotes y su rostro estaba surcado de arrugas tempranas. A horcajadas sobre sus hombros, llevaba cargada una niña de unos dos años, que se le sujetaba con fuerza a la cabeza. Los guerrilleros lo reconocieron como uno de los milicianos que habían estado reunidos la semana anterior con ellos.

Cuando el hombre se les acercó a darles la mano, no se percató de una rama que sobresalía de la pared, y la niña se golpeó con ella en la frente, lo cual la obligó a lanzar un quejido de protesta. Sin embargo se abstuvo de llorar. Los guerrilleros y sus acompañantes comentaron emocionados acerca de la valentía demostrada por esa



chiquilla a tan corta edad. La madre manifestó entonces con naturalidad que cuando bajaban por allí, la niña no se dejaba llevar todo el tiempo en hombros, sino que insistía en caminar, por lo que ella la tomaba de una mano y la iba descolgando adelante, detrás de sus hermanitos, a quienes imitaba agarrándose como pudiera de las ramas y raíces, con una precocidad admirable. Era evidente que aquellos niños no conocían el miedo. Crecían en medio de las más rudas condiciones, no podían estudiar y desde bien pequeños se familiarizaban con la guerra.

Como para confirmar ese pensamiento, el mayor de ellos alzó de repente su voz tierna y preguntó con notoria excitación a los guerrilleros si se dirigían a pelear con el Ejército allá adelante. La muchacha le respondió que no era ese su propósito inmediato, pero que no dudarían para hacerlo si se veían obligados. El chico, cuyos ojos irradiaban chispas de entusiasmo, les dijo entonces con voz triste, *me gustaría poder acompañarlos, pero tengo que quedarme a ayudar a coger café*. Uno de los muchachos le explicó que ellos tenían prohibido recoger menores, que tenía que esperar hasta cumplir los quince años. *Me faltan ocho todavía, es mucho tiempo*, comentó entonces el pequeño con pesar. *Trabaja juicioso y haz mucho caso a tu mamá y a tu papá, que ya se llegará el día*, le dijo para consolarlo el guerrillero. El niño no respondió, pero los miró a todos con un profundo abatimiento.

Su padre, el miliciano, explicó a los guerrilleros que tenía un contrato para coger café allá abajo. Necesitaban ayudarse, lo que conseguían arriba en su propia tierra, no resultaba suficiente para vivir. Siempre le había tenido pereza a la coca, pero si las cosas no se componían, iba a tener que sembrarla. Tal vez ella lo liberara de ese tipo de trabajos y entonces los niños podrían seguir en la Escuela. La conversación resultaba ya muy larga para el sitio y la ocasión. Todos tenían que seguir, faltaba mucho camino por andar y ninguno quería esperar a ser asaltado por las sombras de la noche entre aquella montaña. Se despidieron rápidamente, sin ocultar la mutua simpatía. Los guerrilleros esperaron a que la familia reiniciara el ascenso y se quedaron observando por unos segundos cómo subían, agarrados como escarabajos de cualquier cosa en que se pudieran apoyar. Después continuaron su marcha.

Una vez en terreno firme, el primer guía consideró cumplida su tarea, por lo que se despidió con cariño y reemprendió el regreso a su casa. Los tres guerrilleros estaban agotados, sentían sus piernas rendidas por el esfuerzo y sus espaldas y hombros resentían gravemente las varias horas con peso encima. Por eso no pudieron menos que elogiar la resistencia de aquel campesino. Llevaba todo el día corriendo por esas cuestas y ahora mismo se encaramaba por aquella pared sin que se le notara el cansancio. *¡Y mañana madrugará a bajar por su familia hasta casi la carretera, y después subirá con ella hasta su vereda!*, comentó uno de los muchachos con voz cargada de admiración. *Sí*, dijo el otro, *y si acaso descansará unos cuantos minutos mirando la televisión.* La muchacha agregó, *allí lo van a invitar a denunciar a los terroristas y a divertirse con las peligrosas aventuras de los Robinson.*

Todos celebraron con una carcajada la ironía contenida en aquella frase. Era obvio que la fantasía transmitida por la televisión no podía impresionar a gente que vivía realidades tan contundentes. Enseguida se llevaron los equipos a la espalda e invitaron a su nuevo guía a continuar. Adelante estaba el enemigo y había muchas cosas por hacer. Unos minutos después, mientras caminaban con alguna dificultad caño abajo, uno de ellos expresó para todo el grupo, *no puedo sacarme de la cabeza la imagen de los milicianos y sus niños subiendo por esas peñas. ¿Cuántas familias de Colombia pasarán por cosas así o peores todos los días?* La muchacha le respondió secamente, *las suficientes como para hacer fracasar todos los planes de los que creen mandar en el país.* El otro de sus compañeros añadió, *y para sacar adelante los nuestros.* No dijeron más, sólo siguieron caminando.♦

Montañas de La Macarena, noviembre de 2002.

## EL SILENCIO DE LA SELVA

Como si se tratara de un globo inmenso que no podía despegar hacia las alturas por obra de un invisible lastre, la gigantesca nube gris se negaba a desaparecer, pese a los largos minutos durante los cuales se transformaba en una obstinada lluvia que vaciaba una y otra vez sus entrañas.

Tras el golpeteo continuo de la apretada multitud de gotas de agua que chocaban contra las hojas de los árboles, el tenue rayo de la luz solar imprimía una coloración más brillante al panorama oscuro que reinaba bajo la espesura de la selva. Sin embargo, transcurridos unos instantes, el ligero esplendor desaparecía consumido por la abundante y silenciosa niebla que reaparecía aún más densa y lúgubre, seguida por una nueva y prolongada lluvia que caía sin afanes.

Salvo las bandadas de mosquitos que brotaban sin cesar quizás de dónde, ningún otro animal del aire o de la tierra daba la más pequeña muestra de existencia. El poderoso caudal del río cercano, que descendía furioso chochando contra las rocas, despedía hacia el follaje una impetuosa brisa fría y parecía ser el único protagonista que se movía a sus anchas en medio de aquel paisaje de cordilleras escarpadas castigadas por el invierno.

Eliana, inquieta y deprimida bajo su carpa de casa, sentada en el borde de su cama y protegiéndose del frío y de la plaga con una chaqueta impermeable oscura, con cuya caperuza se cubría también la cabeza, veía desfilar por su mente una sucesión de escenas atropelladas, en las que imaginación y realidad se confundían entre sí, poniéndole los nervios de punta y colmándola de perturbación. El tiempo, implacable y angustioso, parecía diseñado por alguna mano perversa y sabia para que hiciera juego con el estado de sus atormentados pensamientos.

El enemigo se hallaba por centenares en las proximidades. Moviéndose con absoluto sigilo. Emboscado permanentemente entre la manigua. Había que estar atento a él, descubrir su ubicación, colegir el sentido de sus desplazamientos, sembrar minas a su

paso, hostigarlo con francotiradores, cobrarle cara su osadía. También, y antes que todo, impedirle realizar un asalto al campamento. Sería imperdonable dejarse sorprender. Para ello había que mantener una fina agudeza al orientar su gente, ordenar lo indicado en el momento preciso, intuir lo más conveniente a cada novedad reportada.

Tamaño empresa sería suficiente por sí sola, si no se tratara con ella de cumplir la verdadera y trascendental misión. Asegurar el paso, por un costado de su unidad, al Secretariado Nacional de las FARC. Un día de esos, mañana o pasado, tal vez la semana siguiente, El Mono, acompañado por su cuerpo de seguridad personal, haría tránsito por el sector, colándose con prodigiosa habilidad por entre las innumerables patrullas del Ejército que atiborraban la jungla.

Eliana sabía que decir el paso de El Mono resultaba demasiado simple para su real significado. Por más cautelosos y secretos que fueran sus movimientos, era tal la suma de requerimientos y factores implicados, que casi resultaba imposible evitar que lo descubrieran. El formidable engranaje de la organización revolucionaria, su disciplina consciente y la férrea voluntad de sus integrantes se encargaban de hacer realidad cotidiana lo que para los demás mortales, en especial para el enemigo, resultaba prácticamente irrealizable.

Por esos días, bajo sus hombros, reposaba una buena parte de aquel preciso engranaje. Ella sabía que las guerreras y los guerreros de su Compañía, bajo la lluvia y el frío, entre los barrizales y zancudos, dispersos en comandos, avanzadas y exploraciones que ella y los demás de la Dirección orientaban, se jugaban la vida rastrillando la selva para dar con el paradero exacto de las brigadas móviles de la contraguerrilla y asegurar también su campamento. Ninguno de ellos conocía ni podía conocer del paso del Camarada.

Pero además estaba el dolor por Juan. Maldito Juan. Miserable Juan. Tanto amor, tanta entrega, tanta confianza depositada en él. Tanto tiempo. Tanto tiempo perdido. No podía dejar de lacerarse con la misma pregunta, ¿En qué diablos había fallado ella? ¿Qué cosa pudo haber visto él en aquella muchacha? Sencillamente había resultado imposible soportar más. No, qué bonito, descubrir que el hombre al que se ama, con quien se duerme y comparte todo, tiene una novia a escondidas. Enterarse de que quizás antes de

llegar a meterse bajo las cobijas con ella, estaría revolcándose feliz en el lecho de la otra. Qué asco. Tomar la decisión de echarlo de la caleta era un asunto nada fácil. Sentirse en ridículo ante todos. Hasta *mal polvo*, dirían. De remate, echarlo significaba arrojarlo directo a los brazos de la otra, tragarse la humillación de saber que se lo habían logrado quitar, que aquella muchacha había podido más que ella, que de alguna manera, a las buenas o a las malas, la había obligado a entregárselo.

Por encima de las ingratas conveniencias había triunfado su amor propio hasta lograr reunir el valor necesario para despedirlo. Después de vacilar muchos días, se hartó de fingirle orgasmos que estaba muy lejos de sentir. Para descubrir luego que el problema no residía en arrojarlo a un lado del camino y hacer caso omiso de las habladurías. El verdadero lío estaba en arrancárselo del alma, en no volver a sentir nada por él, en dejar de pensar y torturarse por su causa a toda hora. Bastaba con verlo pasar con esa cara bonita de hombre recio, o con escuchar esa voz que tanto amó por las cosas dulces que sabía decir, para experimentar una especie de temblor interno que la ponía al borde del derrumbamiento.

Y tener que aguantarse, aparentar indiferencia y actuar como si nada pasara. Si no fuera una comandante guerrillera, si de por medio no hubiera cosas tan valiosas, la madre que se las cobraría bien cara.

Pero la reina de todas las desgracias era sin duda el mensaje recibido hacía unas horas por el radio. No podía ser. Maldita sea, no. No ahora. Su lectura la dejó desarmada por completo. Sintió que se le iban las fuerzas y que estaba a punto de desmayarse. La sangre se le esfumó del rostro. Sólo un esfuerzo sobrehumano le permitió permanecer de pie. Mil pensamientos siniestros pasaron en los siguientes segundos por su mente. Se reconoció sola e infeliz. Cabizbaja, se aferró con una mano de una de las varas que servían de esquineras a su carpa de casa. Era tan grande su impresión que ni siquiera tuvo alientos para abrirle las compuertas al llanto. No supo en qué momento avanzó hasta hallarse sentada en el borde de la cama. La inesperada noticia era terrible, uno de esos golpes capaces de aniquilar al más poderoso de los seres, un auténtico heraldo negro, una descomunal embestida a los cimientos de la fe más sagrada. Su cabeza cayó como

desgonzada sobre sus rodillas, dejando en libertad una larga cabellera que, libre de ataduras, rodó lentamente hacia el piso sobre el que descansaban sus embarradas botas.

Tras una hora de permanecer en esa posición, sus manos y antebrazos mortificados al límite bajo el peso de su tórax, se encargaron de indicarle la necesidad de erguirse. Eliana se percató entonces de que la punta de sus cabellos estaba sucia de barro. Tomó en sus manos un trinche y un trapo y procedió a asearse. Obraba como una autómatas, ejecutando una acción que había aprendido desde niña, pero que en realidad no le importaba en esos momentos. Después volvió a asegurar sus cabellos con una moña a la altura de la nuca y los cubrió con la caperuza.

Necesitaba hablar con alguien, desahogar esa aplastante desazón que la dominaba. En el campamento había sólo unos cuantos guerrilleros, todos los mandos estaban por fuera con sus misiones. Tuvo la entereza de reconocer que no podía llamar a cualquiera. Era una Jefe y debía mantener la altura correspondiente. El caudal de pensamientos y sentimientos que la arrollaban, volvió a desencadenarse de manera alborotada en su interior. Echó de menos a mucha gente con quien hubiera querido conversar en esa hora. El tiempo transcurría al ritmo de las gotas de lluvia que desaparecían y regresaban de modo caprichoso.

De repente escuchó unos pasos apresurados que se acercaban. Supo de inmediato a quien pertenecían. Tenía que ser él, sin duda. Aunque se suponía que estaba de guardia en una avanzada. Entonces lo vio. Era Juan, en efecto. Venía con una expresión muy extraña, una mirada de niño suplicante, un gesto de angustia que ella jamás le conoció. No pudo evitar pensar que había regresado de nuevo a pedirle perdón. Quizás por eso, su desencajado semblante de unos momentos atrás se mudó como por arte de magia en un rostro altivo, orgulloso, de cabeza inclinada atrás, mirada de águila y mandíbula tensa. Toda la espléndida belleza de sus treinta y tres años refulgió de pronto, como si pretendiera enrostrar su estupidez a quien la había despreciado.

Sus palabras, sin embargo, fueron otras, *¿Qué sucedió? ¿Llegó el Ejército hasta ustedes?*

No, contestó él, reforzando su respuesta con un movimiento negativo de su cabeza. *Me escurri para venir acá, agregó.*

Su voz sonó suave, conciliadora, ansiosa de comprensión. Eliana temió lo peor. Sus ojos adquirieron un brillo interrogador, casi furioso. El tono de su voz sonó molesto. *¿Se puede saber entonces qué vino a buscar aquí?*

Juan titubeó un poco avergonzado. Luego dijo casi balbuceando, *Quiero saber si lo que están diciendo las noticias por la radio es cierto.*

Eliana sintió una sacudida inesperada. Juan tenía en la cabeza otra cosa. Seguro que las noticias debían referirse al mensaje que ella había recibido. No obstante, para confirmar su idea, indagó, *¿Qué dicen las noticias?*

*Que murió el Jefe,* respondió Juan con ansiedad, de manera rápida.

Eliana lo pensó dos segundos. Después le confirmó con voz firme, *Sí, es cierto. Hace unas horas llegó el mensaje.*

Juan, espantado, con una mueca de horror, retrocedió un paso y lanzó una sonora maldición. Tras ella se pintó en su faz una expresión de agudo dolor. Enseguida se echó a llorar presa de la desesperación. Lamentos incomprensibles brotaron de su garganta mientras se desvanecía, como si un proyectil lo hubiera alcanzado, hasta quedar sentado en el suelo fangoso. En unos cuantos segundos no quedaba del esbelto muchacho sino un atado de ruidosos quejidos, mezclado con un desbordado torrente de lágrimas. Su llanto semejaba el aullido herido de todos los hombres de la tierra. Derribado y vencido ante el tamaño de la adversidad y de la pena, lloró del mismo modo durante más de una hora.

Eliana lo observaba sorprendida y aterrada, identificada por completo con él, apesadumbrada y condolidada, preguntándose mil veces por qué ella no podía llorar así justo en el momento en que más lo necesitaba.

Nunca imaginó que llegaría a ver a Juan en ese estado. Podía ser lo que fuera, el campeón de la ingratitud si se quería, pero era un verdadero varón, un guerrero con mayúsculas, fogueado en las más duras pruebas. Nadie, ni siquiera ella que lo trató en la mayor

intimidad, podía afirmar que le había conocido una pizca de debilidad. Aun en los momentos más difíciles, su temple había permanecido invulnerable. Cuando la operación 7 de agosto, había pasado veinticinco días descalzo, con los pies hechos un desastre, marchando por entre la fiera selva del Guaviare, en medio del invierno, acosado además por el hambre y con la incesante persecución de la tropa por aire y tierra, sin haber dejado escapar una palabra de desaliento. Aquella desenfrenada amargura tenía que provenir de la misma fuente de su aguerrido valor, de la misma llama que alimentaba sus energías revolucionarias. Sentía un dolor sincero y bueno, el dolor que sólo puede sentir quien ama y sufre por su pueblo.

Cuando por fin Juan logró calmarse, secó su nariz y su rostro con una toalla que llevaba en el hombro. Después se irguió. Mirando con sus ojos verdes hinchados y enrojecidos a Eliana, preguntó con humildad dos cosas. Si podía regresar a la avanzada y si tendría problemas por haber abandonado su puesto. Eliana, impresionada por lo que acababa de presenciar, le respondió con acento generoso que no tendría problemas. Tomó un cuaderno y escribió: *“Con inmenso dolor nos permitimos informar que el Camarada Manuel Marulanda Vélez falleció el día 26 de marzo a las 18:15 horas por obra de un infarto”*. Arrancó la hoja y se la pasó al muchacho indicándole, *Entréguele esta nota al mando, dígame que es el mensaje que recibimos hoy del Bloque y que se lo dé a conocer a todo el personal*.

Juan asintió. Preguntó si había algo más para allá. Eliana volvió a pedirle el papel. Garrapateó algunas palabras en él y se lo devolvió. El muchacho leyó aprisa, *“Los planes continúan igual. Nuestro dolor de hoy será nuestro himno de victoria de mañana”*. Firmaba ella.

Apenas acababa de retirarse Juan, cuando otros pasos veloces se oyeron entrar corriendo al campamento. Eliana vio presentarse ante ella dos muchachos de la misma avanzada de Juan. Venían a informar que éste último había desaparecido de su puesto sin que le hubieran encontrado el rastro. Al parecer se había llevado sus armas.

Eliana los tranquilizó, *Regresen. Díganle al mando que Juan estuvo aquí y que lleva una nota para todos*.



Una vez sola, Eliana lanzó un fuerte suspiro. Sin proponérselo, sus desordenadas ideas de unas horas atrás, habían recuperado una plácida y tibia calma. Ni uno solo de sus fundamentos había desaparecido. Es más, la opresión en el pecho por la muerte del Camarada parecía haberse hecho más fuerte. Pero ahora entendía que las cosas también podían ser miradas de otro modo, que nunca se terminaba de aprender, que la lucha apenas ahora comenzaba.

El sol volvió a brillar bajo la selva. La terca nube gris se retiraba por fin a las alturas. El canto de distintos pájaros y la bulla de infinidad de grillos rompieron con un coro el prolongado silencio que había invadido el lluvioso día gris desde bien temprano en la mañana.

Montañas del Caquetá, 9 de septiembre de 2008.

## JULIA ABAJO

Kevin se convencía cada día más de que las cosas no ocurrían por obra de simples casualidades. Tenía que existir una forma de entrelazamiento entre ellas, el asunto consistía en saber interpretar el significado de los hechos, la forma en que se iban desenvolviendo hacia un propósito determinado. Creía intuirlo con claridad ahora. La indiecita había vuelto a aparecer en su vida. Cuando menos lo esperaba, justo cuando recién se había hecho a la idea de que no volvería a verla nunca. Algún inesperado designio se había encargado de determinar, que las dos compañías a las que habían sido asignados cada uno tras la separación que puso fin a su atormentado romance, se juntaran para realizar aquella marcha que según todos comentaban se iba a prolongar durante muchos días. Claro, cada unidad se movía por aparte, la de ella siempre a la vanguardia, y establecía su campamento en un área diferente. Pero siempre existía la eventualidad de contactarse. Las coordinaciones implicaban correos constantes, enlaces, el envío de cosas de un lado para otro, salidas conjuntas del personal con el fin de recoger los abastecimientos y trasladarlos a un sitio en el que serían repartidos. A veces ocurría también que se vieran abocados a valerse de las mismas aguas para el baño de la tarde, y aunque cada compañía tenía su horario, cabía la posibilidad de hacerse el lerdo, con cualquier pretexto, para poder así emboscarse en el camino a esperarla o entrevistarse con ella en el lugar de cambiarse de ropa. Kevin no desdeñaba la mínima oportunidad, aunque al final no se le diera, y pese a sus esfuerzos paralelos por procurar que su actitud pasara inadvertida. En ambas compañías, además de los mandos, eran muchos los conocedores de los conflictos acaecidos entre ellos durante su relación. Quería evitar a toda costa que la gente se interpusiera de algún modo en su decisión de volver la restablecerla. Lo importante era conseguir el acuerdo de ella, después podrían ir conquistando poco a poco la aceptación de los mandos y el colectivo. Cada problema, llegado su momento. Lo cierto era que tras haber sufrido tanto por haberla perdido, hubo momentos en los que pensó que era mejor hacerse matar que seguir viviendo sin ella, después de haber concluido que definitivamente carecía ya de cualquier esperanza,

volvían a cruzarse de nuevo sus caminos, cuando seguro que ya ambos habían tenido oportunidad de reconocer a solas su errores, ahora que el tiempo y la soledad se habían encargado de hacerlos más maduros y serenos, preciso cuando la guerra que atenazaba sus destinos apretaba de modo más recio y enseñaba a apreciar el inigualable valor de las cosas hermosas de la vida. Se trataba de una feliz coincidencia, de una señal del destino que no podía ser rehuida. Por todo eso había tomado la resolución de actuar. La primera conversación que sostuvo con la indiecita se prolongó más allá de una hora y le dejó la más positiva de las impresiones. Nada de lo que dijo ella le reveló que sintiera hacia él el mínimo asomo de rencor. Por el contrario, todo el tiempo estuvo sonriéndole, sin poder ocultar la sincera alegría que la poseía. Incluso creyó descubrir en ella, en más de una ocasión, cierto afán por extender cuanto fuera posible aquel inesperado encuentro. Por algo le habría contado que estaba sola, que para qué iba a mentirle, si había tenido enredos con un par de muchachos, pero nada que valiera la pena recordar, nada que pudiera compararse con lo vivido con él. Y estaba linda, con esas pequitas dispersas por puñados a uno y otro lado de su graciosa nariz, con la tez más tierna y limpia que antes, con ese brillo de felicidad que sabían despedir sus profundos ojos negros. Sin mencionar su estampa, que hablaba por sí sola de la espléndida mujer en que se había convertido. La última vez andaba por los dieciocho años, así que ahora debía rondar los veinte. Pese a que Kevin lamentó como nunca el peso de la culpa por haber dejado que se le desmoronara aquel viejo noviazgo, no tuvo el valor necesario para expresárselo en ese momento, en parte porque juzgó que sería ir demasiado aprisa. Hablarle de reconciliación apenas en el primer diálogo, podría más bien echarlo todo a perder. Tenía que ser talentoso, preparar el terreno con cuidado. Era mejor esperar otra ocasión. La brevedad de su segunda entrevista, que no llegó a durar ni siquiera un minuto, le impidió lanzarse de cabeza al tema que lo atragantaba. Apenas se saludaron y cruzaron unas cuantas palabras, dentro de las cuales el muchacho atinó a incluir que tenía necesidad de comentarle algo muy importante, a lo que ella respondió, en parte con notoria curiosidad y en parte con ese gesto de quien sabe de qué va a tratar la cuestión, que quedaban pendientes para otro día. Ni en el siguiente, ni en el de más adelante tuvieron oportunidad de hablarse. Difícilmente logró verla de lejos. Dominado en su interior por una angustia creciente que sólo con un gran esfuerzo lograba disimular, decidió apelar al clásico

recurso de escribirle una carta. Tenía que ser bien elaborada, se dijo, extensa, capaz de contener la furia de la tempestad amorosa que lo torturaba. Una misiva que tuviera el poder de derribar cualquier defensa que ella intentara interponer para no volver a caer en sus brazos. Terminarla le costó gran trabajo, sobre todo porque el ritmo de las actividades no le dejaba tiempo en el día y lo obligaba a emplear las horas de la noche, cuando todos dormían. Entonces, a sabiendas de que cometía una indisciplina, alumbraba a escondidas en su caleta, procurando camuflar al máximo la luz de la linterna y casi pegando su rayo a las líneas del cuaderno cuadriculado, para que ni la aviación enemiga ni sus propios compañeros fueran a descubrirlo. El resultado final lo dejó más que complacido. Las frases contenidas en las cuatro hojas que empleó, eran la descripción exacta de sus sentimientos. Nada había quedado suelto. Su felicidad por haberla encontrado de nuevo, las penalidades sufridas desde el día que los separaron, los arrepentimientos que le ocasionaba haberse comportado mal con ella, la súplica de perdón por el daño que hubiera podido causarle, el adolorido ruego de que aceptara volver con él, la firme promesa de adorarla y consentirla hasta la eternidad, lo mucho que había cambiado gracias a lo vivido, su férrea voluntad de convertirse en su más fiel esclavo y servidor, el gigantesco amor que estaba sintiendo por ella y que con su aceptación se triplicaría varias veces. Todo ello en medio de halagos a su belleza, a su ternura, al inolvidable sabor de sus besos, a sus cualidades como combatiente y guerrillera. Su esfuerzo tuvo tal magnitud, que en las cuatro hojas escritas por las dos caras no había una sola línea de por medio ni la más leve tachadura. Para lograrlo se vio obligado a pasarla varias veces a hojas nuevas. Finalmente, añadió dibujitos en los bordes limpios del papel, tipo corazones flechados y piolines, acompañados de mensajes cortos como Kevin y Juanita se aman, TQM, nunca cambies y detalles así. Estaba seguro de que aquello no fallaría. Su carta tenía el poder de conmover un muro de calicanto y además le evitaba tener que quemarse ante la gente con otra larga entrevista. Unos cuantos segundos serían suficientes para arrimarse a la indiecita, ponerle la nota en la mano y guiñarle un ojo en señal de complicidad. El amor era así, siempre encontraba el modo de colarse, de encenderse como una llamarada, bien fuera en un bunker impenetrable o en un desierto de hielo. Para facilitar su propósito, dobló muchas veces las hojas hasta convertirlas en un pequeño atado que envolvió en otra hoja de papel y aseguró

repetidamente con cinta transparente. La tarde siguiente, con el corazón latiéndole a toda velocidad, introdujo la carta en el bolsillo derecho de su pantalón y se dirigió al bañadero. De camino, dudó si llevaba el pequeño espejo de mano que necesitaba para rasurarse, lo que lo indujo, con un movimiento mecánico, a meter la mano al bolsillo y tantear en su interior hasta tocarlo, descubriendo con satisfacción que no sólo lo llevaba allí sino que además a su lado reposaba la cuchilla de afeitar. No tenía ningún afán, pensaba hacer todo el tiempo que fuera posible para darle lugar a la repentina llegada del grupo del otro lado del caño. Mientras acomodaba pacientemente su ropa en el sitio asignado, miró de reojo que tras él acababa de llegar Carmenza, la muchacha que tenía amores con el Camarada, el mando al que servía de escolta su unidad. Un ligero viento frío pareció rozarlo en cuanto ella pasó caminando con pasos enérgicos por su espalda. Se sintió molesto, como si aquella presencia fuera sinónimo de que algo no iba a ir bien. Era seguro que ella le comentaría luego al viejo cualquier cosa que viera, incluso, que le había parecido que él se demoraba demasiado tiempo ahí. Por eso murmuró en voz alta que le había atacado de repente una necesidad y se veía obligado a ir a la letrina antes de tomar el baño. Volvió a ponerse las fornituras, se llevó el fusil al hombro e hizo como que se dirigía hacia allá. En realidad su propósito era despistarla, tener el modo de explicar por qué se quedaba todavía en el bañadero si había llegado a un tiempo con ella. Volvió diez minutos después. Para entonces Carmenza ya estaba terminando de vestirse. Al pasar por su lado, creyó de nuevo percibir un aire de hostilidad, aunque no podía explicarse la razón. Se sentía de buen humor y por eso le dijo que al parecer le había caído mal el agua que se habían tomado al refrigerio. Ella le respondió de prisa que era extraño, ella no había sentido la menor reacción. No fue más. Kevin se fue desnudando con calma hasta quedar en calzoncillos, y tras extraer del bolsillo el espejo y la cuchilla se dirigió hacia el chorro de agua. Ya Carmenza se había marchado cuando de repente se encendieron las alarmas en su interior. Un extraño nerviosismo se apoderó de él. Ahora que lo pensaba, él había depositado la carta para la indiecita en el mismo bolsillo en que llevaba el espejo. Y al sacarlo, no recordaba haber sentido el bulto de la nota ahí. Sin importarle que su cuerpo estaba enjabonado, saltó del caño hacia donde había dejado la ropa. Su impresión fue tanta que casi sufre un desmayo. La carta no estaba. Ni en ese ni en ningún otro bolsillo. De inmediato concluyó que se le había caído cuando buscó el espejo en el camino.

Pensarlo fue deducir que esa era la causa de la sensación que experimentó cuando Carmenza le pasó por detrás. ¡La maldita bruja esa tuvo que haberla recogido!, farfulló para sí. Con esa idea fija en la cabeza regresó al agua. Ni siquiera quiso afeitarse. Apenas se sacó el jabón y luego se secó y vistió en carrera. No quería desaprovechar la posibilidad de que la nota todavía se hallara en el piso del camino. Quizás Carmenza no la hubiera visto. Pero no, no estaba. Tampoco la encontró en el recorrido que hizo para desandar hasta el lugar del monte donde permaneció mimetizado unos cuantos minutos aparentando que había ido a la letrina. Se sentía mal, furioso, no sabía con quién en grado mayor, si con Carmenza por intrusa, o con él mismo por obra de su torpeza. Ahora sí que estaba buena la cosa. No sólo había echado a perder el enorme esfuerzo que le había costado escribir aquella desesperada carta de amor, sino que la indiecita ya no iba a poder leerla nunca. Y como si fuera poco, era seguro que Carmenza se la entregaría al viejo, que éste se enteraría de todo y terminaría por llamarlo al orden. Le recordaría que los amores entre personal de distintas unidades estaban prohibidos, le restregaría en la cara que la Dirección se había visto obligada a poner fin al noviazgo entre ellos porque él le había pegado varias veces a la indiecita y la trataba muy mal, le sentenciaría finalmente que se preparara para la imposición de una severa sanción por incumplimiento premeditado de determinaciones y violación al régimen interno. De improviso el mundo se le había volteado patas arriba. Era increíble, todo iba tan bien hasta hacía unos cuantos minutos. De todo, lo que más aflicción le causaba era el hecho de ver derrumbadas sus aspiraciones con Juanita. No se resignaba a creer que se le había quemado el pan en puerta misma del horno. Esa tarde advirtieron en la relación que prepararan todas las cosas para el día siguiente. Lo más seguro era que partieran en marcha. La idea era cruzarse al otro lado del Duda.

El río Duda, como tal, tenía un recorrido corto. Nacía en los alrededores del Páramo de Sumapaz, en la cordillera Oriental, y tras tomar un rumbo decidido al sur, descendía hacia las tierras planas del llano, abriendo un amplio cañón entre la cordillera y la serranía de la Macarena. Al final de ésta, rodeado por completo de selva, vertía sus abundantes aguas al río Guayabero. No sería exagerado decir que nacía y moría en un solo municipio, Uribe, en el departamento del Meta, una localidad que indefectiblemente

era asociada a las FARC. Probablemente no había un solo habitante en su extensa área rural o casco urbano que no hubiera tratado alguna vez con los guerrilleros. Los más viejos solían contar historias de Manuel Marulanda, Jacobo Arenas, Joselo y otros legendarios comandantes que habían dejado su huella en la historia no contada de Colombia. A su modo, como tantas otras mujeres que habitaban en las incontables veredas de Uribe, Georgina llevaba en su sangre al movimiento. Había tenido dos hijos de dos guerrilleros distintos. De eso hacía muchos años, cuando las FARC se asentaban por los lados de La Caucha. Los amores con los guerrilleros tenían la particularidad de ser intensos, breves y espaciados en el tiempo, pero de una profundidad que perduraba durante años, así no se los volviera a ver después. No podía quejarse mucho. Con el paso del tiempo, los dos muchachos se fueron uno tras otro para la guerrilla y ella volvió a quedarse sola. Tenía que agradecerle a su padre y a su madre que le habían enseñado a trabajar duro en el campo, por lo que no tuvo nunca problemas para ganarse la vida. Convivió con dos hombres diferentes en distintas épocas, sin llegar a estabilizar su vida debido a que ninguno pudo adaptarse a su sentido de la independencia. Al final terminó por hacerse a un buen lote de tierra en las vegas del Duda, abajo del corregimiento de La Julia, unos terrenos benditos para la siembra de plátano, en donde al tiempo que criaba marranos y gallinas servía como miliciana clandestina para el Frente 40 de la organización armada. De sus hijos, primero de uno y muchos años después del otro, terminó por recibir la noticia de que habían muerto en combates con el Ejército. Sin embargo, antes de eso, vino a pasar el embarazo en su casa una guerrillera que esperaba familia del mayor de ellos. Al poco tiempo del alumbramiento, la muchacha regresó al Frente y Georgina tuvo que hacerse cargo de la crianza de su nieta. Ahora la niña tenía cuatro años. Aparte de ella, Georgina se había hecho cargo de su propia madre luego del fallecimiento de su padre. La anciana había perdido casi todo lo que tenía tratando de impedir que las enfermedades que sufría su marido se lo llevaran antes de tiempo. Pero había sido inútil. Lo poco que le quedó tuvo que repartirlo entre dos hermanos de Georgina que vinieron de San Juan de Arama y Granada a reclamar su herencia como dos gallinazos hambrientos. Tras esos sobresaltos, la vida transcurría con relativa tranquilidad para ella. La guerra era una cuestión de todos los días en la región y de alguna manera, como todos, había aprendido a convivir con ella. Sobre todo durante los tres últimos años,

después que la tropa entró en masa al caserío de La Julia y advirtió que de allí no pensaba volver a irse. A los pocos días arribó también la Policía en número considerable. Desde entonces la guerrilla se dedicó a hacerles la vida imposible. Y estos a perseguir con verdadera saña a cuanto tuviera la mínima relación con los alzados. Habían sucedido muchas cosas en esos últimos años. Una buena parte de la población había abandonado el caserío, otro número importante había sido víctima de capturas y se hallaba privada de la libertad en cárceles lejanas. La zona rural de Uribe, en su conjunto, se había transformado en un campo de batalla permanente. Los combates se libraban siempre en lugares diferentes, en una confrontación curiosamente móvil e indefinida, que en un momento determinado alteraba en forma drástica la vida de una parte de una vereda y luego la retornaba a la más completa calma, como si nada hubiera sucedido. Quizás no hubiera quién pudiera dar una cifra exacta de los muertos y heridos de ambos bandos, pero los campesinos podían dar fe de que su número resultaba aterrador. La tierra de Georgina formaba una lengua mediana Duda abajo y se extendía al occidente en un buen bocado de la vega. Su vecindario estaba conformado por un amplio puñado de parcelas habitadas por gente modesta como ella. El límite de la vega estaba determinado por el barranco de la carretera, la pared que alguna vez había roto el río en la planada antes de retornar a su cauce natural, el cual podía tener entre cien y ciento cincuenta metros de altura. Por eso, desde la vega, se escuchaba con claridad el ruido que producía cualquier automotor que se moviera por la carretera, y si la vegetación no se interponía en la visión del observador, se podía distinguir también qué clase de vehículo era y la velocidad a la que se desplazaba. El caserío de La Julia se hallaba edificado sobre el barranco, considerando que éste caía de manera más bien oblicua directamente al río. La vega se iba extendiendo entre el barranco y el río en la medida en que éste descendía hacia el suroriente. En su parte más ancha, unos veinticinco kilómetros al sur, alcanzaba una anchura de tres kilómetros. Luego desaparecía ante la aparición de un terreno ondulado que formaba suaves colinas entre el río y la carretera. Por habitar relativamente cerca al caserío, el sobrevuelo constante de los helicópteros de combate y transporte de soldados, se había convertido en una molestia permanente para Georgina y su familia. A cualquier hora del día o de la noche se los oía despegar, aterrizar o volar por encima a muy baja altura. Y si los combates eran en su vereda o en otra cercana, había que agregar el aterrador sonido



del fuego que disparaban sus ametralladoras o cohetes. Los aviones eran una cosa aparte. Por fortuna, hasta ahora, la inmensa mayoría de los bombardeos habían ocurrido al otro lado del Duda, casi siempre en la selva. Y los pocos que habían sucedido en la población se habían realizado a una distancia considerable. La única que parecía no afectarse para nada con esos estruendos era la niña, quizás porque desde poco después de nacer los venía escuchando y los asimilaba a un fenómeno natural cotidiano. La madre de Georgina solía decirle a ésta, Esa va a ser guerrillera también, lo lleva en la sangre, por eso no se asusta, expresión que antes que ofender a su hija la hacía sentir orgullosa. Pues si ese es el destino que Dios le depara, que lo sea, alguno de esta raza verá sonreír un día la victoria, era toda su respuesta. Georgina adoraba las FARC. Y estaba segura de que a la mayoría de la gente de la región le sucedía lo mismo. El movimiento lo había significado todo para ellos en el pasado. Había hecho posible la colonización, brindado la seguridad necesaria, organizado la vida en colectivo, solucionado o ayudado a solucionar los innumerables problemas que entrañaba la existencia de una comunidad rural insignificante para el Estado. Hasta las carreteras por las que entraba y salía la carga de La Julia habían sido obra de ellas. Durante el tiempo que duró el despeje, las FARC abrieron la carretera que cruzó la selva del Tinigua. El Tinigua era un parque natural que se interponía entre el río Guayabero y los últimos colonos de La Julia hacia el sur. Pero habían impedido que se colonizara el parque. Del mismo modo que habían evitado que la colonización se siguiera devorando La Macarena. Además, las FARC habían construido la carretera del otro lado del Guayabero hasta comunicar la región con San Vicente del Caguán. Y como si fuera poco, habían abierto una carretera que unía a Uribe con el municipio de Vista Hermosa. Gracias a sus orientaciones, las comunidades organizadas habían diseñado y mandado a construir planchones que permitían el paso de los ríos Duda y Guayabero. Gran parte de esas obras habían sido condenadas por el Ejército. El planchón de La Julia se hundió, a la carretera a Vista Hermosa se la tragó otra vez la selva. La organización de las comunidades era acosada todo el tiempo por las nuevas autoridades que lo único que sabían estimar eran los informantes y delatores. Nadie gustaba de la presencia militar o policial, salvo la gente que recibía dinero de ellos a cambio de información. Podrían estarse veinte años más en la región y la gente en su conjunto apenas los aceptaría como intrusos. La vida económica y con ella el nivel de vida de los pobladores había descendido radicalmente

desde su llegada. Eso solo, resultaba imperdonable para siempre. Había alguien directo a quien achacarle la pobreza. Los amigos o conocidos encarcelados o muertos eran una herida abierta que no sanaría jamás. Era el modo como veía las cosas Georgina. Por eso todas las mañanas o tardes o noches, según la instrucción que recibiera, salía por las plataneras con machete al cinto, botas de caucho y sombrero a realizar las correspondientes exploraciones. Se trataba de recorrer por completo la vega, por sectores claro, examinando aquí y allá con cualquier pretexto toda su superficie, a fin de descubrir la presencia de los soldados o los rastros que hubiera podido dejar su paso reciente. Los milicianos, o sus hijos, o sus padres, ya fuera solitarios o en compañía, cubrían el área asignada y elaboraban un informe escrito que dejaban en algún lugar en donde sería recogido prontamente. Así tenía la guerrilla el control de los movimientos del Ejército para evitar ser emboscada o planear golpes contra las patrullas. Georgina cumplía la parte que le correspondía con verdadera mística y luego volvía al ajetreo que le significaba mantener en producción su tierra y cuidar de su madre y de su nieta. Estaba convencida de que si los milicianos de allá hubieran cumplido su tarea como debían, sus hijos guerrilleros aún conservarían la vida. No quería que otros muchachos como ellos fueran a morir por causa de su negligencia. Solía pensar en los cambios que se sucedían en el desarrollo del proceso revolucionario, tal y como lo había estudiado alguna vez en un curso de filosofía al que había asistido. Por ejemplo, cuando ella vivía en el alto Duda, había sido testigo del emplazamiento de los campamentos de las FARC en La Caucha y Casa Verde. El avance de la fuerza había sido extraordinario. Hasta que se acabó todo aquello con la guerra integral de Gaviria. Entonces mucha gente creyó que el movimiento estaba terminado. Pero no, la guerra lo engrandeció y casi una década después había conseguido otro diálogo con el despeje de cinco enormes municipios. Nunca se había visto tan grande a la organización. Pero aquello volvió a acabarse y ahora estaban viviendo esta guerra. Estaba segura de que aquello volvería a cambiar. Ya llegaría la oportunidad en que las FARC volverían a mostrarse. Lo creía de manera absoluta. Si habré visto yo cosas, decía. En el 98 había sido testigo de la toma del cuartel de policía de Uribe. Ahora al parecer las cosas no estaban para eso. Un intento semejante sería respondido de inmediato con el bombardeo aéreo que podría aniquilar la fuerza atacante. Pero vea, hacía unos cuantos días, los guerrilleros habían golpeado al retén de la Policía ubicado a la entrada

de La Julia. Un buen número de policías muertos y heridos. Y quién lo creyera, se habían metido unos días después al propio casco urbano del corregimiento y habían dado de baja otros dos policías. Y todo eso colándose por medio de las brigadas móviles del Ejército que vigilaban y patrullaban con toda la táctica del caso. El que no quería ver que no viera. El movimiento estaba muy fuerte y peleando en toda Colombia.

Aunque Evaristo se sentía satisfecho con los resultados de los golpes a la Policía, muy en su fuero interno guardaba la aspiración de conseguir las cosas completas. Lo del retén había estado cerca, pero como casi siempre, habían faltado los últimos cinco centavos. El puesto de control de la Policía estaba instalado a la orilla de la carretera, menos de un kilómetro abajo de La Julia, dándole la espalda al barranco que caía a la vega. Bultos de arena cuidadosamente colocados a una altura de metro y medio hacían las veces de trinchera, al tiempo que una lona larga rodeaba el perímetro de la instalación. Dentro de ella permanecían en promedio ocho uniformados, dos de los cuales estaban pendientes del paso de los vehículos. Tres metros adentro, frente a una mesa que hacía las veces de escritorio, se situaba, sentado en una silla plástica, el cabo o sargento que se encargaba de cotejar las cédulas exigidas con la base de datos contenida en su computador. Reunir la inteligencia requirió una buena dosis de paciencia, una larga observación de la rutina empleada por los policías. Incluso un par de veces hubo que cancelar la acción puesta ya en marcha, porque en el último momento aparecían novedades imprevistas que podían conducirla al fracaso. Hasta que se llegó el día. Evaristo y tres guerrilleros más amanecieron en el monte que crecía abundante sobre el empinado barranco, doscientos metros carretera abajo del puesto. Con minucioso cuidado, se fueron arrimando, cubiertos por la vegetación, hasta situarse a unos treinta metros del retén, casi a la orilla de la vía, completamente tendidos en el piso. Mientras lo hacían, cuatro guerrilleros vestidos con ropas de civil y armados apenas con pistolas que disimulaban con sus camisas, detuvieron el campero que hacía la línea al caserío desde las veredas más apartadas. Aunque había un par de asientos libres atrás, ninguno de ellos quiso ocuparlos. Como se enterarían después, algunos de los pasajeros que viajaban hasta La Julia reconocieron de quienes se trataba y pensaron que seguramente eran desertores que se dirigían a entregarse. Apenas el campero pasó por su lado, Evaristo y los otros apuntaron con sus armas hacia la

instalación en la que permanecían los policías. Estos no acostumbraban a parar los autos frente al retén, sino que dos de ellos salían a la vía señalando con la mano al conductor que debía detenerse, lo cual siempre sucedía unos diez metros antes de las trincheras. Los policías, armados con fusiles, se arrimaban al vehículo y tras echarle un vistazo a su interior, ordenaban a los pasajeros descender con la cédula en la mano. Mientras uno quedaba allí con ellos, el otro llevaba las cédulas hasta el puesto de control, donde las verificaban y ordenaban devolverlas si no había nada especial. Aquella mañana, sin embargo, sólo salió un uniformado a hacer el alto. En cuanto el campero se detuvo, los muchachos saltaron a tierra con naturalidad. El policía saludó a los pasajeros asomándose por la ventanilla e hizo la advertencia acostumbrada. No tuvo la más mínima oportunidad de reparar lo que sucedió enseguida. Por cada lado del automóvil apareció un guerrillero descargando su arma contra él, al tiempo que otro disparaba en dirección al puesto, y el último arrojaba granadas de mano al interior de la trinchera. Simultáneamente, Evaristo y los suyos barrieron con el fuego de sus fusiles las instalaciones del puesto de control. La confusión se apoderó por completo de los policías que se hallaban dentro. El suboficial que trabajaba en el computador quedó destrozado junto con éste por efecto de las granadas, y los primeros agentes que intentaron asomarse a la carretera, fueron alcanzados por los proyectiles, desanimando a los demás a intentarlo. Tendidos en el suelo, sin ver nada al exterior, los policías se limitaron a usar sus armas hacia el aire repetidamente. El saldo final fue de tres policías muertos y tres más heridos. Los guerrilleros se llevaron el fusil del que salió a hacerle el pare al campero. Tras la retirada de la guerrilla, la Policía la emprendió contra el conductor y los ocupantes del vehículo. Uno de los furiosos uniformados, que parecía tener mando, insistía ante los demás en la necesidad de matar allí mismo de una vez a todos esos miserables guerrilleros. Con el llanto en los ojos, humillados y golpeados, hombres y mujeres repetían que no tenían nada que ver con aquello. Por fortuna, el capitán que llegó con prontitud del caserío al frente de los refuerzos, se opuso por completo al fusilamiento propuesto y más bien optó por llevárselos detenidos. Sólo tras varios días de repetidos interrogatorios en los que hasta la Fiscalía tomó parte, comenzaron a liberarlos con toda clase de advertencias y amenazas. Media hora después del ataque, una vez llegaron los hombres de la brigada móvil del Ejército, se dispusieron a realizar un amplio registro a ambos lados de la carretera. La

guerrilla, que había presupuestado algo semejante, tenía preparada la emboscada unos metros abajo del cementerio. Pero las cosas no se dieron del modo que esperaban. La tropa se detuvo en la esquina del cementerio, y sólo dos hombres empezaron a avanzar, cada uno por un lado de la vía. Uno de ellos estaba a punto de alcanzar el sitio en el que se encontraba el minado, mientras el otro caminaba sin descubrir que lo tenían apuntado desde la mata. Evaristo dio la orden de fuego para evitar la pérdida inútil de las minas, ocasionando la muerte a los dos hombres del Ejército. No fue más, la tropa no quiso continuar su avance y los guerrilleros decidieron replegarse. Un helicóptero Arpia vino a disparar largas ráfagas de ametralladora contra los árboles y matorrales que crecían a los lados de la vía, y antes de retirarse, casi una hora después, lanzó dos cohetes contra el monte que crecía en las márgenes de una quebrada cercana. La noche en que la guerrilla se infiltró a La Julia, también los asaltantes se hicieron a uno de los fusiles de los dos policías muertos. Tal vez porque esos hechos sucedieron en las inmediaciones del caserío y fueron ampliamente conocidos por la población de los alrededores, la noticia de ellos alcanzó a ser difundida por algunos medios de comunicación, aunque de modo breve, como si existiera intención de restarle cualquier importancia. Eso, precisamente, era lo que más molestaba a Evaristo. Estaba convencido de que si los soldados se hubieran metido aquella mañana al minado, perdiendo la vida al menos una docena de ellos y resultando un buen número heridos, el acontecimiento hubiera gozado de inmensa y reiterada difusión. Por eso se había hecho el propósito de conseguirlo. El mundo entero tenía que conocer que en esta guerra no sólo caían guerrilleros. Y por eso las acciones no podían quedar a medias. Había que prepararlas y trabajarlas de modo meticuloso. En eso andaba. Lo primero que había hecho era sugerir en la Dirección que concentraran toda su atención al Ejército. Estaba claro que los policías muertos, quizás por qué extraña discriminación, no le inspiraban al Establecimiento ni una quinta parte del ardor que les causaba la pérdida de soldados. En La Julia se acantonaba una brigada móvil a cuyo cargo se encontraba la seguridad de la Policía asentada en el puesto. Ella tenía un área de cubrimiento que se limitaba a unas cuantas veredas alrededor del caserío. El resto de la zona rural estaba a cargo de otras brigadas. Tropa para golpear había en cantidades. Sin embargo, tras seleccionar una serie de posibilidades, la inteligencia indicaba que el mejor objetivo era precisamente la tropa que resguardaba el caserío. Para ella se había

convertido en una cuestión de honor evitar que los guerrilleros pudieran accionar dentro de su jurisdicción. Con el tiempo, y distribuyendo dinero con largueza, habían logrado conformar entre la población alguna red clandestina de información. Basados en ella, su operatividad se ligaba al frecuente asalto a los comandos que los frentes de las FARC enviaban a hostigarlos. No era sino enterarse de la presencia guerrillera, para desencadenar una serie de maniobras tendientes a cercarlos y exterminarlos. Algunos soldados se exponían de repente de manera abierta, con el fin de atraer hacia ellos a los guerrilleros. Si estos no sabían moverse, era fácil que terminaran dentro de las emboscadas. Si pese a todo, la guerrilla lograba hostigarlos, se desataba contra el comando una persecución inmediata y previamente calculada. Para enviar a Evaristo se tuvo en cuenta la riesgosa táctica que empleaba el enemigo. Los guerrilleros eran ocho en total y su misión estaba clara. Localizar y atacar incansablemente a la tropa para obligarla a perseguirlos. Sin ir a dejarse golpear por ella. En determinado sector de una de las veredas cercanas, habría una numerosa fuerza guerrillera completamente pertrechada a la espera de los soldados. A Evaristo le parecía correcto y realizable ese plan. Poseía tal habilidad para desplazarse y colarse en absoluto silencio hasta casi encima del enemigo, que sus compañeros lo llamaban Pitón, comparándolo con la famosa serpiente cazadora. Ninguno más indicado que él para encabezar esa tarea. Sin embargo, insistió en su vieja idea de ubicar un minado en la carretera. Sus repetidas observaciones le permitían asegurar que no era extraño que una patrulla recorriera largos tramos de ella. Un simple miliciano, con un control en la mano, podría accionarlo sin dificultad y retirarse tranquilo. Su previsión fue tomada en cuenta. El explosivo se encargó y se prepararon las bombas, seis en total, cada una con dos arrobas de peso. Cuando su grupo completó cinco días tiroteando a los soldados en una y otra vereda del corregimiento, Evaristo consideró llegada la oportunidad de ubicar el minado. Él mismo señaló el sitio exacto y la trampa quedó lista en la margen derecha de la carretera. Para entonces las patrullas se encontraban tras sus huellas en un desenfrenado afán por alcanzarlo. Ni Evaristo ni sus compañeros tenían la menor idea de que otra fuerza guerrillera, con una tarea completamente distinta al combate, se aprestaba a cruzar el Duda con la intención de ubicarse provisionalmente en los límites que separaban al parque Tinigua del área colonizada por la población civil, es decir en la frontera de la selva con la vereda La

Belleza, perteneciente a la comprensión de La Julia, unos veinte kilómetros al sur de donde se encontraban ellos. Menos aun tenían conocimiento de que alguien había enterado al Ejército de que una columna de combate de las FARC se hallaba preparando un golpe a la tropa, para lo cual se había instalado en la margen derecha del río Duda, entre las veredas La Belleza y La Pista. Con el propósito de dar cuenta de ella, los mandos militares habían dispuesto tres días antes, el desembarco de dos batallones al sur, en pleno parque Tinigua, en las inmediaciones del río Guayabero. Su misión era cruzar de manera secreta el parque en dirección norte, organizados en tres gruesas patrullas, para aflorar sorpresivamente en La Belleza y dismantelar la columna guerrillera que estaría esperando tropa proveniente de La Julia, pero jamás una gran operación que le sobreviniera de abajo.

La inquietud que carcomía a Kevin crecía a cada instante. Todo en su vida se había tornado confuso y tenía que hacer enormes esfuerzos por esconder ante los demás su estado. Cada tarde esperaba inútilmente que lo sacaran en la relación con el propósito de aclarar el asunto de la nota. Pensaba entonces que en cualquier momento lo llamarían de la reunión de los mandos, cosa que tampoco ocurría. Por ello pasaba a creer que el propio Camarada lo requeriría para ajustar cuentas. Pero el viejo pasaba por su lado, lo saludaba y ni siquiera hacía la menor alusión al asunto. Además habían sucedido cosas que contribuían a aumentar su zozobra. Para empezar, estaba la marcha. Según había escuchado decir, las bombas y las ráfagas de varias noches atrás, obedecían a un desembarco realizado por el Ejército por los lados del Guayabero. Pero hasta ahora no se tenía información de qué ruta había tomado la tropa. Al cruzar ellos el río, quedaban de algún modo expuestos a un encontrón en caso de que los soldados hubieran tomado al norte. El aire se sentía pesado, como cuando estaba a punto de suceder algo delicado. La compañía de la indiecita marchaba con un día de antelación, lo cual significaba que no había vuelto a verla. Con la idea de no dejar más rastro del necesario, la unidad que iba atrás se acampaba en el lugar en donde había pernoctado la otra, ocupando las mismas camas improvisadas y evitando a toda costa hacer más trillo. Llevaban mucho peso en los equipos, y aparte de eso, al llegar al lugar elegido para pasar la noche, había que devolverse a buscar más bultos de abastecimientos. Como ahora, cuando la marcha había sido corta, menos de dos horas, y un grupo de siete combatientes del que tomaba parte

Kevin, había sido devuelto con la orden del llevar al hombro la economía que había quedado atrás. Todos sentían en sus cuerpos el efecto del ritmo de marchas y remolcadas que venían haciendo. El agotamiento comenzaba a minar sus fuerzas. El terreno del Tinigua tenía la propiedad de ser muy ondulado, puro cansa perros llamaban los guerrilleros los recorridos así. Podían ser lomas de cuarenta o menos metros de altura, pero tras subir una y volverla a bajar, aparecía de inmediato la otra y de nuevo otra vez en forma sucesiva, produciendo dolor en las piernas, dificultad para respirar y sudor en cantidades. A su favor contaban con el hecho de avanzar por un trillo viejo, lo cual les evitaba tener que romper la enmarañada vegetación. Había otra cosa que torturaba a Kevin. La tarde anterior, a la hora del baño, se le había acercado en el caño el viejo Darwin para hacerlo partícipe de una confidencia. Según le refirió, había sido testigo de un incidente en el campamento de la otra compañía. Algún guerrillero le había preguntado en voz alta a la indiecita qué era lo que le pasaba con ese muchacho Kevin de la otra unidad. Cada rato lo veían detrás de ella o a su espera. La pregunta había llamado la atención de un corrillo cercano. La indiecita simplemente respondió que ese Kevin era un pesado que vivía insistiéndole en restablecer su vieja relación. Una muchacha intervino para preguntarle si acaso ella no le había dicho que tenía novio y que vivía muy bien con él, a lo que ella había respondido que claro que sí. Pero que él hacía caso omiso de eso. Después había dicho para todos que ni loca volvería a tener amores con él, después de los malos tratos y palizas que le había propinado en el pasado. Todos se habían reído y hecho comentarios jocosos a costa de él. Por eso se lo comentaba. Para que tuviera en cuenta lo que estaban hablando y cuidara de no prestarse para burlas. A veces, le dijo, pasa eso. Se enamora uno perdidamente de alguien y no se percata del oso que termina haciendo. Kevin sabía que Darwin era un tipo muy serio, que jamás inventaría algo así. Aquello derrumbaba sus ilusiones del modo más inesperado. Ahora quería hablar con la indiecita sobre ese asunto. Él todavía no le había propuesto nada, aunque era posible que ella intuyera por dónde iba la cosa. Pero sobre todo, ella había negado tener amores con otro muchacho. ¿Por qué mentía? Al mismo tiempo sentía rabia consigo mismo, por tonto, por estúpido. Las cosas que pasaban sencillamente nunca se volvían a repetir. Casi no había dormido la noche anterior, menos desde cuando llegó el avión a dar giros. Había comenzado su ronda muy lejos, quizás del otro lado de la carretera. Pero poco a poco se



acercó hasta terminar dando vueltas encima de ellos. Sonaba muy fuerte, como si volara casi a ras de los árboles. Tras alcanzar el Duda, se marchó por fin con rumbo al norte. Habían salido temprano. Y se habían regresado a eso de las nueve, después que estuvo el desayuno. Su marcha se interrumpió por unos momentos. Hernán, que caminaba delante, afirmó que se sentía demasiado cansado, prefería ir atrás, más despacio. Descargaron sus maletas unos minutos y luego retomaron el camino. Ronald tomó el puesto delantero seguido por Kevin un par de metros atrás. La mona caminaba de última, agobiada por el calor del mediodía. Tras bajar a un caño, subieron a una planada por la que se prolongaba el trillo de frente durante un buen trecho. De pronto sonaron los disparos, una andanada larga y ruidosa de fusiles y ametralladoras. Ronald y Kevin cayeron muertos de inmediato. Los demás retrocedieron arrojando sus cargas al suelo. No tardaron en percatarse de que Leo estaba malherido. Después de responder al fuego durante varios minutos, decidieron volver atrás. Se hallaban en el área del 40 Frente, tenían idea dónde podían encontrar ayuda. Cuando en el lugar donde se encontraba la compañía de Kevin oyeron el combate, supieron de inmediato que el enemigo había emboscado a los remolcadores. La conclusión era obvia, la tropa había aparecido en el trillo después que pasaron ellos y luego que los remolcadores se habían devuelto. Con seguridad que habían descubierto las huellas recientes y decidido aguaitar el paso de la guerrilla. En forma rápida tomaron la resolución de moverse en busca de la otra compañía. De camino, se toparon con una escuadra que habían enviado de allá para que fuera a apoyar a los emboscados. Recién se habían reunido las dos compañías cuando sonó una nueva balacera, más fuerte y cercana que la primera. Unos minutos después llegaron las primeras unidades de la escuadra de apoyo. Habían caído en una segunda emboscada. El saldo fue de dos muertos más, Guillermo y Fabián. Esa noche murió Leo en un campamento del 40. La columna desvió su ruta inicial y los mandos acordaron que marcharían las dos compañías juntas. Todo indicaba que el Tinigua estaba invadido de Ejército. Era mejor abandonarlo y salir a la población, sin importar que los vieran. La gente los tendría al tanto de la repuntada de la tropa por donde quiera que se produjera. Por eso amanecieron en La Belleza y a primera hora se dirigieron al occidente con el propósito de alcanzar la carretera y cruzarse esa misma noche al otro lado de la Quebrada La Reserva. Sólo allá quedarían por fuera del gigantesco despliegue enemigo. A

eso de las once de la mañana escucharon un intenso intercambio de disparos, pero esta vez en dirección a La Julia. Casi a la una de la tarde retumbó una poderosa explosión. Los tiros que sonaron a las once habían sido el producto del hostigamiento que logró hacer Evaristo a una de las alas en que se había desdoblado la patrulla que lo seguía. Él, a su vez, también había dividido su comando en dos grupos, para que cada uno por aparte buscara una parte de la tropa y la atacara por sorpresa. La verdad, con su permanente acoso, Evaristo había conseguido que el Ejército se fuera aproximando cada vez más a la columna que lo esperaba para golpearlo. Pero como si hubiera sido una obra de adivinación, los soldados se arrimaban, como dirigidos por una mano invisible, hacia el minado oculto a la orilla de la carretera. Una sección del Ejército le quedó situada en la parte de abajo, mientras que la otra se le ubicó por encima. Después cada una se dirigió en sentido opuesto en busca de la otra, al parecer alguien había dado la orden de que se volvieran a reunir. Los dos comandos de Evaristo también se concentraron en la margen contraria a la que había aparecido la tropa. Unos metros atrás de ellos se encontraba el barranco que caía a la vega. Con cuidadosos movimientos fueron descendiendo hacia ella por entre la arboleda y luego tomaron orilla abajo completamente cubiertos por los matorrales. Arriba alguien siguió observando el avance de los soldados. Se trataba del miliciano que sostenía el control en su mano. Estaba seguro de que uno de los grupos iba a llegar primero al sitio, pero no se sentía seguro de cuál de ellos sería. Por la carretera, desde La Julia, apareció un viejo camión que descendía ruidoso y dejando tras de sí una nube de polvo. Justo cuando los primeros hombres de la tropa que descendía penetraron al sector cubierto por las bombas, el camión los alcanzó y alguno de ellos le ordenó que se detuviera. El miliciano lanzó una maldición. Por unos instantes pensó que los soldados iban a abordar el vehículo para que los arrastrara hasta abajo. Pero a medida que el tiempo fue pasando concluyó que no era así. Uno de los militares, tal vez el mando, sostenía una conversación con el conductor. Los soldados fueron llegando en orden y se detuvieron alrededor del camión. El miliciano los observó a todos allí, y estuvo tentado a activar las bombas. Pero se abstuvo. El pobre chofer y su transporte no tenían que ver nada con aquello. De repente creyó oír voces y risas de despedida provenientes de la cabina del vehículo. Supo que éste partía y preparó sus nervios para cuando estuviera lo suficientemente retirado del lugar. La tropa todavía no se movía, parecía que discutían

algo. No esperó más. La violenta detonación lo estremeció todo. Los soldados que venían de la parte de abajo permanecieron unos minutos completamente tendidos sobre la carretera. Después se pusieron de pie y emprendieron carrera hacia donde se había producido el estallido. Quince o veinte minutos después llegó el Arpía a lanzar ráfagas sobre el monte que crecía a los lados de la carretera. Más tarde vino un equipo de helicópteros ambulancia. Y una enorme cantidad de Ejército. También llegó a curiosear un buen número de habitantes de los alrededores. Por ellos se supo que el Ejército ordenó en fila catorce cuerpos de soldados fallecidos, que fueron llevados más o menos completos en los helicópteros de sanidad. Luego emplearon varios días buscando los restos de los demás y recogiendo en bolsas negras. También se conoció que eran veintiocho los militares que conformaban esa sección de la patrulla. Toda ella resultó aniquilada. Evaristo volvió a sufrir otro enorme disgusto. La noticia no fue reportada por ningún medio de comunicación. Nadie se refirió a ella, como si jamás hubiera acontecido. Por su parte, la columna que esperaba emboscada la aparición de la tropa que atraían Evaristo y los otros muchachos, terminó por hacerle una pelea frontal y recia a la tropa que subió del Tinigua. La muerte de los muchachos de las compañías de Kevin y la indiecita, delató la presencia de esa tropa que pensaba llegar en completo secreto. Efectuado ya el golpe al Ejército con el minado de la carretera, esa columna se dispuso a enfrentar al menos una de las tres patrullas que subían. El combate se cumplió en La Pista, aunque no se pudieron conocer los resultados en bajas. Los muchachos salieron bien librados. Ese fin de semana, cuando se dirigía a sacar unas cargas de plátano a la carretera, Georgina, que caminaba atrás de las dos mulas, creyó distinguir algo a un lado del camino que subía al barranco. Su sorpresa fue grande cuando descubrió que se trataba de una mano de hombre. Estaba quemada casi por completo, pero en su dedo anular lucía un gran anillo de oro. La mujer se encargó de dar sepultura a la mano entre la montaña. El anillo lo guardó, como una pequeña muestra de simpatía que mostraba hacia ella esa terrible guerra.

Serranía de La Macarena, Octubre de 2009